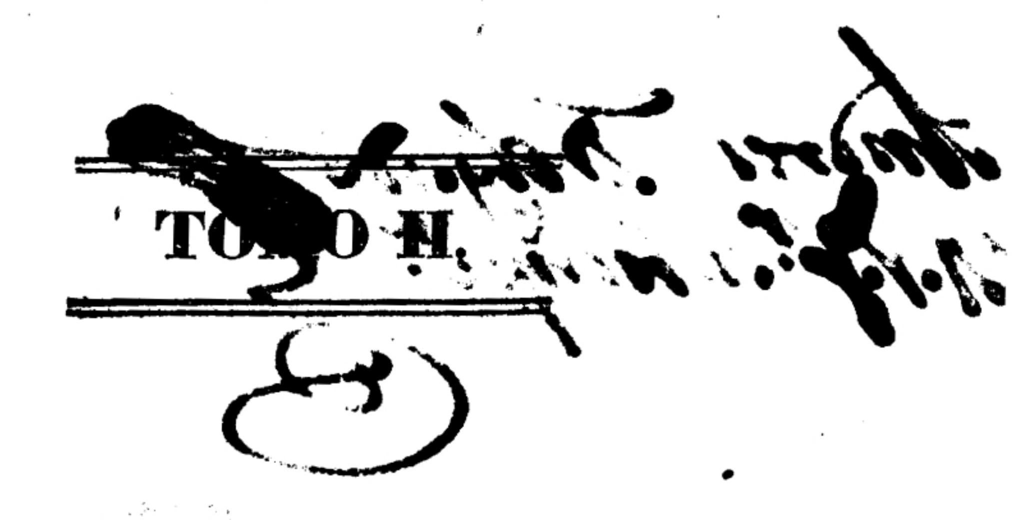
DEL PAPA:

POR

EL Sr. CONDE J. DE MAISTRE.

ΕΙΣ ΚΟΙΡΑΝΟΣ ΕΣΤΩ.
Homero, Iliada, II, v. 204.

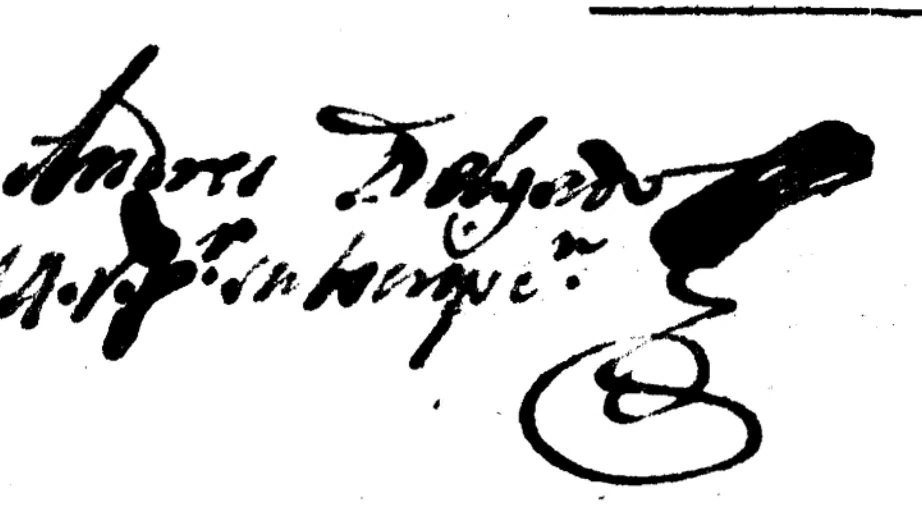


TOMO II.

MADRID: 1842.
Imprenta de D. José Felix Palacios.

. . . . Que todos los aquivos
Aquí no habemos de mandar. No es bueno
El gobierno de muchos: uno solo
El caudillo supremo y soberano
De todos sea: aquel á quien el hijo
Del anciano Saturno ha dado cetro
Y regia autoridad para que mande.

Iliada, v. 331 y siguientes de la traduccion española de Gomez Hermosilla.



DEL PAPA.

CONTINUACION DEL LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO VIII.

SOBRE LA NATURALEZA DE LA POTESTAD EJERCIDA POR LOS PAPAS.

Todo cuanto puede decirse contra la autoridad temporal de los papas y contra el uso que de ella han hecho, se compendia en estas dos líneas violentas que han salido de la pluma de un magistrado frances:

«El delirio de la omnipotencia temporal de los pa»pas inundó á Europa de sangre y de fanatismo (1).»

Mas con su permiso diré que no es cierto que los papas hayan aspirado jamás *á la omnipotencia temporal*: no es cierto que fuese un *delirio* la potestad por que han anhelado; y tampoco es cierto que esta pretension haya

(1) Cartas relativas á la historia, t. II, carta XXXVIII, página 222, ibid. XLI.

inundado á Europa de sangre y de fanatismo por espacio de cerca de cuatro siglos.

Primeramente si se rebaja de *la pretension* atribuida á los papas la posesion material del territorio y la soberanía sobre el mismo; lo que queda no puede llamarse con verdad *omnipotencia temporal.* Pues este es precisamente el caso en que nos encontramos, porque nunca han aspirado los soberanos pontífices á aumentar sus dominios temporales en perjuicio de los príncipes legítimos, ni á entorpecer el ejercicio de la soberanía de estos mismos, ni mucho menos á apoderarse de ella. Nunca han pretendido mas que *el derecho de juzgar á los príncipes que les estaban sometidos en el órden espiritual, cuando estos eran culpables de ciertos crímenes.*

Esto es muy diferente, y no solo no puede llamarse *omnipotencia temporal* este derecho, si existe, sino que se deberia llamar con mayor exactitud *omnipotencia espiritual*, supuesto que los papas no se han atribuido jamás ningun derecho sino en virtud de la potestad espiritual, y la cuestion se reduce absolutamente á la legitimidad y á la extension de esta potestad.

Si el ejercicio de dicho poder reconocido legítimo produce consecuencias temporales; los papas no pueden ser responsables, porque las consecuencias de un principio verdadero no pueden ser injusticias.

Los escritores, sobre todo los franceses, que han puesto en duda el derecho del soberano pontífice para excomulgar á los soberanos, y que han hablado en general del *escándalo de las excomuniones*, han cargado con una grande responsabilidad. Los hombres pruden-

tes nada desean mas que dejar ciertas cuestiones en una obscuridad provechosa; pero si son combatidos los principios, la prudencia misma se ve precisada á responder; lo que es un gran mal, aunque la imprudencia le haya hecho necesario. Cuanto mas se adelanta en el conocimiento de las cosas, mas se descubre que no es útil discutir, por escrito sobre todo, lo que es imposible definir por las leyes, porque solo puede decidirse el principio, y toda la dificultad consiste en la aplicacion, que se resiste á una decision escrita.

Fenelon dijo lacónicamente en una obra que no estaba destinada para publicarse: «La iglesia puede ex»comulgar al príncipe, y el príncipe puede quitar la »vida al pastor. Cada uno debe usar de este derecho »solamente en un extremo; pero es un verdadero de»recho (1).»

Esta es la verdad indisputable; pero ¿qué es *el último apuro?* No puede definirse. Hay pues que convenir en el principio, y callar en cuanto á las reglas de la aplicacion.

Justamente se han quejado algunos del exagerado propósito de libertar al estado eclesiástico de toda jurisdiccion temporal; pero con igual justicia puede uno quejarse de la exageracion contraria, que intenta emancipar á la potestad temporal de toda jurisdiccion espiritual.

En general se perjudica á la autoridad suprema procurando libertarla de esta especie de trabas, que no

(1) Historia de Fenelon, tomo III, documentos justificativos del lib. VII, memoria núm. VIII, pág. 479.

tanto se han puesto por la accion deliberada de los hombres, cuanto por la fuerza insensible de los usos y de las opiniones, porque los pueblos privados de sus antiguas garantías se inclinan á buscar otras en apariencia mas fuertes; pero siempre infinitamente peligrosas, toda vez que se fundan enteramente en teorías y raciocinios *à priori* que no han cesado de engañar á los hombres.

No hay cosa menos exacta, como se ve, que la expresion de *omnipotencia temporal*, usada para denotar la potestad que se atribuian los papas sobre los soberanos; al contrario era el ejercicio de un poder pura y eminentemente espiritual, en virtud del cual se creian con derecho á excomulgar á los príncipes culpables de ciertos crímenes sin ninguna usurpacion material, sin ninguna suspension de la soberanía y sin ninguna derogacion del dogma de su orígen divino.

No queda pues ya duda acerca de esta proposicion: que el poder que se atribuian los papas, no puede llamarse sin un abuso insigne de palabras *omnipotencia temporal*. Tambien sobre este punto puede oirse á Voltaire. Admírase mucho de *esa extraña potestad que todo lo podía en pais extranjero y tan poco en el suyo propío, que daba reinos, y que en Roma se veia coartada, suspensa é insultada, estando reducida á poner en juego todos los resortes de la política para conservar ó recobrar una aldea.* Con razon nos hace observar que *esos papas que quisieron ser demasiado poderosos y dar reinos, fueron todos perseguidos en el suyo* (1).

(1) Voltaire, Ensayo etc. tomo II, cap. LXV.

¿Qué es pues esa *omnipotencia temporal que no tiene ninguna fuerza temporal*; que no pide á los otros nada *temporal* ó *territorial*; que anatematiza todo atentado contra la potestad *temporal*, y cuyo poder *temporal* es tan flaco, que los ciudadanos de Roma se han burlado muchas veces de él?

Creo que la verdad se halla únicamente en la proposicion contraria; á saber, que la *potestad de que se trata es puramente espiritual.* Decidir despues cuáles son los límites precisos de esta potestad, es otra cuestion que no debe profundizarse aquí. Probemos solo (á lo que yo me he comprometido) que no es *un delirio* el aspirar á este poder, cualquiera que sea.

CAPÍTULO IX.

JUSTIFICACION DE ESTE PODER.

Los escritores *de la última edad* suelen tener un modo muy expedito de juzgar las instituciones. Suponen un órden de cosas puramente ideal, bueno segun ellos; y de allí parten como de un dato para juzgar las realidades.

En este género puede proporcionar Voltaire un ejemplo sobradamente cómico. Está sacado de la Henriada, y no sé que se haya reparado en él:

«Es un uso antiguo y sagrado entre nosotros. Cuan»do la muerte descarga sus desapiadados golpes sobre el »trono, y se seca en sus últimos conductos el manantial »de la sangre de los reyes, tan caros á la patria; en el »mismo instante recobra el pueblo sus primitivos dere»chos, y puede elegir un soberano y mudar sus leyes. »Los estados congregados, intérpretes de la Francia, »nombran un soberano y limitan su poder. Asi los de-

»cretos augustos de nuestros abuelos pusieron á los Ca-»petos en lugar de Carlo Magno (1).»

¡Charlatan! ¿dónde ha visto todas estas lindezas? ¿En qué libro ha leido *los derechos del pueblo*, ó de qué hechos los ha derivado? Cualquiera diria que las dinastías varian en Francia dentro de un periodo determinado como los juegos olímpicos. Dos variaciones en 1300 años: ¡cierto que es *un uso* muy constante! Y lo donoso es que en una y otra época «no se habia secado en sus últimos conductos el manantial de esa sangre tan cara á la patria;» al contrario circulaba libremente cuando fue excluida por un grande hombre que sin duda habia crecido y formádose cerca del trono para ocuparle (2).

(1) C'est un usage antique et sacré parmi nous.
Quand la mort sur le trône étend ses rudes coups,
Et que du sang des rois, si chers à la patrie,
Dans ses derniers canaux la source s'est tarie,
Le peuple au même instant rentre en ses premiers droits:
Il peut choisir un maître, il peut changer ses lois.
Les états assemblés, organes de la France,
Nomment un souverain, limitent sa puissance.
Ainsi de nos aïeux les augustes décrets
Au rang de Charlemagne ont placé les Capets.
(*Henr.*, c. *VII.*)

(2) Conviene oir el raciocinio de Voltaire como historiador acerca del mismo acontecimiento. «Sabido es, dice, como Hugo »Capeto arrebató la corona al tio del último rey. *Si los votos hu-»biesen sido libres*, Cárlos hubiera sido rey de Francia. No le pri-»vó del derecho de sus antepasados un parlamento de la nacion, »como han dicho tantos historiadores: privóle de él lo que hace »y deshace reyes, la fuerza ayudada de la sagacidad (Volt. En-»sayo etc., tom. II, cap. XXXIX).» Aqui, como se ve, no hay decretos augustos: y nótese que al márgen habia escrito lo siguiente: *Hugo Capeto se apodera del reino á viva fuerza.*

Discúrrese acerca de los papas del mismo modo que acabamos de oir raciocinar á Voltaire. Tácita ó expresamente se sienta como un hecho que la autoridad del sacerdocio no puede unirse de ninguna manera á la del imperio: que en el sistema de la iglesia católica no puede ser excomulgado un soberano: que el tiempo no altera en nada las constituciones políticas: que todo debia pasar en otro tiempo como en nuestros dias etc.; y con estas máximas tomadas por axiomas se decide que los antiguos papas habian perdido el juicio.

No obstante la simple luz de la razon nos enseña una conducta del todo diferente; y ¿no lo ha dicho el mismo Voltaire? «¡Hay en la historia tantos ejemplos de »la union del sacerdocio y del imperio en otras religio- »nes! (1)» Creo no haya necesidad de probar que esta union es infinitamente mas natural bajo el imperio de una religion verdadera, que bajo el de todas las demas que son falsas, pues que son *otras.*

Ademas es menester partir de este principio general é incontestable; á saber, que todo gobierno es bueno cuando se halla debidamente establecido, y subsiste sin contestacion desde largo tiempo. Solo las leyes generales son eternas; todo lo demas se muda, y un tiempo nunca se parece á otro. Sin duda que el hombre siempre será gobernado; mas no siempre de la misma manera. Otras costumbres, otros conocimientos, otras creencias traerán necesariamente consigo otras leyes. Los nombres de las cosas engañan sobre este punto co-

(1) Volt., Ensayo etc., tom. I, cap. XIII.

mo sobre otros muchos, porque estan destinados ya á significar las semejanzas de cosas contemporáneas, sin expresar sus diferencias, y ya á representar cosas que el tiempo ha mudado, mientras que sus nombres han quedado los mismos. Por ejemplo la voz *monarquía* puede representar dos gobiernos, ó contemporáneos, ó de diversos tiempos y mas ó menos diferentes bajo la misma denominacion; de modo que no podrá afirmarse del uno todo lo que se afirme justamente del otro.

«Es pues una idea vana y un trabajo muy des»apacible querer referirlo todo á los usos antiguos, y »fijar la rueda que el tiempo hace girar con un mo»vimiento irresistible. ¿A qué época se deberia recur»rir? ¿á qué siglo habria que remontarse? ¿á qué leyes »se deberia llegar? ¿á qué usos habria que atenerse? »Un ciudadano de Roma tendria tanto derecho para pe»dir al Papa cónsules, tribunos, senado, comicios y el »restablecimiento entero de la república romana, como »un ciudadano de Atenas para reclamar del sultan el »antiguo Areopago y las asambleas del pueblo que se »llamaban *iglesias* (1).»

Voltaire tiene ahora mucha razon; mas cuando se trate de juzgar á los papas se le verá olvidar sus propias máximas, y hablarnos de S. Gregorio VII como se hablaria del actual pontífice si emprendiese las mismas cosas. Sin embargo en el mundo se han presentado todas las

(1) (Volt., *ibid.*, t. III, c. LXXXVI.) Es decir, que las asambleas del pueblo se llamaban *asambleas*. Todas las obras filosóficas é históricas de Voltaire estan llenas de estos rasgos de erudicion que deslumbran.

formas de gobierno posibles, y todas son legítimas luego que se hallan establecidas debidamente; sin que sea permitido razonar jamás sobre hipótesis separadas de los hechos.

Ahora bien, si hay un hecho incontestable comprobado por todos los monumentos de la historia, es que los papas en la edad media, y aun bien entrados los últimos siglos, han ejercido un gran poder sobre los soberanos temporales: que los han juzgado y excomulgado en algunas ocasiones solemnes, y aun á veces han absuelto á los súbditos de estos príncipes del juramento de fidelidad que les habian prestado.

Cuando se habla de *despotismo y de gobierno absoluto*, rara vez se sabe lo que se dice. No hay gobierno alguno que lo pueda todo; porque en virtud de una ley divina hay siempre al lado de cualquiera soberanía cierta fuerza que le sirve de freno. Será una ley, será una costumbre, será la conciencia, será una tiara ó será un puñal; mas siempre hay algo.

Habiéndose dejado decir un dia Luis XIV delante de algunos cortesanos *que él no conocia mejor gobierno que el del Sofí*; uno de ellos (el mariscal d' Estrées, si no me engaño) tuvo el noble valor de responderle: *Señor, en mis dias he visto ahorcar á tres.* ¡Desgraciados los príncipes si lo pudiesen todo! Por fortuna suya y por la nuestra la omnipotencia real es imposible.

La autoridad de los papas fue el poder escogido y constituido en la edad media para equilibrar la soberanía temporal, y hacerla soportable á los hombres. Y esta no es mas que una de esas leyes generales que no

se quieren observar, y que no obstante son incontestablemente evidentes.

Todas las naciones del mundo han concedido al sacerdocio mas ó menos influencia en los negocios políticos, y está demostrado hasta la evidencia «que de todas »las naciones civilizadas ninguna ha atribuido menos »poder y privilegios á sus sacerdotes que los judios y los »cristianos (1).»

Las naciones bárbaras no se han dogmatizado ni civilizado jamás sino por la religion, y siempre la religion ha pensado principalmente en la soberanía.

«El interés del género humano pide que haya un »freno que contenga á los soberanos, y ponga á cubier»to la vida de los pueblos; y este freno de la religion »*pudiera haberse puesto* por un convenio universal *en »manos de los papas.* Aquellos primeros pontífices, no »mezclándose en las contiendas temporales sino para apa»ciguarlas, enseñando á los reyes y á los pueblos sus de»beres, reprendiendo sus crímenes, reservando las ex»comuniones para los grandes atentados, hubieran sido »mirados siempre como imágenes de Dios en la tierra. »Pero los hombres estan reducidos á no tener otra de»fensa que las leyes y las costumbres de su pais; leyes »frecuentemente despreciadas, y costumbres muchas »veces corrompidas (2).»

No creo que jamás se haya discurrido mejor en fa-

(1) *Hist. de la Acad. de inscrip. y bellas letras*, en 12.°, tomo XV, pág. CXLIII. — *Trat. hist. y dogmát. de la religion*, por el abate Bergier, tom. VI, pág. CXX.
(2) Volt., Ens. etc., tom. II, cap. LX.

vor de los papas. En la edad media los pueblos no tenian *en su propia casa* sino leyes nulas ó despreciadas, *y costumbres corrompidas*. Era pues preciso buscar *fuera* este *freno* indispensable y no se encontró ni pudo encontrarse sino en la autoridad de los papas. Asi sucedió lo que debia suceder.

Mas ¿qué quiere decir este grande hablador cuando expresa de un modo condicional que *este freno tan necesario á los pueblos hubiera podido ponerse en manos de los papas por un convenio universal?* Lo estuvo con efecto, no por un convenio expreso de los pueblos que es imposible, sino por un convenio tácito y universal, reconocido tanto por los príncipes, como por sus súbditos, y que ha producido ventajas incalculables.

Si los papas han hecho alguna vez mas ó menos de lo que Voltaire desea en el pasaje citado es porque en lo humano nada hay perfecto, y porque no existe poder alguno que no haya abusado jamás de sus fuerzas. Mas si, como lo exigen la justicia y la recta razon, se prescinde de estas irregularidades inevitables, se encontrará en efecto « que los papas han reprimido á los so»beranos, protegido á los pueblos, terminado contiendas »temporales con una prudente intervencion, advertido á »los reyes y á los pueblos sus deberes, y castigado con »anatemas los grandes atentados que no habian podido evitar.»

Puede juzgarse ahora de la increible ridiculez de Voltaire, que en el mismo volumen, y á sola la distancia de cuatro capítulos, dice gravemente: «Que las con»tiendas (entre el imperio y el sacerdocio) son una con-

»secuencia necesaria de la forma mas absurda de go-»bierno á que los hombres se han sometido jamás: este »absurdo consiste en depender de un *extranjero* (1).»

Pues ¡cómo, Voltaire! Acabais de refutaros de antemano, y de sostener precisamente lo contrario. Habeis dicho «que esta potestad *extranjera* era altamente re-»clamada por el interes del género humano; porque los »pueblos, privados de un protector *extranjero*, no ha-»llaban otro apoyo en *su propia casa* que unas costum-»bres frecuentemente corrompidas y unas leyes mu-»chas veces despreciadas.» Así el mismo poder que en el capítulo LX es *el mas apetecible y precioso de cuantos pueden imaginarse*, en el LXV se convierte en el *mas absurdo que jamás se ha visto.*

Tal es Voltaire, el mas despreciable de todos los escritores cuando se le considera bajo el punto de vista moral, y por esta misma razon el mejor testigo en favor de la verdad, cuando le rinde homenaje por distraccion.

No hay cosa mas razonable ni plausible que la idea de una influencia moderada de los sumos pontífices en los actos de los príncipes. El emperador de Alemania, *aun sin estados*, pudo gozar de una jurisdiccion legítima sobre todos los príncipes que formaban la confederacion germánica; pues ¿por qué no podria el Papa gozar del mismo modo de cierta jurisdiccion sobre todos los príncipes de la cristiandad? En esto nada hay contrario á la naturaleza de las cosas. Si esta potestad

(1) Voltaire, Ensayo etc., tomo II, c. LXV.

no se halla establecida; no digo que se establezca (lo protesto solemnemente); pero si está establecida, será tan legítima como cualquier otra, supuesto que ningun poder tiene otro fundamento. La teoría pues y los hechos estan acordes y favorecen al Papa.

Diga enhorabuena Voltaire que el Papa es un *extranjero*: esa es una de sus acostumbradas *insustancialidades.* El Papa, en su cualidad de príncipe temporal, es sin duda, como todos los demas, *extranjero* fuera de sus estados; mas como sumo pontífice en ninguna parte es *extranjero* en la iglesia católica, del mismo modo que el rey de Francia no lo es en Burdeos ni en Leon.

«Hubo momentos muy honrosos para la corte de Ro»ma (tambien lo dice Voltaire); y si los Papas hubie»sen siempre usado así de su autoridad, hubieran sido »los legisladores de la Europa (1).»

Pues es un hecho atestiguado por la historia entera de aquellos tiempos remotos que los Papas han usado justa y prudentemente de su autoridad con bastante frecuencia para ser los legisladores de la Europa; y no se necesita mas.

Los abusos nada significan, porque «á pesar de to»das las turbaciones y de todos los escándalos siempre »hubo en los ritos de la iglesia romana mas decoro y »mas gravedad que en otras partes. Se conocia que esta »iglesia *cuando era libre* (2) y estaba bien gobernada, po-

(1) Voltaire, Ensayo etc., tom. II, cap. LX.

(2) Esta es una palabrota. A ciertos príncipes que se quejaban de algunos Papas hubiera podido decírseles: *Si no son tan buenos como deberian ser, es porque vosotros los habeis hecho.*

»dia dar lecciones á las otras (1); y en la opinion de los »pueblos un obispo de Roma era una cosa mas santa »que cualquier otro obispo (2).»

Mas ¿de dónde provenia esa opinion universal que hacia del Papa un ser mas que humano, y ante cuyo poder puramente espiritual todo se rendia? Es necesario estar absolutamente ciego para no ver que la creacion de semejante poder era por necesaidad ó imposible ó divino.

No terminaré este capítulo sin hacer una observacion, sobre la cual me parece que no se ha insistido bastante, y es que los mayores actos de autoridad que se pueden citar de los Papas relativos al poder temporal, recaian siempre sobre alguna soberanía electiva, es decir, una soberanía á medias, á la cual habia sin duda derecho de pedir razon de su conducta, y aun se la podia deponer si llegaba á prevaricar hasta cierto punto. Voltaire nota muy bien que *la eleccion supone necesariamente* un contrato entre el rey y la nacion (3); de modo que el rey electivo puede siempre ser considerado como parte, y juzgado: fáltale siempre aquel carácter sagrado que es obra del tiempo; porque el hombre realmente no respeta nada de lo que él mismo ha hecho, y se juzga á sí mismo despreciando sus obras, hasta que Dios las haya sancionado con el tiempo. Siendo pues mal comprendida en general la soberanía, y no estando bien

(1) Voltaire, Ensayo etc., cap. LXV.
(2) Voltaire, ibid. tom. III, cap. CXXI.
(3) Voltaire, ibid. tom. III, cap. CXXI.

asegurada en la edad media, la electiva en particular casi no tenia mas consistencia que la que le daban las cualidades personales del soberano; y así no es de admirar que haya sido tan frecuentemente combatida, trasladada ó destruida. Los embajadores de S. Luis decian francamente al emperador Federico II en 1239: «Nosotros »creemos que el rey de Francia, nuestro amo, que no »debe el cetro de los franceses mas que á su nacimien»to, es muy superior á cualquier emperador, á quien »*solo* una eleccion libre ha colocado en el trono (1).»

Esta profesion de fé era muy razonable. Cuando vemos pues á los emperadores en pugna con los Papas y con los electores, no debemos admirarnos: estos usaban de su derecho expulsando simplemente á los emperadores *porque no estaban contentos con ellos.* ¿No vemos todavía á principios del siglo XV al emperador Wenceslao, legalmente depuesto como *negligente, inútil, disipador é indigno* (2)? Y aun prescindiendo de la cualidad electiva, que da, como acabamos de observar, mas accion sobre la soberanía, entonces no se habia puesto todavía en cuestion si el soberano puede ó no ser juzgado por alguna causa. En el mismo siglo fueron depuestos solemnemente, ademas del emperador Wenceslao,

(1) *Credimus dominum nostrum regem Galliæ, quem linea regii sanguinis provexit ad sceptra Francorum regenda, excellentiorem esse aliquo imperatore quem sola electio provehit voluntaria* (Maimbourg, ad. ann. 1239).

(2) Estos epítetos aun eran suaves para el verdugo de *S. Juan Nepomuceno;* mas si el Papa hubiera tenido entonces el poder de aterrar á Wenceslao, este hubiera muerto en su trono, y habria muerto menos culpable.

dos reyes de Inglaterra Eduardo II y Ricardo II, y el Papa Juan XXIII, todos cuatro juzgados y destituidos con las formalidades jurídicas; y la regente de Hungría fue condenada á muerte (1).

Ningun poder soberano puede libertarse de cierta resistencia. Esta fuerza represiva podrá mudar de nombre, de atribuciones y de situacion; pero existirá siempre; y si hace que se derrame sangre, será un inconveniente semejante al de las inundaciones y de los incendios, que de ningun modo prueban que deba suprimirse el agua ni el fuego.

Se ha observado que la pugna de las dos potestades, que tan malamente se ha llamado la *guerra del sacerdocio y del imperio*, no ha salido jamás de los límites de Italia y de Alemania, á lo menos en cuanto á sus grandes efectos, quiero decir, la destruccion y la variacion de las soberanías. Sin duda en otro tiempo muchos príncipes fueron excomulgados: mas ¿cuáles eran los resultados de estos grandes juicios? El soberano se rendia á la razon ó afectaba rendirse: se abstenia por de pronto de una guerra criminal: despedia á su manceba en la forma á lo ménos; y alguna vez la mujer legítima recobraba sus derechos. Mediaban potencias amigas ó personajes importantes, y el Papa por su parte, si habia obrado con demasiada severidad ó precipitacion, oía benignamente las representaciones de la prudencia. ¿Qué reyes de España, de Francia, de Inglaterra, de Suecia,

(1) Esta observacion es de Voltaire. Ensayo sobre las costumbres, tom. II, cap. LXVI y LXXXV.

de Dinamarca han sido depuestos *eficazmente* por los Papas? Todo se reduce á amenazas y á tratados; y sería muy fácil citar casos en que los sumos pontífices fueron engañados por su condescendencia. La verdadera lucha existió siempre en Italia y en Alemania; ¿y por qué? Porque las circunstancias políticas lo hacian todo, y la religion no tenia ninguna parte. Todas las disensiones, todos los males procedian de una soberanía mal constituida y de la ignorancia de todos los principios. El príncipe que es electivo, goza siempre la corona como un usufructuario, y no piensa mas que en sí mismo, porque el estado no le pertenece sino en cuanto á los goces presentes. Casi siempre carece del verdadero espíritu de rey, y el carácter sagrado, que solo está *pintado*, mas no *grabado* sobre su frente, no puede resistir al menor rozamiento.

Federico II habia hecho que sus jurisconsultos, presididos por Bartulo, decidieran que él habia sucedido en todos los derechos de los emperadores romanos, y que en esta cualidad era dueño de todo el mundo conocido. Esto de ningun modo convenia á Italia; y el Papa, aunque no se le considerase mas que como primer elector, tenia sin duda algun derecho para oponerse á tan singular jurisprudencia. Por lo demas no se trata de averiguar si los Papas han sido hombres, y si no se han engañado jamás, sino de saber si guardada la debida proporcion, han ostentado en el trono que han ocupado, mas prudencia, mas ciencia y mas virtud que los otros príncipes; y sobre este punto, ni aun la duda debe permitirse.

CAPÍTULO X.

EJERCICIO DE LA SUPREMACÍA PONTIFICIA SOBRE LAS SOBERANÍAS TEMPORALES.

Habiendo borrado la barbarie y las guerras interminables todos los principios, reducido la soberanía en Europa á tal estado de fluctuacion cual jamás se ha visto, y creado por todas partes desiertos; era muy ventajoso que una autoridad superior tuviese cierta influencia sobre esta soberanía; y como los papas eran superiores en ciencia y en prudencia, y por otra parte mandaban á todos los sabios de aquel tiempo; la fuerza de las cosas los invistió por sí misma y sin contradicion de aquella superioridad sin la cual no podia pasarse entonces la Europa. El principio absolutamente verdadero de que la *soberanía viene de Dios*, daba nueva fuerza á estas ideas antiguas, y al fin se formó una opinion casi universal, que atribuia á los papas cierta competencia en las cuestiones de soberanía. Esta idea era muy sabia, y valia mas que todos nuestros sofismas.

Los papas no se entrometian en incomodar á los príncipes prudentes en el ejercicio de sus funciones, y mucho menos en turbar el órden de las sucesiones soberanas, mientras las cosas iban segun las reglas ordinarias y conocidas; y solo cuando habia un grande abuso, un gran crímen ó una gran duda, interponia el sumo pontífice su autoridad. Ahora bien, nosotros que miramos con cierto aire de compasion á nuestros antepasados, ¿cómo salimos del paso en casos semejantes? Con la rebelion, con las guerras civiles y con todos los males que resultan de ellas. A la verdad que no tenemos en esto de qué alabarnos. Si el Papa hubiera decidido el proceso entre Enrique IV y los de la Liga, hubiera adjudicado el reino de Francia á este gran príncipe, *con la obligacion de profesar la religion del estado*; es decir, que hubiera juzgado como ha juzgado la Providencia; mas los preliminares hubieran sido algo diferentes.

Y si la Francia actual, humillándose á una autoridad divina, hubiera recibido su excelente rey de manos del sumo pontífice; ¿se cree que no estaria en este momento algo mas contenta de sí misma y de los demas?

La sensatez de los siglos que llamamos *bárbaros*, sabia en esto mas de lo que se cree comunmente. No es de extrañar que unos pueblos nuevos, que por decirlo asi obedecen al solo instinto, hayan adoptado ideas tan sencillas y tan plausibles; pero es muy importante observar cómo estas ideas que en otro tiempo se llevaron tras sí á unos pueblos bárbaros, han podido reunir en es-

tos últimos siglos la conformidad de tres hombres como Belarmino, Hobbes y Leibnitz (1).

«Importa poco aqui que el Papa haya tenido este »primado por *derecho divino* ó por *derecho humano*, con »tal que sea constante que durante muchos siglos ejer»ció en el Occidente, con consentimiento y aplauso uni»versal, un poder seguramente muy extenso. Aun en»tre los protestantes hay muchos hombres célebres que »han creido que podia dejarse este derecho al Papa, y »que seria útil á la iglesia si se cercenaban algunos »abusos (2).»

Asi pues la teoría sola seria indestructible; mas ¿qué podrá responderse á los hechos, que son el todo en las cuestiones de política y de gobierno? Nadie dudaba, ni aun los mismos soberanos dudaban, de este poder de los Papas; y Leibnitz observa con mucha verdad y con la delicadeza que acostumbra, que cuando el emperador Federico decia al Papa Alejandro III: *no á vos, sino á Pedro*, confesaba el poder de los Papas sobre los reyes, y solo disputaba el abuso (3).

Esta observacion puede generalizarse. Los príncipes anatematizados por los Papas no disputaban sino sobre la jus-

(1) *«Los argumentos de Belarmino, el cual de la suposicion »de que los Papas tienen jurisdiccion sobre lo espiritual, infie»re que tienen una jurisdiccion, á lo menos indirecta, sobre lo »temporal,* no han parecido despreciables al mismo Hobbes. Efec»tivamente es cierto etc.» (Leibnitz, *Oper*. tom. 4, part. 3, página 401 en 4.° .—*Pensamientos de Leibnitz*, en 8.°, tom. 2, página 406).

(2) Leibnitz, *ibid*. pág. 401.

(3) Leibnitz, *Oper*. tom. IV, part. III, pág. 401.

ticia de los anatemas; de modo que estaban prontos á servirse de ellos contra sus enemigos; lo que no podian hacer sin confesar manifiestamente la legitimidad de la potestad.

Voltaire, despues de haber referido á su modo la excomunion de Roberto de Francia, observa «que el »emperador Oton III asistió personalmente al conci»lio donde se pronunció la excomunion (1).» Luego el emperador confesaba la autoridad del Papa; y es cosa muy singular que los críticos modernos no quieran conocer la contradiccion manifiesta en que incurren cuando notan todos de comun acuerdo «que lo mas deplora»ble que habia en estos grandes juicios, era la ceguedad »de los príncipes que no negaban la legitimidad de aque»llos, y aun los invocaban muchas veces.»

Mas si los príncipes estaban de acuerdo en esto, todo el mundo lo estaba tambien, y solo deberá tratarse de los abusos que se encuentran en todas partes.

Felipe Augusto, á quien el Papa acababa de transferir en herencia perpetua el reino de Inglaterra...... no publicó entonces *que no pertenecia al Papa dar las coronas...* «El mismo habia sido excomulgado algunos »años antes... porque habia querido repudiar á su mujer. »Entonces habia declarado que las censuras de Roma »eran insolentes y abusivas.... Pero pensó de muy dife»rente modo cuando fue el ejecutor de una bula, que »le daba la posesion de Inglaterra (2).» Es decir que

(1) Voltaire, Ens. etc. tom. II, cap. XXXIX.
(2) Voltaire, ibid. tom. II, cap. L.

la autoridad de los Papas era contradicha por aquel á quien corregia; luego no ha habido nunca autoridad mas legítima, pues que jamás la ha habido menos disputada.

Habiendo depuesto la dieta de Forcheim al emperador Enrique IV el año 1077, y nombrado en su lugar á Rodulfo, duque de Suabia; el Papa congregó un concilio en Roma para juzgar las pretensiones de los dos rivales, los cuales juraron por medio de sus embajadores que estarian á la decision de sus legados (1), y fue confirmada la eleccion de Rodulfo. Entonces apareció en la diadema de este emperador aquel verso célebre:

Petra (es decir Jesucristo) *dedit Petro, Petrus diadema Rodulpho.*

La piedra entregó la corona á Pedro, y Pedro la entregó á Rodulfo.

Enrique V, despues de su coronacion como rey de Italia, hizo en 1110 un tratado con el Papa, por el cual el emperador renunciaba á sus pretensiones sobre las investiduras, «con la condicion de que el Papa por »su parte le cederia los ducados, condados y marquesa»dos, las tierras y los derechos de justicia, de moneda, »y otros que los obispos de Alemania estaban pose»yendo.»

En 1209, habiendo invadido Oton de Sajonia el

(1) Maimbourg, año 1077.

territorio de la santa sede contra todas las leyes mas sagradas y aun contra sus mas solemnes empeños, fue excomulgado. El rey de Francia y toda la Alemania se declararon contra él, y por último fue depuesto en 1211 por los electores, que nombraron en su lugar á Federico II. Depuesto este mismo Federico II el año 1228, S. Luis representó al Papa «que si el emperador »habia merecido realmente ser depuesto, no deberia »haberlo sido sino en un concilio general;» es decir en el fondo, por el Papa mejor informado (1).

En 1245 Federico II fue excomulgado y depuesto en el concilio general de Leon. En 1335 el emperador Luis de Baviera, que habia sido excomulgado por el Papa, envió embajadores á Roma para solicitar su absolucion; y en 1338 volvieron allí para el mismo objeto acompañados de los embajadores del rey de Francia.

En 1346 el Papa excomulgó nuevamente á Luis de Baviera, y *de concierto con el rey de Francía* hizo nombrar á Cárlos de Moravia &c. (2).

Voltaire ha escrito un largo capítulo para probar

(1) En la representacion de este gran príncipe se descubria el gérmen del espíritu de oposicion que se manifestó en Francia antes que en otras partes. Felipe el Hermoso apeló tambien del decreto de Bonifacio VIII al concilio universal; mas en estas mismas apelaciones confesaban los príncipes que *la iglesia universal*, como dice Leibnitz, *habia recibido alguna autoridad sobre sus personas, de la cual se abusaba entonces respecto de ellos.*

(2) Estos hechos son muy conocidos y pueden verificarse en los años correspondientes en la excelente obra de Maimbourg: *Hist. de la decadencia del imperio;* en los *Anales* de Muratori, y generalmente en todas las historias relativas á la misma época.

que los Papas han dado todos los reinos de Europa con el consentimiento de los reyes y de los pueblos; y cita á un rey de Dinamarca que en 1329 decia al Papa: « Santísimo padre, el reino de Dinamarca, como vos » sabeis, no depende mas que de la iglesia romana, á » la cual paga tributo; pero no del imperio (1).»

Continúa luego estos mismos pormenores en el capítulo siguiente, y despues escribe al márgen con una profundidad que asombra: *Grande prueba de que los Papas daban los reinos.* Por esta vez convenimos enteramente con él. *Los Papas daban todos los reinos*; *luego daban todos los reinos.* Este es uno de los mejores raciocinios de Voltaire (2). Tambien cita en otra parte al poderoso Carlos V, que pedia al Papa una dispensa para agregar el título de *rey de Nápoles* al de emperador (3).

El orígen divino de la soberanía y la legitimidad individual, conferida y declarada por el vicario de Jesucristo, eran ideas tan arraigadas en todos los entendimientos, que Livon, Rey de la Armenia Menor, envió á prestar pleito homenage al emperador y al Papa en 1242, y fue coronado en Maguncia por el arzobispo de aquella ciudad (4).

Al principio del mismo siglo Joannicio, rey de los búlgaros, se sometio á la iglesia romana, y envió em-

(1) Voltaire, *Ensayo sobre las costumb.* etc., tom. III, cap. LXIII.

(2) Voltaire, *ibid.* tomo III, cap. LXIV.

(3) Voltaire, *ibid* tom. III, cap. CXXIII.

(4) Maimbourg, *Hist. de la decadencia* etc, año 1242.

bajadores á Inocencio III para prestarle obediencia filial, y pedirle la corona real, *como sus predecesores la habian recibido otras veces de la santa sede* (1).

En 1275 Demetrio, arrojado del trono de Rusia, apeló de este acto al Papa, como al juez de todos los cristianos (2). Y para terminar con alguna cosa acaso mas notable, recordaremos que aun en el siglo XVI Enrique VII, rey de Inglaterra, príncipe medianamente enterado de sus derechos, pedia sin embargo la confirmacion de su título al Papa Inocencio VII, el cual se la concedió por una bula que cita Bacon (3).

No hay cosa mas chistosa que ver á los Papas justificados por sus mismos acusadores. Escuchemos otra vez á Voltaire: «Cualquiera príncipe, dice, que que- »ria usurpar ó recobrar un estado, se dirigia al Papa »como á su dueño..... Ningun príncipe nuevo se atrevia »á llamarse soberano, ni podia ser reconocido de los »demas sin el permiso del Papa; y el fundamento de »toda la historia de la edad media es siempre que los »Papas se creian señores feudales de todos los estados, »sín exceptuar ninguno (4).»

Nos basta con esto: la legitimidad del poder está demostrada. El autor de las *Cartas relativas á la historia*, acaso mas enconado contra los Papas que el mismo

(1) Maimb. *Hist. del cisma de los griegos*, tomo II, lib. IV, año 1201.

(2) Voltaire, *Anal. del imperio*, tomo I, pág. CLXXVIII.

(3) Bacon, *Historia de Enrique VII*, pág. 29 de la traduccion francesa.

(4) Voltaire, *Ensayo*, etc., tomo III, cap. LXIV.

Voltaire, cuyo odio era, por decirlo así, todo superficial, tuvo que venir á parar al mismo resultado, es decir, á justificar completamente á los Papas, creyendo que los acusaba.

«Por desgracia, dice, casi todos los soberanos por » una ceguedad inconcebible trabajaban ellos mismos » en acreditar en la opinion pública una arma, que ni » tenia ni podia tener fuerza sino por esta opinion. Cuan- » do con ella se acometia á alguno de sus rivales ó de sus » enemigos, no solamente lo aprobaban, sino que algunas » veces provocaban la excomunion; y encargándose de » ejecutar la sentencia que despojaba á un soberano de » sus estados, sometian los suyos á aquella jurisdiccion » usurpada (1).»

En otra parte cita un grande ejemplo de este derecho público, y queriéndole refutar acaba de justificarle: «Parecia que estaba reservado, dice, á este funesto » tratado (la liga de Cambray) el encerrar todos los vi- » cios. El derecho de excomulgar en materia temporal, » fue reconocido allí por dos soberanos, y se estipuló » que Julio fulminaria un entredicho contra Venecia, » si dentro de cuarenta dias no devolvia sus usurpacio- » nes (2).»

«Hé aquí, diria Montesquieu, la *esponja* que debe » pasarse á todas las objeciones hechas contra las exco- » muniones antiguas.»

(1) *Cartas relativas á la historia*, tomo II, carta XLIII, pág. CDXIII en 8.

(2) *Cartas relativas á la historia*, tomo III, carta LXIII, pág. CCXXXIII.

¡Cuánto ciega la preocupacion aun á los hombres mas perspicaces! Acaso es esta la primera vez que se arguye de la universalidad de un uso contra su legitimidad. Y ¿qué cosa hay segura entre los hombres, si la costumbre, sobre todo no contradicha, no es la madre de la legitimidad? El mayor de todos los sofismas es el de aplicar un sistema moderno á los tiempos pasados, y juzgar por esta regla las cosas y los hombres de aquellas épocas mas ó menos lejanas. Con este principio se destruiria el universo; porque no hay institucion alguna establecida que no pueda destruirse por el mismo medio, juzgándola por una teoría abstracta. Desde el punto en que se ve á los príncipes y los pueblos de acuerdo sobre la autoridad de los Papas, caen por tierra todos los razonamientos modernos, mucho mas cuando la teoría mas cierta viene en apoyo de los usos antiguos.

Echando pues una ojeada filosófica hácia el poder ejercido en otros tiempos por los Papas, puede preguntarse por qué razon se desplegó tan tarde en el mundo. Dos respuestas hay á esta cuestion. En primer lugar, el poder pontificio en razon de su carácter é importancia, estaba sujeto mas que otro alguno á la ley universal del crecimiento; y si se reflexiona que debia durar tanto como la misma religion, se hallará que su madurez no se retardó. La planta es una imágen natural de los poderes lejítimos. Considérese un árbol: la duracion de su crecimiento es siempre proporcional á su fuerza y á su duracion total. Todo poder que inmediatamente se halla constituido con toda la plenitud de

sus fuerzas y de sus atributos, es por lo mismo falso, efímero y ridículo. A tanto equivaldria imaginar un hombre que naciese ya adulto.

En segundo lugar era preciso que la explosion, por decirlo así, del poder pontificio coincidiese con la juventud de las soberanias europeas que debia *cristianizar*.

Voy á resumir. Ninguna soberania es ilimitada en todo el rigor de la palabra, ni aun puede serlo. Siempre y en todas partes ha sido limitada de alguna manera (1). La mas natural y menos peligrosa, especialmente entre las naciones nuevas y feroces, era sin duda una intervencion cualquiera del poder espiritual. La hipótesis de todas las soberanias cristianas, reunidas por la fraternidad religiosa en una especie de república universal bajo la supremacía moderada del poder espiritual supremo, nada tenia de chocante, y aun podia presentarse á la razon, como superior á la institucion de los Anfictyones de la Grecia. Yo no veo que en

(1) Esto debe entenderse segun la explicacion que he dado ya (*lib. II, cap. III, pág.* 201); es decir, que no hay soberanía que por fortuna de los hombres y por la suya propia no se halle limitada de alguna manera; pero que dentro de estos límites, puestos segun Dios ha querido, es siempre y en todas partes absoluta, y debe mirarse como infalible. Y cuando hablo del ejercicio legítimo de la soberanía, no entiendo el ejercicio *justo* (lo que produciria una anfibologia peligrosa), á menos que por esta última voz no se quiera decir que todo cuanto ella obra dentro de su círculo, es justo, ó tenido por tal: lo cual es verdad. De este modo un tribunal supremo, mientras no sale de sus atribuciones es siempre justo, porque realmente (*en la práctica* lo mismo es ser infalible, que engañarse sin que haya apelacion.

los tiempos modernos se haya inventado nada mejor, ni aun tan bueno. ¿Quién sabe lo que hubiera sucedido si la teocracia, la politica y la ciencia se hubieran podido poner tranquilamente en equilibrio perfecto, como sucede siempre á los elementos cuando se los abandona á sí mismos, y se deja obrar al tiempo? En este órden de cosas no hubieran sido posibles las calamidades mas espantosas, las guerras de religion, la revolucion francesa &c.: el poder pontificio aun tal como ha podido desplegarse, y á pesar de la terrible mezcla de errores, de vicios y de pasiones que han asolado la humanidad en épocas deplorables, no ha dejado de hacer á esta los mas señalados servicios.

Los innumerables escritores que no han hallado estas verdades en la historia, sabian sin duda escribir (demasiado lo han probado); pero ciertamente no han sabido leer.

CAPÍTULO XI.

APLICACION HIPOTÉTICA DE LOS PRINCIPIOS PRECEDENTES.

*Humildísimas y respetuosísimas representaciones de los estados generales del reino de ***, congregados en *** á N. SS. P. el Papa Pio VII.*

«Santísimo padre: Enmedio de la mas amarga afliccion y de la mas cruel angustia que pueden experimentar unos súbditos fieles, y obligados á elegir entre la perdicion absoluta de una nacion y las últimas medidas de rigor contra una testa coronada, los estados generales no han discurrido mejor medio que echarse en los brazos paternales de V. Santidad, é invocar su justicia suprema para salvar, si es tiempo aun, un imperio atribulado.

«El soberano que nos gobierna, santísimo padre, únicamente reina para nuestra perdicion. No negamos sus virtudes; pero son inútiles, al paso que son tales sus desaciertos, que si V. Santidad no nos alarga la mano, no hay ya esperanza de salvacion para nosotros.

«Por una exaltacion de espíritu sin igual se ha figurado este príncipe que viviamos en el siglo XVI, y

que él era *Gustavo Adolfo*. V. Santidad puede hacer que se le pongan de manifiesto las actas de la dieta germánica; y allí verá V. Santidad que nuestro soberano, como miembro de la confederacion, ha remitido al directorio varias notas que parten evidentemente de las dos suposiciones que acabamos de indicar, y cuyas consecuencias nos agobian. Enajenado por un funesto entusiasmo militar y falto absolutamente de talento, quiere hacer la guerra: no quiere que se haga por él, y él no sabe hacerla. Compromete sus tropas, las humilla, y castiga despues en sus oficiales los reveses de que él es autor. Contra las reglas comunes de la prudencia se obstina en sostener la guerra á pesar de su nacion contra dos potencias colosales, de las que una sola bastaria para aniquilarnos diez veces. Entregado á las visiones *del iluminismo*, estudia la política en el Apocalipsis; y ha llegado á creer que se le designa en este libro como el personaje extraordinario destinado á destruir al gigante que conmueve en el dia todos los tronos de Europa: el nombre que le distingue hoy entre los reyes, es para él menos lisonjero que el que aceptó al filiarse en las sociedades secretas: con este firma los documentos públicos, y sustituye á las armas de su augusta familia el burlesco blason *de los hermanos*. Tan poco racional en lo interior de su casa como en el consejo, desecha hoy á una compañera irreprensible, por razones que nuestros diputados tienen órden de explicar á V. Santidad de viva voz; y si con una determinacion saludable no ataja V. Santidad este plan, no dudamos que muy pronto quede justificado nuestro recurso con alguna eleccion desigual y extra-

vagante. En fin, santísimo padre, de V. Santidad nada mas depende el convencerse con las pruebas mas incontestables que habiéndose enajenado irrevocablemente la nacion de la dinastía que nos gobierna; debe desaparecer por el bien público, que es primero que todo, esta familia proscrita por la opinion universal.

«Sin embargo no quiera Dios, santísimo padre, que nosotros apelemos á nuestro propio juicio, é intentemos determinarnos por nosotros mismos en esta ocasion importante. Sabemos que los reyes no tienen jueces temporales, sobre todo entre sus súbditos, y que la magestad real no depende mas que de Dios. A V. Santidad pues, santísimo padre, como representante de su hijo en la tierra, dirigimos nuestras súplicas, para que se digne V. Santidad de absolvernos del juramento de fidelidad que nos ligaba á la familia real que nos gobierna, y transferir á otra unos derechos, de que no podria ya gozar el poseedor actual sino para desgracia suya y desgracia nuestra.»

¿Cuáles serian las resultas de este gran recurso? Ante todas cosas el Papa prometeria tomar la cosa en profunda consideracion, y pesar los agravios de la nacion en la balanza de la justicia mas escrupulosa: lo que bastaria al pronto para calmar los ánimos, porque el hombre es así; la denegacion de justicia es lo que le irrita, y la imposibilidad de obtenerla lo que le desespera. Cuando está seguro de que le ha de oir un tribunal legítimo, se tranquiliza.

El Papa enviaria despues á aquel pais un sugeto de su mas íntima confianza y á propósito para tratar negocios

tan grandes. Este enviado mediaria entre la nacion y su soberano, y mostraria á los unos la falsedad ó la exageracion visible de sus quejas, el mérito incontestable del soberano y los medios de evitar un ruidoso escándalo político, y al otro los peligros de la inflexibilidad, la necesidad de respetar ciertas preocupaciones y sobre todo la inutilidad de apelar al derecho y á la justicia cuando se desencadena una vez la fuerza ciega: en fin no omitiria diligencia para evitar el último extremo.

Sin embargo echemos la cosa á lo peor, y supongamos que el soberano pontífice creyese debia absolver á los súbditos del juramento de fidelidad: á lo menos impediria todas las medidas violentas. Sacrificando al rey salvaria la magestad: no olvidaria ninguno de los lenitivos personales que las circunstancias permitiesen, y sobre todo (y quizá esto merece llamar la atencion, aunque sea ligeramente) clamaria fuertemente contra el proyecto de destituir á una dinastía entera ni aun *por los crímenes*, pero mucho menos por las faltas de un solo príncipe. Enseñaria á los pueblos *que la familia es la que reina*: *que el caso ocurrido era enteramente semejante al de una sucesion ordinaria abierta por muerte ó enfermedad*; *y acabaria por anatematizar á cualquiera que fuese tan atrevido que pusiera en duda los derechos de la casa reinante.*

Esto es lo que el Papa hubiera hecho, suponiendo reunidas las luces de nuestro siglo al derecho público del siglo XII. ¿Se cree que no seria posible obrar peor? ¡Qué ciegos somos por lo general! Y si es lícito decirlo, ¡cómo engañan las apariencias á los príncipes en particu-

lar ! Les hablan vagamente *de los excesos* de Gregorio VII y de la superioridad de nuestros tiempos modernos; pero ¿cómo el siglo de las rebeliones ha de tener derecho de mofarse del siglo de las dispensas? El Papa no absuelve ya del juramento de fidelidad; pero se absuelven los pueblos mismos, se rebelan, deponen á los príncipes, los matan á puñaladas, los conducen al patíbulo, y aun hacen otra cosa peor. Sí, hacen otra cosa peor, no me retracto: les dicen: *Vosotros no nos convenís ya*: *idos*. Proclaman en alta voz la soberanía original de los pueblos y el derecho que tienen de tomarse por sí la justicia. Una fiebre constitucional (creo que puede uno expresarse asi) se ha apoderado de todas las cabezas, y no se sabe todavía lo que producirá. Privados los entendimientos de todo centro comun, y discordando del modo mas alarmante, solo concuerdan en un punto, el de limitar las soberanías. ¿Qué es pues lo que han ganado los soberanos con esas luces tan ponderadas y dirigidas todas contra ellos? Yo prefiero al Papa.

Faltanos ver si es verdad que la pretension de poder que vamos examinando, *ha inundado á la Europa de sangre y de fanatismo.*

CAPÍTULO XII.

SOBRE LAS SUPUESTAS GUERRAS PRODUCIDAS POR LA PUGNA DE LAS DOS POTESTADES.

El principio de esta pugna entre las dos potestades debe fijarse en el año 1076. Entonces el emperador Henrique IV, citado en Roma por causa de simonía, envió sus embajadores, que el Papa no quiso recibir. Irritado el emperador mandó juntar un concilio en Worms, donde hizo deponer al Papa. Este, que era el célebre Gregorio VII, depuso por su parte al emperador, y declaró libres á sus súbditos del juramento de fidelidad (1): sometióse Henrique; pero á pesar de esta sumision Gregorio que se habia limitado á la absolu-

(1) *Risoluzione che quantumque non pratticata da alcuno de' suoi predecessori, pure fu creduta giusta è necessaria in questa congiuntura* (Muratori, *Annal. de Italia* tom. IV, en 4.º, página 246). Añádase á esto lo que dice en la página precedente: *Fin qui avea il pontefice Gregorio usate tutte le maniere più efficaci ma insieme dolci per impedir la rottura.* (*Ibid.* pág. 245.)

cion lisa y llana, mandó luego á los príncipes de Alemania que eligiesen otro emperador, si no estaban contentos con Henrique. Estos llamaron al imperio á Rodulfo de Suabia, y se encendió la guerra entre los dos competidores. En seguida ordenó el Papa á los electores que celebraran una nueva asamblea, para terminar estas diferencias, y excomulgó á todos cuantos pusiesen el menor obstáculo á aquella.

Los partidarios de Henrique depusieron nuevamente al Papa en el concilio de Brescia, año 1080 (1); mas habiendo sido derrotado y muerto Rodulfo en el mismo año, se acabaron las hostilidades.

Si se pregunta quién habia establecido los electores, responderá Voltaire al instante: «Que los electores se »habian instituido por sí mismos, y que de este modo »se establecen todos los órdenes, quedando lo demas á »cargo de las leyes y del tiempo (2);» y luego añadirá con la misma razon que los príncipes que tenian el derecho de elegír el emperador, parece que tuvieron tambien el de deponerle (3).

Nadie duda de la verdad de esta proposicion. Mas no deben confundirse los electores modernos, que son puramente titulares sin autoridad, y que solo por fórmula

(1) Frecuentemente oye uno preguntar si los Papas tenian derecho para deponer á los emperadores; pero nadie se toma la molestia de resolver esta cuestion: *¿Tenian derecho para deponer á los Papas?*

(2) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, tomo IV, capítulo CXCV.

(3) *Ibid.*, tom. III, cap. XLVI.

nombran á un príncipe hereditario de hecho, con los electores primitivos, *verdaderos electores* en toda la fuerza de la palabra, que tenian incontestablemente el derecho de pedir á su hechura cuenta de su conducta política. Ademas ¿cómo puede imaginarse un príncipe aleman electivo, que mande en Italia sin ser elegido por la Italia? Para mí seria una cosa monstruosa. Y si la fuerza de las circunstancias habia concentrado naturalmente todo este derecho en la cabeza del Papa, por sus dos cualidades de primer príncipe italiano y de jefe de la iglesia católica, ¿qué cosa mas conveniente podia darse? Por lo demas el Papa, en todo lo que acaba de verse, no alteraba el derecho público del imperio. Mandaba á los electores que deliberasen y eligiesen: ordenaba que tomasen las medidas convenientes para terminar las diferencias; y esto es todo lo que debia hacer. Cuesta muy poco pronunciar las palabras *hacer y deshacer emperadores*; pero nada es mas inexacto, porque un príncipe excomulgado tenia en su mano el reconciliarse: si se obstinaba, él mismo era el que se *deshacia*; y si por ventura habia juzgado el Papa injustamente, solo resultaba que *en aquel caso* habia ejercido injustamente una autoridad justa; á cuya desgracia estan expuestas por necesidad todas las autoridades humanas. En el caso en que los electores no pudiesen convenirse, y cometieran la insigne locura de nombrar dos emperadores; ellos mismos serian los que dieran lugar á la guerra; y declarada esta, ¿qué podrian hacer ya los Papas? La neutralidad era imposible, porque la consagracion se tenia por indispensable, y la pedian ó los dos competidores, ó el

nuevamente electo: de modo que los Papas debian declararse por el partido donde creian ver la justicia; y en la época de que se trata, muchos príncipes y obispos (que eran tambien príncipes), tanto de Alemania como de Italia, se declararon contra Henrique *por libertarse al fin de un rey nacido únicamente para la infelicidad de sus súbditos* (1).

En el año 1078 envió el Papa legados á Alemania para examinar en el mismo pais de parte de quién estaba el legítimo derecho, y dos años despues envió nuevamente otros para poner fin á la guerra si era posible; mas no hubo medio de calmar la tempestad, y tres batallas sangrientas señalaron aquel año tan desventurado para la Alemania.

Seria abusar extraordinariamente de las voces llamar esto *una guerra entre el sacerdocio y el imperio*; era un cisma en el imperio, ó una guerra entre dos prínci-

(1) *Passarono à liberar se stessi da un principe nato solamente per rendere infelici i suoi sudditi.* (Murat. *ibid.*, p. 248.) Toda la historia nos dice lo que era Henrique como príncipe: su hijo y su mujer nos enseñan lo que era en lo interior de su palacio. Considérese á la desgraciada Praxedes sacada de la prision por el cuidado de la prudente Matilde, y llevada por la desesperacion á confesar enmedio de un concilio horrores abominables. La Providencia nunca permite al genio del mal desencadenar á uno de esos animales feroces sin oponerle el invencible genio de algun hombre grande, y este fue Gregorio VII. Los escritores de nuestro siglo son de otra opinion, y no cesan de hablarnos del *fogoso*, del *implacable* Gregorio: al contrario Henrique goza de todo su favor, y siempre es el *desgraciado*, el *infortunado* Henrique. Solo guardan su compasion para el crímen.

pes rivales, á uno de los cuales favorecia el pontífice supremo con su aprobacion, y á veces con su concurrencia forzada. La guerra se reputa siempre que se hace entre dos partes principales, que aspiran exclusivamente á un mismo objeto. Todo lo demas que arrastra tras sí el torbellino de la guerra, no es responsable de nada. ¿Quién ha pensado jamás en achacar á la Holanda ni á Portugal la guerra de sucesion?

Bien conocidas son las contiendas de Federico con el Papa Adriano IV. Despues de la muerte de este excelente pontífice (1) sucedida en 1159, el emperador hizo nombrar un anti-papa, y le sostuvo con todas sus fuerzas y con una obstinacion que desgarró miserablemente el seno de la iglesia. Este emperador se tomó ademas la libertad de juntar un concilio, y llamar al Papa sin cumplimiento á Pavía, para hacer de él lo que tuviese por conveniente; y en su carta le llamaba simplemente *Rolando*, que era su apellido. El Papa, como era regular, se guardó muy bien de acceder á una invitacion tan arriesgada como indecorosa. Vista su excusa, algunos obispos seducidos, pagados ó amedrentados por el emperador, se atrevieron á reconocer á Octaviano (ó Victor) como Papa legítimo, y á deponer á Alejandro III despues de haberle excomulgado: entonces fue cuando el Papa, reducido al último apuro, excomulgó al emperador, y declaró á sus súbditos libres del juramento de

(1) *Lasciò dopo di se gran lode di pietà, di prudenza e di zelo, molte opere de la sua pia e principessa liberalità.* (Muratori, *Ann. d' Ital.*, tom. IV, pág. 538, año 1159.)

fidelidad (1). Este cisma duró diez y siete años, hasta la absolucion de Federico, que le fue concedida en la famosa entrevista de Venecia en 1177.

Es bien sabido lo mucho que en este largo intervalo tuvo el Papa que sufrir, tanto de la violencia de Federico como de las maquinaciones del anti-papa; pues el emperador llevó su furor hasta el extremo de querer ahorcar á los embajadores del Papa en Crema, donde se le presentaron; y no se sabe lo que hubiera sucedido á no haber mediado los dos príncipes Güelfo y Henrique de Leon. Entretanto la Italia ardia, las facciones la devoraban, y cada ciudad era un foco de oposicion contra la ambicion insaciable de los emperadores. Sin duda todos estos esfuerzos no fueron bastante puros para merecer un éxito feliz; mas ¿quién no se indignará contra la insufrible ignorancia que se atreve á llamarlos *rebeliones?* ¿Quién no compadecería la suerte de Milan? Lo único que importa hacer observar aquí es que los Papas no fueron la causa de estas guerras desastrosas, sino que al contrario casi siempre fueron vícti-

(1) Esta es la verdad. Mas si se quiere saber lo que ha habido valor de escribir en Francia, ábranse las *Tablas cronológicas* del abate Lenglet-Dufresnoy, y allí se verá en el año 1159 lo siguiente: *No habiendo podido el Papa (Adriano IV) mover á los milaneses á rebelarse contra su emperador, excomulgó á este príncipe.* —Y el emperador fue excomulgado en el año siguiente 1160 en la misa de Jueves Santo por el sucesor de Adriano IV, que habia fallecido en 1.° de setiembre de 1159. Ya se ha visto por qué fue excomulgado Federico; pero hé aqui lo que se cuenta y por desgracia lo que se cree.

mas de ellas, y especialmente en esta ocasion. Ni aun facultades tenian para hacer la guerra, aunque hubieran querido, porque ademas de que sus fuerzas eran sumamente inferiores, sus estados estaban ocupados casi siempre, y nunca eran ellos dueños de permanecer tranquilos ni aun en la misma Roma, donde el espíritu republicano se habia exaltado tanto como en cualquier otra parte, sin tener las mismas excusas. Alejandro III, de quien aquí se trata, no habiendo hallado seguridad en ninguna parte de Italia, se vió al fin obligado á retirarse á Francia, *asilo ordinario de los Papas perseguidos* (1). Este Papa habia resistido al emperador, y obrado en justicia segun su conciencia; pero no habia encendido la guerra, ni la habia hecho, ni la podia hacer; antes por el contrario era víctima de ella. Véase pues otra época que debe rebajarse enteramente de esa *lucha sangrienta del sacerdocio y del imperio* (2).

(1) *Presse la risoluzione di passare nel regno di Francia, usato rifugio de'Papi perseguitati* (Murat. *ibid.* tom. VI, página 549, año 1661). Es de notar que en el eclipse que acaba de padecer la gloria francesa, los opresores de la nacion la habian hecho precisamente mudar de papel, pues que ellos mismos fueron á buscar al pontífice para exterminarle. Bien puede uno creer que el castigo á que se ve condenada la Francia en este momento, es la pena del crímen que se cometió en su nombre. Jamás volverá á ocupar su lugar, si no vuelve á tomar sus *funciones*. (Esta nota se escribió en agosto de 1817)

(2) En el compendio cronológico citado poco há se lee al año 1167: *El emperador Federico derrota mas de doce mil romanos y se apodera de Roma: el Papa Alejandro se ve obligado á huir.* ¿Quién no creeria que el Papa hacia la guerra al emperador? Pues la hacian los romanos contra la voluntad del Papa que

En el año 1198 se movió un nuevo cisma en el imperio. Divididos los electores, eligieron unos á Felipe de Suabia, y otros á Oton de Sajonia, lo cual produjo una guerra de diez años. En este tiempo Inocencío III, que se habia declarado en favor de Oton, se aprovechó de las circunstancias para hacerse restituir la Romaña, el ducado de Spoleto y el patrimonio de la condesa Matilde, que los emperadores habian dado injustamente en feudo á algunos príncipes pequeños. En todo esto, como se ve, no hay sombra de espiritualidad ni de poder eclesiástico. El Papa obraba como buen príncipe y segun las reglas de la política comun. Obligado absolutamente á decidirse, ¿debia proteger la descendencia de Barbaroja contra las pretensiones no menos legítimas de un príncipe que pertenecia á una familia benemérita de la santa sede, y que por ella habia sufrido mucho? ¿debia dejarse despojar tranquilamente *por no causar estrépito?* A la verdad que es singular la apatía á que se condena á estos desgraciados pontífices.

En 1210 Oton IV, despreciando todas las leyes de la prudencia, y contra la fé de sus mismos juramentos, usurpó los estados del Papa y los del rey de Sicilia, aliado y vasallo de la santa sede. El Papa Inocencio III le excomulgó y privó del imperio: fue elegido Federico, y sucedió lo que sucede siempre: dividirse los príncipes

no podia impedirlo. *Ancor che si oponesse á tal risoluzione il prudentissimo Papa Alessandro III* (Murat. *ad Ann.* tom. IV, página 375). Hace tres siglos que no parece sino que la historia entera es una gran conjuracion contra la verdad.

y los pueblos. Oton continuó contra Federico emperador la misma guerra principiada contra el mismo, como rey de Sicilia. Nada varió: antes combatian y siguieron combatiendo; mas la culpa era toda de Oton, cuya injusticia é ingratitud de ningun modo pueden excusarse. Asi lo reconoció él mismo cuando hallándose á punto de morir en 1218 pidió y obtuvo la absolucion con sentimientos de devocion y de pesar.

Federico II, su sucesor, se habia obligado por juramento, y *bajo pena de excomunion*, á llevar las armas á Palestina (1); pero en vez de cumplir sus juramentos no pensó mas que en aumentar su tesoro, aun á expensas de la iglesia, para oprimir la Lombardía. Al fin fue excomulgado en 1227 y 1228, y habiendo pasado á la tierra santa, el Papa en tanto se hizo dueño de una parte de la Pulla (2); mas luego volvió el emperador y recobró cuanto se le habia quitado. Gregorio IX que con mucha razon colocaba las cruzadas en primer lugar entre los negocios políticos y religiosos, y que se hallaba en extremo descontento del emperador, á causa de la tregua que habia hecho con el Soldan, excomulgó de nuevo á este príncipe, el cual, aunque se reconcilió en 1230, no dejó de continuar la guerra; antes bien la hizo con una crueldad inaudita (3).

(1) Muratori, *ibid.* t. VII, pág. 175, año 1223.

(2) Mas fue para dar la investidura de este pais á Juan Brienne, padre político del mismo Federico, lo que merece notarse. En general el espíritu de usurpacion fue siempre muy ajeno de los papas; en lo cual no se ha fijado bastante la atencion.

(3) Se le vió por ejemplo en el sitio de Roma mandar dividir en cuatro partes la cabeza á los prisioneros de guerra, ó ha-

Sobre todo se ensañó con el clero y con las iglesias de un modo tan horrible, que el Papa le volvió á excomulgar. Creo inútil recordar aquí la acusacion de impiedad y el famoso libro de *los Tres impostores*, porque son cosas universalmente sabidas. No ignoro que se ha acusado á Gregorio IX de haberse dejado arrebatar de la ira, y haber sido demasiado precipitado en su conducta con Federico. Muratori habló de un modo, y en Roma se habló de otro; y esta discusion que exigiria mucho tiempo y trabajo, es ajena de una obra donde no se trata de saber si los papas han dejado alguna vez de tener razon. Supongamos, si se quiere, que Gregorio IX se hubiese mostrado inflexible; pero ¿qué diremos de Inocencio IV que habia sido amigo de Federico antes de ocupar la silla pontificia, y que nada omitió para restablecer la paz? No obstante no fue mas feliz que Gregorio, y concluyó por deponer solemnemente al emperador en el concilio general de Leon, año 1245 (1).

El Papa no tuvo ninguna parte en el nuevo cisma del imperio, que ocurrió en 1257, y no produjo suceso alguno relativo á la sante sede: lo mismo debe decirse de la deposicion de Alfonso de Nassau en 1298 y de su lucha con Alberto de Austria.

En 1314 los electores cometieron de nuevo la enorme falta de dividirse, y al instante se movió una

cerles quemar la frente con un hierro ardiendo y en forma de cruz.

(1) Muchos escritores han observado que esta famosa excomunion fue pronunciada *en presencia*, mas no *con aprobacion* del

guerra que duró ocho años entre Luis de Baviera y Federico de Austria, en la cual tampoco tuvo parte alguna la santa sede.

En esta época los Papas habian desaparecido de la infeliz Italia, donde los emperadores tampoco se habian presentado hacia sesenta años; y las dos facciones la ensangrentaban de uno á otro extremo, *sin cuidarse mucho de los intereses de los Papas, ni de los de los emperadores* (1).

La guerra entre Luis y Federico produjo las dos sangrientas batallas de Eslingen en 1315 y de Muldorff en 1322.

El Papa Juan XXII habia destituido á los vicarios del imperio el año 1317, y llamado á los dos concurrentes para discutir sus derechos; y si hubiesen obedecido, se hubiera evitado cuando menos la batalla de Muldorff. Por lo demas, si las pretensiones del Papa eran exageradas, no lo eran menos las de los emperadores. Vemos á Luis de Baviera tratar al Papa absolutamente como á un súbdito imperial en un decreto de 23 de abril de 1328, «mandándole residir en Roma, y prohibiéndole »salir de allí por mas de tres meses, ni á mas de dos »jornadas de camino, sin el permiso del clero y del »pueblo romano: si el Papa no obedecia á tres intima»ciones, cesaba de serlo *ipso facto.*» Luis acabó por con-

concilio: pero esta diferencia es poco notable cuando el concilio no protestó, y si no protestó fue porque creyó que se trataba de un punto de derecho público que ni aun exigia discusion. En esto no se repara bastante.

(1) Maimbourg, *Hist. de la decadencia* etc., año 1308.

denar á muerte á Juan XXII (1). ¡Hé aquí lo que los emperadores querian hacer de los Papas! Considérese lo que serian estos hoy, si los primeros hubieran podido hacer cuanto querian.

Conocidas son las tentativas que hizo Luis de Baviera para reconciliarse; y aun parece que el Papa se hubiera prestado á ello sin la oposicion formal de los reyes de Francia, de Nápoles, de Bohemia y de Polonia (2). Mas el emperador Luis se condujo de un modo tan insufrible, que hubo de ser excomulgado nuevamente en 1346. Su extravagante tiranía llegó en Italia al punto de proponer la venta de los estados y de las ciudades de aquel pais, á quien le ofreciese mayor precio (3).

La época célebre de 1349 puso fin á todas las contiendas. Carlos IV cedió en Alemania y en Italia: entonces se burlaron de él, porque los ánimos estaban acostumbrados á las exageraciones; no obstante él rei-

(1) Maimbourg, *hist. de la decad.* etc. año de 1308.

(2) No debe jamás perderse de vista esta grande é incontestable verdad histórica: *que todos los soberanos miraban al Papa como su superior, aun en lo temporal; pero sobre todo como señor feudal de los emperadores electivos*. En la opinion comun se juzgaba que los Papas daban el imperio cuando coronaban á un emperador. Este recibia de ellos el derecho de nombrar su sucesor; y los electores alemanes recibian el derecho de elegir un *rey de los teutones*, que por este medio estaba destinado para el imperio. El emperador electo le prestaba juramento etc. De modo que las pretensiones de los Papas no pueden parecer extrañas sino á los que rehusen absolutamente trasladarse con la consideracion á aquellos tiempos remotos.

(3) Maimbourg, *Hist. de la decad.* etc. años 1328 y 1329.

nó muy bien en Alemania, y la Europa le debe la *Bula de oro*, que fijó el derecho público del imperio. Desde entonces nada se ha variado; lo que muestra que tenia razon, y que aquel era el punto fijado por la Providencia.

La rápida ojeada que hemos dado acerca de esta famosa contienda, manifiesta lo que debe creerse de *los cuatro siglos de sangre y de fanatismo.* Mas para hacer el cuadro tan sombrío como se necesita, y sobre todo para cargar toda la odiosidad sobre los Papas, se emplean artificios al parecer inocentes, que será útil confrontar.

El principio de la gran contienda no puede fijarse mas allá del año 1076, ni su fin puede bajar de la época de la Bula de oro en el año 1359, periodo que abraza 273 años; mas como los números redondos agradan mas, es mejor decir *cuatro siglos*, ó cuando menos *cerca de cuatro siglos.* Y como en Italia y en Alemania se peleó en *esta época*, se da á entender que se peleó *durante toda esta época.* Y como se peleó en Alemania é Italia, y estos dos estados componen una parte considerable de la Europa; tambien se deja entender que se peleaba *en toda la Europa.* No hay la menor dificultad en usar esta *sinécdoque* de poca importancia.

Y como la disputa de las investiduras y las excomuniones hicieron mucho ruido durante estos cuatro siglos, y pudieron dar lugar á algunos movimientos militares; queda probado ademas que *todas* las guerras de Europa durante aquella época fueron originadas de dicha causa, y *siempre* por culpa de los Papas.

De modo que *los Papas durante cerca de cuatro siglos inundaron la Europa de sangre y de fanatismo* (1).

Tienen tanto imperio la costumbre y la preocupacion en el hombre, que algunos escritores, por otra parte muy ilustrados, al tratar de este punto de la historia, suelen padecer el achaque de decir el pro y el contra sin echarlo de ver. Maimbourg por ejemplo, á quien se ha apreciado muy poco, y que en general me parece bastante prudente é imparcial, en su *Historia de la decadencia del imperio* &c., hablando de Gregorio VII, nos dice lo siguiente: «Si le hubiese ocurrido hacer al»gun buen concordato con el emperador, semejante á »los que se han hecho despues muy útilmente; hubiera »ahorrado la sangre *de tantos millones* de hombres como perecieron *en la disputa de las investiduras* (2).»

No hay disparate que pueda compararse al que contiene este pasaje. Ciertamente es muy fácil decir en el siglo XVII cómo debiera haberse hecho un concordato en el siglo XI con aquellos príncipes sin moderacion, sin fé y sin humanidad. ¿Y qué diremos de esos *tantos millones de hombres* sacrificados en la disputa de las investiduras, que no duró mas que cincuenta años, y por la cual creo que no se vertió ni una gota de sangre? (3)

(1) *Durante cuatro ó cinco siglos.* Cartas acerca de la hist. París 1803, tomo II, *carta* XXVIII, pág. 220, nota.

Durante cerca de cuatro siglos. Ib. *Carta* XLI, pág. 406. Yo me atengo á la mitad de cuatro siglos.

(2) Maimbourg, año 1085.

(3) La disputa principió con Henrique sobre la simonía, porque el emperador queria poner á subasta los beneficios eclesiásticos, y hacer de la iglesia un feudo dependiente de su corona, y Grego-

Mas si por un instante llega á adormecerse la preocupacion nacional del mismo autor, se le escapará la verdad de la pluma, y nos dirá sin rodeos en la misma obra: «No se crea que las dos facciones se hicieron la »guerra *por la religion*.... El odio y la ambicion eran los »que animaban á unos contra otros para destruirse »mútuamente (1).»

Los que no hayan leido mas que los libros favorables á los emperadores, no podrán desechar la preocupacion de que las guerras de esta época *fueron causadas por las excomuniones*, y que sin estas no se hubiera peleado. Es el mayor error. Lo he dicho mas arriba y lo repito de nuevo: *se peleaba antes y se peleó despues*. No puede haber paz donde quiera que la soberanía no está asegurada, y entonces no lo estaba: en ninguna parte duraba bastante para hacerse respetable. El mismo imperio, como que era electivo, no inspiraba aquella especie de respeto que corresponde á los tronos hereditarios. Las mudanzas, las usurpaciones, *los deseos extremados, los vastos proyectos* debian ser las ideas de moda, y con efecto estas ideas ocupaban todos los cerebros. La política vil y abominable de Maquiavelo está inficionada de ese espíritu de salteamiento: y esta es la política de bandidos, que aun en el siglo XV dominaba á muchos hombres grandes, y que casi se reduce á un solo problema: *¿cómo podrá un asesino pre-*

rio VII queria todo lo contrario. En cuanto á las investiduras, se ve de un lado la violencia, y del otro una resistencia pastoral, mas ó menos desgraciada. Nunca se vertió sangre por esto.

(1) Maimbourg, *Hist. de la decad.*, año 1317.

venir á otro? Entonces no habia en Alemania ni en Italia un solo soberano que se creyese propietario seguro de sus estados, y que no codiciase los de su vecino. Para colmo de desgracia la soberanía dividida se daba á pedazos á los príncipes que se hallaban en estado de comprarla. No habia una fortaleza donde no estuviese encastillado un bandolero ó el hijo de un bandolero. El odio estaba concentrado en todos los corazones, y el triste hábito de los grandes crímenes habia convertido á la Italia entera en un teatro de horrores. Dos grandes facciones, que los Papas ciertamente no habian creado, tenian divididos sobre todo aquellos hermosos paises. «Los güelfos, que no querian reconocer el im»perio, estaban siempre de parte de los Papas contra »los emperadores (1);» y así los Papas eran necesariamente güelfos, y los güelfos necesariamente enemigos de los anti-papas, que los emperadores no cesaban de oponer á los Papas legítimos. Sucedia pues por necesidad que este partido se consideraba como el de la ortodoxia ó del papismo (si me es permitido emplear en su simple acepcion una voz corrompida por los sectarios). El mismo Muratori, aunque muy *imperial*, suele distinguir en sus *Anales de Italia* (acaso sin reparar en ello) á los güelfos y á los gibelinos con los nombres de *católicos* y *cismáticos* (2); pero, lo repito otra vez, los Papas no habian creado la faccion de los güelfos. Todo

(1) Maimbourg, año 1317.

(2) *La legge cattolica. — La parte católica. La fazione de scismatici* etc. etc. (Muratori *Ann. de Italia*, tom. VI, página 267, 269, 317, etc.)

hombre de buena fé, que esté versado en la historia de aquellos tiempos desgraciados, sabe que en tal estado de cosas era imposible la tranquilidad. No hay cosa mas injusta, ni al mismo tiempo mas fuera de razon, que atribuir á los Papas las turbaciones políticas absolutamente inevitables; por el contrario atenuaron muchas veces sus efectos con el ascendiente de su autoridad.

Seria muy dificil, por no decir imposible, señalar en la historia de aquellos tiempos desgraciados una sola guerra producida directa y exclusivamente por una excomunion. Este mal se agregaba las mas veces á otro, cuando enmedio de una guerra encendida ya por la política se creian los Papas obligados por alguna razon á usar de severidad.

La época de Enrique IV y la de Federico II son las dos en que acaso pudiera decirse con algun fundamento que la excomunion habia producido la guerra; y sin embargo ¡cuántas circunstancias atenuantes hay, sacadas ó de la inevitable fuerza de las mismas, ó de las provocaciones mas insufribles, ó de la indispensable necesidad de defender la iglesia, ó en fin de las precauciones que se tomaban para disminuir el mal! (1) Si se

(1) Se ve por ejemplo que Gregorio VII no se determinó á proceder contra Henrique IV hasta que el peligro y los males de la iglesia le parecieron intolerables; y ademas se ve que en vez de declararle destituido del trono, se contentó con someterle al juicio de los electores alemanes, *para que nombrasen otro emperador si lo juzgaban á propósito:* en lo que ciertamente mostraba moderacion, atendiendo á las ideas de aquel siglo. Pero si los electores llegaban á dividirse y à producir una guerra, no era esto por cierto lo que queria el Papa. Se dirá *que quien quiere la causa*

rebajan de este periodo que examinamos, los tiempos en que los Papas y los emperadores vivieron en buena inteligencia; los en que sus disputas fueron simples disputas, ó en que se halló el imperio sin jefes en los interregnos, que ni fueron cortos, ni raros durante dicha época; los en que las excomuniones no trajeron ninguna consecuencia política; los en que la potestad espiritual no tenia ninguna parte en las guerras por traer el cisma del imperio su origen de la division de los electores, sin ninguna intervencion de aquella potestad; y en fin los tiempos en que los Papas, no pudiendo menos de resistir, no eran responsables de nada, porque ningun poder debe responder de las consecuencias culpables de un acto legítimo; se verá á qué vienen á reducirse esos *cuatro siglos de sangre y de fanatismo*, que se cargan con imperturbable seguridad á los sumos pontífices.

quiere el efecto. De ningun modo, si el primer motor no tiene eleccion, y el efecto depende de un agente libre que obra mal, pudiendo obrar bien. Pero en fin consiento en que esto no se considere sino como medio de atenuacion; pues gusto tan poco de los razonamientos como de las pretensiones exageradas.

CAPÍTULO XIII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.—REFLEXIONES SOBRE ESTAS GUERRAS.

Ciertamente disgustaría á los Papas el que sostuviese que no han cometido jamás la menor sinrazon. La verdad y nada mas se les debe, y ellos no necesitan otra cosa. Pero si algunas veces les ha sucedido traspasar los límites de una completa moderacion con respecto á los emperadores; la equidad exije tambien que se tomen en cuenta las injusticias y violencias sin ejemplo que los emperadores han cometido contra ellos. Muchas veces he oido preguntar: ¿con qué derecho deponian los Papas á los emperadores? La respuesta es muy obvia. Con el derecho en que estriba toda autoridad legítima: *posesion* por un lado, y *consentimiento* por otro. Pero aun suponiendo que la respuesta fuese mas dificil, seria permitido retorcer el argumento y preguntar: «¿con qué de»recho se atrevian los emperadores á aprisionar, des»terrar, ultrajar, maltratar, y en fin deponer á los su»mos pontífices?»

Ademas haré observar que habiendo sido los Papas que reinaron en aquellos tiempos difíciles, los Gregorios, los Adrianos, los Inocencios, los Celestinos &c., todos hombres eminentes en doctrina y en virtudes, hasta el punto de arrancar á sus mismos enemigos el testimonio debido á su carácter moral, parece muy justo que si en el largo y noble combate que sostuvieron por la religion y por el órden social contra todos los vicios coronados, se encuentran algunas sombras que la historia no ha aclarado bastante, se les dispense á lo menos el obsequio de presumir que si compareciesen para defenderse podrian darnos razones excelentes en apoyo de su conducta.

Pero en nuestro siglo filosófico se ha seguido el rumbo opuesto. Para este siglo los emperadores lo eran todo, y los Papas nada (1). Y ¿cómo se podria odiar la religion sin odiar á su augusto jefe? ¡Ojalá que los creyentes estuviesen todos tan persuadidos como los infieles de este grande axioma: *Que la iglesia y el Papa es todo uno* (2)! Estos nunca se han engañado en este punto, y así no han cesado de asestar sus tiros á una base tan embarazosa para ellos. Por desgracia fueron favorecidos

(1) Quiero decir, los emperadores de los tiempos pasados, los emperadores paganos, los perseguidores, los enemigos de la iglesia que querian dominarla, sojuzgarla, oprimirla etc. Esto se entiende. En cuanto á los emperadores y reyes *cristianos*, antiguos y modernos, ya se sabe cómo los proteje la filosofia. Ni aun Carlo Magno tiene apenas la honra de agradarle.

(2) San Francisco de Sales, *Cartas espirituales*, libro VII, *Cart.* XLIX.

poderosamente en Francia, es decir, en Europa, por los parlamentos y por los jansenistas; dos partidos que apenas se diferenciaban sino en el nombre; y á fuerza de embates, de sofismas y de calumnias todos los conjurados habian llegado á crear una fatal preocupacion que desconceptuaba al Papa en la opinion, á lo menos en la de una multitud de hombres ciegos ó preocupados, que habian arrastrado en pos de sí á otros muchos hombres de carácter apreciable. No puede leerse sin un verdadero espanto el siguiente pasaje *de las cartas relativas á la historia*:

«Luis el bondadoso, destronado por sus hijos, es juz»gado, condenado, absuelto por un concilio de obispos. »*De aquí* ese poder *impolítico* que los obispos se arrogan »sobre los soberanos; *de aquí* esas excomuniones sacrí»legas ó sediciosas; *de aqui esos crímenes de lesa ma»jestad* fulminados en S. Pedro de Roma, donde el su»cesor de S. Pedro absolvia á los pueblos del juramen»to de fidelidad; donde el sucesor de aquel que dijo »*que su reino no era de este mundo*, distribuia los cetros »y las coronas; donde los ministros de un Dios de paz »provocaban *al asesinato* á naciones enteras (1).»

Para hallar aun en las obras de los protestantes un pasaje tan furibundo, acaso seria menester subir hasta Martin Lutero. Yo quiero suponer que esto se haya escrito con toda la buena fé posible; pero si la preocupacion habla lo mismo que la mala fé, ¿qué importa al lector imprudente ó distraido que traga el veneno? La

(1) *Cart. acerca de la hist.*, tom. II, lib. XXXV, p. 330.

voz de *lesa majestad* es del todo impropia cuando se aplica á una potencia soberana que pugna con otra. ¿Acaso el Papa es inferior á otro soberano? Como príncipe temporal es igual á todos ellos en dignidad; mas si se le añade á este título el de *jefe superior del cristianismo* (1), ya no tiene igual, y el interés de la Europa, no digo nada de mas, exige que todo el mundo se persuada de ello. Supongamos que un Papa haya excomulgado *sin razon* á algun soberano: será poco mas ó menos tan culpable como lo fue Luis XIV, cuando contra todas las leyes de la justicia, del decoro y de la religion hizo insultar á Inocencio XII enmedio de Roma (2). La conducta de este gran príncipe podrá calificarse con todos los epítetos que se quieran; mas no con el de *lesa majestad*, que solamente hubiera podido convenir al marqués de Lavardin, si hubiera procedido sin órden (3).

(1) Este es el título notable que dió al Papa el ilustre Burke en no sé qué obra ó discurso parlamentario que no tengo á la mano. Sin duda queria decir *que el Papa es el jefe de todos los cristianos, aun de los que reniegan de él:* gran verdad confesada por un gran personaje.

(2) *Bonus et pacificus pontifex.* (Bossuet, *Gallia Orthod.* §. VI.)

(3) Entró en Roma á la cabeza de ochocientos hombres, mas bien como conquistador que como embajador, que en nombre de su soberano iba á reclamar al pie de la letra *el derecho de proteger el crímen*; y tuvo la delicadeza con su corte de comulgar públicamente en su capilla, despues de haber sido excomulgado por el Papa. De este marques de Lavardin hizo madama de Sevigné el singular elogio que puede verse en su carta de 6 de octubre de 1675.

Las excomuniones sacrílegas no son menos divertidas; y despues de todo lo dicho me parece que no exigen discusion alguna. Solo citaré á este terrible enemigo de los Papas una autoridad que yo aprecio infinito, y que espero no podrá recusar del todo.

«En el tiempo de las cruzadas era grande el poder »de los Papas. Sus anatemas y sus entredichos eran »respetados y temidos. *El príncipe que por inclinacion »se hubiera hallado dispuesto á turbar los estados de »cualquier soberano ocupado en una cruzada, sabia que »se exponia á una excomunion, que podia hacerle per»der los suyos.* Esta idea era muy comun, y estaba ge»neralmente adoptada (1).»

Segun se ve, se podria componer (y yo lo tomaria á mi cargo con gusto) un libro muy discreto, intitulado: *De la utilidad de los sacrilegios.* Mas ¿por qué hemos de limitar esta utilidad al tiempo de las cruzadas? Un poder que reprime, jamás debe ser juzgado sin tomar en consideracion todo el mal que evita; y este es el triunfo de la autoridad papal en los tiempos de que hablamos. ¡Cuántos crímenes ha impedido! ¡Y cuánto le debe el mundo! Por una sola lucha mas ó menos feliz que se presenta en la historia, ¡cuántos pensamientos funestos, cuántos deseos terribles ha ahogado en los corazones de los príncipes! ¡Cuántos soberanos se habrán dicho á sí mismos en el secreto de su conciencia: *No, no conviene exponerse!* La autoridad de los Papas fue durante algunos siglos la verdade-

(1) *Cartas acerca de la hist.*, lib. XLVII, pág. 494.

ra fuerza constituyente en Europa, y *formó la monarquía europea*; maravilla de un órden sobrenatural, que se mira con indiferencia, como sucede con el sol porque se ve todos los dias.

Nada diré de la lógica que saca argumentos de aquellas famosas palabras: *mi reino no es de este mundo*, para afirmar que el Papa no ha podido jamás ejercer sin crímen ninguna jurisdiccion sobre los soberanos. Ese es un lugar comun de que en otra parte tendré acaso ocasion de hablar; mas lo que no puede leerse sin un profundo sentimiento de tristeza, es la acusacion intentada contra los Papas de *haber provocado á las naciones al asesinato.* A lo menos debiera haberse dicho *á la guerra*, porque nada es mas esencial que dar á cada cosa el nombre que le conviene. Ya sabia yo que el soldado *mata*; mas ignoraba que fuese *asesinando.* Se habla mucho de la guerra sin advertir que es necesaria, y que nosotros hacemos que lo sea. Pero sin meternos en esta cuestion, basta repetir que los Papas, como príncipes temporales, tienen tanto derecho como los otros príncipes para hacer la guerra, y que si la han hecho mas rara vez, con mas justicia y mas humanamente que los demas (lo que es incontestable), no puede exigirse de ellos otra cosa. Lejos de haber *provocado la guerra*, al contrario la han impedido con todas sus fuerzas: se han presentado siempre como mediadores cuando las circunstancias lo permitian; y mas de una vez han excomulgado ó amenazado excomulgar á los príncipes para evitarlas. En cuanto á las *excomuniones*, no es fácil probar, como ya hemos visto, que realmente hayan

producido guerras: por otra parte el derecho era incontestable, y los abusos puramente humanos nunca deben tomarse en consideracion. Si los hombres se han servido alguna vez de las excomuniones como de un motivo para hacer la guerra; aun entonces habrán combatido contra la intencion de los Papas, que jamás han querido ni han podido querer hacerla. Sin el poder temporal de los Papas el mundo político no podia subsistir; y cuanta mas accion tenga este poder, habrá menos guerras, pues es el único cuyo visible interes no pide sino la paz.

En cuanto á las guerras justas, y hasta santas y necesarias, tales como las cruzadas, si los Papas las han *provocado* y sostenido con todo su poder, han hecho bien, y les debemos por ello inmortales acciones de gracias. Pero yo no escribo acerca de las cruzadas.

Si los soberanos pontífices hubieran obrado siempre como mediadores; ¿se cree que hubiesen tenido á lo menos la gran dicha de obtener la aprobacion de nuestro siglo? De ningun modo. El Papa le desagrada de todos modos y por todos respetos; y podemos oir otra vez al mismo juez (1) quejarse de que los enviados del Pa-

(1) «Durante mucho tiempo el centro político de la Europa se »habia fijado por precision en Roma. Allí se habia trasladado por »circunstancias y consideraciones mas religiosas que políticas; y »debió principiar á alejarse de allí, á medida que se supo separar »la política de la religion (¡gran obra maestra por cierto!), y á »evitar los males que su mezcla habia producido frecuentemente.» (*Cartas acerca de la historia*, tom. IV, lib. XCVI, pág. 470.)

Yo me atreveria á creer al contrario que el título de *mediador*

pa eran llamados á ajustar aquellos grandes tratados, en que se decidia la suerte de las naciones, y felicitarse de que este abuso no se repetiria ya en lo sucesivo.

nato (entre los príncipes cristianos), concedido al sumo pontífice, seria el mas natural, el mas magnífico y el mas sagrado de todos los títulos. Nada se me figura mas grande que ver á sus enviados enmedio de todos esos grandes congresos, pidiendo la paz sin haber hecho la guerra, no teniendo que pronunciar las palabras de *adquisicion*, ni de *destitucion* con respecto al padre comun, y hablando solamente en favor de la justicia, de la humanidad y de la religion. *Fiat*! *Fiat*!

CAPÍTULO XIV.

DE LA BULA INTER CÆTERA, DE ALEJANDRO VI.

Un siglo antes del que vió el famoso tratado de Westfalia, un Papa, triste escepcion enmedio de esa larga serie de virtudes que han honrado la santa sede, publicó la célebre bula que dividia entre los españoles y portugueses todos los paises que el genio aventurero de los descubrimientos habia dado ó podia dar á las dos naciones en las Indias y en la América. El dedo del pontífice describia una línea sobre el globo, y las dos naciones consentian en tomarla como un límite sagrado que deberia respetar la ambicion de una y otra.

Sin duda era un espectáculo magnífico el de dos naciones que consentian en someter sus disensiones actuales, y aun las futuras, al juicio desinteresado del padre comun de todos los fieles, y en sustituir para siempre el árbitro mas imponente á unas guerras interminables.

Gran dicha era para la humanidad que el poder pontificio tuviese aun bastante fuerza para obtener un consentimiento tan importante; y este noble arbitramento era tan digno de un verdadero sucesor de S. Pedro, que la bula *Inter cœtera* deberia pertenecer á otro pontífice.

Aquí por lo menos parecia justo que nuestro siglo le aplaudiera; mas nada de eso. Marmontel en su obra intitulada *Los Incas* ha decidido en términos expresos que *de todos los crímenes de Borja esta bula fue el mas grande* (1). Este juicio inconcebible no debe sorprendernos siendo de un discípulo de Voltaire; pero vamos á ver que un senador francés no se ha mostrado mas razonable, ni mas indulgente. Referiré el pasaje de este último, que es muy notable, sobre todo bajo el punto de vista astronómico.

« Roma, dice, que hacia algunos siglos habia pre-
« tendido dar cetros y reinos en su continente, no qui-
« so ya poner otros límites á su autoridad que los del
« mundo: hasta *el Ecuador fue sometido al quimérico po-*
« *der de sus concesiones* (2).

Siendo un meridiano (3) la línea pacífica descrita sobre el globo por el romano pontífice, y debiendo esta especie de círculos, como todo el mundo sabe, correr invariablemente de un polo al otro sin detenerse en parte ninguna; si llegan en su curso á tocar al Ecuador,

(1) Véase los *Incas*, tomo I, p. 12.
(2) *Cartas acerca de la hist.* tom. III, *carta* LVII, pág. 15.
(3) *Fabricando et construendo lineam à polo arctico ad polum antarcticum.* (Bul. *Inter cœtera* de Alexand. VI, 1493.)

lo que puede suceder con facilidad, ciertamente le cortarán en ángulos rectos; pero sin el menor inconveniente ni para la iglesia, ni para el estado. Por lo demas no se debe creer que Alejandro VI se detuviese en el Ecuador, ó le tomase por *el límite del mundo* : este Papa que aunque malo tenia mucho talento y habia leido su *Sacro Bosco,* no era capaz de equivocarse. Confieso tambien que no comprendo por qué razon se le pudiera acusar con justicia de haber atentado *contra el Ecuador*, por haberse constituido árbitro entre los príncipes, cuyas posesiones cortaba ó debia cortar aquel círculo máximo.

CAPÍTULO XV.

DE LA BULA IN COENA DOMINI.

Quizá no haya persona en Europa que no haya oido hablar de la bula *In Cœna Domini*; pero ¿cuántos se han tomado el trabajo de leerla? Lo ignoro. Lo que me parece cierto es que un hombre muy sabio ha podido hablar de ella sin la menor mesura á pesar de no haberla *leido.*

Esta bula entra en el número de tantos monumentos vergonzosos, cuyas palabras no se atreve á citar siquiera (1).

Cualquiera creeria que se trataba de *Juana d'Arc* ó de *Luisa Sigea.* Como en nuestro siglo no se leen ya las obras en folio, á menos que traten de historia, y esten adornadas de hermosas estampas ilumina-

(1) Cartas acerca de la historia, tomo II, carta XXXV, p. 225. Nota.

das; creo no será inútil presentar aquí al comun de los lectores lo sustancial de esta famosa bula. Cuando los niños se espantan de algun objeto lejano, aumentado y desfigurado por su imaginacion, para desmentir á una niñera crédula que les dice es *ugomia*, *una alma en pena*, *una fantasma*; se los coge de la mano, y cantando se los lleva á donde está el objeto mismo.

Analisis de la Bula In Cœna Domini.

El Papa excomulga.....

Artículo 1.° A todos los herejes (1).

Art. 2.° A todos los apelantes al concilio futuro (2).

Art. 3.° A todos los piratas que corren los mares sin patentes de corso.

(1) Creo que sobre este artículo no habrá dificultad.

(2) Cualquiera que sea el partido que se abraze sobre la cuestion de las apelaciones al concilio futuro, no se puede vituperar á un Papa, y mas á un Papa del siglo XIV, que reprime severamente estas apelaciones como absolutamente subversivas de todo gobierno eclesiástico. Ya en su tiempo decia S. Agustin á ciertos apelantes: *¿Y quiénes sois vosotros para agitar el universo?* No dudo que entre los partidarios mas decididos de esta clase de apelaciones muchos convendrán de buena fé que son la cosa mas anti-católica, mas indecorosa y mas inadmisible bajo todos respetos que puede imaginarse, á lo menos por parte de los particulares.

Podria discurrirse tal suposicion que presentase apariencias plausibles; pero ¿qué se dirá de un miserable sectario, á quien el Papa con aplauso de la iglesia ha condenado solemnemente, y se le antoja desde su buhardilla apelar al concilio futuro? La

Art. 4.° A todo el que se atreviese á robar alguna cosa de un navío que hubiese naufragado (1).

Art. 5.° A todos los que establecieren en sus estados nuevos impuestos, ó aumentasen los antiguos fuera de los casos señalados por el derecho, ó sin el permiso expreso de la santa sede (2).

Art. 6.° A los falsificadores de las letras apostólicas.

Art. 7.° A los que suministraren armas y otras municiones de guerra á los turcos, mahometanos y herejes.

Art. 8.° A los que detengan las provisiones de boca ú otras cualesquiera que se llevaren á Roma para el uso de S. Santidad.

Art. 9.° A los que maten, mutilen, despojen ó aprisionen á las personas que se dirigen cerca de la santa sede, ó vuelven de allí.

Art. 10. A los que causaren iguales vejaciones á los que por devocion fuesen peregrinando á Roma.

Art. 11. Tambien á los que se hiciesen culpables

soberanía es como la naturaleza: *nada hace en vano.* ¿A qué un concilio ecuménico cuando basta la argolla?

(1) ¿Puede darse un uso mas noble y mas tierno de la supremacía religiosa?

(2) Tomando en cada estado los impuestos ordinarios, como una *institucion legal*, el Papa decide aquí que no se podrán aumentar ni establecer otros nuevos fuera de los casos previstos por la ley de la nacion, ó en los casos imprevistos y absolutamente extraordinarios en virtud de una dispensa de la santa sede. = Es preciso, lo digo con gran confusion mia, que á fuerza de haber leido estas *infamias*, *no me salgan jamás los colores á la cara*, porque las copio sin el menor movimiento de rubor, y aun me parece que siento placer en ello.

de las mismas violencias con los cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos y legados de la santa sede (1).

Art. 12. A los que hieran, despojen ó maltraten á alguno en razon de las causas que siguen en Roma (2).

Art. 13. A los que bajo pretexto de una apelacion frívola trasladan las causas de los tribunales eclesiásticos á los seculares.

Art. 14. A los que llevan las causas beneficiales y de diezmos á los tribunales legos.

Art. 15. A los que arrastran á los eclesiásticos ante estos tribunales.

Art. 16. A los que despojan á los prelados de su jurisdiccion legítima.

Art. 17. A los que secuestran las jurisdicciones ó rentas que legítimamente pertenecen al Papa.

(1) Los cuatro artículos precedentes pintan el siglo que los hizo necesarios. ¿Quién en nuestros dias trataria de detener las provisiones destinadas al Papa, ó de esperar al paso para despojar, mutilar ó matar á los viajeros que van á Roma, á los peregrinos, á los cardenales, ó en fin á los legados de la santa sede, &c.? Pero, lo repetimos, los actos de los soberanos no deben jamás juzgarse sin tener en consideracion los tiempos y lugares á que se refieren; y aun cuando los papas se hubieran excedido en estas diferentes disposiciones, deberia decirse: *se han excedido*, y era bastante. Pero nunca podria haber lugar á exclamaciones oratorias, y menos á *ruborizarse*.

(2) De una parte se *hiere*, se *despoja*, se *maltrata* á los que van á entablar sus causas en Roma, y de la otra se excomulga á los que hieren, despojan ó maltratan. ¿De parte de quién está la injusticia? ¿quién es el que debe ser censurado? Si no se cerrasen voluntariamente los ojos, todos verian que cuando hay agravios mútuos, es el colmo de la injusticia no verlos sino de un lado que no hay medio de evitar estos choques; y que la fermentacion que altera el vino, es una operacion indispensable para la clarificacion.

Art. 18. A los que imponen nuevos tributos á la iglesia sin permiso de la santa sede.

Art. 19. A los que proceden criminalmente contra los clérigos en las causas capitales sin permiso de la santa sede.

Art 20. A los que usurpan los paises y estados de la soberanía del Papa.

Lo demas es de poca importancia.

Hé aqui pues la famosa bula *In Cœna Domini.* Cada uno puede juzgar ahora de ella; y no dudo que todo lector justo é imparcial que la haya oido tratar de *monumento vergonzoso, cuyas expresiones no hay valor de citar, creerá sin vacilar* que el autor de este juicio no ha leido siquiera la bula; y es la suposicion mas favorable que se puede hacer respecto de un hombre de tanto mérito. Algunas disposiciones de la bula pertenecen á una prudencia superior, y todas juntas hubieran servido para establecer el órden en Europa en el siglo XIV. Los dos últimos Papas Clemente XIV y Pio VI han cesado de publicarla cada año, que era la práctica antigua: pues que lo han hecho, bien hecho está. Sin duda han creido que se debia conceder algo á las ideas del siglo; pero no veo que la Europa haya ganado nada en ello. De cualquiera manera merece observarse que nuestros atrevidos novadores han hecho correr torrentes de sangre para obtener, aunque sin éxito, algunos de los artículos consagrados por la bula mas de tres siglos há, y que hubiera sido una locura esperar de la concesion de los soberanos.

CAPÍTULO XVI.

DIGRESION ACERCA DE LA JURISDICCION ECLESIÁSTICA.

Los últimos artículos de la bula *In Cœna Domini* versan casi en un todo, como se acaba de ver, sobre la jurisdiccion eclesiástica. Mil veces se ha acusado á esta potestad de haber usurpado las atribuciones de la otra, abocando á *sí todas las causas* por medio de sofismas apoyados en el juramento puesto en los contratos &c. Pudiera rechazarse perfectamente esta acusacion, observando que en todos los paises y en todos los gobiernos imaginables la direccion de los negocios pertenece naturalmente á la ciencia: que toda ciencia nació en los templos y salió de los templos: que habiendo llegado á ser en la antigua lengua europea la voz *clerecía* sinónima de *ciencia*, era no solamente justo, sino hasta natural, que el clérigo juzgase al seglar ó lego, es decir, que la ciencia juzgase á la ignorancia, hasta que la propagacion de las luces restableciese el equilibrio: que la

influencia del clero en los negocios civiles y políticos fue entonces una gran felicidad para el género humano, notada por todos los escritores instruidos y sinceros: que los que no hacen justicia al derecho canónico, jamás le han leido: que este código ha dado forma á nuestros juicios, y corregido ó abolido un sinnúmero de sutilezas del derecho romano, que ya no nos convenian, si en algun tiempo fueron buenas: que el derecho canónico se conservó en Alemania, á pesar de todos los esfuerzos de Lutero, por los doctores protestantes, quienes le enseñaron, alabaron y aun comentaron, y que en el siglo XIII fue aprobado solemnemente por un decreto de la Dieta del imperio, reinando Federico II; honor que jamás mereció el derecho romano (1) &c.

Mas yo no quiero prevalerme de todas estas ventajas, y solo insisto en la injusticia que se obstina en no ver mas que las demasías de una potestad, cerrando enteramente los ojos sobre las de la otra. Siempre se nos está hablando de las *usurpaciones* de la jurisdiccion eclesiástica: por mi parte no adopto esta palabra sin explicacion. En efecto, *gozar*, *tomar* y aun *apoderarse*, no son siempre sinónimos de *usurpar*; mas aun cuando hubiera habido realmente *usurpacion*, ¿hay otra mas evidente ni mas injusta que la de la jurisdiccion temporal sobre su hermana, á quien tan falsamente llama *su enemiga?* Recuérdese por ejemplo la *honrosa* estratagema que usaban los tribunales franceses para despojar á la iglesia de su mas incontestable jurisdiccion. Conviene

(1) Zalweim, *Princip. jur. eccles. tom. II, pág* 283 *et seq.*

conozcan esta superchería aun aquellos para quienes las leyes son mas desconocidas.

«Toda cuestion en que se trata de diezmos ó de be»neficios, es de la jurisdiccion eclesiástica.

»Sin duda, *decian los parlamentos*, el principio es »incontestable *en cuanto al juicio petitorio*; es decir, si »se trata por ejemplo de decidir á quién pertenece »realmente un beneficio que se litiga; mas si se trata »*del posesorio*, es decir, de saber cuál de los dos liti»gantes posee actualmente y debe mantenerse en la po»sesion mientras se investiga el derecho; debemos juz»gar nosotros, supuesto que únicamente se trata de »un hecho de supremo gobierno destinado á evitar »las disputas y las vias de hecho (1).

»Está entendido, diria la razon natural. Decidid »pronto sobre la posesion, á fin de que luego pueda »decidirse el fondo de la cuestion, que es la propiedad. »Pero los magistrados responderian: *No entendeis una »palabra*: no hay duda sobre la jurisdiccion de la igle»sia en cuanto al juicio petitorio; pero hemos decidido »que este no puede entablarse antes que el *posesorio*; y

(1) *Ne partes ad arma veniant*. Máxima de la jurisprudencia de aquellos tiempos, en que los hombres se degollaban esperando la decision de los jueces. Lo notable es que el derecho canónico puso en auge esta teoría del juicio *posesorio*, para evitar los crímenes y las vias de hecho, como puede verse entre otros en el famoso canon *Reintegrandæ*, tan conocido en los tribunales. Despues se ha vuelto contra la iglesia el arma que ella misma habia presentado á los tribunales.

Non hos quæsitum munus in usum.

»una vez ventilado este, ya no es permitido examinar »el otro (1).»

Así ha perdido la iglesia una rama inmensa de su jurisdiccion. Y yo pregunto á todo hombre, mujer ó niño sensato: ¿se ha imaginado jamás una trampa mas vergonzosa ni una usurpacion mas repugnante? La iglesia galicana oprimida por los parlamentos, ¿conservaba un solo movimiento libre? Se jactaba de sus derechos, de sus privilegios y de sus libertades; y los magistrados con sus *casos reales*, sus *posesorios*, y sus *recursos de fuerza*, no le habian dejado mas que el derecho de consagrar el santo crisma y bendecir el agua.

No me cansaré de repetirlo: no me gusta ni sostengo ninguna exageracion. No intento resucitar los usos ni el derecho público del siglo XII; pero tampoco cesaré de repetir que confundiendo los tiempos se confunden las ideas; que los magistrados franceses se hicieron eminentemente culpables, manteniendo un verdadero estado de guerra entre la santa sede y la Francia, la cual transmitia á la Europa estas máximas perversas; y que no hay cosa mas falsa que el punto de vista bajo el cual representaban al clero antiguo en general, y sobre todo á los sumos pontífices, que fueron incontestablemente los maestros de los reyes, los conservadores de la ciencia y los instituidores de la Europa.

(1) *El decreto* (real) *dice expresamente: «Que el juicio petitorio »se seguirá ante el juez eclesiástico. (Fleury, Disc. sobre las li»bertades de la iglesia galic.. opúsc. pág.* 90.)» Así es como los parlamentos, para extender su jurisdiccion, violaban el decreto real. De esto hay otros ejemplos.

LIBRO III.

DEL PAPA EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACION Y LA FELICIDAD DE LOS PUEBLOS.

CAPÍTULO I.

MISIONES.

Para conocer los servicios que los sumos pontífices han hecho al mundo, seria necesario copiar todo el libro inglés del doctor Ryan, intitulado *Beneficios del Cristianismo*; porque estos beneficios son los de los Papas, pues el cristianismo no obra exteriormente, sino por medio de ellos. Todas las iglesias separadas del Papa se dirigen interiormente como saben; mas nada pueden hacer para la propagacion de la luz evangélica: por ellas nada adelantará la obra del cristianismo, porque siendo justamente estériles desde su divorcio, no pueden recobrar su fecundidad primitiva mientras no se reunan al esposo. ¿A quién pertenece la obra de las misiones? Al Papa y á sus ministros. Véase esa famosa

Sociedad Bíblica de Inglaterra, émula débil y acaso peligrosa de nuestras misiones. Cada año nos cuenta los miles de ejemplares de la Biblia que ha esparcido por el mundo; pero siempre se olvida de decirnos cuántos nuevos cristianos ha producido (1). Si el dinero que esta sociedad expende en biblias, se diese al Papa para emplearle en las misiones; hubiera producido ya mas cristianos que páginas tienen las biblias.

Las iglesias disidentes, y sobre todo la primera de ellas, han hecho varios ensayos en este género; mas todos estos fingidos obreros evangélicos, separados de la cabeza de la iglesia, se asemejan á aquellos animales á quienes se enseña á andar en dos pies y á remedar algunos movimientos humanos: hasta cierto punto pueden aprender y aun escitar la admiracion por las dificultades vencidas, mas no obstante se percibe fácilmente que todo es forzado, y que no estan deseando otra cosa que volver á andar en cuatro pies.

Aun cuando semejantes hombres no tuviésen entre sí mas que sus divisiones; bastaria para denotar su impotencia. *Anglicanos*, *luteranos*, *moravos*, *metodistas*,

(1) Los males que puede causar esta sociedad, no han sido desconocidos á la iglesia anglicana, que muchas veces ha mostrado sus temores. Si se va á indagar qué especie de bienes está destinada á producir en las miras de la Providencia, se halla desde luego que esta empresa puede ser una preparacion evangélica, de un género del todo nuevo y divino. Ademas podria contribuir poderosamente á restituirnos la iglesia anglicana, que ciertamente no podrá esquivar los golpes que se le dan sino por el principio universal.

baptistas, *puritanos*, *cuákeros* &c.: con este pueblo tienen que habérselas los infieles. Escrito está: *¿cómo entenderán si no se les habla?* Y con la misma verdad pudiera decirse: *¿cómo les creerán si ellos no se entienden á sí mismos?*

Un misionero inglés ha conocido bien el anatema, y se ha explicado con una franqueza, delicadeza y probidad religiosa sobre este punto, que le muestran digno de la mision que le faltaba.

«El misionero, dice, debe estar muy distante de »una mezquina *hipocresía* (1), y poseer un espíritu ver»daderamente católico (2). No debe enseñar el calvinis»mo, ni el arminianismo, sino el cristianismo. Su ob»jeto no es el de propagar la gerarquía anglicana, ni »los principios de los protestantes disidentes, sino el »servir *á la iglesia universal* (3). Yo quisiera que el »misionero se persuadiese bien de que el fruto de su »ministerio no se funda en los puntos de separacion, si-

(1) Esta palabra *hipocresía*, que segun su acepcion natural en la lengua inglesa da la idea del *zelo ciego*, *de la preocupacion y de la supersticion*, se aplica hoy en la pluma *liberal* de los escritores ingleses á todo hombre que se toma la libertad de creer de diferente modo que ellos; y hemos tenido el placer de oir á los revisores de Edimburgo acusar á Bossuet de *hipócrita* (Edimb. *Rev. oct.* 1803 núm. 5, pag. 215). ¡Bossuet hipócrita! Pues no sabia nada el mundo.

(2) ¡El buen hombre! Dice lo que puede, y sus palabras son notables.

(3) Aquí repite en inglés lo que antes habia dicho en griego: *católico*, *universal*, ¿qué importa? Se ve que necesita la *unidad*, la cual no puede hallarse fuera de la *universalidad*.

«no en los que reunen el consentimiento de todos los »hombres religiosos (1).»

Hé aqui cómo hemos venido á parar á la eterna y vana distincion de los dogmas fundamentales y no fundamentales, ya mil veces refutada: asi seria inútil volver à tratar de ella. No hay un dogma que no haya sido negado por algun disidente. ¿Con qué derecho pues se preferiria el uno al otro? Cualquiera que niegue un dogma, pierde el derecho de enseñar otro. Ademas ¿cómo podrá creerse que el poder evangélico no es divino, y que por consiguiente puede hallarse fuera de la iglesia? La divinidad de este poder es tan visible como el sol: «Parece, dice Bossuet, que los apóstoles y sus pri»meros discípulos habian trabajado por debajo de tier»ra para establecer tantas iglesias en tan poco tiempo, »sin que se sepa cómo (2).»

La emperatriz Catalina II en una carta sumamente curiosa que leí en S. Petersburgo (3), dice que habia observado muchas veces con asombro la influencia de las misiones en la civilizacion y en la organizacion política de los pueblos. «A medida, dice, que la reli»gion va ganando terreno, se ven aparecer pueblos en»teros como por encanto &c.» La iglesia antigua era la

(1) Véanse *Letters of missions addressed to the protestant ministers, of the British churches, by Melvil Horne, late chaplain of Sierra Leone in Africa.* Bristol 1794.

(2) *Hist. de las Variantes*, lib. VII, núm. 16.

(3) Esta carta era dirigida á un francés llamado Mr. de Meilhan, que pertenecia, si no me engaño, al antiguo parlamento de Paris.

que obraba estos milagros, porque entonces era legítima; y en la mano de la soberanía estaba el comparar esta fuerza y esta fecundidad con la nulidad absoluta de la misma iglesia separada de su raiz principal.

El docto caballero Jones ha observado la impotencia de la palabra evangélica en la India (se entiende la India inglesa), y desconfia absolutamente de vencer las preocupaciones nacionales. El mejor expediente que ha discurrido es traducir en persa y en sanscrito los textos mas decisivos de los profetas, y ensayar el efecto que producen entre los naturales del pais (1). Siempre se obstina el error protestante en principiar por la ciencia, cuando es preciso comenzar por la predicacion imperativa, acompañada de la música, de la pintura, de los ritos solemnes y de todas las demostraciones de la fé sin discusion: mas ¿cómo se hará comprender esto al orgullo?

Claudio Buchanan, doctor en teología anglicana, publicó hace pocos años una obra sobre el estado del

(1) «Si hay algun medio humano para convertir á estos hom»bres (*los indios*), seria acaso el traducir en sanscrito ó en persa »pasajes escogidos de los antiguos profetas, agregarles un prólo»go donde se demostrase el total cumplimiento de aquellas predic»ciones, y repartir esta obra á los naturales que han recibido »una educacion distinguida. Si este medio y el tiempo no produ»jesen ningun efecto saludable, no quedaria mas arbitrio que llo»rar la fuerza de las preocupaciones y la debilidad de la razon *sola* »(*un-assisted reason*).» (*W. Jone's Works, on the gods of Greece, Italy and India*, en 4.°, tom. I, pág. 279, 280.) Nada mas cierto ni mas notable que lo que dice aquí Guillermo Jones sobre la razon *no asistida*; mas para él y para otros muchos es una verdad estéril.

cristianismo en la India; obra en la cual se ve el mas asombroso fanatismo unido á muchas observaciones interesantes (1). En cada página se confiesa la nulidad del proselitismo protestante, como igualmente la indiferencia del gobierno inglés respecto de la institucion religiosa de aquellas regiones.

«Veinte regimientos ingleses, dice, no tienen en »Asia ni un solo capellan, y los soldados viven y mue»ren sin acto ninguno de religion (2). Los gobernadores »de Bengala y de Madrás no conceden la menor pro»teccion á los cristianos del pais, y prefieren regular»mente para los empleos á los indios y á los mahometa»nos (3). En Saffera todo el pais está sometido al po»der (espiritual) de los católicos, que han tomado »tranquilamente posesion de él, vista la indiferencia de »los ingleses; y el gobierno de Inglaterra, prefiriendo »*justamente* (4) la superstición católica al culto de Bud»dha, sostiene la religion católica en Ceylan (5). Un sacerdote católico decia á este gobierno: *¿Cómo quereis »que vuestra nacion trate de convertir al cristianismo á »sus súbditos paganos, cuando rehusa la instruccion »cristiana á sus propios súbditos cristianos?* (6) Por esto

(1) Véase *Christian Rescarches in Asia by the R. Claudius Buchanan D. D.*, en 8.° Londres 1812, nona edicion.

(2) *Ibid.* pág. 80.

(3) *Ibid.* pág. 89 y 90.

(4) Ya se ve cuán bueno es. Conviene en que el catolicismo vale mas que la religion de Buddha.

(5) *Ibid.* pág. 92.

(6) El gobierno no tiene zelo, porque no tiene fé. Su con.

»no se sorprendió Claudio Buchanan al saber que cada »año *se volvian á la idolatría un gran número de pro- »testantes* (1). Acaso jamás se ha visto *la religion de Je- »sucristo* en ninguna época del cristianismo tan humi- »llada como lo ha sido en la isla de Ceylan, por la *ne- »gligencia oficial* que hemos hecho esperimentar á la »iglesia protestante (2). Es tal la indiferencia inglesa en »esta parte, que si quisiera Dios quitar las Indias á los »ingleses, apenas quedarian en aquellas regiones algu- »nas huellas de haber sido gobernadas por una nacion »que habia recibido la luz del Evangelio (3). En todos »los distritos militares se observa una extincion casi to- »tal del cristianismo. Cuerpos numerosos de hombres en- »vejecen lejos de su patria entre los placeres y en la in- »dependencia, sin ver el menor signo de la religion de »su pais. Hay inglés que en veinte años no ha visto ce- »lebrar el oficio divino (4); y es cosa bien extraña que »en cambio de la pimienta que nos da el infeliz indio, »la Inglaterra no le quiera dar ni aun el Nuevo Testa- »mento (5). Cuando el autor reflexiona sobre *el poder »inmenso* de la iglesia romana en la India y sobre la

ciencia es la que le quita las fuerzas, y esto es lo que el obcecado ministro no ve, ó por mejor decir, no quiere ver.

(1) *Ibid.* pág. 95.

(2) Esta es otra delicadeza del gobierno inglés que tiene bastante prudencia para no intentar plantar *la religion de Cristo* en un pais donde reina *la de Jesucristo*; pero ¿qué entiende de esto un eclesiástico *oficial?*

(3) *Ibid.* pág. 283 not.

(4) *Ibid.* pág. 285, 287.

(5) *Ibid.* pág. 102.

»incapacidad del clero anglicano para contrarestar esta »influencia, es de parecer que la iglesia protestante de»beria buscar por su aliada á la siriaca, que habita en »los mismos paises, y que tiene todo lo que se necesita »para unirse con una iglesia *pura*, pues *profesa la doctri»na de la Biblia*, y desecha la supremacía del Papa (1).»

Acabamos de oir de la boca menos sospechosa las confesiones mas explícitas sobre la nulidad de las iglesias separadas: no solamente las anula todas, una despues de otra, el espíritu que las divide, sino que tambien nos detiene á nosotros y retarda nuestros progresos. Sobre este punto ha hecho Voltaire una observacion importante: «El mayor obstáculo, dice, para los »progresos de nuestra religion en la India es la dife»rencia de opiniones que dividen á nuestros misioneros. »El católico combate allí al anglicano, este al luterano, »y estotro al calvinista: asi hallándose todos en pugna, »y queriendo cada cual anunciar la verdad, y acusar á »los otros de mentira, asombran á un pueblo sencillo y »pacífico que ve llegar allí desde las extremidades occi»dentales de la tierra á unos hombres fogosos para des»pedazarse mútuamente en las riberas del Ganges (2).»

El mal no es, ni con mucho, tan grande como di-

(1) Pág. 285, 287. ¿No diria cualquiera al leer esto que la iglesia católica *profesa las doctrinas del Corán*? No se engañe el clero inglés: estas vergonzosas extravagancias estan muy lejos de encontrar entre la gente sensata de su pais la misma indulgencia y la misma compasion que hallan entre nosotros.

(2) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres* &c., tomo I, capítulo IV.

ce Voltaire, que toma su deseo por la realidad; supuesto que nuestra superioridad sobre las sectas es manifiesta y confesada solemnemente, como se acaba de ver, por nuestros mas encarnizados enemigos. Sin embargo la division de los cristianos es un gran mal, que por lo menos retarda la grande obra, si no la impide enteramente. ¡Desgraciadas las sectas que han *rasgado la túnica inconsútil*! Sin ellas todo el mundo seria ya cristiano.

Otra razon que anula este falso ministerio evangélico, es la conducta moral de sus operarios. Ellos nunca pasan mas allá de *la probidad*, débil y miserable instrumento para un esfuerzo que exige *la santidad.* El misionero que no ha renunciado por un voto sagrado á la mas viva de las inclinaciones humanas, siempre se quedará muy inferior á sus funciones, y acabará por hacerse ridículo ó culpable. Bien sabido es el resultado de las misiones inglesas en Otaiti: convertidos aquellos apóstoles en libertinos, no han tenido dificultad en confesarlo, y el escándalo ha resonado en toda Europa (1).

Enmedio de naciones bárbaras, lejos de todo superior, y sin el apoyo que podria encontrar en la opinion pública, solo con su corazon y sus pasiones,

(1) He oido decir que de algun tiempo á esta parte se han mejorado las cosas en Otaiti; mas sin discutir los hechos que solo presentan vanas apariencias, no diré mas que una palabra: «¿*Qué* »*nos importan esas conquistas equivocas del protestantismo en* »*alguna isla imperceptible del mar del Sud, mientras que des-* »*truye el cristianismo en Europa?*»

¿qué hará el misionero *humano*? Lo que hicieron sus colegas en Otaiti. El mejor de esta clase, despues de recibir su mision de la autoridad civil, no sirve sino para ir á habitar una casa cómoda con su mujer y sus hijos, y para predicar filosóficamente *á unos súbditos* bajo el cañon de su soberano; pero en cuanto á las verdaderas tareas apostólicas jamás se atreverá á tocarlas con la punta del dedo.

Ademas, es menester distinguir entre los infieles civilizados y los bárbaros. A estos se les puede decir cuanto se quiera; mas por fortuna el error no se atreve á hablarles. Respecto de los otros es muy diferente, porque saben ya bastante para entendernos. Cuando lord Macartney iba á partir para su célebre embajada, el rey de Inglaterra pidió al Papa alumnos de la Propaganda instruidos en la lengua china; lo que S. Santidad concedió desde luego. El cardenal Borgia, que era presidente entonces de la congregacion de la Propaganda, rogó por su parte á lord Macartney que tuviese por bien de aprovechar la ocasion para recomendar en Pekin las misiones católicas. El embajador se lo prometió con mucho gusto, y cumplió su promesa como hombre de honor; pero quedó en extremo admirado cuando el *collao* ó primer ministro le respondió: *«que el emperador extrañaba mucho que los ingleses »protegiesen en lo interior del Asia una religion que sus »padres habian abandonado en Europa.»* Esta anécdota que he sabido originalmente, prueba que aquellos hombres estan mas instruidos de lo que pensamos, aun en las cosas que pudiéramos creer les son mas desconoci-

das. Que vaya un predicador inglés á la China á decir á su auditorio «que el cristianismo es la mejor cosa del »mundo; pero que esta religion divina se corrompió »desgraciadamente en la lozania de su juventud por dos »grandes apostasías, la de Mahoma en Oriente y la del »Papa en Occidente: que habiendo principiado una y »otra juntas, y debiendo durar 1260 años (1), una y »otra deben acabar juntas y estar ya cercanas á su fin: »que el mahometismo y el catolicismo son dos corrup»ciones paralelas y exactamente del mismo género; y »que no hay en el universo un hombre que se llame »cristiano que pueda dudar de la verdad de esta profe»cía (2).» Seguramente que el mandarin que oyese es-

(1) En efecto como *las naciones deben hollar la ciudad santa durante cuarenta y dos meses* (Apoc. XI, 2.), es claro que por las *naciones* se debe entender los *mahometanos*. Ademas 42 meses de á 30 dias cada uno hacen 1260 dias: esto es evidente. Mas cada dia significa un año: luego 1260 dias valen 1260 años; y si á estos se añaden los 622, que es la fecha de la Egira, tenemos 1882: resulta pues que el mahometismo no puede durar mas que hasta el año 1882. Es asi que la corrupcion papal debe acabar con la corrupcion mahometana; luego &c. Este es el razonamiento del señor Buchanan que he citado mas arriba.

(2) Cuando se piensa que tan inconcebibles locuras manchan aun en el siglo XIX las obras de una multitud de teólogos ingleses, como los doctores Daubeney, Faber, Cuninghan, Buchanan, Hartley, Fere, &c.; no puede uno contemplar sin un religioso terror el abismo de extravió donde el castigo mas justo precipita la mas criminal de todas las rebeliones. El moderno Atila, menos civilizado que el primero, derriba de su trono al sumo pontífice, le hace prisionero, y se apodera de sus estados. Al momento se inflama la cabeza de estos escritores, y creen que se acabó el pontificado, y que Dios no tiene ya medios para salvarle. Ved-

tas graciosas aserciones, tendria al predicador por loco y se burlaria de él. En todos los paises infieles pero civilizados, los hombres capaces de abrazar las verdades del cristianismo, luego que nos oyesen, no tardarian en preferirnos á todos los sectarios. Voltaire tenia sus motivos para mirarnos como una secta que disputaba con las otras; pero los hombres juiciosos y libres de preocupaciones echarán de ver desde luego que de un lado está la iglesia una é invariable, y del otro la herejía con sus mil cabezas. Mucho tiempo antes de saber su nombre ya la conocen y desconfian de ella.

Nuestra infinita superioridad es tan conocida, que llegó á poner en zozobra á la compañía de las Indias; y la vista de algunos clérigos franceses, llevados á aquellos paises por el torbellino revolucionario, la sobresaltó, temiendo que estos al ganar cristianos, los hiciesen tambien franceses (Ningun inglés instruido podrá contradecirme). La compañía de las Indias dice sin duda como nosotros: *venga á nos el tu reino*; pero añade siempre el correctivo; *y que el nuestro subsista.*

Y si nuestra superioridad en este punto está reconocida en Inglaterra, no es menos notoria la nulidad del clero inglés respecto del mismo: «No creemos, de- «cian pocos años há unos periodistas estimables de aquel

los componiendo folletos sobre el *cumplimiento de las profecías*; pero mientras los estan imprimiendo, el poder y el voto de la Europa restituyen al Papa á su trono, y tranquilo en la ciudad eterna ruega á Dios por los autores de esos libros insensatos.

»pais, que la sociedad de las misiones sea obra de »Dios..... porque dificilmente se nos persuadirá que »Dios sea el autor de la confusion, y que los dogmas del »cristianismo deban ser sucesivamente anunciados á los »paganos por hombres que *no solo van sin ser envia- »dos* (1), sino que difieren de opiniones entre sí de un »modo tan extraordinario, como los calvinistas y los »arminianos, los episcopales y los presbiterianos, los pe- »do-baptistas y los anti-pedo-baptistas &c.»

Los redactores indican despues el débil sistema de los *dogmas esenciales*, y luego añaden: «Entre misione- »ros tan heterogéneos las disputas son inevitables, y »sus tareas, en lugar de ilustrar á los gentiles, no sir- »ven mas que para avivar sus preocupaciones contra la fé, »si alguna vez llega á *anunciarseles de un modo mas »regular* (2). En una palabra la *sociedad de las misio-*

(1) *Not only running unsent*; expresion muy notable. Siendo la palabra *misionero* sinónima precisamente de *enviado*, todo misionero que obra fuera de la unidad, tiene que decir por fuerza: «*yo soy un enviado no enviado.*» Aun cuando la sociedad de las misiones fuese aprobada por la iglesia anglicana, subsistiria siempre la misma dificultad, porque no siendo esta iglesia *enviada*, no tiene derecho de *enviar*. Unsent es el carácter general, infamante é indeleble de toda iglesia separada de la unidad.

(2) ¿Qué quieren decir los diaristas con esta expresion *de un modo mas regular*? ¿Puede haber alguna cosa regular fuera de la regla? Bien puede estar un hombre mas ó menos cerca de una barca; pero mas ó menos dentro no hay medio. La iglesia de Inglaterra lleva todavía alguna desventaja á las otras iglesias separadas; pues como está evidentemente *sola*, es evidentemente *nula*. (Véase *Monthly political and litterary Censor or anti-jacobin*. March. 1803, vol. XIV, núm. 9, pág. 280 y 281). Acaso estas palabras

»*nes no puede hacer ningun bien, y puede hacer mucho* »*mal.* No obstante creemos que es un deber de la igle»sia predicar el Evangelio á los infieles (1).»

Estas confesiones son muy terminantes, y no necesitan de comentarios. Seria inútil que trataramos de las iglesias orientales y de todas las que dependen de ellas ó hacen causa comun con ellas: penetradas de su impotencia, han acabado por convertir su apatía en una especie de deber; en lo cual se juzgan á sí propias. Y aun se creerian rídiculas si se dejasen dominar de la idea de adelantar las conquistas del Evangelio, y con ellas la civilizacion de los pueblos.

La iglesia pues es la única que tiene el honor, la facultad y el derecho de las misiones; y sin sumo pontífice no hay iglesia. ¿No es el pontífice el que ha civilizado la Europa, y creado ese espíritu general, ese genio fraternal que nos distinguen? Apenas se afirma la santa sede, cuando *la solicitud universal* arrebata á los sumos pontífices. Ya en el siglo V enviaron á S. Severino á la Nórica, y otros operarios apostólicos recorrieron las Españas, como se ve en la famosa carta de Inocencio I á Decencio. En el mismo siglo S. Paladio y S. Patricio aparecen en Irlanda y en el norte de Escocia. En

de un modo mas regular ocultan algun misterio, como muchas veces lo he observado en las obras de los escritores ingleses.

(1) *Ibid.* Estas son palabrotas. *La iglesia sola tiene el derecho y de consiguiente el deber de predicar el Evangelio á los infieles.* Si los redactores hubieran rayado por bajo la palabra *iglesia;* sin duda hubieran predicado una verdad muy profunda á los *infieles.*

el siglo VI S. Gregorio el Grande envia á S. Agustin á Inglaterra. En el VII S. Kilian predica en Franconia, y S. Amando á los flamencos, á los carintios, á los esclavones y á todos los bárbaros que habitaban las márgenes del Danubio. Eluff de Werden se transporta á Sajonia en el siglo VIII, S. Willebrodo y S. Swidberto á la Frisia, y S. Bonifacio ilustra á la Alemania con sus tareas y conquistas. Pero parece que el siglo IX se distingue de todos los demas, como si la divina providencia hubiera querido con grandes conquistas consolar á la iglesia de las calamidades que tan de cerca la amenazaban. Durante este siglo S. Siffredo fue enviado á los suecos; Ancario de Hamburgo predica tambien á los mismos, á los vándalos y á los esclavones; Remberto de Brema, los hermanos Cirilo y Metodio á los búlgaros, á los chabares ó turcos del Danubio, á los moravos, á los bohemios y á la inmensa familia de los esclavones. Todos estos varones apostólicos juntos podian decir con mucha razon:

Hic tandem stetimus nobis ubi defuit orbis.

Mas cuando el universo se ensanchó por las memorables empresas de los navegantes modernos, ¿no siguieron los misioneros del pontífice en pos de aquellos esforzados aventureros? ¿no fueron á buscar el martirio, como la avaricia buscaba el oro y los diamantes? Sus manos caritativas ¿no estaban constantemente extendidas para curar los males nacidos de nuestros vicios, y para hacer menos odiosos á los bandoleros europeos en

aquellos pueblos lejanos? ¿Qué no hizo S. Francisco Javier? (1) Los jesuitas solos *¿no han curado una de las mayores llagas de la humanidad*? (2) Se ha dicho ya cuanto hay que decir acerca de las misiones del Paraguay, de la China y de las Indias, y seria superfluo tocar otra vez materias tan conocidas. Basta solo advertir que todo el honor que de ellas resulta, debe atribuirse á la santa sede.

«Hé aquí, decia el gran Leibnitz con un noble sen»timiento de envidia muy digno de él, hé aquí la Chi»na abierta á los jesuitas, y el Papa envia allá muchí»simos misioneros. *Nuestra poca union no nos permite »emprender estas grandes conversiones* (3). Bajo el rei»nado del rey Guillermo se habia formado una especie »de sociedad en Inglaterra, que tenia por objeto la pro-

(1) *A Paulo III Indiæ destinatus, multos passim toto Oriente christianos ad meliorem frugem revocavit, et innumeros propemodum populos ignorantiæ tenebris involutos ad Christi fidem adduxit. Nam præter Indos, Brachmanes, et Malabaras, ipse primus Paravis, Malais, Jais, Acenis, Mindanais, Molucensibus, et Japonibus, multis editis miraculis, et exantlatis laboribus, Evangelii lucem intulit. Perlustratâ tandem Japoniâ, ad Sinas profecturus in insulâ Sancianâ obiit.* (Véase su oficio en el breviario de Paris, 2 de diciembre). Los viajes de este santo se cuentan circunstanciadamente al fin de su vida escrita por el padre Bohours, y merecen grande atencion. Ordenadas en una línea las distancias que anduvo, hubieran dado tres veces la vuelta al mundo. El santo murió á los cuarenta y seis años de su edad, y solo empleó diez para la ejecucion de sus prodigiosas tareas, puntualmente el tiempo que empleó César para sojuzgar y devastar las Galias.

(2) Montesquieu.

(3) Carta de Leibnitz citada en el *Diario hist., polit. y liter. del abate de Feller*, agost. de 1774, pag. 209.

»pagacion del Evangelio; mas hasta ahora no ha hecho »grandes progresos (1).»

No los hará jamás ni podrá hacerlos bajo cualquier nombre que proceda, hallándose fuera de la unidad, y no solamente no logrará ningun triunfo, sino que *hará mucho mal*, como nos lo confesaba poco há una boca protestante.

«Los reyes, decia Bacon, no pueden verdaderamen»te disculparse de no procurar con sus armas y sus ri»quezas la propagacion de la religion cristiana (2).» = Sin duda que no pueden, tanto menos (hablo solo de los soberanos católicos), cuanto que fascinados por las preocupaciones modernas sobre sus verdaderos intereses, no saben que todo príncipe que emplee sus fuerzas en la propagacion del cristianismo legítimo, será infaliblemente recompensado con grandes triunfos, con un largo reinado, con una inmensa reputacion, ó con todas estas ventajas reunidas. Sobre este punto no hay ni habrá nunca, ni puede haber escepcion. Constantino, Teodosio, Alfredo, Carlo Magno, S. Luis, S. Fernando, Manuel de Portugal, Luis XIV &c., todos los grandes protectores ó propagadores del cristianismo legítimo estan señalados en la historia con los caractéres que acabo de indicar. El príncipe que emprenda esta obra divina, y la adelante lo posible, segun sus fuerzas, sin duda podrá pagar su tributo de imperfecciones y de des-

(1) *Leibnitz, Epist. ad Kortholtam*, en sus obras en 4.°, pág. 322. = *Pensamientos de Leibnitz* en 8.°, tomo I, pág. 275.

(2) Bacon, diálogo *de Bello sacro*. Cristianismo de Bacon, tom. II, p. 274.

dichas á la miserable humanidad; mas no obstante llevará siempre sobre su frente una cierta señal que reverenciarán todos los siglos.

Illum aget pennà metuente solvi
Fama superstes.

Por el contrario todo príncipe que nacido en la luz la desprecie ó se esfuerce para apagarla, y sobre todo que se atreva á extender su mano sobre el sumo pontífice, ó á afligirle sin miramiento, cuente con un castigo temporal y visible. Reinado corto, desastres humillantes, muerte violenta ó vergonzosa, mala reputacion en vida, y memoria infame despues de su muerte; esta es la suerte que en mas ó en menos le espera. Desde Juliano á Felipe el Hermoso los ejemplos antiguos se hallan escritos en todas partes; y en cuanto á los ejemplos recientes, el hombre prudente, antes de exponerlos en su verdadero punto de vista, hará bien de esperar á que con el transcurso del tiempo lleguen á ser patrimonio de la historia.

CAPÍTULO II.

LIBERTAD CIVIL DE LOS HOMBRES.

Hemos visto que el sumo pontífice es el jefe natural, el promovedor mas poderoso, el gran *Demiurgos* de la civilizacion universal: sus fuerzas sobre este punto no tienen límite sino en la ceguedad ó mala voluntad de los príncipes. No menos beneméritos de la humanidad son por la abolicion de la esclavitud que han combatido sin intermision, y que acabarán de abolir infaliblemente sin violencia, sin conmociones y sin peligro, donde quiera que se les deje obrar.

Fue una singular ridiculez del último siglo el juzgar de todo por reglas abstractas, sin consideracion á la experiencia; lo cual es tanto mas chocante, cuanto que en el mismo siglo no cesó de gritarse contra todos los filósofos, que han comenzado por los principios abstractos, en vez de buscarlos en la experiencia.

¡Qué sobresaliente aparece Rousseau cuando prin-

cipia su *Contrato social* por esta máxima retumbante: *El hombre ha nacido libre, y en todas partes se halla entre cadenas!*

¿Qué quiere decir? Probablemente no hablará del hecho, pues en la misma frase afirma que *en todas partes se halla entre cadenas*. Luego se trata *del derecho*: pero habia que probarlo *contra el hecho.*

Lo contrario de esta loca asercion *(el hombre ha nacido libre)* es la verdad. En todos tiempos y en todos lugares, hasta la fundacion del cristianismo, y aun hasta que esta religion hubo penetrado suficientemente en los corazones, la esclavitud se consideró siempre como una parte necesaria del gobierno y del estado político de las naciones, así en las repúblicas como en las monarquías, sin que jamás haya ocurrido á ningun filósofo condenar la esclavitud, ni á ningun legislador combatirla por medio de leyes fundamentales ó de circunstancias.

Aristóteles, uno de los mas profundos filósofos de la antigüedad, llegó hasta á decir, como todo el mundo sabe, *que habia hombres que nacian esclavos*; y no hay cosa mas cierta. Bien sé que en nuestro siglo ha sido motejado aquel filósofo por su asercion; pero hubiera valido mas comprenderle, que criticarle. Su proposicion está fundada en la historia entera, que es la política experimental, y en la naturaleza misma del hombre que ha producido la historia. El que haya estudiado bastante esta triste naturaleza, sabe que *el hombre en general*, si se le abandona á sí mismo, *es demasiado malo para ser libre.*

Examine cada cual al hombre en su propio corazon, y conocerá que en donde quiera que la libertad civil pertenezca á todos, no habrá medio, *sin algunos auxilios extraordinarios*, de gobernar á los hombres como cuerpo de nacion.

De ahí viene que la esclavitud ha sido constantemente el estado natural de una gran parte del género humano hasta la aparicion del cristianismo; y como la recta razon universal experimentaba la necesidad de aquel órden de cosas, jamás fue combatido ni por las leyes, ni por el raciocinio.

Un gran poeta latino puso en boca de César una máxima terrible:

EL LINAGE HUMANO EXISTE PARA UNOS POCOS (1).

No hay duda que esta máxima, en el sentido que le da el poeta, se presenta bajo un aspecto maquiavélico que indigna; pero bajo otro punto de vista es muy exacta. En todas partes el menor número ha gobernado siempre al mayor; porque sin una aristocracia mas ó menos fuerte la monarquía no lo será bastante.

En la antigüedad el número de hombres libres era muy inferior al de los esclavos. Atenas contaba cuarenta mil de estos y veinte mil ciudadanos (2). En Roma, que tenia hácia el fin de la república cerca de un millon y doscientos mil habitantes, apenas habia dos mil pro-

(1) *Humanum paucis vivit genus.* Lucan. Phars.
(2) Larcher sobre Herodoto, lib. I, not. 258.

pictarios (1); lo cual por sí solo manifiesta el inmenso número que habia de esclavos. Un solo indivíduo tenia á veces algunos miles de ellos en su servicio (2). En cierta ocasion fueron condenados á muerte cuatrocientos de una sola casa, en virtud de la ley atroz que mandaba que cuando un ciudadano romano fuera muerto en su morada, todos los esclavos que habitaran bajo el mismo techo sufriesen la pena capital (3); y cuando se trató de dar á los esclavos un traje particular que los distinguiese, se opuso el senado, *temeroso de que ellos llegasen á contarse* (4).

Otras naciones nos suministrarian poco mas ó menos los mismos ejemplos; pero hay que abreviar. Ademas sería inútil probar con extension lo que nadie ignora: «*que hasta la época del cristianismo el universo »siempre estuvo cubierto de esclavos, y que jamás los sa»bios condenaron este uso.*» Esta proposicion es incontrastable.

Mas al fin apareció la ley divina sobre la tierra, é inmediatamente penetró en el corazon del hombre, y le mudó de una manera que debe excitar la eterna admiracion de todo verdadero observador. La religion principió sobre todo á trabajar sin descanso para abolir la

(1) *Vix esse duo millia hominum qui rem habeant* (Cic. de Officiis II, 21).

(2) Juven. *Sat. III*, 140.

(3) Tacit *Ann. XIV*. 43. Son sumamente curiosos los discursos pronunciados en el senado sobre este punto.

(4) *Adam's roman Antiquities*, en 8.° London, pág. 35 et seq.

esclavitud; cosa que ninguna otra religion, ningun legislador, ni ningun filósofo se habian atrevido á emprender, ni aun á soñar. El cristianismo obraba con lentitud por la misma razon que obraba divinamente, porque todas las operaciones legítimas, de cualquiera género que sean, se hacen siempre de una manera imperceptible. Donde quiera que haya ruido, estrépito, impetuosidad, destruccion &c., puede estar uno seguro de que obra el crímen ó la locura.

La religion pues presentó una batalla continuada á la esclavitud, trabajando ya aquí, ya allí, de un modo ó de otro, pero sin cansarse jamás; y los soberanos conociendo, aunque incapaces todavía de atinar la razon, que el sacerdocio los aliviaba de una parte de sus penas y de sus temores, fueron cediendo insensiblemente y se prestaron á sus benéficas miras.

«En fin en el año 1167 el Papa Alejandro III de»claró en nombre del concilio que todos los cristianos »debian estar exentos de la esclavitud. Esta sola ley de»be hacer grata su memoria á todos los pueblos; así co»mo los italianos deben apreciar su nombre por los es»fuerzos que hizo para sostener la libertad de Italia. En »virtud de esta ley, mucho tiempo despues declaró Luis »el Revoltoso que todos los siervos que aun quedaban »en Francia debian ponerse en libertad....» Sin embargo los hombres no volvieron á entrar sino por grados y muy dificilmente *en su derecho natural* (1).

(1) Voltaire, *Ensayo sobre las cost. cap. LXXXIII.* Aquí se ve á Voltaire, apegado tenazmente á los delirios de su siglo, citarnos

No hay duda que *la memoria de este pontífice debe ser grata á todos los pueblos.* Pertenecia legítimamente á su sublime cualidad la iniciativa de tal declaracion; pero obsérvese que hasta el siglo XII no tomó la palabra el Papa sobre este punto, y aun entonces declaró mas bien el derecho á la libertad, que la libertad misma. No se propasó á tomar medidas violentas, ni usó de amenazas; porque nada de lo que se hace bien, se hace de prisa.

Donde quiera que reina otra religion que la cristiana, la esclavitud es de derecho; y donde quiera que esta santa religion se debilita, la nacion llega á ser en precisa proporcion menos capaz de la libertad general.

Acabamos de ver el estado social conmovido hasta en sus fundamentos, porque en Europa habia demasiada libertad y no habia bastante religion. Todavía habrá otras conmociones, y no se establecerá sólidamente el buen órden hasta que se restablezca la esclavitud ó la religion.

El gobierno solo no puede gobernar. Esta es una máxima que parecerá mas incontestable cuanto mas se la medite. Necesita pues aquel como de un ministro indispensable, ó de la esclavitud, que disminuye el nú-

el derecho natural del hombre á la libertad. Yo desearía saber cómo hubiera probado el derecho contra los hechos, que atestiguan invenciblemente *que la esclavitud es el estado* natural *de una gran parte del género humano hasta la manumision sobrenatural.*

mero de las voluntades que obran en el estado, ó de la fuerza divina, que por una especie de *injerto* espiritual neutraliza la natural aspereza de estas voluntades, y las pone en aptitud de obrar juntas sin perjudicarse.

El nuevo mundo ha dado un ejemplo que completa la demostracion. ¿Qué no han hecho los misioneros católicos, es decir, los enviados del Papa, para extinguir la esclavitud, para consolar, para curar y ennoblecer la especie humana en aquellas vastas regiones? En cualquiera parte donde se deje obrar á aquel poder, producirá los mismos efectos. Pero no piensen las naciones que la desconocen, aunque sean cristianas, en abolir la esclavitud si aun subsiste en ellas, porque la consecuencia infalible de tan ciega imprudencia seria una calamidad política.

Mas no se crea que la iglesia ó el Papa *(todo es uno)* no lleve otra mira en la guerra que ha declarado á la esclavitud, que la perfeccion política del hombre: para esta potestad hay otra cosa mas elevada, la perfeccion de la moral, de la que son una simple derivacion los adelantamientos políticos. Donde quiera que reine la esclavitud, no puede haber verdadera moral, á causa del imperio desordenado del hombre sobre la mujer. Aun siendo esta dueño de sus derechos y de sus acciones, es demasiado débil contra las seducciones que por todas partes la rodean: ¿qué será cuando su propia voluntad no puede defenderla? Se desvanecerá hasta la idea de la resistencia: el vicio se convertirá en deber; y el hombre, gradualmente envilecido por la facilidad de los

placeres, no podrá tener costumbres superiores á las de Asia.

El señor Buchanan, á quien he citado poco hace, y de quien tomo con gusto una nueva cita tan exacta como importante, ha observado muy bien que «en todos »los paises donde no reina el cristianismo, se advierte »cierta tendencia á la degradacion de las mujeres (1).» No hay verdad mas evidente, y aun puede señalarse la razon de esta degradacion, que solo es combatible por un principio sobrenatural. Donde quiera que nuestro sexo puede mandar el vicio, es imposible que haya verdadera moral, ni verdadera dignidad de costumbres. La mujer que lo puede todo sobre el corazon del hombre, le devuelve toda la perversidad que recibe de él, y las naciones se estancan en este *círculo vicioso*, del cual no pueden radicalmente salir por sus propias fuerzas.

Por una operacion del todo contraria, y tambien muy natural, el medio mas eficaz de perfeccionar al hombre es ennoblecer y exaltar á la mujer: en lo cual el cristianismo solo trabaja sin intermision con acierto infalible, capaz únicamente de aumento ó diminucion, segun el género y la multitud de los obstáculos que pueden contrariar su accion. Pero este poder inmenso y sagrado del cristianismo será nulo, si no se halla concentrado en una mano única que le ejerza y le haga valer. Sucede con el cristianismo diseminado por

(1) *Christian researches in Asia &c., by the R. Claudius Buchanan D. D. Londres* 1812, *pág.* 56.

el globo, como con una nacion que no tiene existencia, accion, poder, consideracion, ni aun nombre, sino en virtud de la soberanía que la representa y le da una personalidad moral entre los pueblos.

La mujer debe mas obligaciones que el hombre al cristianismo; pues de él recibe toda su dignidad. La mujer cristiana es verdaderamente un ente *sobrenatural*, supuesto que el cristianismo la levanta y mantiene en un estado que no le es *natural.* Mas ¡con qué servicios inmensos paga esta especie de ennoblecimiento!

Asi el género humano es *naturalmente* siervo en gran parte, y no puede salir de ese estado sino *sobrenaturalmente.* Con la servidumbre no hay moral propiamente dicha: sin el cristianismo no hay libertad general; y sin el Papa no hay verdadero cristianismo, es decir, cristianismo que obre, que sea poderoso, que convierta, que regenere, que conquiste y que perfeccione. Pertenecia pues al sumo pontífice proclamar la libertad universal: lo hizo, y su voz resonó en todo el universo. El solo hizo posible esta libertad en su cualidad de jefe único de esa religion, que es la única capaz de rendir las voluntades, y que solamente por mano de aquel podia desplegar todo su poderío. Hoy seria menester estar ciego para no ver que en Europa se debilitan todas las soberanías, y que por todas partes van perdiendo la confianza y el amor. Las sectas y el espíritu individual se multiplican de un modo espantoso. Asi es preciso purificar las voluntades ó encadenarlas: no hay medio. Los principes disidentes, en cuyos esta-

dos subsiste aun la esclavitud, la conservarán ó perecerán. Los demas se verán precisados á adoptar la servidumbre ó á volver á la unidad.

Mas ¿quién me asegura que viviré mañana? Quiero pues escribir hoy un pensamiento que me ocurre acerca de la esclavitud, aun cuando debiera separarme de mi asunto, que no lo creo.

¿Qué es el estado religioso en los paises católicos? La esclavitud ennoblecida. A la institucion antigua, útil en sí misma por muchos respetos, añade este estado una multitud de ventajas particulares, al paso que le quita todos los abusos. En vez de envilecer al hombre el voto de religion le santifica. En vez de sujetarle á los vicios de otro, le liberta de ellos; y sometiéndole á una persona por eleccion, le declara libre respecto de los demas, con quienes nada tendrá en adelante que ver.

Siempre que se puedan amortiguar las voluntades sin degradar á los sugetos, se hace un servicio inapreciable á la sociedad, descargando al gobierno del cuidado de vigilar á aquellos hombres, de emplearlos, y sobre todo de pagarlos. No ha habido nunca una idea mas feliz que la de reunir ciudadanos pacíficos que trabajan, oran, estudian, escriben, dan limosna, cultivan la tierra, y no piden nada á la autoridad. Esta verdad se percibe particularmente ahora que de todos lados agovian al gobierno una multitud de hombres, y el gobierno no sabe qué hacer con ellos.

Una juventud impetuosa, innumerable, libre por su desgracia, codiciosa de distinciones y de riquezas, se

precipita por enjambres en la carrera de los empleos. Todas las profesiones imaginables tienen cuatro ó cinco veces mas candidatos de los que necesitan. No se encontrará en Europa una oficina donde no se haya doblado ó triplicado el número de los empleados de cincuenta años á esta parte. Dícese que los negocios se han aumentado; pero los hombres crean los negocios, y son demasiados los que se mezclan en estos. Todos se abalanzan á un tiempo al mando y á los empleos, fuerzan todas las puertas, y obligan á crear nuevos destinos. Hay demasiada libertad, demasiado movimiento, demasiadas voluntades desencadenadas en el mundo.

¿De qué sirven los religiosos? dicen muchos imbéciles. Pues ¡qué! ¿no se puede servir al estado sin tener un empleo? ¿no vale nada el beneficio de enfrenar las pasiones y neutralizar los vicios? Si Robespierre, en lugar de ser abogado, hubiese sido capuchino, tambien se hubiera dicho de él al verle pasar: *¡Dios mio! ¿de qué sirve ese hombre?*

Infinitos escritores han puesto en claro los muchos servicios que el estado religioso hacia á la sociedad; mas yo creo útil considerarlo por el lado que menos se ha observado, y que á la verdad no era el menos importante: como maestro y director de un gran número de voluntades, y como suplente inapreciable del gobierno, cuyo mayor interés es el moderar el movimiento interior del estado, y aumentar el número de los hombres que nada le piden.

En el dia, gracias al sistema de independencia uni-

versal y al inexplicable orgullo que se ha apoderado de todas las clases, todos quieren ser militares, jueces, escritores, empleados, gobernantes. Se pierden en el torbellino de los negocios, y gimen bajo el peso enorme de los escritos. La mitad del mundo se ocupa en gobernar á la otra mitad sin poder conseguirlo.

CAPÍTULO III.

INSTITUCION DEL SACERDOCIO. CELIBATO CLERICAL.

---

§. 1.º

Tradiciones antiguas.

No hay un dogma en la iglesia católica, ni aun un uso general perteneciente á la alta disciplina, que no tenga sus raices en lo mas profundo de la naturaleza humana, y de consiguiente en alguna opinion universal, mas ó menos alterada en este ó en el otro pais; pero no obstante comun en su orígen á todos los pueblos de todas las épocas.

La explicacion de esta proposicion daria materia suficiente para una obra interesante. Yo no me apartaré sensiblemente de mi asunto, presentando un ejemplo nada mas de esta concordia maravillosa, y elegiré la *confesion*, solo para que se me entienda mejor.

¿Qué cosa hay mas natural en el hombre que ese

movimiento de un corazon *que se inclina á otro para depositar en él un secreto*? (1) Un infeliz despedazado interiormente por el remordimiento ó por la pena necesita de un amigo, de un confidente que le escuche, le consuele, y á veces le dirija. El estómago que contiene un veneno y entra espontáneamente en convulsion para arrojarle, es la imágen natural de un corazon, donde el crímen ha derramado su ponzoña. Sufre, se agita, y se contrae hasta que encuentra el oido de la amistad ó á lo menos el de la benevolencia.

Mas cuando de la confianza pasamos á la *confesion*, y esta se hace á la autoridad, la conciencia universal reconoce en esta confesion espontánea una fuerza expiadora y un mérito de gracia. Sobre este punto es uniforme el modo de pensar, desde la madre que pregunta á su hijo acerca de un vaso quebrado ó un dulce que ha comido sin licencia, hasta el juez que sentado en su tribunal toma declaracion al ladron ó al asesino.

Muchas veces el culpado, instado por su propia conciencia, rehusa la impunidad que le prometia el silencio. No sé que instinto misterioso, mas fuerte aun que el de la conservacion, le hace buscar la pena que podria evitar; y hasta en los casos en que no puede temer ni los testigos, ni el tormento, exclama: *Sí, yo soy.* Pudieran citarse legislaciones misericordiosas, que en

(1) Expresion admirable de Bossuet (*Oracion fúnebre de Henriqueta de Inglaterra.*) La Harpe la ha alabado juntamente en su *Liceo.*

semejantes casos confian á los magistrados superiores la facultad de moderar los castigos, aun sin recurrir al soberano.

No puede menos de reconocerse en la simple confesion de nuestras faltas (prescindiendo de toda idea sobrenatural) alguna cosa, que sirve infinito para introducir en el hombre la rectitud de corazon y la sencillez de conducta (1). Ademas, á la manera que todo crímen es por su naturaleza una razon para cometer otro; toda confesion voluntaria es tambien por su naturaleza una razon para corregirse; libra igualmente al culpado de la desesperacion y del endurecimiento, porque el crímen no puede permanecer en el corazon del hombre, sin conducirle á uno ú otro de estos dos abismos.

«¿Sabeis, decia Séneca, por qué ocultamos nuestros »vicios? Porque estamos encenagados en ellos. Luego »que *los confesemos*, nos curaremos (2).»

Creemos estar oyendo á Salomon que dice al culpado: «El que oculta sus pecados perecerá; pero el que »*los confiesa* y se aparta de ellos, obtendrá misericor»dia (3).»

Todos los legisladores del mundo han conocido estas verdades, y las han convertido en beneficio de la hu-

(1) Bertier, *sobre los salmos*, tom. I, salmo XXXI.

(2) *Quare sua vitia nemo confitetur? Quia in illis etiamnum est: vitia sua confiteri sanitatis indicium est.* Sen. *Epist. mor.* LIII.—No creo que en nuestros libros piadosos se hallen mejores consejos para la eleccion de un director, que los que pueden leerse en la epístola precedente del mismo Séneca.

(3) *Prov. XXVIII*, 13.

manidad. Moisés se halla á la cabeza de todos, y establece en sus leyes una *confesion* expresa y aun pública (1).

El antiguo legislador de las Indias dijo: «Cuanto »mas verdadera y voluntariamente se *confiesa* el hom»bre que ha cometido un pecado, tanto mas se libra de »él, como una serpiente suelta su piel vieja (2).»

Como estas ideas han existido en todos tiempos y lugares, se halla establecida la confesion en todos los pueblos que habian conocido los misterios de *Eleusis*: se encontró en el Perú, entre los Brahmas, entre los turcos, en el Tibet y en el Japon (3).

En este punto como en todos los demas ¿qué ha hecho el cristianismo? Ha revelado el hombre al hombre, se ha apoderado de sus inclinaciones, de sus creencias eternas y universales, ha descubierto sus fundamentos antiguos, les ha quitado toda mancha y toda mezcla extraña, los ha honrado con el sello divino; y sobre estas bases *naturales* ha establecido su teoría *sobrenatural* de la penitencia y de la confesion sacramental.

(1) *Levit.* V, 5, 15 y 18; VI, 6: *Núm.* V. 6 y 7.

(2) A continuacion añade: «Pero si el pecador quiere obtener »una plena remision de su pecado, *evite sobre todo* la recaida.» (Leyes de Menu, hijo de Brahma, en las obras del caballero Guillermo Jones, en 4.°, tom. III, cap. XI, núm. 64 y 233.)

(3) *Carli*, *Lettere Americane*, tom. I, cart. XIX.—Extracto de los viajes de Effremoff en el *Diario del Norte*. S. Petersb., mayo de 1807, número 18, pág. 335.—Feller, *Catecismo filosófico*, tomo III, núm. 501 &c.

Lo que digo de la penitencia podia decirlo de todos los demas dogmas del cristianismo católico; pero un ejemplo basta, y espero que con esta especie de introduccion se dejará conducir naturalmente el lector á lo que va á seguir.

Ha sido opinion comun entre los hombres de todos tiempos, de todos paises y de todas religiones: «*que »en la* CONTINENCIA *hay algo de celestial que ensalza al »hombre y le hace agradable á la divinidad; y por con»secuencia necesaria qué toda funcion sacerdotal, todo »acto religioso, toda ceremonia santa se aviene poco ó no »se aviene nada con el matrimonio.*»

No hay legislacion en el mundo que sobre este punto no haya sujetado á los sacerdotes de alguna manera, y que aun respecto de los demas hombres no haya acompañado las oraciones, los sacrificios, las ceremonias solemnes con alguna abstinencia de este género mas ó menos severa.

El sacerdote hebreo no podia casarse con mujer repudiada, y el sumo sacerdote ni con una viuda (1). El Talmud añade que tampoco podia tener dos mujeres, aunque la poligamia estaba permitida al resto de la nacion (2); y todos debian estar *puros* para entrar en el santuario.

Del mismo modo los sacerdotes egipcios no tenian mas que una mujer (3); y el *hierofanta* entre los grie-

(1) *Levit* XXI, 7, 9, 13.
(2) Talm. *in Massechta Joña.*
(3) Phil. *apud P. Cunæum de Rep. Heb.* Elzevir, XVI, p. 190.

gos estaba obligado á guardar el celibato y la mas rigorosa continencia (1).

Orígenes nos enseña de qué medio se valía el hierofanta para poder guardar su voto (2); con lo que confesaba expresamente la antigüedad así la importancia de la continencia en las funciones sacerdotales, como la impotencia de la naturaleza humana abandonada á sus propias fuerzas.

Los sacerdotes, en Etiopia lo mismo que en Egipto, estaban en reclusion y guardaban el celibato (3); y Virgilio hace brillar en los campos Elíseos

A los sacerdotes que fueron castos durante su vida (4).

Las sacerdotisas de Ceres en Atenas, donde las le-

(1) *Potter's greek antiquities*, tom. I, pág. 183 y 356.—*Cartas acerca de la hist.* &c. tomo II, pág. 571.

(2) *Contra Celsum*, cap. VII, núm. 48. Vid. *Diosc.*, lib. IV, cap. LXXIX. *Plin. Hist. nat*, lib XXXV, cap. XIII.

(3) *Briant's Mythology explained*, en 4.°, tom. I, pág. 281; tom. III, pág. 240, segun Diodoro de Sicilia. — Porphir. de *abstin.*, lib. IV, pág. 364.

(4) *Quique sacerdotes casti dum vita manebat.* Virgil. Eneid. 661. — Heyne que creyó ver en este verso la condenacion formal de un dogma de Gottinga, le añadió una nota graciosa. «*Esto se* »*entiende*, dice, *de los sacerdotes que llenaron sus deberes* caste, pure, ac pie (es decir, *escrupulosamente*) *durante su vida.*» *Entendido asi Virgilio no es reprensible. Ita nihil est quod reprehendas* (Londres, 1793, en 8.°, tom. II, pág. 741). Así pues si se dice que un zapatero por ejemplo *es casto*, significará, segun Heyne, *que hace bien los zapatos*. Sea esto dicho sin faltar al respeto que se merece la memoria de este hombre ilustre.

yes les daban la mayor importancia, eran elegidas por el pueblo, y mantenidas á expensas del público, se consagraban por toda su vida al culto de la diosa, y estaban obligadas á vivir en la mas austera continencia (1).

Así se pensaba en todo el mundo conocido. Transcurren los siglos, y encontramos las mismas ideas en el Perú (2).

¡Qué premios y qué honores han concedido todos los pueblos del universo á la virginidad! Aunque el matrimonio sea el estado natural del hombre en general, y hasta un estado santo segun una opinion tambien general; sin embargo se descubre en todas partes cierto respeto hácia una persona vírgen, y se la mira como un ente superior; y cualquiera diria que se degrada cuando pierde esta cualidad, aunque sea legítimamente. Las mujeres desposadas en Grecia debian hacer un sacrificio á Diana para expiar esta especie de profanacion (3). La ley habia establecido en Atenas unos misterios particulares relativos á esta ceremonia religiosa (4), que las mujeres observaban con mucho rigor, y temian la cólera de la diosa si dejaban de conformarse con ellos (5).

(1) *Cartas acerca de la hist.*, tom. II, pág. 577.

(2) *I sacerdoti nella settimana del loro servizio si astenevano dalle mogli* (Carli, *Lett. Americ.*, tomo I, lib. XIX).

(3) Επι *αφοσιωσει τῆς παρθενιας*. Véase el Escoliastes de Teócrito sobre el verso 66 del Idilio 11.

(4) Τᾶ *δὲ μυστήριὰ ταυτὰ* Αθηνησιν *πολιτεύονται*. ibidem.

(5) Cualquiera que conozca las costumbres antiguas, no preguntará sin admiracion qué sentimiento interior era el que esta-

Se hallan vírgenes consagradas á Dios en todas partes y en todas las épocas del género humano. ¿Hay cosa en el mundo mas célebre que las vestales? *Con el culto de Vesta brilló el imperio romano, y cayó con él* (1).

En el templo de Minerva de Atenas se habia conservado el fuego sagrado lo mismo que en Roma por medio de las vírgenes. Estas mismas vestales se han encontrado en otras naciones, especialmente en las Indias (2) y en el Perú, donde es muy digno de notarse que la violacion de su voto se castigaba con el mismo suplicio que en Roma (3): la virginidad era considerada allí como un carácter sagrado, igualmente agradable al emperador que á la divinidad (4).

En la India la ley de Menu declara que todas las ceremonias prescriptas para los matrimonios no concier-

blecia estos *misterios*, y habia tenido fuerza para persuadir su importancia. Es preciso que tenga alguna raiz; pero ¿dónde está humanamente?

(1) Con estas memorables palabras termina la *Memoria sobre las Vestales*, que se lee entre las de la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras de París, tom. V, en 12.° por el abate Naudal.

(2) Véase el *Herodoto* de Larcher, tom. VI, pág. 133.—Carli, *Lett. Amer.* tom. I, lett. V, et tom. I, lett. XXVI, pág. 458.—Not. Procop. lib. II, de *Bello persic.*

(3) Carli, *ibid.* tom. I, let. VIII.—El traductor de Carli asegura que el castigo de las vestales en Roma era fingido, y que ninguna de ellas se quedaba en el subterráneo (tom. I, lett. IX, pág. 114, not.); mas no cita ninguna autoridad.

(4) Carli, *ibid.* tom. I, lib. IX.

nen mas que á las vírgenes, pues las que no lo son estan excluidas de toda ceremonia legal (1).

El voluptuoso legislador de Asia dice tambien: «Los »discípulos de Jesus guardaron la virginidad sin que se »les hubiese prescrito, *á causa del deseo que tenian de »agradar á Dios* (2). La hija de Josafat conservó su vir»ginidad: Dios le inspiró su espíritu, y ella creyó las »palabras de su Señor y las escrituras: *era del número »de las que obedecen* (3).»

¿De dónde viene pues esta opinion universal? ¿dónde habia aprendido Numa que para *santificar* y hacer *venerables* sus vestales era preciso prescribirles la virginidad? (4)

¿Por qué razon Tácito, anticipando el estilo de nuestros teólogos, nos habla de aquella respetable *Occia*, que habia presidido durante cincuenta y siete años el colegio de las vestales *con una eminente santidad*? (5) ¿y de dónde venia aquella persuasion general entre los romanos, de que si una vestal usaba del permiso que le daba la ley para casarse despues de treinta años de ejercicio, *esta especie de casamientos nunca eran felices*? (6)

(1) *Leyes de Menu*, cap. VIII, núm. 226: *Obras del caballero Jones*, tom. III.

(2) El Koran, cap. LVII.

(3) Idem cap. LVI.

(4) «Virginitate aliisque cæremoniis venerabiles ac sanctas fecit.» (Tit. Liv. I, XXIX.)

(5) «Occia, quæ septem et quinquaginta per annos summâ »sanctimoniâ vestalibus sacris præsederat.» (Tacit. *Ann.* II, 86.)

(6) «Etsi antiquitùs observatum infaustas ferè et parùm læta-

Si de Roma nos trasladamos con el pensamiento á la China, encontramos religiosas sujetas tambien á la virginidad: sus casas estan adornadas con varias inscripciones que reciben del mismo emperador, el cual no concede esta prerogativa sino á las que han permanecido vírgenes por espacio de cuarenta años (1).

A la manera de estos religiosos y religiosas de la China, los hay tambien entre los mejicanos (2). ¡Qué conformidad entre naciones tan diferentes en costumbres, en carácter, en lengua, en religion y en clima!

Despues de la virginidad el estado de viudez es el que ha merecido mayor respeto entre los hombres; y es muy notable que entre los muchos elogios prodigados á este estado por toda clase de escritores, no se encuentra que se haya tratado nunca del interés de los hijos, que no obstante es muy evidente.

Conocida es la opinion general de los hebreos sobre la importancia del matrimonio, y la ignominia aneja á la esterilidad: ya se sabe que en sus ideas la primera bendicion era la de la *perpetuacion* de las familias. ¿Por qué pues los grandes elogios dados por ejemplo á Judith *por haber unido la castidad al valor, y por haber pasado ciento y cinco años en la casa de Manasés su esposo sin haberle dado sucesores?* Todo el pueblo á quien sal-

»biles eas nuptias fuisse.» (Just. Lip. *Syntagma de Vest.* cap. 6.) Es conveniente observar aquí que Justo Lipsio lo refiere sin poner duda alguna.

(1) Mr. de Guignes, *Viaje á Pekin*, en 8.° tom. II, pág. 279.

(2) Idem, tom. II. pág. 367 y 368.—Mr. de Humbold, *Vista de las Cordilleras* &c. en 8.° París, 1816, tom. I, pág. 237 y 328.

vó le canta á coro: «Tu eres la alegría y la honra de »nuestro pueblo, porque has obrado con un valor va»ronil, y tu corazon se ha afirmado, porque has ama»do la castidad; y despues de haber perdido á tu mari»do, no has querido desposarte con otro (1).»

¡Pues qué! la mujer que se vuelve á casar, ¿peca *contra la castidad?* Sin duda que no; pero si prefiere la viudez, será alabada en todos tiempos y en todos los puntos del globo, á pesar de todas las preocupaciones contrarias.

En la India la ley excluye de la sucesion de sus colaterales al hijo nacido del matrimonio de una viuda. Entre los hotentotes la mujer que se casa en segundas nupcias, tiene que cortarse un dedo.

Entre los romanos se tributaba el mismo honor á la viudez, y se miraban con igual desprecio las segundas nupcias, aun despues que desaparecieron casi del todo las antiguas costumbres: así vemos que la viuda de un emperador á quien otro pretendia por esposa, declara que *sería una cosa sin ejemplo é inexcusable que una mujer de su nombre y de su clase contrajese segundo matrimonio* (2).

(1) *Judith*, XV, 10, 11.—XVI 26.

(2) Trátase aquí de Valeria, viuda de Maximiano, á quien Maximino quiso tomar por esposa: mas ella respondió: «Nefas »esse illius nominis ac loci fœminam sine more, sine exemplo, ma»ritum alterum experiri.» (Lact de *morte persec.*, cap. 39.) Sería inútil decir que *esto era una excusa*; porque la excusa se buscaría en las costumbres y en la opinion; y precisamente se trata de la *opinion y de las costumbres.*

La China piensa lo mismo que Roma. Allí se venera la honrosa viudez hasta el punto de hallarse una multitud de arcos de triunfo levantados para perpetuar la memoria de las mujeres que permanecieron viudas (1).

El estimable viajero que nos ha informado de este uso, se extiende despues en reflexiones filosóficas sobre lo que á él le parece una gran contradiccion del entendimiento humano. «¿Cómo es (son palabras suyas) que »los chinos que miran como una desgracia morir sin »descendencia, honran al mismo tiempo el celibato de »las mujeres? ¿cómo se concilian ideas tan incompati»bles? Pero tales son los hombres &c. (2).»

Y en seguida se nos viene con la cantinela del siglo XVIII. ¡Ah! ¡Cuán dificil es evitar esta especie de seduccion! De ningun modo se trata aquí de las contradicciones humanas, porque no las hay absolutamente. Las naciones que favorecen la poblacion y honran la continencia, están muy de acuerdo consigo mismas y con la recta razon.

Pero prescindiendo del problema de la poblacion, que ya ha dejado de serlo, vuelvo al dogma eterno del género humano; á saber, «*que nada es mas agradable »á la divinidad que la continencia; y que no solamente »toda funcion sacerdotal, como acabamos de ver, sino »todo sacrificio, toda plegaria, todo acto religioso exi»gia preparaciones mas ó menos conformes á esta »virtud.*»

(1) Mr. de Guignes, *Viaje á Pekin* etc. tom. II, p. 183.
(2) *Ibidem.*

Tal era la opinion universal del antiguo mundo. Cuando los navegantes del siglo XV duplicaron el universo, si puede decirse así, hallamos las mismas opiniones en el nuevo hemisferio. ¿No es natural una idea comun á naciones tan diferentes y que no tuvieron jamás ningun punto de contacto? ¿No pertenece necesariamente á la esencia espiritual que nos constituye lo que somos? ¿En dónde la hubieran tomado todos los hombres si no fuera innata? (1)

Esta teoría parecerá tanto mas divina en su principio, cuanto contrasta mas admirablemente con la moral práctica de la antigüedad corrompida hasta el exceso, y que arrastraba al hombre á toda especie de desórdenes, sin haber podido borrar jamás de su espíritu unas leyes escritas *con caractéres divinos* (2).

Un sabio geógrafo inglés ha dicho acerca de las costumbres orientales: «*En los paises orientales se hace muy »poco caso de la castidad* (3).» Pues estas costumbres orientales son precisamente las costumbres antiguas, y serán eternamente las de todo pueblo no cristiano. Los que las han estudiado en los autores clásicos y en ciertos monumentos del arte que nos quedan, conocerán que no hay exageracion en este aserto de Feller: «Que »medio siglo de paganismo presenta infinitos mas exce»sos enormes que se hallarian en todas las monarquías

(1) O *revelada*. (N. del E.)

(2) Γράμμασι Θεοῦ. Orig. *adver. Cels.*, lib. I, cap. V.

(3) Pinkerson, tom. V de la trad. franc., página 5.—El autor describe en este texto la grande línea de demarcacion que existe entre el Koran y el Evangelio.

»cristianas, desde que el cristianismo reina sobre la »tierra (1).»

Y sin embargo enmedio de esta profunda y universal corrupcion se ve como queda una verdad no menos universal y del todo inexplicable con semejante sistema de costumbres.

En Roma y en tiempo de los emperadores, grandes personajes como Polion y Agripa se disputan el honor de presentar una vestal al estado; *y la hija de Polion es preferida*, únicamente *porque su madre no habia tenido mas que un solo esposo, en vez de que Agripa habia* MENOSCABADO *su casa con un divorcio* (2).

¿Se ha oido jamás una cosa mas extraordinaria? ¿Dónde y cómo habian encontrado los romanos de aquel siglo la idea de la integridad del matrimonio y la de la alianza natural de la castidad y del altar? ¿De dónde habian sacado que una vírgen, hija de un hombre divorciado, aunque nacida de legítimo matrimonio, y personalmente irreprensible, estaba no obstante corrompida para el altar? Es preciso que estas ideas dependan de un principio natural en el hombre, tan antiguo como el hombre mismo, y por decirlo así, que sea parte del hombre.

(1) Cat. filos. tom. III, cap. VI, §. I.

(2) *Prælata est Pollionis filia* NON OB ALIUD *quàm quod mater ejus in eodem conjugio manebat. Nam Agrippa dissidio domum* IMMINUERAT. Tacit *Ann*. II, 86.

§. 2.°

Dignidad del sacerdocio.

Así pues el universo entero no ha cesado de atestiguar estas dos grandes verdades: «1.ª el mérito eminente de la castidad: 2.ª la alianza natural de la continencia con todas las funciones religiosas; pero sobre »todo con las funciones sacerdotales.»

Luego el cristianismo, al imponer á los sacerdotes la ley del celibato, no ha hecho mas que apropiarse una idea natural, la ha despojado de todo error, le ha dado una sancion divina, y la ha convertido en ley de elevada disciplina. Pero la naturaleza humana era demasiado fuerte contra esta ley divina, y no podia ser vencida sino por la omnipotencia inflexible de los sumos pontífices. Sobre todo en los siglos bárbaros se necesitaba nada menos que el brazo de S. Gregorio VII para salvar al sacerdocio. Sin este hombre extraordinario todo estaba humanamente perdido. Quéjanse algunos del inmenso poder que ejerció en su tiempo: tanto valdria quejarse de Dios que le dió aquella fortaleza, sin la cual no hubiera podido obrar. El poderoso demiurgos consiguió cuanto era posible de una materia rebelde; y sus sucesores continuaron su grande obra con tal perse-

verancia, que al fin asentaron el sacerdocio sobre bases inamovibles.

Estoy muy lejos de exagerar nada, ni de querer presentar la ley del celibato como un dogma propiamente dicho; pero sí digo que esta ley pertenece á la mas elevada disciplina, que es de una importancia sin igual, y que nunca podremos tributar debidamente las gracias al sumo pontífice á quien debemos su conservacion.

El sacerdote que tiene mujer é hijos, no es de su rebaño, ó por lo menos no lo es bastante, pues le falta siempre una facultad esencial, la de hacer limosna, á veces hasta sin pensar mucho en sus propias fuerzas. Al acordarse el sacerdote casado de sus hijos no se atreve á entregarse á los impulsos de su corazon. Su bolsillo se cierra á la vista del pobre, que no puede esperar otra cosa que frias exhortaciones. Ademas ciertas ridiculeces heririan mortalmente la dignidad del sacerdote.

La mujer de un magistrado superior que olvidase sus deberes de un modo visible, perjudicaria mas á la opinion de su marido, que la de otro hombre cualquiera. ¿Y por qué? Porque los altos magistrados están revestidos de una especie de dignidad santa y venerable, que los asemeja á la del sacerdocio. ¿Pues qué sucederá con el sacerdocio?

Los vicios de la mujer no solo redundan en gran perjuicio del carácter del sacerdote casado, sino que este por su parte no evita el peligro comun á todos los demas hombres casados, el de vivir criminalmente. La multitud de sofistas que han tratado esta grande cuestion del celibato del clero, parten siempre de este gran

sofisma: *que el matrimonio es un estado de pureza*, cuando solo es puro para los que son puros. ¿Cuántos son los matrimonios irreprensibles en la presencia de Dios? Poquísimos. El hombre íntegro á los ojos del mundo puede ser infame en el altar. Si la debilidad ó la perversidad humana establece una tolerancia de convenio respecto de ciertos abusos; esta tolerancia que tambien es otro abuso, no se ha hecho nunca para el eclesiástico, porque la conciencia universal no cesa de compararle al modelo sacerdotal que contempla en sí misma; de manera que nada perdona á la copia por poco que se aparte del modelo.

Hay cosas tan altas y tan sublimes en el cristianismo; hay relaciones tan santas y tan delicadas entre el sacerdote y sus ovejas, que no pueden pertenecer sino á hombres enteramente superiores á los demas. La confesion sola exige el celibato. Las mujeres, con quienes debe tenerse particular consideracion sobre este punto, no concederán jamás una entera confianza al clérigo casado; pero no es fácil escribir sobre esta materia.

Las iglesias que tan desgraciadamente se han separado de la unidad, no han carecido de conciencia, sino de fuerza, cuando han permitido el matrimonio de los sacerdotes: ellas mismas se declaran culpables en el hecho de exceptuar á los obispos, y de negarse á consagrar á los sacerdotes antes de ser casados. Asi convienen en la regla de que *ningun sacerdote puede casarse*; pero admiten que por tolerancia y falta de sugetos un lego casado puede ordenarse. Asi por un sofisma que no repugna ya á la costumbre, en lugar de ordenar á

un candidato, aunque *casado*, le casan para *ordenarle*; de manera que violando la regla antigua, la confiesan expresamente.

Para conocer las consecuencias de esta fatal disciplina, es preciso haberlas examinado de cerca. La abyeccion del sacerdocio en los paises donde aquella rige, solo puede comprenderla el que la ha presenciado. De Tott en sus memorias no ha dicho nada de mas sobre este punto. ¿Quién pudiera creer que en un pais donde se sostiene tan gravemente la excelencia del matrimonio de los clérigos, fuese una injuria formal el epíteto de *hijo de clérigo*? Algunos pormenores acerca de este artículo picarian sin duda la curiosidad, y aun pudieran ser útiles bajo cierto aspecto; pero es doloroso servir de diversion á los maliciosos, y afligir á un órden desgraciado, que cuenta, aunque todo esté contra él, hombres muy estimables, en cuanto puede juzgarse de ellos á la distancia en que la inexorable opinion los tiene de toda sociedad distinguida.

Buscando siempre, en cuanto me es posible, mis armas en el campo enemigo, no pasaré en silencio el testimonio notable del mismo prelado ruso que he citado mas arriba, para que se vea lo que pensaba de la disciplina de su iglesia tocante al celibato. Como su libro, ya recomendable por el nombre de su autor, salió de las prensas del *santo sínodo*: su testimonio tiene todo el peso que pudiera esperarse.

Despues de haber refutado en el primer capítulo de sus Prolegómenos una impugnacion indecente de Mosheim contra el celibato eclesiástico, continúa el ar-

zobispo de Twer en estos términos: «Creo pues que el »matrimonio nunca ha sido permitido á los doctores de »la iglesia (los sacerdotes), excepto en el caso de nece»sidad y muy grande; cuando por ejemplo los suge»tos que se presentan para llenar las funciones sagra»das, no tienen la fortaleza necesaria para abstenerse del »matrimonio que desean, *y no se encuentran otros mejo»res y mas dignos*: de modo que la iglesia, despues que »estos *incontinentes* se han casado, les confiere el órden »sagrado, *por accidente* mas bien que por eleccion (1).»

¿A quién no hará mella la decision de un hombre cuya situacion era tan á propósito para ver las cosas de cerca, y que era ademas tan enemigo del sistema católico? Por mas sensible que me fuese insistir sobre las consecuencias del sistema contrario, no puedo menos de inculcar la absoluta nulidad de este sacerdocio, considerado en sus relaciones con la conciencia del hombre. Aquel maravilloso ascendiente que detuvo á Teodosio á la puerta del templo, á Atila en el camino de

(1) «Quo quidem cognito non erit difficile intellectu, an et »quomodò doctoribus ecclesiæ permissa sint conjugia. Scilicet, »meâ quidem sententiâ, *non* permissa *unquam*, præterquam si »necessitas obvenerit, eaque magna: uti sicuti ii (sic), qui ad hoc »munus præstò sunt, ab usu matrimonii temperare sibi nequeant, »atque hoc expetant, meliores verò digni oresque desint: ideòque »ecclesia tales *intemperantes*, postquam uxores duxerint, casu »potiùs, non delectu, sacro ordine adsciscat.» (*Met. Arch. Twer, liber historicus* &c., prol. cap. I, pág. 5). Es muy de notar que este prelado habla siempre en presente, y que manifiestamente tiene en consideracion los usos de su iglesia, tal como la veía en su tiempo. Este oráculo griego parecerá sin duda: Πολλων αντaξιοσ αλλων.

Roma, y á Luis XIV ante la sagrada mesa; ese poder, mas maravilloso aun, que puede enternecer un corazon empedernido y volverle á la vida; que va á los palacios á arrancar el oro al opulento insensible ó distraido, para derramarle en el seno de la indigencia; que todo lo arrostra y todo lo supera cuando se trata de consolar á una alma, ó de ilustrar ó salvar á otra; que se insinúa tan dulcemente en las conciencias para penetrar secretos funestos, y arrancar de ellas la raiz de los vicios; órgano y custodio infatigable de los enlaces santos, enemigo no menos activo de toda licencia, dulce sin debilidad, terrible con amor, suplemento inapreciable de la razon, de la probidad, del honor, de todas las fuerzas humanas en el instante que estas se declaran impotentes, fuente preciosa é inagotable de reconciliacion, de reparaciones, de restituciones, de arrepentimientos eficaces, de todo lo que Dios ama mas despues de la inocencia; fijo al lado de la cuna del hombre que bendice, y fijo tambien al lado de su lecho de muerte, para decirle enmedio de las exhortaciones mas patéticas y de las despedidas mas tiernas..... *Parte.....*; este poder sobrenatural no se encuentra fuera de la unidad.

He estudiado mucho tiempo el cristianismo fuera de este recinto divino: allí el sacerdocio es impotente, y tiembla delante de aquellos á quienes deberia hacer temblar. A quien llega á decirle: *he hurtado*, no se atreve, no sabe decirle: *restituye.* El hombre mas abominable no le es deudor de promesa alguna: el sacerdote se emplea como una máquina. Cualquiera diria que sus

palabras son una especie de operacion mecánica, que borra los pecados como el jabon quita las manchas materiales. Es menester haberlo visto para poder formar de ello una idea cabal. El estado moral del hombre que invoca el ministerio del sacerdote, es tan indiferente en aquellos paises, y se toma tan poco en consideracion, que es muy comun preguntarse en la conversacion: *¿Ha cumplido V. el precepto pascual?* Esta es una pregunta indiferente, á la cual se responde si ó no, como si se tratase de un paseo ó de una visita, que depende en un todo de la voluntad de quien la hace.

Las mujeres en sus relaciones con el sacerdocio son un objeto muy digno de ejercitar la vista de un observador.

El anatema es inevitable. Todo sacerdote casado decaerá siempre de su carácter. La superioridad incontestable del clero católico pende únicamente de la ley del celibato.

Los doctos autores de la Biblioteca británica se han tomado la libertad de estampar una asercion asombrosa sobre este punto, que merece citarse y examinarse: «Si »los ministros del culto católico, dicen, hubiesen teni»do mas generalmente el espíritu de su estado en el »verdadero sentido de la palabra; no hubieran sido tan »fructíferos los embates contra la religion.... Felizmente »para la causa de la religion, de las costumbres y de la »prosperidad de una poblacion numerosa, el clero in»glés, asi el anglicano, como el presbiteriano, *es res»petable* de muy diferente manera, y no proporciona á

»los enemigos del culto ni las mismas razones, ni los »mismos pretextos (1).»

Seria menester registrar mil volúmenes para hallar una asercion tan temeraria, que es otra prueba del terrible imperio que ejercen las preocupaciones sobre los mejores entendimientos y sobre los hombres mas estimables. En primer lugar no sé sobre qué estriba la comparacion: para que tuviese una base cierta, era menester que pudiera ponerse en parangon un sacerdocio con otro; mas en las iglesias protestantes ya no hay sacerdocio, porque el *sacerdote* ha desaparecido con el *sacrificio*; y es cosa muy digna de notarse que donde quiera que se establece la reforma, la lengua, intérprete infalible de la conciencia, abole al punto la palabra *sacerdote*, en términos que ya en tiempo de Bacon esta voz se tomaba por una especie de injuria (2). Asi pues cuando se habla del *clero de Inglaterra ó de Escocia* &c., se comete una inexactitud; porque no hay *clero* donde no hay clérigos, como no hay estado militar sin militares; de modo que es lo mismo que si se hubiesen comparado, por ejemplo, los curas de Francia ó de Italia con los abogados ó los médicos de Inglaterra ó de Escocia.

Pero dando á esta voz *clero* toda la latitud posible,

(1) *Bibliotec. Británn., marzo 1798, núm.* 53, *pág.* 282.

(2) «Juzgo, dice, que no deberia seguirse usando de la voz »*sacerdote*, particularmente en los casos en que se dan por ofen»didas las personas. (Bacon, obras, tom. IV, pág. 472, *Cristia»nismo de Bacon*, tom. II, pág. 472.)» Se ha seguido el consejo de Bacon, y en la lengua y en la conversacion inglesa no se encuentra la voz *priest* sino en la palabra *priestcraft*.

y entendiendo por ella todo cuerpo de ministros de un culto cristiano, la inmensa superioridad del clero católico, en mérito y en consideracion, es tan clara y evidente como la luz del sol.

Puede observarse tambien que estas dos especies de superioridad se confunden, porque tocante á un cuerpo como el clero católico, es inseparable una gran consideracion de un gran mérito, y es una cosa muy notable que le acompañe esta consideracion aun entre las naciones separadas: la razon es que la conciencia la concede, y la conciencia es un juez incorruptible.

La crítica misma que se dirige á los sacerdotes católicos, prueba su superioridad. Voltaire lo dijo muy bien: « La vida seglar ha sido siempre mas viciosa que la de los clérigos; pero los desórdenes de estos han sido siempre mas reparables por su contraste con la regla (1). » No se les perdona nada, porque se espera todo de ellos.

La misma regla se aplica desde el sumo pontífice hasta el sacristan. Todo miembro del clero católico es comparado continuamente con su carácter ideal, y por consiguiente juzgado sin misericordia. Sus faltas leves son crímenes, mientras que del otro lado los crímenes no son mas que faltas leves, precisamente como entre los seglares. ¿Qué es un ministro del culto que se lla-

(1) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres* &c. en 8.°, t. III, c. CXII.

Valia pues tanto como el *padre del pueblo* que tuvo tanto que hacer con él.

ma *reformado*? Es un hombre vestido de negro que sube todos los domingos al púlpito para hablar de cosas honestas. En este oficio todo hombre honrado puede quedar bien, y no excluye ninguna debilidad del *hombre honrado.* Yo he examinado muy de cerca esta clase de hombres, y sobre todo he consultado la opinion formada acerca de estos ministros evangélicos; y esta opinion acorde con la nuestra no les concede ninguna superioridad de carácter.

Lo que pueden no es nada: son verdaderos hombres, son lo que somos nosotros, y *viven* como nosotros.

No se les exige mas que probidad. Pero ¿de qué sirve esta virtud humana para el tremendo ministerio que requiere la *probidad divinizada*, es decir, la *santidad*? Yo podria autorizar mis reflexiones con ejemplos famosos y anécdotas curiosísimas; pero respecto de este punto quiero tambien pasar como sobre ascuas. Bástame un gran hecho, porque es público y no admite réplica: la decadencia universal del ministerio evangélico protestante en la opinion pública. El mal es antiguo y sube á los primeros tiempos de la reforma. El célebre Lesdiguieres que residió largo tiempo en las fronteras del ducado de Saboya, estimaba mucho y veia con frecuencia á S. Francisco de Sales, obispo entonces de Ginebra. Ofendidos los ministros protestantes de esta conexion, resolvieron dirigir una amonestacion formal al noble guerrero, todavía jefe á la sazon de su partido. Si se quiere saber lo que aconteció, y lo que se dijo en aquella ocasion, puede leerse toda la historia en

uno de nuestros libros ascéticos que corre bastante (1).
Por mi parte no trato de copiar.

Se cita á Inglaterra; pero cabalmente allí es donde mas se conoce la degradacion del ministerio evangélico. Los bienes del clero casi se han convertido en patrimonio de los hijos segundos de casas grandes, los cuales se divierten en el mundo como hombres mundanos, dejando en lo demas *á cantores asalariados el cuidado de alabar á Dios.*

El banco de los obispos en la cámara de los pares es una especie de añadidura, que se podria quitar sin que quedara el menor hueco: los prelados apenas se atreven á tomar la palabra ni aun en los asuntos de religion. El clero de segundo órden está excluido de la representacion nacional; y para tenerlos siempre separados de ella, se echa mano de una sutileza histórica que con un soplo de los legisladores hubiera desaparecido ya há mucho tiempo, si la opinion no los rechazara como es notorio. No solamente ha decaido el órden en la estimacion pública, sino que él mismo desconfia de sí. Se ha visto muchas veces al eclesiástico inglés avergonzado de su estado borrar en los escritos públicos la letra fatal (2) que precede á su nombre y atestigua su carácter: tambien se le ha visto á menudo disfrazado con vestido de paisano ó de militar entretener á las tertulias extranjeras con su burlesca espada.

(1) Espíritu de S. Francisco de Sales, sacado de los escritos del Ilustrísimo Le-Camus, obispo de Belley: en 8.° parte III, cap. XXXIII.

(2) R. inicial de *reverendo.*

En la época en que se agitó en Inglaterra con tanto estrépito y solemnidad la cuestion de la *emancipacion* de los católicos (en 1805), se habló de los eclesiásticos en el parlamento con tanta acritud, con tanta dureza y con una desconfianza tan manifiesta, que los extranjeros quedaron mas sorprendidos sin comparacion que los oyentes (1).

Es menester decir tambien que en el carácter mismo de esta milicia *evangélica* hay algo que aleja la confianza y atrae el descrédito. No hay autoridad, ni regla, ni por consiguiente creencia comun en sus iglesias: ellos mismos confiesan con sumo candor que «el eclesiástico protestante no está obligado á suscribir cualquiera confesion de fé sino por el sosiego y tranquilidad pública, *sin otro objeto* que el de mantener la union EXTERIOR entre los miembros de una misma comunion; pero que por lo demas ninguna de estas confesiones puede mirarse como una regla de fé propiamente dicha. Los protestantes no conocen otra que la santa escritura (2).

Ahora bien, cuando uno de estos predicadores toma la palabra, ¿qué medios tiene para probar que cree lo

(1) Sin embargo un miembro de la cámara de los comunes hizo observar que era algo extraña aquella especie de violenta animosidad general contra el órden eclesiástico. Si no me equivoco, fue el señor Stephens; pero como no tomé apuntacion por escrito, solo puedo afirmar que la observacion se hizo.

(2) *Consideraciones acerca de los estudios necesarios á los que aspiran al santo ministerio*, por Cl. Ces. Chavanne, ministro del santo Evangelio y profesor de teología en la academia de Lausana, Iverdun, 1771, en 8.°, página 105 y 106.

que dice? ¿y qué medios tiene tampoco para saber si los oyentes se están ó no burlando de él? A mí se me figura oir á cada uno de estos que le dice con una sonrisa escéptica: «A la verdad creo que él cree que yo le creo (1).»

Warburton, uno de los fanáticos mas obstinados que han existido, fundó al tiempo de morir una cátedra, en que se probase que el Papa era el *Ante cristo* (2); y para oprobio de nuestra naturaleza desgraciada esta cátedra no ha quedado aun vacante. En los papeles públicos ingleses de este año (1817) puede leerse el anuncio de un discurso pronunciado en cumplimiento de la fundacion. Yo no creo absolutamente en la buena fé de Warburton; mas aun cuando esta fuese posible en un hombre solo, ¿se imagina nadie que haya una serie de hombres extravagantes, todos los cuales hayan perdido la cabeza, y deliren de buena fé en el mismo sentido? La recta razon se resiste enteramente

(1) «I' credo ch' ei credette ch' io credesse.»
(Dante, *Infern.* IX, XII.)

(2) Este nombre de *Warburton* me hace acordar que entre sus obras se halla una edicion de Shakespear con un prólogo y un comentario. Nadie á mi ver encontrará en esto cosa reprensible por lo que hace á un hombre erudito; pero figurese cualquiera un *Cristoval de Beaumont*, por ejemplo, editor y comentador de Corneille ó de Moliere: no seria bien visto jamás. ¿Y por qué? Porque es un hombre de distinto órden que Warburton. Uno y otro llevaban mitra; pero el uno era pontífice, y el otro no era mas que un *caballero*. El primero podia ser ridiculizado ó motejado. por lo mismo que al otro no le perjudica.

Sabido es que cuando salió á luz el Telémaco, Bossuet no juzgó la obra *bastante seria para un clérigo*. Me guardaré de decir que tenia razon: solo digo que Bossuet lo dijo.

á hacer esta suposicion; de modo que sin duda ninguna muchos y acaso todos han hablado por dinero contra su conciencia. Figurémonos ahora á un *Pitt*, un *Fox*, un *Burke*, un *Grey*, un *Granville* ú otros personajes de igual talento asistiendo á uno de estos sermones: no solamente perderá el predicador su concepto para con ellos, sino que el descrédito refluirá sobre el órden entero de tales predicadores.

Aqui trato de un caso particular; pero hay otras muchas causas generales que ofenden el carácter del clérigo disidente, y le deprimen en la opinion pública. Es imposible que unos hombres de quienes constantemente se desconfia, gocen de grande consideracion. Jamás se los mirará, aun en su mismo partido, sino como abogados pagados para sostener cierta causa. No se les disputará el talento, ni la ciencia, ni la exactitud en llenar sus funciones; pero en cuanto á la buena fé es muy diferente.

«La doctrina de una iglesia *reformada*, dice Gib»bon, nada tiene de comun con las luces y la creencia »de los que forman parte de ella; y el clero moderno »suscribe á las formas ortodoxas y á los símbolos es»tablecidos, con un suspiro ó con una sonrisa..... *Las »predicciones de los católicos se han cumplido.* Los armi»nianos, los arrianos, los socinianos, *cuyo número no »se debe calcular por sus congregaciones respectivas*, han »roto y rechazado el enlace de los misterios.»

Gibbon espresa aqui la opinion universal de los protestantes ilustrados acerca de su clero; de lo que me he cerciorado por mil y mil experiencias. Así no

hay medio para el clero reformado: si predica el dogma, se cree que miente; y si no se atreve á predicarle, se cree que no es nada.

Hallándose enteramente borrado el carácter sagrado de la frente de sus ministros, los soberanos no han visto en ellos mas que unos oficiales civiles, que debian caminar con el resto del rebaño bajo del cayado comun. No podrán menos de leerse con interés las tiernas quejas exhaladas por un miembro mismo de este órden desgraciado sobre el modo con que la autoridad temporal se sirve de su ministerio. Despues de haber declamado como un hombre vulgar contra la gerarquía católica, se sobrepone de improviso á todas las preocupaciones, y pronuncia estas solemnes palabras:

«El protestantismo no ha envilecido menos la dig»nidad sacerdotal (1). Por no aparentar que aspiraban »á la gerarquía católica, los *clérigos* protestantes se »han despojado á toda prisa de toda apariencia religiosa, »y se han sometido humildemente á los pies de la auto»ridad temporal.... Mas de que la vocacion de los *cléri»gos* protestantes no fuese la de gobernar el estado, no »debiera haberse inferido que tocaba al estado gobernar á »la iglesia (2).... Las recompensas que el estado concede

(1) Así este carácter está *envilecido* por ambos lados. Sería necesario no obstante decidirse; porque si el sacerdocio está *envilecido* por la gerarquía y por la supresion de la gerarquía, es claro que Dios no ha sabido formar un sacerdocio; lo cual me parece ofensivo.

(2) En ninguna parte *gobierna* el estado *á la iglesia*; pero siempre y en todas partes gobernará justamente á los que habién-

» á los eclesiásticos, los ha secularizado enteramente.
» Con los vestidos sacerdotales se han despojado de su
» carácter espiritual..... El estado ha hecho su oficio, y
» todo el mal debe imputarse al clero protestante. Este
» se ha hecho frívolo..... A poco sus ministros se han
» reducido á cumplir el deber de ciudadanos..... El es-
» tado no los considera ya sino como oficiales de poli-
» cía..... apenas los estima, y no los cuenta mas que en
» la última clase de sus dependientes..... Luego que la
» religion se convierte en sierva del estado, es lícito
» mirarla en este abatimiento como obra de los hom-
» bres, y aun si se quiere, como una impostura (1).
» Solo en nuestros dias se ha podido ver que la indus-
» tria, la higiene, la política, la economía rural y la
» policía eran materias para tratadas en el púlpito.....
» El clero debe creer que cumple su destino y todos
» sus deberes leyendo en el púlpito ordenanzas de la
» policía. Debe publicar en sus sermones recetas contra
» las epizootias, demostrar la necesidad de la vacuna, y
» predicar sobre el modo de prolongar la vida humana.

dose salido de *la iglesia*, se atreven no obstante á llamarse *la iglesia* Es preciso escoger entre la gerarquía católica y la supremacía civil: no hay medio. Y ¿quién se atreveria á censurar á unos soberanos que establecen la unidad civil donde no encuentran otra? Vuelva pues á entrar en la unidad legítima ese clero separado, que no se queja sino de sí mismo: y desde luego subirá como por encanto á aquel alto grado de dignidad, de donde él mismo conoce que ha caido. ¡Con qué buena voluntad, con qué alegria le elevariamos nosotros con nuestras propias manos! Nuestro respeto los espera.

(1) Precisamente es lo que decía yo hace poco, y es un asunto inagotable de muy útiles reflexiones.

» ¿Cómo se manejará despues para desprender á sus »oyentes de las cosas temporales y perecederas, cuan- »do él mismo se esfuerza, y con la autorizacion del »gobierno, á aficionar á los hombres *á las galeras de »esta vida*? (1)

Hé aquí mucho mas de lo que yo me hubiera atrevido á decir por mis propias observaciones; porque aunque sea recriminando, me repugna mucho escribir una sola línea injuriosa; pero creo es un deber manifestar la opinion en toda su claridad. Venero sinceramente á los ministros del *santo Evangelio*, que llevan por cierto un título muy precioso. Sé tambien que *un sacerdote* no es nada, si no es *ministro del santo Evangelio*; pero éste tampoco será nada si no es *sacerdote*. Escuche pues sin irritarse la verdad que se le dice, no solamente sin acrimonia, sino hasta con amor. «*Todo cuerpo des- »tinado á enseñar decae necesariamente aun en la opi- »nion misma de su partido, desde el momento en que no »puede confiarse en su buena fé*;» y el desprecio, la desconfianza y el desvio aumentan en razon directa. Si el eclesiástico protestante es mas considerado y menos extraño en la sociedad que el clero de las iglesias puramente cismáticas; es porque es menos *clérigo*, siendo

(1) *Sobre el verdadero carácter del sacerdote evangélico*: por el señor *Marheinexe*, profesor á Heidelberga, impreso en el museo patriótico de los alemanes, Hamburgo.=No he podido leer mas que una traduccion francesa de esta obra en enero de 1812; pero un hombre á quien tengo por de toda confianza, me la dió por muy fiel.

siempre la degradacion proporcionada á la *intensidad* del carácter sacerdotal.

No se trata pues de alabarse vanamente á sí mismos, ni de preferirse aun mas vanamente á otros: es menester oir la verdad, y rendirle homenaje. ¿No escribia Rousseau á una señora francesa: «Amo natural»mente al clero de V. tanto como aborrezco al nues»tro? Tengo muchos amigos en el clero de Fran»cia &c. (1).» Mas amable todavía se muestra en sus cartas de la montaña donde nos dice confidencialmente: «Que »los ministros no saben lo que creen, ni lo que quieren, »ni lo que dicen: que ni aun se sabe lo que afectan creer, »y que el interés solo es el que decide de su fé (2).

El célebre helenista Federico Augusto Wolff observa con *rara prudencia* en sus prolegómenos sobre Homero: «que una vez consagrado un libro por el uso »público, la veneracion nos impide que veamos en él »cosas absurdas ó ridículas: que todo lo que no parece »tolerable á la *razon particular*, se modera ó embelle»ce por medio de interpretaciones convenientes: y que »cuanto mas delicadeza y ciencia se emplea en estas ex»plicaciones, mas se juzga que se sirve á la religion: que »siempre se ha hecho así con los libros que pasan por sa»grados; y que si el fin de esta determinacion es hacer »un libro útil al comun del pueblo, no puede verse »ninguna cosa reprensible *en esta medida* (3).»

(1) *Cartas* de J. J. Rousseau en 8.°, tomo II, pág. 201.
(2) *Id. Carta 2.ª de la montaña.*
(3) *Frid. Aug. Wolfii, Prolegomena in Homerum.*— Halis Saxonum 1795, tom. 1, núm. 36, pág. 163.

Este pasaje es un buen comentario del anterior de Rousseau, y descubre completamente el secreto de la enseñanza protestante. Pudiera formarse un libro de esta especie de textos; y por una consecuencia inevitable se formaría otro de los testimonios de indiferencia ó de desprecio que han dado al órden eclesiástico los diversos soberanos protestantes.

Uno de ellos decide: «Que ha juzgado conveniente »mandar componer una nueva liturgia mas conforme »á la enseñanza pura de la religion, á la edificacion »pública y al espíritu del siglo actual; y que algunos »motivos le han determinado á no permitir que los ecle»siásticos se mezclen en manera alguna en la redaccion »de estas fórmulas litúrgicas (1).»

Otro prohibe á todos los ministros y predicadores de sus estados usar la fórmula: *Dios os bendiga* &c. «en atencion, dice el príncipe, á que los eclesiásticos ne»cesitan de la bendicion divina; y que es arrogancia en un »mortal querer hablar en nombre de la Providencia (2).»

¡Qué *sacerdocio*! ¡y qué opinion! Yo la he estudiado cuidadosamente en los libros, en las conversaciones, en los actos de la soberanía; y siempre la he hallado

(1) *Diario de Paris*, 21 de diciembre de 1808, núm. 556, pág. 2573.—Hay que confesar que es un singular espectáculo el ver que se declara al estado eclesiástico incapaz de mezclarse en los negocios eclesiásticos.

(2) *Diario del Imperio* del 17 de octubre de 1809, pág. 4 (con la fecha de Francfort á 11 de octubre). Por la misma razon en un padre de familia sería mucha *arrogancia* dar la bendicion á su hijo. ¡Qué fuerza de raciocinio! Pero todo esto no es mas que una capciosidad contra el clero á quien no se aborrece.

invariablemente enemiga del órden eclesiástico. Puedo añadir tambien (y Dios sabe que digo la verdad) que contemplando mil veces á estos ministros ilegítimos sin duda y justamente condenado: pero sin embargo no tanto rebeldes, como hijos de rebeldes y víctimas de las preocupaciones tiránicas,

Que quizá Dios solo puede borrar en nuestros corazones, .

sentía yo en el mio un tierno interés, una tristeza fraternal, una compasion delicada y reverente, en fin no sé qué sentimiento indefinible, que no encontraba, ni con mucho, en sus propios hermanos.

Si los escritores que he citado al principio de este artículo, se hubiesen contentado con afirmar «*que el* »*clero católico habria evitado probablemente grandes des-* »*gracias, si se hubiera penetrado mas de los deberes de* »*su estado*;» dudo que hubieran hallado quien les contradijese, ni aun entre el mismo clero; porque ningun sacerdote católico llega al nivel de sus sublimes funciones, y siempre creerá que le falta alguna cosa. Pero pasando por la condenacion de ciertas relajaciones, fruto inevitable de una larga paz, no es menos cierto que el clero católico no tiene igual, ni por su buena conducta, ni por la consideracion que de ella resulta. Esta consideracion es tan patente, que solo pueden ponerla en duda los que adolecen de una ceguera voluntaria.

Sin duda es una fortuna que la experiencia mas

magnífica haya venido en nuestros dias á apoyar una teoría incontestable en sí misma, y que despues de haber demostrado lo que debe ser, pueda yo demostrar igualmente lo que es. ¿Qué espectáculo no ha dado al mundo el clero francés dispersado en las naciones extranjeras? A la vista de sus virtudes ¿en qué vienen á parar las declamaciones enemigas? El clérigo francés, libre de toda autoridad, rodeado de seducciones, gran parte de él en toda la fuerza de la edad y de las pasiones, arrojado á naciones para quienes era desconocida su austera disciplina, y que hubieran aplaudido lo que nosotros hubiesemos llamado crímenes, ha permanecido no obstante invariablemente fiel á sus votos. ¿Qué fuerza pues le ha sostenido, y cómo se ha mostrado constantemente superior á las debilidades de la humanidad? El se ha ganado sobre todo la estimacion de Inglaterra, justísima apreciadora del talento y de la suma virtud, como hubiera sido acusadora inexorable de las menores debilidades. El hombre que se presenta para entrar en una casa inglesa á título de médico, de cirujano, ó de maestro &c., no pasa de los umbrales si es célibe; porque una prudencia suspicaz y recelosa desconfia de todo aquel cuyos deseos no tienen un objeto fijo y legal. Cualquiera diría que no se confia mucho en la resistencia, cuando se teme tanto el ataque. Solo el sacerdote ha podido evadirse de esta sospechosa delicadeza, y ha entrado en las casas inglesas en virtud de ese mismo título que lo hubiera impedido á otros hombres.

Una opinion rencorosa de tres siglos de antigüedad

no ha podido menos de creer en la santidad del celibato religioso. La desconfianza se tranquilizó á la vista del carácter sacerdotal, *tan grande*, *tan asombroso*, *tan completamente inimitable* (1) como el de la verdad de donde emana; y el mismo inglés acaso que habria hablado ó escrito frecuentemente segun sus preocupaciones contra el celibato eclesiástico, veia sin recelo á su mujer ó su hija dando leccion con un sacerdote católico: ¡tan infalible es la conciencia! ¡y tan poco es lo que se inquieta por lo que dice la boca, ni por lo que el entendimiento discurre.

Hasta las mujeres consagradas á ese mismo celibato han participado de la misma gloria. ¡Cuánto no habia declamado el filosofismo contra los *votos forzados y las víctimas del claustro*! (2) Y no obstante *cuando una asamblea de locos que hacian lo que podian para ser unos pícaros* (3), tuvo el sacrílego placer de declarar ilegítimos los votos, y de abrir los claustros,

(1) Expresiones muy sabidas de Rousseau á propósito de los caracteres de verdad que brillan en el Evangelio.

(2) Sabido es que estas imprudentes declamaciones se hallan reunidas, y por decirlo así, *condensadas* en la *Melania* de La Harpe. En vano el autor, despues de su conversion á la verdad, hizo las mas vivas instancias para que esta pieza se borrase del repertorio. Se le negó con obstinacion, y esta falta de delicadeza perjudica á la nacion francesa mas de lo que se piensa. *Esto no vale nada,* se dirá: *pues es mucho*. Este ejemplo se agrega á la nueva edicion de Voltaire, á la estereotipía de Juana de Arc, anunciada constantemente en todos los catálogos con el discurso sobre la Historia universal y las oraciones fúnebres de Bossuet, &c.

(3) Asi se expresaba Burke en una carta al D. D. B., *hablando de la asamblea nacional.*

hubo que pagar á una mujer deshonesta del pueblo para que compareciese en la barra de la asamblea á representar el papel de la *religiosa libertada.* Las vestales francesas ostentaron la intrepidez de los sacerdotes en las prisiones y en los cadalsos, y aquellas á quienes la tempestad revolucionaria arrojó á los paises extranjeros, y hasta á la América, lejos de ceder á las seducciones mas peligrosas, hicieron admirar por todas partes el amor á su estado, el respeto á sus votos y el libre ejercicio de todas las virtudes.

¡Y pereció esta santa y noble iglesia galicana! Pereció, y no podríamos consolarnos de su pérdida, *si el Señor no nos hubiese reservado alguna semilla* (1).

La alta nobleza del clero católico se debe enteramente al celibato; y como esta severa institucion es únicamente obra de los Papas, animados y conducidos en su interior por un espíritu acerca del cual no puede la conciencia equivocarse, toda esta gloria refluye en ellos, y todos los jueces imparciales y competentes deben considerarlos como los verdaderos fundadores del sacerdocio.

§. 3.º

Consideraciones políticas.

Redoblando siempre el error su fuerza en razon de la importancia de las verdades que combate, ha agotado sus esfuerzos contra el celibato religioso; y despues de haberle impugnado por el lado de las costumbres,

(1) *Nisi Dominus.... reliquisset nobis semen.* (Isaias I. 9.)

no ha dejado de citarle ante el tribunal de la política, como contrario á la poblacion.

Ya se habia respondido á sus sofismas de una manera victoriosa. Bacon, á pesar de las preocupaciones de la época y de su secta, nos habia hecho pensar en algunas ventajas señaladas del celibato (1). Ya los economistas habian sostenido y probado muy bien que el legislador nunca debe ocuparse directamente en lo relativo á la poblacion, sino solamente en las subsistencias. Ya varios escritores pertenecientes al clero habian rechazado los dardos lanzados contra su órden por lo respectivo á la poblacion; pero es una singularidad curiosa que esa fuerza oculta *que se recrea en el universo*, se haya servido de una pluma protestante para presentarnos la demostracion rigorosa de esta verdad, tanto y tan inoportunamente disputada.

Hablo del *señor Malthus*, cuya obra profunda *sobre el principio de la poblacion* es uno de esos libros raros, despues de cuya publicacion es excusado ya tratar del mismo asunto. Creo que nadie habia probado clara y completamente esta grande ley temporal de la Providencia: «*que no solo no han nacido todos los hombres* »*para casarse*, sino que *en todo estado bien ordenado* »*es preciso que haya una ley, un principio, una fuerza* »*cualquiera, que se oponga á la multiplicacion de los ma-* »*trimonios.*» El señor Malthus observa que siendo inferior el aumento de los medios de subsistir al de la po-

(1) *Sermones fideles*, etc.

blacion, aun en la suposicion mas favorable, en la enorme proporcion respectiva de las dos progresiones, una aritmética y otra geométrica, se sigue que el estado, en virtud de esta desproporcion, se mantiene en un peligro continuo si la poblacion queda abandonada á sí misma; lo cual hace necesaria la fuerza represiva de que acabo de hablar.

Mas el número de los matrimonios no puede liarse en un estado sino de tres maneras: por el vicio, por la violencia, ó por la moral. No pudiendo ocurrir siquiera á la mente de un legislador los dos primeros medios, queda solo el tercero, es decir, *que es preciso que haya en el estado un principio moral, que propenda constantemente á limitar el número de los matrimonios.*» Hé aqui el dificil problema que la iglesia (es decir, el sumo pontífice) ha resuelto, por medio de la ley del celibato eclesiástico, con toda la perfeccion que cabe en las cosas humanas; pues que *la restriccion católica* no solamente es *moral*, sino *divina*, y la iglesia la apoya en motivos tan sublimes, en medios tan eficaces y con amenazas tan terribles, que no es posible al entendimiento humano imaginar cosa alguna igual ó parecida.

Salud y honor eterno á Gregorio VII y á sus sucesores, que han mantenido la integridad del sacerdocio contra todos los sofismas de la naturaleza, del ejemplo y de la herejía.

CAPÍTULO IV.

INSTITUCION DE LA MONARQUÍA EUROPEA.

El hombre no sabe admirar lo que está viendo todos los dias. Por esta razon, en vez de celebrar nuestra monarquía que es un milagro, la llamamos *despotismo*, y hablamos de ella como de una cosa ordinaria, que ha existido siempre, y que no merece ninguna atencion particular.

Los antiguos oponian el reinado de las leyes al de los reyes, como hubieran opuesto la república al despotismo. *Algunas naciones*, dice Tácito, *cansadas de sus reyes, prefirieron las leyes* (1). Nosotros tenemos la felicidad de no comprender esta oposicion, que sin embargo, es muy real, y lo será siempre fuera del cristianismo.

Nunca dudaron las naciones antiguas, como tampo-

(1) «Quidam regum pertœsi leges maluerunt.»—(Tacit.)

co lo dudan hoy las infieles, que el derecho de vida y de muerte pertenecia directamente á los soberanos. Es inútil probar esta verdad, que está escrita con letras de sangre en todas las páginas de la historia. Las primeras luces del cristianismo no desengañaron todavía á los hombres sobre este punto, pues que segun la doctrina del mismo S. Agustin, el soldado que no mata cuando el príncipe legítimo se lo manda, no es menos culpable que el que mata sin su órden (1); por donde se ve que aquel grande ingenio no formaba aun idea de un nuevo derecho público, que quitaria á los reyes el poder de juzgar.

Mas el cristianismo diseminado, por decirlo asi, sobre la tierra, no podia hacer otra cosa que preparar los corazones, y sus grandes efectos políticos no podian obrarse hasta que adquiriendo la autoridad pontificia sus justas dimensiones, el poder de esta religion se concentrase en la mano de un solo hombre: condicion indispensable para el ejercicio de dicho poder. Era preciso ademas que desapareciese el imperio romano, pues podrido ya hasta en sus últimas fibras, no era digno de recibir el injerto divino. Mas se acercaba el robusto salvaje del Norte, y mientras que hollaba la antigua dominacion, los Papas debian apoderarse de él, y sin cesar jamás de acariciarle ó de combatirle, hacer al fin con él lo que jamás se habia visto en el universo.

(1) S. August. *De civit. Dei*, I. 29.—En otra parte dice tambien: "Reum regem facit iniquitas imperandi, innocentem autem militem ostendit ordo serviendi." (Idem contra Faustum.)

Desde el instante en que empezaron á fundarse las nuevas soberanías, no cesó la iglesia de decir á los pueblos por boca de los Papas estas palabras de Dios en la Escritura: *Por mí reinan los reyes*; y á los reyes: *No juzgueis, para que no seais juzgados*; á fin de establecer á un mismo tiempo el orígen *divino* de la soberanía y el derecho *divino* de los pueblos.

«La iglesia, dice muy bien Pascal, prohibe á sus »hijos, aun con mas rigor que las leyes civiles, tomarse »la justicia por sí mismos; y segun el espíritu de la mis»ma, tampoco los reyes cristianos se hacen justicia á sí »mismos, aun en los crímenes de lesa majestad del »primer grado, sino que envian los criminales á los »jueces, para que los castiguen segun las leyes y con »todas las formas de la justicia (1).»

Y no es porque la iglesia haya mandado jamás nada sobre este punto, ni aun sé si hubiera podido mandarlo; porque hay cosas que es preciso dejar en cierta obscuridad respetable, sin intentar aclararlas demasiado por leyes expresas. Los reyes sin duda han decretado directamente y con demasiada frecuencia algunos castigos; pero siempre el espíritu de la iglesia se adelantaba en secreto, atrayendo hácia sí las opiniones, y censurando estos actos de la soberanía como asesinatos solemnes, mas viles y no menos criminales que los que se ejecutan en los caminos.

Mas ¿cómo hubiese podido la iglesia someter á la

(1) En las Cartas provinciales.

monarquía, si esta no hubiere sido preparada, suavizada, y estoy por decir dulzurada por los Papas? ¿qué podia hacer un prelado ó una iglesia particular contra su monarca? Nada. Para obrar este grande prodigio se necesitaba un poder no humano, físico ni material (porque en este caso hubiera podido abusar temporalmente), sino un poder espiritual y moral que reinase en la opinion; y este fue el poder de los Papas. Ningun entendimiento sensato y recto se negará á reconocer la accion de la Providencia en esta opinion universal que penetró en la Europa, y mostró á todos sus habitantes al sumo pontífice como la fuente de la soberanía europea; porque obrando en todas partes la misma autoridad, borraba las diferencias nacionales en cuanto era posible; y porque nada identifica tanto á los hombres como la unidad religiosa. La Providencia habia confiado á los Papas la educacion de la soberanía europea. Mas ¿cómo se puede *educar* sin castigar? De ahi vienen tanta pugna, tantos combates, algunas veces demasiado humanos, y tantas resistencias feroces; pero no por eso dejaba de existir, de obrar, y de reconocerse el principio divino, sobre todo por aquel maravilloso carácter que ya hemos indicado, y que nunca debe perderse de vista; á saber: «que toda accion de los Papas contra »los soberanos redundaba en provecho de la misma so-«beranía.» No obrando jamás sino como delegados divinos, aun cuando luchaban con los monarcas, no cesaban de advertir al súbdito que nada podia hacer contra sus señores. Como bienhechores inmortales del género humano combatian á un mismo tiempo en favor del

carácter divino de la soberanía y en favor de la libertad legítima de los hombres. El pueblo enteramente ageno de toda especie de resistencia no podia ensoberbecerse ni emanciparse; y los soberanos que solo cedian á un poder divino, conservaban toda su dignidad. Federico á los pies del pontífice podia ser un objeto de terror, y acaso de compasion; mas no de desprecio, como tampoco lo fue David prosternado delante del ángel que le llevaba las plagas del Señor.

Los Papas han educado la juventud de la monarquía europea, y la han *formado* al pie de la letra, como Fenelon *formó* al duque de Borgoña. Tratábase por una y otra parte de extirpar de un gran carácter un elemento feroz que todo lo hubiera corrompido. Todo lo que sujeta al hombre le fortifica. No puede obedecer sin perfeccionarse; y por solo el hecho de vencerse á sí mismo, se hace mejor. Un hombre podrá triunfar de una pasion mas violenta á los treinta años, si á los cinco ó seis se le ha enseñado á privarse voluntariamente de un juguete ó de una golosina. Lo mismo ha sucedido á la monarquía que á una persona bien educada. El esfuerzo continuo de la iglesia dirigido por el sumo pontífice ha hecho con aquella lo que nunca se habia visto, y lo que no se verá jamás donde quiera que esta autoridad sea desconocida. Insensiblemente, sin amenazas, sin leyes, sin combates, sin violencia y sin resistencia se proclamó la gran carta europea, no en un vil papel, ni por la voz de los pregoneros públicos, sino en todos los corazones europeos, entonces todos católicos.

«Los reyes abdican el poder de juzgar por sí mismos, »y los pueblos en compensacion declaran á los reyes INFA- »LIBLES É INVIOLABLES.»

Tal es la ley fundamental de la monarquía europea, y esta es la obra de los Papas; maravilla inaudita, contraria á la naturaleza del hombre *natural*, y contraria á todos los hechos históricos, cuya posibilidad no habia soñado nadie en los tiempos antiguos, y cuyo carácter divino mas notable es el de haber llegado á ser vulgar.

Los pueblos cristianos que no han sentido absolutamente, ó no han sentido bastante la mano del sumo pontífice, no tendrán jamás esta monarquía. En vano se agitarán dominados por una mano arbitraria: en vano se precipitarán á seguir las huellas de las naciones ennoblecidas, ignorando que antes de hacer leyes para un pueblo, es menester hacer un pueblo para las leyes. Todos sus esfuerzos serán no solamente vanos, sino funestos. Como otros Ixiones irritarán á Dios, y no abrazarán mas que una sombra. Para ser admitidos al banquete europeo, para hacerse dignos del cetro admirable, que jamás ha satisfecho sino á las naciones ya preparadas, para llegar en fin á ese objeto que la impotente filosofia ha indicado tan ridículamente, todos los caminos son errados, excepto el que nos ha conducido á nosotros.

En cuanto á las naciones que han permanecido bastante tiempo bajo la mano del sumo pontífice para poder recibir la impresion santa, pero que la han abandonado desgraciadamente; tambien servirán de prue-

ba de la gran verdad que voy exponiendo; pero esta prueba será de un género contrario. En las primeras el pueblo nunca obtendrá sus derechos, y en las segundas el soberano perderá los suyos; y de ahí nacerá el arrepentimiento.

Los reyes favorecieron hace tres siglos la grande rebelion para robar á la iglesia (1). Luego se los verá atraer á los pueblos á la unidad para afirmar sus tronos conmovidos por las nuevas doctrinas.

La union del imperio y del sacerdocio en diferentes grados y con diferentes formas ha sido siempre demasiado general en el mundo para que deje de ser divina. Entre estas dos cosas hay una afinidad natural: es preciso que se unan ó se sostengan. Si la una de ellas se aparta, la otra se resiente.

. . . . *Alterius sic*
Altera poscit opem res, et conjurat amicè.

Toda nacion europea que se emancipe de la influencia de la santa sede, propenderá invenciblemente hácia la esclavitud ó hácia la rebelion. El justo equilibrio que

(1) Hume, que como nada creia, de nada se le daba cuidado, confiesa sin rodeos que el verdadero fundamento de la reforma fue el deseo de *robar* la plata y todos los ornamentos de los altares. «A pretence for making spoil of the plate, vestures and rich or»naments belonging to the altars.» (Humes, hist. of Eng. Elisabeth, cap. XL, ann. 1568)

distingue á la monarquía europea, no puede menos de ser el efecto de la causa superior que va indicada.

Este equilibrio milagroso es tal, que da al príncipe todo el poder que no supone la tiranía propiamente dicha, y al pueblo toda la libertad que no excluye la obediencia indispensable. El poder es inmenso sin ser desordenado, y la obediencia es completa sin llegar á ser vil. Es el único gobierno que conviene á los hombres de todos los tiempos y de todos los paises: los demas solo son excepciones. Donde quiera que el soberano, sin imponer directamente ninguna pena, no puede ser abatido en ningun caso, ni responde á nadie, hay bastante poder y bastante libertad: todo lo demas es de poca importancia (1).

Se habla mucho del despotismo turco; sin embargo este despotismo se reduce á la facultad de castigar *directamente*, es decir, de *asesinar*; única de que la opinion universal priva al rey cristiano, porque es muy importante que nuestros príncipes se persuadan de una verdad que apenas echan de ver, y que sin embargo es incontestable: que son incomparablemente mas poderosos que los príncipes asiáticos. El sultan puede ser depuesto legalmente, y condenado á muerte por un decre-

(1) El derecho por ejemplo de votar los impuestos, al cual se da tanto valor, no significa nada. Las naciones mas agobiadas de contribuciones son las que las votan por sí. Lo mismo sucede con el derecho colegislativo. Las leyes serán por lo menos tan buenas donde no haya mas que un legislador único.

to de los mollas y de los ulhemas reunidos (1). No podria ceder una provincia ni una sola ciudad sin exponer su cabeza: no puede excusarse de ir á la mezquita todos los viernes, y ha habido sultanes que estando enfermos hicieron un esfuerzo para montar á caballo, y cayeron muertos en el camino de aquella: no puede conservar un hijo varon que nazca en su casa, si no es de la línea directa de la sucesion: no puede anular la sentencia de un cadí, ni tocar á ningun establecimiento religioso ni á los bienes ofrecidos á una mezquita &c.

Si se ofreciese á cualquiera de nuestros príncipes el derecho *sublime* de mandar ahorcar, con la carga de poder ser él juzgado, depuesto ó condenado á muerte, dudo mucho que aceptase este partido. Pues lo que se le ofrecia, es lo que llamamos *la omnipotencia de los sultanes.*

Cuando oimos hablar de las catástrofes sangrientas que han costado la vida á tantos príncipes de esos, juzgando de los sucesos segun nuestras propias ideas, vemos conjuraciones, asesinatos y revoluciones, y nada es mas falso. En la dinastía entera de los otomanos solo uno ha perecido ilegalmente en una insurreccion; y este crímen es considerado en Constantinopla como nosotros consideramos el asesinato de Carlos I ó de Luis XVI. La compañía ó la *horta* de genízaros, culpable de él, quedó suprimida; pero su nombre se conservó y fue condenado á eterna ignominia. En cada revista se la nombra en su lugar correspondiente, y luego que se

(2) Estos dos cuerpos son con corta diferencia lo que serian entre nosotros el clero y la magistratura.

pronuncia su nombre, un oficial público responde en alta voz: *Ya no existe, está maldita &c.*

En general los suplicios que terminan allí tantos reinados, son aprobados por la ley; y hemos visto un ejemplo memorable en la muerte del amable Selim, última víctima de este terrible derecho público. Cansado del mando quiso cederle á su tio, y este le dijo: «Mira »bien lo que haces: las facciones te fatigan; pero cuando »pases á la clase de particular, otra faccion podrá muy »bien llamarte de nuevo al trono, es decir, á la muer»te.» Selim persistió en su determinacion, y la profecía se cumplió. No tardó en intentar una faccion poderosa restituirle al trono, y fué ahorcado por un *fetfa* del Divan. En tales casos el decreto dirigido al soberano se parece mucho al que el senado romano dirigia á los cónsules en los momentos peligrosos: *Videant consules &c.*

En cualquiera parte donde el soberano ejerza el derecho de castigar *directamente*, es necesario que él pueda ser juzgado, depuesto y condenado á muerte; y si no hay un derecho fijo sobre este punto, es preciso que el asesinato de un soberano no asuste, ni indigne á las imaginaciones; y hasta es preciso que los autores de estos terribles suplicios no queden infamados en la opinion pública, y que haya hijos expresamente formados que consientan en llevar los mismos nombres de sus padres. Esto es lo que ha sucedido en efecto, porque todo lo que es necesario, existe.

La opinion es lo que debe ser: quiere que en ciertos casos se pueda sin deshonor quitar la vida al príncipe que está investido del derecho de muerte.

Por una razon enteramente contraria, tanto la opinion como la ley debe aniquilar á cualquier hombre que se atreva á poner la mano sobre un monarca declarado inviolable. El mismo nombre de *regicida* desaparece abrumado con el peso de la infamia: en otras partes la dignidad de la víctima parece que ennoblece algunas veces el asesinato.

CAPÍTULO V.

VIDA COMUN DE LOS PRÍNCIPES. ALIANZA SECRETA DE LA RELIGION Y DE LA SOBERANÍA.

Cuando uno lee la historia, está tentado por creer que la muerte violenta es natural á los príncipes, y que para ellos la muerte natural es solo una excepcion. De los treinta emperadores que reinaron en dos siglos y medio desde Augusto hasta Valeriano, solamente seis murieron de muerte natural; y en Francia en un espacio de ciento y cincuenta años, desde Clodoveo hasta Dagoberto, mas de cuarenta reyes ó príncipes de la sangre real perecieron de muerte violenta (1).

¿Y no es cosa verdaderamente deplorable que en estos últimos tiempos se haya podido decir todavía: «Si

(1) Garnier, *Hist. de Carlo Magno*, tom. I, en 12.°, *introduc.* cap. II, pág. 219. Pasaje traido por Mr. Bernardi en su obra *Del origen y progresos de la legislacion francesa.* (Diario de los Debates, 2 de agosto de 1816.)

»en un espacio de dos siglos se cuentan en Francia diez »monarcas ó delfines, tres de ellos son asesinados, tres »mueren de muerte secretamente preparada, y el úl»timo perece en el cadalso (1).»

El historiador que acabo de citar, mira como cosa cierta que la vida comun de los príncipes es mas corta que la comun de los hombres, á causa de las muchas muertes violentas que ponen fin á los dias de aquellos: «ó ya de»penda, añade, la brevedad general de la vida de los re»yes de los cuidados y de los disgustos del trono, ó de »la funesta facilidad que tienen los reyes y los prínci»pes de satisfacer todas sus pasiones (2).»

Esta observacion es verdadera á primera vista; no obstante examinando las cosas muy de cerca he venido á parar á un resultado enteramente diferente.

La vida comun de los hombres es poco mas ó menos de veinte y siete años (3). Por otro lado, si se hubieran de creer los cálculos de Newton, los reinados comunes de los reyes serian de diez y ocho á veinte años; y yo

(1) En el Diario de Paris de julio de 1793, núm. 185, se puede leer la horrorosa diatriba de donde se ha sacado esta cita. El autor sin embargo parece que murió con su juicio cabal. *Sit tibi terra levis.*

(2) Garnier, ibid. pág. 227 y 228.

(3) *D'Alembert, Miscelánea de literatura y de filosofía*, Amsterdam 1767, cálculo de las probabilid., pág. 285.—Este mismo D'Alembert observa no obstante que quedaban algunas dudas sobre estas valuaciones, y *que las tablas de mortalidad debian hacerse con mas cuidado y precision.* (Opúsc. matem. París 1768 en 4.°, tom. V. Sobre las tablas de mortalidad, pag. 231.) Desde aquella época creo que se han hecho con mucha exactitud.

creo que no habria dificultad en cuanto á este cálculo, si no se hiciese excepcion alguna de siglos ni de naciones, es decir, de religiones; pero debe hacerse esta distincion segun observa el caballero Guillermo Jones: «Examinando, dice, las dinastías asiáticas desde la de»cadencia del califato, no he sacado mas que de diez á »doce años por reinado comun (1).»

Otro miembro distinguido de la academia de Calcuta supone que segun las tablas de mortalidad la vida comun es de treinta y dos á treinta y tres años; «y que en una larga sucesion de príncipes no puede »darse mas duracion á cada reinado, uno con otro, »que la mitad de esta suma, ó sea de diez y siete »años (2).»

Este último cálculo puede ser verdadero, si entran en él los reinados asiáticos; pero respecto de la Europa sería ciertamente falso, porque los reinados de los príncipes europeos comunes exceden hace mucho tiempo del término de veinte años, y en varios estados católicos llegan hasta veinte y cinco.

Tomemos el término medio de 30 entre los 27 y 33 fijados para la duracion de la vida comun, y el número 20, evidentemente demasiado bajo, como cualquiera puede convencerse por sí mismo, para el reinado comun en Europa. Pregunto: ¿cómo es posible que la vida sea solamente de 30 años, y los reinados de 22

(1) *Sir William Jone's Works*, en 4.°, tom. V, pág. 554. (*Prefacion de su Descripcion del Asia.*)

(2) Mr. Bentley, *Investigaciones asiát. Suplemento á las obras citad.* tom. II, en 4.°, pág. 1035.

á 25, si los príncipes (entiendo los príncipes cristianos) no tuviesen mas larga vida que la que se calcula comunmente respecto de los demas hombres? Esta consideracion probaria lo que siempre me ha parecido demasiado probable, y es que las familias verdaderamente reales son naturales, y se diferencian de las otras como un árbol se diferencia de un arbusto.

Nada sucede, nada existe sin una razon suficiente: una familia no puede reinar sino porque tiene mas vida, mas *espíritu real*, en una palabra mas de aquello que hace á una familia mas capaz para reinar. Se cree que una familia es real porque reina; al contrario reina porque es real.

En nuestros juicios acerca de los soberanos estamos expuestos á cometer una falta imperdonable, fijando nuestra vista en algunos puntos tristes de sus caractéres ó de sus vidas. Decimos con arrogancia: «¡Hé aquí »lo que son los reyes!» y debieramos decir: «¿Qué sería »yo si una fuerza revolucionaria hubiera elevado sola»mente á mi tercero ó cuarto abuelo al trono? Un fu»rioso, un imbécil, del que deberian deshacerse á toda »costa.»

Los reyes, á manera de *Estilitas* desgraciados, estan condenados por la Providencia á pasar su vida sobre una columna sin poder bajar nunca de allí. Así no pueden ver tan bien como nosotros lo que pasa por abajo; pero en cambio ven mas lejos, y tienen cierto tacto interior, cierto instinto que frecuentemente los dirige mejor que el raciocinio de los que los rodean. Estoy tan persuadido de esta verdad, que en todas las cosas

dudosas tendria yo siempre una dificultad y hasta un escrúpulo de conciencia, si he de hablar claro, en contradecir con demasiada energía la voluntad de un soberano, aun del modo que es permitido. Despues de haberles dicho la verdad como se debe, no hay mas que dejarlos obrar y ayudarlos.

Diariamente estamos comparando á un príncipe con un particular: ¡qué sofisma! Hay inconvenientes que penden de la posicion de los soberanos, y que de consiguiente deben tenerse por nulos. La comparacion pues debe hacerse entre una familia *reinante* y una familia particular que *reinase*, y que estuviera en consecuencia sujeta á los mismos inconvenientes. En esta suposicion no queda la menor duda sobre la superioridad de la primera, ó por mejor decir, sobre la incapacidad de la segunda; porque la familia no real nunca reinará (1).

(1) La soberanía legítima puede ser imitada durante algun tiempo: tambien es capaz de mas ó de menos; y los que han meditado mucho sobre este grande objeto, no tendrán dificultad en reconocer en este género los caractéres del *mas*, ó del *menos*, ó de *la nada* Si nada se sabe del origen de una soberania; si ha principiado, digámoslo así, por sí misma, sin violencia por un lado, y sin aceptacion ni deliberacion por el otro; si ademas el rey es europeo y católico; es, como dice Homero, *muy Rey* (βασιλευτατος). Cuanto mas se aleje de este modelo, será menos rey. En particular se debe contar muy poco con las dinastías nacidas enmedio de las tempestades, elevadas por la política ó por la fuerza, y que se muestran rodeadas, flanqueadas, defendidas y consagradas por bellas leyes fundamentales, escritas en precioso papel avitelado, *y que han previsto todos los casos*. Estas dinastías no pueden durar. Otras muchas cosas habria que decir, si se quisiera ó se pudiera decir todo.

Así pues no debe extrañarse que se encuentre en una familia real mas vida comun que en cualquier otra; mas esto me conduce á exponer uno de los mayores oráculos, pronunciado en la santa Escritura.

«LOS CRÍMENES DE LOS HOMBRES MULTIPLICAN «LOS PRÍNCIPES.

«LA SABIDURÍA Y LA CIENCIA DE LOS SÚBDITOS »ALARGAN LOS REINADOS (1).»

No hay cosa mas cierta, ni mas profunda, ni tampoco mas terrible; y por desgracia no hay cosa en que menos se repare. La liga de la religion y de la soberanía nunca debe perderse de vista. Me acuerdo haber leido en otro tiempo un sermon inglés que tenia por título: *Los pecados del gobierno son los pecados del pueblo* (2). Suscribo á él sin haberle leido: este título solo vale mas que muchos libros.

Comparando las dinastías de los soberanos de Europa y de Asia, observa el caballero Jones «que la naturaleza de los desgraciados gobiernos asiáticos explica »la diferencia que los distingue de los nuestros, respecto de la duracion de las dinastías (3).»

Sin duda es así; pero hay que añadir que la reli-

(1) *Propter peccata terræ multi principes ejus; et propter hominis sapientiam et horum scientiam quœ dicuntur, vita ducis longior erit.* Prov. 28, 2.

(2) *Sins of government, sins of the nations. A discourse intended for the late fast.* (London, Chronicle 1793, n.° 5747.) Me parece que solo un entendimiento sabio y luminoso pudo discurrir este título y este asunto.

(3) *Sir William Jone's Works,* tom. 5, pág. 554. (En el prólogo de la *Descripcion del Asia.*)

gion es la que diferencia los gobiernos. El mahometismo no concede mas que diez ó doce años á los soberanos; *porque los crímenes de los hombres multiplican los príncipes*, y en todo pais de infieles es de absoluta necesidad que haya infinitos crímenes mas é infinitas virtudes menos que entre nosotros, por grande que sea la relajacion de nuestras costumbres; porque á pesar de ella contínuamente se nos predica la verdad, y tenemos *la inteligencia de las cosas que se nos dicen.*

Podrán pues llegar los reinados hasta veinte y cinco años en los paises cristianos. En Francia el reinado comun, calculado durante 300 años, es de veinte y cinco. En Dinamarca, en Portugal, en el Piamonte los reinados son igualmente de veinte y cinco años: en España de veinte y dos. Se ve que hay alguna diferencia en la duracion de los diferentes gobiernos cristianos; pero *todos* ellos son mas largos que *todos* los reinados no cristianos, antiguos y modernos.

Una consideracion importante sobre la duracion de los reinados pudiera tal vez sacarse tambien de las soberanías protestantes, comparadas con ellas mismas antes de la reforma, y con las otras que no han variado de creencia.

Los reinados de Inglaterra, que eran de mas de veinte y tres años antes de la reforma, no son ya mas que de diez y siete desde aquella época. Los de Suecia han bajado de veinte y dos años al mismo número de diez y siete. Pudiera pues suceder que la ley incontestable respecto de las naciones infieles, ó primitivamente libre de la influencia de la santa sede, se manifestase

tambien en las naciones que dejaron de ser católicas despues de haberlo sido mucho tiempo. Sin embargo, como puede haber compensaciones desconocidas, y Dinamarca por ejemplo, en virtud de alguna razon oculta, aunque ciertamente honrosa para aquella nacion, parece que no ha sufrido la ley de la diminucion de sus reinados; conviene esperar todavía antes de generalizarla. Por lo demas siendo manifiesta esta ley, no se trata sino de examinar su extension; porque nunca estará de mas profundizar todo lo posible *la influencia de la religion en la duracion de los reinados y de las dinastías.*

CAPITULO VI.

OBSERVACIONES PARTICULARES ACERCA DE LA RUSIA.

Bello fenómeno es el que ofrece la Rusia. Situada entre la Europa y el Asia, participa de la una y de la otra. El elemento asiático que posee y que salta á los ojos, no debe humillarla; antes bien podria verse en él un título de superioridad: pero respecto de la religion, tiene grandísimas desventajas, y tales, que no sé si á los ojos de un verdadero juez se hallará mas cerca de la verdad que las naciones protestantes.

El deplorable cisma de los griegos y la invasion de los tártaros impidieron que los rusos participasen del gran movimiento de la civilizacion europea y legítima, que procedia de Roma. Cirilo y Metodio, apóstoles de los esclavones, habian recibido sus poderes de la santa sede, y aun habian ido á Roma para dar cuenta de su mision (1). Mas apenas puesta la cadena, fué rota por

(1) Cirilo y Metodio tradujeron la liturgia en esclavon, é

las manos de aquel Focio, de funesta y odiosa memoria, á quien la humanidad en general no tiene menos cargos que hacer que la religion, y eso que tan culpable fue él para con esta.

Así la Rusia no recibió la influencia general, ni pudo penetrarla el espíritu *universal*, pues apenas tuvo tiempo para experimentar la mano de los sumos pontífices. De ahí procede que su religion es toda exterior, y no penetra en los corazones. Es necesario tener cuidado de no confundir *el poder de la religion sobre el hombre con la adhesion del hombre á la religion*; dos cosas que nada tienen de comun. Uno estará robando toda su vida, sin concebir siquiera la idea de la restitucion, ó vivirá en la union mas culpable, rezando con regularidad sus devociones, y podrá defender una imagen con peligro de su vida, y morir antes que comer carne en un dia prohibido. Yo llamo *poder de la religion á aquel que muda y exalta al hombre* (1),

hicieron celebrar la misa en la lengua que hablaban los pueblos que habian convertido. Los Papas se resistieron grandemente á esto y pusieron muchas restricciones, que por desgracia no produjeron efecto alguno en los rusos. Tenemos una carta del Papa Juan VIII (que es la 194) dirigida al duque de Moravia *Sfentopulk*, en el año 859, en la cual dice á este príncipe: «Nos aprobamos las letras esclavonas inventadas por el filósofo Constantino »(es el mismo Cirilo), y mandamos que se canten las alabanzas de »Dios en lengua esclavona.» (Véanse las Vidas de los santos, traduc. del inglés. Vida de san Cirilo y san Metodio, 14 de febrero, en 8.º tom. II.) Este libro precioso es un escelente compendio en miniatura de los bolandistas.

(1) *Lex Domini inmaculata convertens animas* (Ps. 18, v, 8). Es una expresion notable. Un rabino de Mantua decia á un sacer-

haciéndole capaz de un grado mayor de virtud, de civilizacion y de ciencia. Estas tres cosas son inseparables, y la accion interior del poder legítimo siempre se manifiesta al exterior por medio de la prolongacion de los reinados.

Pocos escritores viajeros han hablado con amor de los rusos. Casi todos han aprovechado las debilidades para entretener la malicia de sus lectores; y aun algunos, como el doctor Clarke, han hablado de ellos con una severidad que asusta: Gibbon no ha tenido dificultad en llamarlos los *sectarios mas ignorantes y mas supersticiosos de la comunion griega* (1).

No obstante aquel pueblo es eminentemente animoso, benéfico, ingenioso, hospitalario, emprendedor, imita con acierto, habla con elegancia, y posee una lengua magnífica, sin mezcla de jerga alguna, aun en las ínfimas clases.

Las manchas que desfiguran este carácter, dependen ó de su antiguo gobierno, ó de su civilizacion que

dote católico, amigo mio, en una conversacion familiar: *Es preciso confesar que en la religion de V. hay realmente* UNA FUERZA QUE CONVIERTE. Voltaire por el contrario decia:

Dios visitó el mundo y no le convirtió.
(*Desastre de Lisboa.*)

Un ingenio condenado á desvariar en pago del crímen de infidelidad á su mision ha sido siempre un espectáculo muy divertido para mí. No le tengo compasion. ¿Por qué hacia traicion á su soberano? ¿por qué violaba sus *instrucciones*? ¿era acaso *enviado* para mentir?

(1) *Hist. de la decad.* &c. tom. XIII, cap. LXVII, pág. 10.

es falsa; y no solamente es falsa porque es humana, sino porque para colmo de su desdicha ha coincidido con la época de la mayor corrupcion del entendimiento humano; y porque las circunstancias han puesto en contacto, y amalgamado, por decirlo así, la nacion rusa con la que ha sido á un tiempo el mas terrible instrumento y la víctima mas deplorable de aquella corrupcion.

Toda civilizacion principia por los sacerdotes, por las ceremonias, y aun por los milagros, no importa que sean verdaderos ó falsos. No ha habido, ni habrá jamás, ni puede haber excepcion de esta regla. Los rusos habian principiado como todos los demas; pero la obra interrumpida desgraciadamente por las causas ya indicadas se continuó á principios del siglo XVIII bajo los mas tristes auspicios.

Las semillas enfriadas de la civilizacion rusa comenzaron á calentarse en la cenagosa época de la regencia (de Francia); y las primeras lecciones que oyó aquel gran pueblo en la nueva lengua que se hizo la suya, fueron blasfemias.

Bien sé que hoy puede notarse un movimiento contrario, capaz de consolar hasta cierto punto á un observador amigo: mas ¿cómo se borrará el anatema primitivo?

¡Qué lástima que la mas poderosa de las familias esclavonas se haya evadido por su ignorancia del gran cetro constituyente, para arrojarse en los brazos de los miserables griegos del bajo imperio, sofistas detestables, prodigios de orgullo y de nulidad, cuya historia

no puede leer mas que un hombre acostumbrado á vencer todo género de repugnancia, y que han presentado por espacio de diez siglos el horrible espectáculo de una monarquía cristiana envilecida hasta tener reinados de once años.

No se necesita haber vivido mucho tiempo en Rusia para conocer lo que falta á sus habitantes. Es una cosa profunda, que se siente profundamente, y que el mismo ruso puede contemplar en el reinado comun de sus soberanos, que no escede de trece años, cuando el reinado cristiano toca al duplo de este número, y llegará á él ó pasará donde haya prudencia. En vano la dinastía extranjera, colocada en el trono de Rusia, podria creerse con derecho á concebir esperanzas mas elevadas: en vano contrastarian en aquel trono las mas dulces virtudes con la aspereza antigua: los reinados no se abrevian *por las faltas de los soberanos*, lo que seria visiblemente injusto, *sino por las del pueblo.* En vano los soberanos harán los mas nobles esfuerzos, ayudados de los de un pueblo generoso que no cuenta jamás con sus señores: todos estos prodigios del mas legítimo orgullo nacional serán nulos, si no funestos. Los siglos pasados ya no estan en manos de la Rusia. El cetro creador, el cetro divino no ha descansado bastante sobre su cabeza; y aquel gran pueblo en su profunda ceguedad se gloría de ello. Sin embargo la ley que le abate, viene de muy alto para que sea posible desviarla de otro modo que tributándole homenaje. Para elevarse al nivel de la civilizacion y de la ciencia europea, no hay mas que un camino para ese pueblo, aquel de donde se apartó.

El ruso ha oido muchas veces la voz de la calumnia, y muchísimas mas la de la ingratitud. Sin duda tuvo derecho de indignarse contra unos escritores sin delicadeza, que le pagaban con insultos la mas generosa hospitalidad; pero no rehuse su confianza á quien abriga sentimientos directamente opuestos. El respeto, la aficion, el reconocimiento no desean seguramente engañarle.

CAPÍTULO VII.

OTRAS CONSIDERACIONES PARTICULARES SOBRE EL IMPERIO DE ORIENTE.

El Papa está revestido de cinco caractéres muy diferentes; porque es obispo de Roma, metropolitano de las iglesias suburbicarias, primado de Italia, patriarca de Occidente y en fin sumo pontífice. Jamás ha ejercido en los otros patriarcados mas poderes que los que resultan de este último carácter; de manera que á menos de ocurrir un asunto de grande importancia, algun abuso muy notable ó alguna apelacion en causas mayores, los sumos pontífices se mezclaban poco en la administracion eclesiástica de las iglesias orientales; lo que fué una desgracia no solo para ellas, sino tambien para los estados donde se hallaban establecidas. Puede decirse que la iglesia griega ha llevado desde su origen una semilla de division en su seno, que no germinó completamente hasta al cabo de doce siglos;

pero que existió siempre bajo formas ménos decisivas, y por consiguiente tolerables (1).

Esta division religiosa se arraigaba tambien en la oposicion política creada por el emperador Constantino; y fortificadas mútuamente, no cesaron de rechazar la union, que hubiera sido tan necesaria contra los formidables enemigos que avanzaban del Oriente y del Norte. Escuchemos otra vez sobre este punto al respetable autor de las *Cartas acerca de la historia.* «Es se»guro, dice, que si los dos emperadores de Oriente y »de Occidente hubiesen reunido sus esfuerzos, hubie»ran arrojado infaliblemente á los arenales del Africa »á esos pueblos (los sarracenos), que debian temer se es»tablecieran enmedio de ellos; pero habia una emula»cion entre los dos imperios, que nada pudo destruir, »y que se manifestó mucho mas en tiempo de las cru»zadas. El cisma de los griegos les inspiraba una anti»patía religiosa contra Roma, y se sostuvo siempre »aquella aun contra el propio interés de los mismos (2).»

Este trozo es admirablemente verdadero. Si los Papas hubiesen tenido la misma autoridad sobre el imperio de Oriente que sobre el de Occidente, no solo hu-

(1) San Basilio mismo habla en alguna parte del *orgullo occidental*, que llama ΟΦΡΥΝ ΔΙΤΙΚΗΝ. Si no me engaño es en la obra que escribió *sobre el partido que puede sacarse de las lecturas profanas para el bien de la religion*. Nada, ni aun la santidad, podia extinguir del todo el estado natural de guerra que dividia los dos estados y las dos iglesias; situacion que se derivaba de la política, y que subia hasta la época de Constantino.

(2) *Cartas acerca de la hist.*, tom. II, carta 45.

bieran arrojado á los sarracenos, sino tambien á los turcos; y no hubieran sobrevenido los males que nos han hecho estos pueblos. Los Mohamedes, los Solimanes, los Amurates &c. serian nombres desconocidos entre nosotros. Franceses, que os dejais engañar con vanos sofismas, reinaríais en Constantinopla y en la *ciudad santa.* Las leyes de Jerusalen, que no son ya mas que un monumento histórico, se citarian y se observarian en el lugar donde fueron escritas; y se hablaria frances en Palestina. Las ciencias, las artes, la civilizacion ilustrarian aquellos famosos paises del Asia, que fueron en otro tiempo el jardin del universo, y hoy estan despoblados, entregados á la ignorancia, al despotismo, á la peste y á todo género de embrutecimiento.

Si el ciego orgullo de aquellos paises no se hubiera resistido constantemente á los sumos pontífices; si estos hubiesen podido dominar á los viles emperadores de Byzancio, ó á lo menos mantenerlos en respeto: hubieran salvado al Asia, como han salvado la Europa, que todo se lo debe, aunque parece que lo olvida.

La Europa, largo tiempo despedazada por los bárbaros del Norte, se veia amenazada de las mayores calamidades. Los formidables sarracenos caian sobre ella, y sus mas hermosas provincias eran acometidas ya, ó estaban conquistadas ó invadidas. Dueños de la Siria, del Egipto, de la Tingitania y de la Numidia, habian agregado á sus conquistas de Asia y de Africa una parte considerable de la Grecia, la España, la Cerdeña, la Córcega, la Pulla, la Calabria y una porcion de la Sicilia. Habian puesto sitio á Roma é incendiado sus arrabales:

en fin se habian arrojado sobre la Francia, y en el siglo VIII ya estaba perdida la Europa, es decir, el cristianismo, las ciencias y la civilizacion, á no ser por el genio de Cárlos Martel y de Carlo Magno que detuvieron el torrente. El nuevo enemigo no se parecia á los otros: los nobles hijos del Norte podian acostumbrarse á nuestros usos, aprender nuestras lenguas, y unirse en fin á nosotros con los tres vínculos de las leyes, de los matrimonios y de la religion; pero el discípulo de Mahoma no tiene ningun punto de contacto con nosotros: es extranjero, y no puede asociarse ni mezclarse con nosotros. Ved á los turcos. Espectadores desdeñosos y altaneros de nuestra civilizacion, de nuestras artes y ciencias, y enemigos mortales de nuestro culto, son hoy lo que eran en 1454; un campamento de tártaros asentado en tierra europea. La guerra entre nosotros es natural, y la paz forzada. En cuanto el cristiano y el musulman llegan á tocarse, uno de los dos debe ser esclavo ó perecer.

Entre estos enemigos no hay tratados.

Por fortuna la tiara nos ha libertado de la media luna: aquella no ha cesado de resistir á esta, de combatirla, de buscarle enemigos, de reunirlos, de animarlos, de pagarlos y dirigirlos. Si somos libres, sabios y cristianos, á la tiara se lo debemos.

Entre los medios que los Papas emplearon para rechazar al mahometismo, conviene distinguir el de dar las tierras usurpadas por los sarracenos al primero que pudiese arrojarlos de ellas. ¿Y qué cosa mejor podia hacerse cuando sus dueños no parecian? ¿habia otro

medio mejor de legitimar el nacimiento de una soberanía? ¿Se cree que esta institucion no valia mas que *la voluntad del pueblo*, es decir, de un puñado de facciosos dominados por uno solo? Pero cuando se trata de *tierras dadas* por los Papas, nuestros disputadores modernos nunca dejan de transportar todo el derecho público de la Europa moderna enmedio de los desiertos, de la anarquía, de las invasiones y de las soberanías fluctuantes de la edad media; lo que necesariamente ha de producir extraños paralogismos.

Léase la historia con ojos imparciales, y se verá que los Papas hicieron cuanto pudieron en aquellos tiempos calamitosos; y sobre todo que fueron sobrehumanos sus esfuerzos en la guerra contra los mahometanos.

«Ya en el siglo IX, cuando el formidable ejército »de los sarracenos parecia que iba á destruir la Italia »y convertir la capital de la cristiandad en una aldea »mahometana, el Papa Leon IV, tomando en aquel pe»ligro una autoridad que parecia abandonaban los ge»nerales del emperador Lotario, se mostró en la defen»sa de Roma digno de mandar en ella como soberano. »El la fortificó, armó las milicias, visitó por sí mismo »todos los puestos.... Era romano; y el valor de los pri»meros tiempos de la república revivia en él en una edad »de cobardía y de corrupcion; así como se encuentra »alguna vez un precioso monumento de la antigua Ro»ma entre las ruinas de la nueva (1).»

Pero al cabo toda resistencia hubiera sido vana, y

(1) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, &c., tom. II, cap. XXVIII.

el ascendiente del islamismo hubiera triunfado infaliblemente si no nos hubiesen salvado de nuevo los Papas y las cruzadas, de que fueron autores, promovedores y directores, ¡ah! en cuanto lo permitieron la ignorancia y las pasiones de los hombres. Los Papas con la perspicacia de Anibal descubrieron que para rechazar ó destruir irremisiblemente una potencia formidable y extravasada, no basta defenderse en sus propios hogares, sino que es menester ir á cometerla en los suyos. Los cruzados arrojados por aquellos en el Asia infundieron en los soldanes otras ideas que la de invadir ó insultar siquiera á la Europa.

Los que dicen que las cruzadas no fueron para los Papas mas que guerras de devocion, no han leido probablemente el discurso de Urbano II en el concilio de Clermont. Los Papas no apartaron nunca la vista del mahometismo, hasta que se adormeció con aquel sueño letárgico que nos ha tranquilizado para siempre. Pero es muy notable que la mano de un Papa le dió el último golpe, el golpe decisivo. El dia 7 de octubre de 1571 se trabó en fin aquel combate memorable, «la mas fu»riosa batalla naval de que hay memoria. Esta jornada »gloriosa para los cristianos fue la época de la decaden»cia de los turcos. Les costó mas que hombres y baje»les, cuya pérdida puede repararse, porque perdieron »aquella preponderancia de opinion que es la principal »fuerza de los pueblos conquistadores; poder que se »adquiere una vez y que no se recobra nunca (1).»

(1) Mr. de Bonald, *Legisl. primitiva*, tom. III, pág. 288. *Disc. polít. sobre el estado de la Europa*, §. VIII.

«.....Aquel dia que fue para la cristiandad tan dichoso, »porque en él se desengañó el mundo y todas las na»ciones del error en que estaban, creyendo que los tur»cos eran invencibles por la mar; en aquel dia, digo, »donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebran»tada &c. (1).»

Mas esta batalla de Lepanto, honor eterno de la Europa, época de la decadencia de la media luna, y que solo el enemigo mortal de la dignidad humana ha podido intentar desacreditarla (2), ¿á quién la debió la cristiandad? A la santa sede. El vencedor de Lepanto no fue tanto don Juan de Austria como aquel Pio V de quien dijo Bacon: «Yo me admiro de que la igle»sia romana no haya canonizado ya á este grande hom»bre (3).» Coligado con el rey de España y la república de Venecia, embistió á los otomanos, y fue el autor y el alma de aquella empresa gloriosa, á la cual cooperó con sus consejos, con su influencia, con sus tesoros y

(1) Este último pasaje es del célebre Cervantes, que se halló en la batalla de Lepanto, y aun tuvo el honor de ser herido en ella. (*D. Quijote, parte I, cap. XXXIX*, Madrid, 1798, t. III, pág. 86.) En el prólogo de la segunda parte vuelve á hablar otra vez Cervantes de esta famosa batalla, y dice que fue *la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.* (Ibid. tom. IV al principio.) — El que quiera asistir á esta batalla, puede leer su descripcion en la obra de Gratiani *de Bello Cyprio*. Roma, 1664. en 4.°

(2) «¿Cuál fue el fruto de la batalla de Lepanto?... Parecia que los turcos la habian ganado.» (Volt. *Ensayo sobre las costumbres* etc., tom. V, c. CLXI.) ¡Cuán ridículo es!

(3) En el diálogo *de Bello Sacro*.

con sus mismas armas, que se mostraron en Lepanto de una manera enteramente digna de un sumo pontífice.

Resúmen y conclusion de este libro.

La conciencia ilustrada y la buena fé no pueden ya dudar que el cristianismo es el que ha formado la monarquía europea, maravilla muy poco admirada. Mas sin el Papa no hay verdadero cristianismo: sin el Papa la institucion divina pierde su poder, su carácter divino y su fuerza *convertiente*: sin el Papa no es mas que un sistema, una creencia humana, incapaz de penetrar en los corazones y de modificarlos, para hacer al hombre capaz de un grado mas alto de ciencia, de moral y de civilizacion. Toda soberanía cuya frente no haya tocado el dedo eficaz del sumo pontífice, se quedará siempre inferior á las otras, tanto en la duracion de los reinados, como en el carácter de su dignidad y en las formas de su gobierno. Toda nacion, aunque sea cristiana, que no haya sentido bastante la accion constituyente, quedará del mismo modo siempre inferior á las otras en igualdad de circunstancias; y toda nacion separada despues de haber recibido la impresion del sello universal, conocerá al fin que le falta alguna cosa, y tarde ó temprano la razon ó la desgracia la hará volver en sí. Para cada pueblo hay un enlace misterioso, pero visible, entre la duracion de los reinados y la perfeccion

del principio religioso. No hay pues rey *por el pueblo*; supuesto que los príncipes cristianos tienen mas vida comun que los demas hombres, á pesar de los accidentes particulares anejos á su estado; y este fenómeno se hará aun mas patente, á medida que protejan mas el culto vivificante; porque puede haber mas ó menos soberanía, precisamente como puede haber mas ó menos nobleza (1). Los defectos de los Papas infinitamente

(1) No siendo la nobleza mas que *una prolongacion de la soberanía*, MAGNUM JOVIS INCREMENTUM, repite en diminutivo todos los caractéres de su madre, y sobre todo no es mas ni menos humana que ella. Porque es un error creer que, hablando con propiedad, puedan los soberanos ennoblecer: solo pueden sancionar los ennoblecimientos naturales. La verdadera nobleza es custodia natural de la religion y parienta del sacerdocio, á quien no cesa de protejer. Appio Claudio decia en el senado romano: «La religion pertenece á los patricios, *auspicia sunt patrum;*» y Bourdaloue catorce siglos despues decia en la cátedra cristiana: «La santidad para ser eminente no encuentra fundamento que le sea mas propio que la grandeza.” (Serm. de *la Concep.*, pág. 11) Es la misma idea pintada por una y otra parte con los colores de su siglo. ¡Desgraciado el pueblo donde los nobles abandonen los dogmas nacionales! La Francia, que ha dado todos los grandes ejemplos en bien y en mal, acaba de probarlo al mundo, porque esa bacante que llaman *revolucion francesa*, y que no ha hecho aun mas que mudar de traje, es una hija nacida del comercio impío de la nobleza francesa con el *filosofismo* en el siglo XVIII. Los discípulos del Coran dicen: “que una de las señales del fin del mundo será la elevacion de las personas de baja condicion á las dignidades eminentes.” (*Pocok citado por Sale*, *Observ. hist. y crít. sobre el mahom. secc. IV*) Es una exageracion oriental, que una mujer de mucho talento ha reducido á la medida europea. (*Lady Mary Vortley Montague's Works*, tom. IV, pá-

exagerados ó mal representados, y que generalmente se han convertido en provecho de los hombres, no son por otra parte mas que la liga humana, inseparable de toda *míxtura* temporal; y despues de examinado todo y pesado bien en la balanza de la mas severa é imparcial filosofía, queda demostrado «que los Papas fueron »los fundadores, los tutores, los salvadores y los verda»deros genios constituyentes de la Europa.»

Por lo demas, como todo gobierno imaginable tiene sus defectos, no niego que el régimen sacerdotal tenga los suyos en el órden político; pero propongo á

ginas 223 y 224.) Lo que parece cierto es, que tanto para la nobleza como para la soberanía hay una relacion oculta entre la religion y la duracion de las familias. El autor anónimo de una novela inglesa titulada el *Forester*, de que solo he podido leer algunos extractos, ha hecho observaciones singulares sobre la decadencia de las familias y las variaciones de la propiedad en Inglaterra: yo las recuerdo, sin tener el derecho de juzgarlas. « Es preciso, dice, que haya algun mal radical y capaz de alarmar en un sistema, que en un siglo ha destruido la sucesion hereditaria y los nombres conocidos, mas quizá que todas las devastaciones producidas por las guerras civiles de York y de Lancastre y del reinado de Cárlos I en los tres siglos precedentes juntos etc. (*Anti-jacobin Review and magazine nov.* 1803, núm. LVIII, pág. 249.)»

Si las antiguas familias inglesas habian perecido realmente en el espacio de cerca de un siglo en un número tan considerable que alarmase (lo que no me atrevo á afirmar por un testimonio solo); sería efecto acelerado, y de consiguiente mas visible, de un juicio, cuya ejecucion no obstante habria principiado inmediatamente despues de la falta. ¿Por qué la nobleza no habia de ser *menos conservada* despues de haber renunciado la religion conservadora? ¿Por qué habia de ser mejor tratada que sus soberanos, cuyos reinados se abreviaron igualmente?

la sensatez europea dos reflexiones sobre este punto, que siempre me han parecido del mayor peso.

La primera es que este gobierno no debe ser juzgado en sí mismo, sino en su relacion con el mundo católico. Si es necesario, como evidentemente lo es, para mantener el conjunto y la unidad, y para hacer circular, si es permitido hablar así, la misma sangre en las últimas venas de un cuerpo inmenso; todas las imperfecciones que resulten de esta especie de teocracia romana en el órden político, deben considerarse como la humedad, por ejemplo, que produce una máquina de vapor en el barco que la contiene.

La segunda reflexion es que el gobierno de los Papas es una monarquía semejante á todas las demas, si se la considera simplemente como *el gobierno de uno solo*. ¿Y cuántos males no resultan de la monarquía mejor constituida? Todos los libros de moral rebosan de sarcasmos contra la corte y los cortesanos. No se acaba de hablar de la doblez, de la perfidia, de la corrupcion de la corte; y Voltaire seguramente no pensaba en los Papas, cuando exclamaba con tanto decoro:

«¡O sabiduría del cielo! Yo te creo profundísima; »pero ¿á qué sandios tiranos has entregado el mun»do? (1).»

No obstante, luego qne se han apurado todos los géneros de crítica, y se han puesto, como es justo, en el

(1) Por el contrario hablando de Roma moderna dice: «Los ciudadanos sabiamente gobernados en paz no son ya conquistadores; pero son mas dichosos.»

otro lado de la balanza todas las ventajas de la monarquía, ¿cuál es el último resultado? Que *es el mejor, el mas durable de los gobiernos y el mas natural al hombre.* Juzguemos pues del mismo modo á la corte romana. Es una monarquía, la única forma de gobierno posible para regir la iglesia católica; y cualquiera que sea la superioridad de esta monarquía sobre las otras (1), es imposible que las pasiones humanas no se agiten al rededor de un foco cualquiera de poder, y no dejen algunas pruebas de su accion: eso no quita que el gobierno del Papa sea la mas dulce, la mas pacífica, y la mas moral de todas las monarquías; así como los males mucho mayores producidos por la monarquía secular, no quitan que sea el mejor de los gobiernos.

Al terminar esta discusion, declaro que protesto igualmente contra toda especie de exageracion. Conténgase á la potestad pontificia dentro de sus justos límites; pero no se arranquen estos ni remuevan al antojo de la pasion ó de la ignorancia; y sobre todo, no se venga alarmando la opinion con vanos terrores. Lejos de temerse en este momento los excesos de la potestad espiritual,

(1) El gobierno del Papa es el único en el mundo que no ha tenido jamás modelo, como tampoco tendrá jamás copia. Es una monarquía electiva, cuyo poseedor, siempre anciano y siempre célibe, es elegido por un corto número de electores, elegidos por sus predecesores, todos célibes como él, y escogidos sin ningun miramiento necesario á sus familias, á sus riquezas, ni aun á su patria. — Si se examina con atencion esta forma de gobierno, se hallará que excluye los inconvenientes de la monarquía electiva, sin perder las ventajas de la monarquía hereditaria.

es temible lo contrario, es decir, que los Papas carezcan de la fuerza necesaria para llevar la carga inmensa que se les ha impuesto, y que á tanto ceder pierdan al fin la potencia así como el hábito de resistir. Concédaseles de buena fé lo que les es debido: por su parte sabe muy bien el sumo pontífice lo que debe á la autoridad temporal, la cual jamás tendrá un defensor mas intrépido ni mas poderoso que él. Pero es preciso tambien que él sepa defender sus derechos; y si algun príncipe por un rasgo de prudencia igual á la de aquel hijo de familia que amenazaba á su padre ahorcarse para deshonrarle, se atreviese á amenazar al suyo con un cisma para arrancarle un acto de debilidad, el sucesor de S. Pedro podria muy bien responderle lo que está escrito hace mucho tiempo: «¿Quereis abandonarme? »Pues partid, seguid la pasion que os arrebata, no es»pereis que para deteneros á mi lado me baje hasta »suplicaros. Partid: para darme el honor que se me »debe, otros hombres me quedarán: sobre todo me »*quedará Dios* (1).» El príncipe lo pensaria bien.

(1) Φευγε μαλ; εἵ τοι θυμός ἐπέσσυταὶ ουδέ σ'ἔγογε
Αἰσσομαι εινεκ'εμεῖο μένειν'παρ'ἔμοιγε καί ἄλλοι,
Οἵ κέ με τιμήσουσί ΜΑΛΙΣΤΑ ΔΕ ΜΗΤΙΕΤΑ ΖΕΥΣ
Homer. Iliad. I, 173, 175.

LIBRO IV.

DEL PAPA EN SUS RELACIONES CON LAS IGLESIAS LLAMADAS CISMÁTICAS.

CAPÍTULO I.

TODA IGLESIA CISMÁTICA ES PROTESTANTE. AFINIDAD DE LOS DOS SISTEMAS. TESTIMONIO DE LA IGLESIA RUSA.

Toda iglesia que no es católica es protestante: esta es una verdad fundamental en todas las cuestiones de religion. En vano se ha querido hacer una distincion entre las iglesias cismáticas y heréticas. Sé muy bien lo que se quiere decir; pero en el fondo toda la diferencia consiste en las voces, y todo cristiano que desecha la comunion del santo padre, es protestante ó lo será muy pronto.

¿Qué es un protestante? Un hombre que *protesta*. Ahora bien ¿qué importa que proteste contra uno ó mas dogmas, contra este ó contra el otro? Será mas ó menos *protestante*; pero siempre *protesta*.

¿A qué observador no ha chocado el extremado favor que goza el protestantismo entre el clero ruso, aunque si ateniéndose á los dogmas escritos, debia ser tan odiado en las márgenes del Neva como en las del Tíber? La razon es que todas las sociedades separadas se unen para aborrecer la unidad que las aniquila. Asi cada una de ellas ha escrito en sus banderas: *Todo enemigo de Roma es amigo mio.*

Habiendo mandado Pedro I á principios del siglo último imprimir un catecismo para sus súbditos, que contenia todos los dogmas que él aprobaba; fue traducido en inglés (1) en el año 1725 con un prólogo que merece citarse.

«*Este catecismo*, dice el traductor, *respira el genio »del grande hombre por cuyas órdenes fue compues»to* (2). Este príncipe ha vencido á dos enemigos mas »terribles que los suecos y los tártaros, quiero decir, »la supersticion y la ignorancia favorecidas todavía por »el hábito mas obstinado y mas insaciable..... Me lison»jeo de que esta traduccion facilitará mas la reunion »de los obispos ingleses y rusos; con la cual se hallarán en mejor aptitud para *destruir los designios atroces »y sanguinarios del clero romano* (3). Los rusos y los re-

(1) *The russiam catechism composd' and publisch' ed by the order of the Czar; to which is annexed à short account of the church-government and ceremonies of the moscovites. London Meadows.* 1725. in 8.º by Jenkin Thom. Philipps, p. 4 y 66.

(2) El traductor habla aquí de un catecismo, como podria hablar de un ukase que el emperador hubiese publicado sobre el derecho ó la policía. Esta opinion, que es justa, debe notarse.

(3) Podria alguno admirarse de que en 1725 se imprimiese en

»formados estan acordes EN VARIOS artículos de fé, »tanto como difieren de la iglesia romana (1). Los pri- »meros niegan el Purgatorio (2), y nuestro compatrio- »ta *Covel*, doctor de Cambridge, ha probado doctamen- »te en sus memorias sobre la iglesia griega, *cuánto di- »fiere la transustanciacion latina de la cena griega* (3).»

¡Qué ternura y qué confianza! La fraternidad es evidente. Aquí es donde se da á conocer la fuerza del odio de un modo verdaderamente espantoso. La iglesia rusa profesa como la nuestra la presencia real, la necesidad de la confesion y de la absolucion sacerdotal, el mismo número de sacramentos, la realidad del sacrificio eucarístico, la invocacion de los santos, el culto de las imágenes &c.; al contrario el protestantismo hace profesion de desechar y aun de aborrecer estos dogmas y estos usos: no obstante si los encuentra en una igle-

Inglaterra tamaña extravagancia, sin embargo yo me obligaría á mostrar otros pasajes aun mas estupendos en las obras de los primeros doctores ingleses de nuestros dias.

(1) Sobre este punto el traductor nó tiene razon y la tiene. No la tiene, si se ha de atener uno á las profesiones de fé escritas, que son las mismas poco mas ó menos para las iglesias latina y rusa, y difieren igualmente de las confesiones protestantes; pero si venimos á la práctica y á la creencia interior, el traductor tiene razon. Cada dia se va apartando mas de Roma la fé llamada *griega* y aproximándose á Wittemberg.

(2) No lo sé; y creo en mi conciencia que el clero ruso lo ignora como yo.

(3) Aquí se oye afirmar á unos teólogos ingleses que ya al principio del último siglo la fé de la iglesia romana y la de la iglesia rusa en el artículo de la Eucaristía no eran las mismas. Sin razon pues se quejaria nadie de las preocupaciones católicas sobre este punto.

sia separada de Roma, ya no le ofenden. Ese culto de las imágenes sobre todo, declarado solemnemente *idolátrico*, pierde todo su veneno, aunque fuese exagerado hasta el punto de reducirse á él casi toda la religion. El ruso está separado de la santa sede, y esto basta al protestante, que no ve en aquel sino un hermano, otro protestante: todos los dogmas son nulos excepto el del odio á Roma. Este es el lazo único, pero universal de todas las iglesias separadas.

Un arzobispo de Twer que murió hace dos ó tres años, publicó en 1805 una obra histórica, en latin, sobre los cuatro primeros siglos del cristianismo; y en este libro que he citado ya hablando del celibato, afirma sin rodeos que *una gran parte del clero ruso es calvinista* (1). Este texto no es equívoco.

El clero no estudia en todo el curso de su educacion eclesiástica mas que libros protestantes: una costumbre odiosa le aparta de los libros católicos, á pesar de la suma afinidad de los dogmas. *Bingham* en espe-

(1) O si se quiere expresar palabra por palabra: «Que una »gran parte del clero ruso ama y celebra con exceso el sistema »calvinista.» *Hæc sanè est disciplina illa* (Calvini) *quem plurimi de nostris* (sic) *tantoperè laudant deamantque.* (*Methodii arch. ep. Twer liber historicus de rebus in primitiva eccless. christ. etc.*, *in* 4.°, *Mosquæ.* 1805, *typis sanctissimæ Synodi.* Cap. VI, sect. I, §. 79, pág. 178.) Cualquier hombre que haya podido ver las cosas de cerca, no dudará que por estas palabras *plurimi de nostris* debe entenderse todo clérigo de aquella iglesia que sabe el latin ó el francés, á menos que en el fondo de su corazon no se incline á un lado del todo opuesto: lo que no es inaudito entre las personas instruidas de este órden,

cial es su oráculo, y ha llegado la cosa á tal punto, que el prelado que acabo de citar, apela con la mayor formalidad á *Bingham* para probar *que la iglesia rusa no enseña mas que la fé pura de los apóstoles* (1).

Un obispo ruso que para probar la perfecta ortodoxia de su iglesia apela al testimonio de un doctor protestante, es un espectáculo muy extraordinario y muy poco conocido en el resto de Europa.

El mismo, despues de haber desaprobado *pro formâ* esta inclinacion al calvinismo, no deja de llamar á Calvino *un hombre grande* (2); expresion extraña en la boca de un obispo, hablando de un heresiarca, y que en todo su libro no se le escapa jamás respecto de un doctor católico.

En otra parte nos dice: «Que durante quince siglos »la doctrina de Calvino fue *casi* desconocida en la igle- »sia (3).» Esta modificacion parecerá tambien curiosa; pero en el resto de la obra se contiene mucho menos: combate abiertamente la doctrina de los sacramentos, y se muestra en un todo calvinista.

Habiendo salido esta obra como ya he observado,

(1) Methodius, *ibid. sect. I*, pág. 256, not. 2.

(2) *Magnum virum*, ibid. pág. 168.

(3) *Doctrinam Calvini per MD annos in ecclesiâ Christi* PENE *inauditam*. Ibid. El arzobispo de Twer publicó esta obra en latin con la seguridad de no ser criticado, ni por sus hermanos que jamás revelarian un secreto de familia, ni por las personas del vulgo que no lo entenderian, y que ademas se curarian tanto de las opiniones del prelado como de su persona No puede nadie formar una idea exacta de la indiferencia rusa sobre esta especie de hombres y de cosas, á no haberlo visto.

de la imprenta misma del sínodo y con su expresa aprobacion; no hay duda de que representa la doctrina general del clero, salvo las excepciones que venero.

Yo pudiera citar otros testimonios no menos decisivos; pero necesito reducirme. No solamente afirmo que la iglesia de que se trata es protestante, sino ademas que lo es necesariamente, y que si no lo fuera Dios no seria Dios. Una vez roto el vínculo de la unidad, ya no hay tribunal comun, ni de consiguiente regla de fé invariable. Todo se reduce al juicio particular y á la supremacía civil, que constituyen la esencia del protestantismo.

Por otra parte, no inspirando la enseñanza ningun recelo en Rusia, y conteniendo el mismo imperio cerca de tres millones de súbditos protestantes, los novadores de todas clases han sabido aprovecharse de esta ventaja para insinuar libremente sus opiniones en todos los órdenes del estado, y todos estan de acuerdo sin saberlo siquiera, porque todos *protestan* contra la santa sede, y esto basta para la fraternidad comun.

CAPÍTULO II.

SOBRE LA SUPUESTA INVARIABILIDAD DEL DOGMA EN LAS IGLESIAS SEPARADAS EN EL SIGLO XII.

Algunos católicos, lamentándose de nuestra funesta separacion de las iglesias *focianas*, les dispensan no obstante el honor de creer que á excepcion del corto número de puntos disputados han conservado el depósito de la fé en toda su integridad. Ellas mismas se jactan de esto, y hablan con énfasis de su invariable *ortodoxia*.

Esta opinion merece examinarse, porque ilustrándola descubriremos grandes verdades.

Todas las iglesias separadas de la santa sede al principio del siglo XII pueden compararse á ciertos cadáveres helados, cuyas formas ha conservado el frio. Este frio es la ignorancia, que para ellas debia durar mas que para nosotros; porque Dios ha tenido á bien, por razones que merecen profundizarse, concentrar hasta nueva órden toda la ciencia humana en nuestras regiones occidentales.

Mas luego que el viento de la ciencia, que es *cálido*, llegue á soplar en aquellas iglesias, sucederá lo que debe suceder segun las leyes de la naturaleza: las formas antiguas se disolverán, y no quedará mas que polvo.

No he habitado jamás en Grecia, ni en ningun pais del Asia; pero he habitado mucho tiempo este mundo, y tengo la dicha de conocer algunas de sus leyes. Un matemático seria muy infeliz si tuviese que calcular uno tras otro todos los términos de una larga serie: para ese caso y otros muchos hay fórmulas que facilitan la operacion. No necesito pues saber (aunque no confieso que no lo sé) lo que se hace y lo que se cree aqui ó allá. Sé, y eso me basta, que si la fé antigua reina todavía en tal ó cual pais separado, la ciencia no ha llegado aun á él; y que si ha penetrado esta, ha desaparecido la fé; lo cual no se entiende, como se deja conocer, de una mudanza súbita, sino gradual, segun otra ley de la naturaleza que no admite *saltos*, como se dice en las escuelas.

Hé aquí pues la ley, tan segura y tan invariable como su autor:

NINGUNA RELIGION, EXCEPTO UNA, PUEDE RESISTIR LA PRUEBA DE LA CIENCIA.

Este oráculo es mas seguro que el de Calcas.

La ciencia es una especie de ácido que disuelve todos los metales *menos el oro*.

¿Dónde están las profesiones de fé del siglo XVI? En los libros. No hemos cesado de decir á los protestantes: «No podeis deteneros en las laderas de un precipi»cío rápido, y rodareis hasta el fondo.» Las predicciones católicas estan hoy justificadas completamente. Los que no han dado aun mas que tres ó cuatro pasos en esta pendiente, no nos vengan ponderando su supuesta inmovilidad: pronto verán lo que es el movimiento acelerado.

Lo juro por la eterna verdad, y ninguna conciencia europea podrá contradecirme: *La ciencia y la fé no harán jamás alianza fuera de la unidad.*

Sabido es lo que dijo un dia el bueno de Lafontaine al devolver *el Nuevo Testamento* á un amigo que le habia exhortado á que le leyera: *He leido su Nuevo Testamento de V.: es un libro bastante bueno.* Si bien se considera, á esta confesion se reduce toda la fé protestante ó bien á no sé qué sentimiento vago y confuso, que se expresaría muy bien en estas pocas palabras: *Quizá podría haber algo de divino en el cristianismo.*

Mas cuando se llegue á una profesion de fé circunstanciada, nadie estará de acuerdo. Las antiguas fórmulas eclesiásticas descansan en los libros: se firman hoy porque se firmaron ayer; pero ¿qué significa todo esto para la conciencia?

Lo que importa mucho observar es que las iglesias *focianas* están mas distantes de la verdad que las demas iglesias protestantes, porque estas han recorrido el círculo del error, y las otras no hacen sino empezar á correrle, y de consiguiente deben pasar por el calvinismo

y tal vez por el socinianismo antes de volver á la unidad. Así todo amigo de esta debe desear que el antiguo edificio acabe de hundirse cuanto ántes en aquellos pueblos separados por los tiros de la ciencia protestante, á fin de que quede el campo libre á la verdad.

Hay sin embargo una gran probabilidad en favor de las iglesias llamadas *cismáticas*, que puede acelerar sobremanera su reunion; y es que la de los protestantes está ya muy adelantada, y puede anticiparse mas de lo que se piensa por un deseo puro y ardiente, libre de todo espíritu de orgullo y de disputa.

No es creible hasta qué punto se apoyan las iglesias llamadas simplemente *cismáticas* en la rebelion y en la ciencia de los protestantes. ¡Ah! ¡si algun dia la misma fé hablase solamente francés é inglés! En un abrir y cerrar de ojos la obstinacion contra esta fé llegaria á ser en toda Europa una verdadera ridiculez, y ¿por qué no lo he de decir? *una cosa propia de gente baja.* Ya he dicho por qué no se deberia atribuir un gran mérito á la conservacion de la fé en las iglesias *focianas*, aun cuando fuese real; y es porque no han sufrido la prueba de la ciencia: *el gran ácido* no las ha tocado. Ademas ¿qué significa esta palabra *fé*, y qué tiene de comun con las formas exteriores y las confesiones escritas? ¿se trata entre nosotros de saber lo que está escrito?

CAPITULO III.

OTRAS CONSIDERACIONES SACADAS DE LA SITUACION DE ESTAS IGLESIAS. OBSERVACION PARTICULAR SOBRE LAS SECTAS DE INGLATERRA Y DE RUSIA.

Hé aquí otra ley de la naturaleza: *nada se altera sino por mixtion, y jamás hay mixtion sin afinidad.* Las iglesias focianas se conservan enmedio del mahometismo, como se conserva un insecto dentro del ambar. ¿Cómo habian de alterarse si no las ha tocado nada de lo que puede unirse con ellas? Entre el mahometismo y el cristianismo no puede haber mezcla. Pero si se expusiesen estas iglesias á la accion del protestantismo ó del catolicismo con un *fuego de ciencia* suficiente, desaparecerian casi instantáneamente.

Mas como las naciones pueden comunicarse en el dia por medio de las lenguas aun á distancia; no tardaremos en ser testigos del gran experimento, muy adelantado ya en Rusia. Nuestras lenguas alcanzarán á esas naciones que nos ponderan su fé encuadernada en perga-

mino, y en un abrir y cerrar de ojos las veremos beber á grandes tragos todos los errores de la Europa, Pero entonces estaremos nosotros hartos de ellos; lo que hará probablemente que su delirio sea mas corto.

Cuando se consideran las pruebas que ha sufrido la iglesia romana por los embates de la herejía y por la mezcla de las naciones bárbaras que se ha obrado en su seno; se queda uno absorto al ver que enmedio de tan espantosas revoluciones todos sus títulos han quedado intactos, y saben hasta el tiempo de los apóstoles. Si han variado ciertas cosas en las formas exteriores, es prueba de que vive; porque en el universo todo lo que vive se muda segun las circunstancias en todo lo que no toca á su esencia. Dios, que se ha reservado esta, ha entregado las formas al tiempo para que disponga de ellas segun ciertas reglas. Esta variacion de que hablo, es hasta la señal indispensable de la vida, por que la inmovilidad absoluta es propia solamente de la muerte.

Sométase uno de esos pueblos separados á una revolucion semejante á la que ha asolado á la Francia por espacio de veinte y cinco años: supóngase que un poder tiránico se encarniza contra la iglesia, que despoja, degüella, y dispersa á los sacerdotes, y sobre todo que tolera, favorece todos los cultos, excepto el culto nacional; y desaparecerá este como el humo.

La Francia, despues de la horrible revolucion que ha sufrido, ha permanecido católica; es decir, que todo lo que no ha permanecido católico, no es nada. Tal es la fuerza de la verdad sometida á una prueba terrible. *El*

hombre sin duda puede haberse viciado: pero *la doctrina* de ningun modo, porque por su naturaleza es inalterable.

Lo contrario sucede á todas las religiones falsas. En cuanto la ignorancia cesa de mantener sus formas, y estas son combatidas por las doctrinas filosóficas, entran en un estado de verdadera disolucion, y caminan hácia su aniquilamiento total por un movimiento sensiblemente acelerado. Y como la putrefaccion de los grandes cuerpos organizados produce innumerables *sectas* de reptiles cenagosos; del mismo modo las religiones nacionales que se corrompen, producen una multitud de *insectos* religiosos, que arrastran sobre el mismo suelo los restos de una vida dividida, imperfecta y asquerosa.

Así se observa en todas partes; y de este modo pueden la Inglaterra, y sobre todo la Rusia, explicarse á sí mismas el número y la inagotable fecundidad de las *sectas* que pululan en su vasto seno: nacen de la putrefaccion de un gran cuerpo: este es el órden de la naturaleza.

La iglesia rusa en particular encierra dentro de sí mas enemigos que ninguna otra, y el protestantismo la penetra por todas partes. *El rascolnismo* (1), que se

(1) Pudiera escribirse una memoria interesante sobre estos *rascólnicos*: limitado al estrecho espacio de una nota, solo diré lo que es absolutamente indispensable para darme á entender. La palabra *rascolnico* en lengua rusa significa al pie de la letra *cismático*: la separacion designada por esta voz genérica trae su orígen de una antigua traduccion de la Biblia á que los *rascólnicos* están

puede llamar *el iluminismo* de la gente rústica, se aumenta cada dia; sus partidarios se cuentan ya por millones, y las leyes no se atreverían á comprometerse con él. *El iluminismo*, que es el *rascolnismo* de la

muy inapegados, y que contiene varios textos alterados, segun ellos, en la version de que hace uso la iglesia rusa. Fundados en esto se llaman ellos mismos (¿y quién podria impedírselo?) *hombres de la fé antigua ó creyentes viejos* (staroverzi). Donde quiera que el pueblo posea por desgracia suya la escritura santa en lengua vulgar, y se arroje á leerla é interpretarla, no debe extrañarse ninguna aberracion del entendimiento particular. Sería muy prolijo contar por menor las muchas supersticiones que han ido uniéndose à las quejas primitivas de estos hombres descarriados. La secta original no tardó en dividirse y subdividirse como sucede siempre, hasta el punto de haber actualmente en Rusia acaso cuarenta sectas de *rascólnicos*, todas ellas extravagantes, y algunas abominables. Ademas los *rascólnicos* en masa *protestan* contra la iglesia rusa, como esta protesta contra la iglesia romana. De una y otra parte se dan los mismos motivos, se usan los mismos raciocinios, y se alegan los mismos derechos; de manera que cualquiera queja de la autoridad dominante sería ridícula. El *rascolnismo* no sobresalta ni ofende á la nacion en cuerpo, como tampoco ninguna otra religion falsa. Las clases elevadas no hablan de él sino para reirse. El sacerdocio no emprende nada contra los disidentes, porque siente su impotencia, y ademas debe faltarle por esencia el espíritu de proselitismo. El *rascolnismo* no sale de la clase del pueblo; pero el pueblo es algo, *aunque no contase mas que treinta millones*. Algunos hombres que se suponen enterados, hacen subir ya el número de estos sectarios á la sétima parte de aquella cantidad poco mas ó menos; lo que yo no afirmo. El gobierno, único que sabe á qué ha de atenerse, nada dice, y hace bien. Por lo demas usa con los *rascólnicos* de una prudencia, de una moderacion y una bondad sin igual; y aun cuando de ello resultasen consecuencias funestas, lo que Dios no quiera, podria siempre consolarse considerando que la severidad no hubiera producido mejores resultados.

gente culta, se agarra á las carnes delicadas que la mano grosera del rascólnico no puede tocar. Otras fuerzas aun mas peligrosas obran tambien por su parte, y todas se multiplican á expensas de la masa que devoran. Hay ciertamente grandes diferencias entre las sectas inglesas y rusas; pero el principio es el mismo. La religion nacional es la que suelta la vida, y los *insectos* se apoderan de ella.

¿Por qué no vemos formarse estas sectas, por ejemplo, en Francia, en Italia &c.? Porque aqui la religion vive toda entera, y no cede nada. Podrá verse al lado de ella la incredulidad absoluta, como se puede ver un cadáver al lado de un hombre vivo; pero nunca producirá nada de impuro fuera de sí misma, supuesto que la vida pertenece enteramente á la religion. Al contrario podrá propagarse y multiplicarse en otros hombres, en quienes será tambien *la misma*, sin debilitacion ni diminucion, así como la luz de una antorcha se comunica á otras mil.

CAPÍTULO IV.

SOBRE EL NOMBRE DE FOCIANAS APLICADO Á LAS IGLESIAS CISMÁTICAS.

Algunos lectores observarán acaso con cierta sorpresa que me he valido constantemente del epíteto de *focianas* para designar las iglesias separadas de la unidad cristiana por el cisma de *Focio.* Si en esto vieran el mas leve deseo de ofensa, ó la menor señal de desprecio, se engañarian mucho acerca de mis intenciones. No trato mas que de dar á las cosas un nombre verdadero; punto sin duda de la mayor importancia. He dicho ya, y nada hay mas evidente, que toda iglesia separada de Roma es protestante. En efecto, que *proteste* hoy, ó que haya *protestado* ayer; que *proteste* sobre un dogma, sobre dos ó sobre diez; siempre es cierto que *protesta* contra la unidad y contra la autoridad universal. Focio habia nacido en esta unidad, y tanto reconocia la autoridad del Papa, que le pidió con las mayores instancias

el título de *patriarca ecuménico* (absurdo no siendo único). No llegó á romper con el sumo pontífice, sino por no haber podido alcanzar aquel gran título que ambicionaba; porque es muy esencial observar que no se trató jamás de dogmas entre nosotros al principio de la grande y funesta separacion. Luego que se verificó, para darle una base plausible, se pasó á las disputas de dogmas. La adicion de *Filioque* al símbolo no habia producido ninguna discordia entre nosotros y los griegos. Las iglesias latinas que eran muchas en Constantinopla, cantaban el símbolo sin ocasionar el menor escándalo. ¿Qué mas se quiere? Dos concilios ecuménicos se celebraron en Constantinopla despues de la adicion del *Filioque*, y los orientales no se quejaron en ninguno (1).

(1) Ya que se trata de la palabra *Filioque*, quizá se lea con atencion la observacion siguiente. Es bien conocido el papel que representó el platonismo en los primeros siglos de la cristiandad. Pues la escuela de Platon sostenia que *la segunda persona* de su famosa trinidad *procedia de la primera, y la tercera de la segunda.* En obsequio de la brevedad omito las autoridades, que son incontestables. Arrio, que habia tenido trato muy frecuente con los platónicos, aunque en el fondo fuese menos ortodoxo que ellos sobre la divinidad, se acomodaba muy bien con esta idea; porque su interés estaba en concederlo todo al *Hijo*, excepto la *consustancialidad*. Así los arrianos debian sostener voluntariamente con los platónicos (aunque partiendo de principios diferentes), *que el Espíritu Santo procedia del Hijo*. Macedonio, cuya heregía era una consecuencia necesaria de la de Arrio, vino despues y por su sistema se veia impulsado á la misma creencia. Abusando del célebre pasaje: *Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil*, concluía que el Espíritu Santo era una produccion del Hijo, *que lo habia hecho todo.* Siendo esta opinion comun á

Estos hechos no deben repetirse para los teólogos que no pueden ignorarlos, sino para las personas indoctas que tienen poca ó ninguna noticia de ellos, aun en los paises donde sería tan importante que los supiesen.

Focio pues *protestó* como lo hicieron luego las iglesias del siglo XVI; de manera que entre todas las iglesias disidentes no hay otra diferencia que la que resulta del número de dogmas controvertidos. En cuanto al principio es el mismo: una insurreccion contra la iglesia madre, á quien acusan de error ó de usurpacion. Ahora bien, siendo el principio uno mismo, las consecuencias no pueden diferenciarse sino en las fechas. Es preciso que todos los dogmas desaparezcan uno tras otro, y que todas esas iglesias vengan á ser al fin socinianas, principiando siempre la apostasía y consumándose desde luego en el clero; lo que recomiendo mucho á la atencion de los observadores.

En cuanto á la invariabilidad de los dogmas escri-

los arrianos de todas clases, á los macedonianos y á todos los aficionados al platonismo, es decir, reuniendo estas diferentes clases á una porcion formidable de los hombres instruidos de aquel tiempo, el primer concilio de Constantinopla debia condenarla solemnemente, y así lo hizo declarando la procesion *ex Patre*. En cuanto á la procesion *ex Filio* nada dijo, porque no se trataba de ella, porque nadie la negaba, y porque *era demasiado creida*, si puede uno expresarse así. Este es el punto de vista bajo el cual ha de mirarse, á lo que me parece, la decision del concilio; lo cual no excluye ningun otro argumento empleado en esta cuestion, decidida ademas antes de toda discusion teológica por los argumentos sacados de la mas sólida ontología.

tos, de las fórmulas nacionales, de las vestiduras, de las mitras y báculos, de las genuflexiones, inclinaciones, signos de cruz &c., no añadiré á lo dicho mas que una palabra. Si César y Ciceron hubieran podido vivir hasta nuestros tiempos; vestirian como nosotros: sus estátuas llevarán eternamente la pretexta laticlavia.

Siendo pues *protestante* toda iglesia separada de la unidad, es justo comprenderlas todas bajo la misma denominacion: ademas como las iglesias protestantes se distinguen entre sí por el nombre de sus fundadores, por el de las naciones que recibieron la supuesta reforma, en mas ó en menos, ó por algun síntoma particular de la enfermedad general, de modo que decimos: *es calvinista*, *es luterano*, *es anglicano*, *es metodista*, *es baptista* &c.; conviene distinguir con una denominacion particular á las iglesias que protestaron en el siglo XI; y ciertamente no se encontrará nombre mas exacto que el que se saca del autor mismo del cisma. Es muy justo que este funesto personaje dé su nombre á las iglesias que extravió. Así son *focianas*, como la de Ginebra es *calvinista*, y la de Wittemberg *luterana*. Sé muy bien que estas denominaciones particulares les desagradan (1), porque la conciencia les dice que

(1) «En cuanto al término de *calvinistas*, sé que hay muchos »que se ofenden cuando se les da este nombre.» (*Perpetuidad de la fé*, XI, 2). «Tollando llama *luteranos* á los *evangélicos*, aun»que muchos de ellos rechazan esta denominacion.» (*Leibnitz en sus obras*, *tom.* 7, *pág.* 147). «En Alemania se llama con prefe-

toda religion que lleva el nombre de una persona ó de un pueblo, es necesariamente falsa; pero cada iglesia separada se da entre los suyos los nombres mas bellos posibles: ese es privilegio del orgullo nacional ó particular; ¿quién podria disputársele?

. . . . *Orbis me sibilat; at mihi plaudo ipsa domi....*

Mas todas estas delicadezas de un orgullo ofendido son agenas de nosotros que no debemos respetarlas: al contrario, es un deber de todos los escritores católicos no dar nunca otro nombre que el de focianas á las iglesias separadas por *Focio*, no por un espíritu de odio y de resentimiento (¡Dios nos libre de semejante bajeza!), sino por un espíritu de justicia, de amor y de benevolencia universal; á fin de que esas iglesias, recordando continuamente su orígen, lean siempre en su nombre su nulidad.

Este deber les está prescrito imperiosamente sobre todo á los escritores franceses,

Quos penes arbitrium est, et jus, et norma loquendi;

estándoles visiblemente confiada la eminente prerogativa de *dar nombre á las cosas en Europa* como á repre-

»rencia *evangélicos* á los que muchos llaman *luteranos* inoportu»namente.» (El mismo, *Nuevo ensayo acerca del entendimiento humano*, pag. 461.) Léase *muy oportunamente*.

sentantes de la nacion de quien son intérpretes. Guárdense pues de dar á las iglesias *focianas* los nombres de *iglesia griega ú oriental*: no hay cosa mas falsa que estas denominaciones. Antes de la separacion eran exactas, porque entonces solo significaban las diferencias de muchas iglesias reunidas en la unidad de una misma potestad suprema; pero desde que estas denominaciones han expresado una existencia independiente, no son tolerables ni deben ya usarse.

CAPÍTULO V.

IMPOSIBILIDAD DE DAR Á LAS IGLESIAS SEPARADAS UN NOMBRE COMUN QUE EXPRESE LA UNIDAD. PRINCIPIOS DE TODA LA DISCUSION, Y PREDICCION DEL AUTOR.

Esto me conduce á aclarar una verdad en que no se fija bastante la atencion, aunque lo merece mucho; y es que habiendo perdido todas estas iglesias la unidad, es imposible reunirlas á todas bajo un nombre comun y *positivo.* ¿Se las llamará *iglesia oriental?* Nada hay ciertamente menos *oriental* que la Rusia, que forma no obstante una parte *bastante considerable* de la totalidad. Yo diria mas: que si fuese preciso absolutamente poner en contradiccion los nombres y las cosas, preferiria llamar *iglesia rusa* á todo el conjunto de iglesias separadas. Verdad es que este nombre excluiria á la Grecia y el Levante; mas la pujanza y la dignidad del imperio disimularian á lo menos el vicio del lenguaje, que en el fondo subsistirá siempre. ¿Se dirá por ejemplo *iglesia griega* en vez de *iglesia oriental?* Este nombre

será todavía mas falso; porque la Grecia, si no me engaño, está en Grecia.

Mientras que en el mundo no se veía mas que Roma y Constantinopla, la division de la iglesia seguia naturalmente á la del imperio, y se decia *la iglesia occidental* y *la iglesia oriental*, del mismo modo que *el emperador de Occidente* y *el emperador de Oriente*; y aun entonces (conviene notarlo) esta denominacion hubiera sido falsa y engañosa, si la misma fé no hubiese reunido las dos iglesias bajo la supremacía de un jefe comun, pues que en esta suposicion no hubieran tenido un nombre comun; y se trata precisamente de este nombre, que debe ser católico y universal para representar la unidad total.

Esa es la razon por qué las iglesias separadas de Roma no tienen ya nombre comun, ni pueden designarse sino con uno negativo que declare, no lo que son, sino lo que no son; y bajo este último respeto solo la palabra *protestante* convendrá á todas, y las comprenderá á todas, porque abraza exactísimamente en su generalidad á todas las iglesias que han *protestado* contra la unidad.

Si se desciende á pormenores, el título de *fociana* será tan exacto como el de *luterana*, *calvinista* &c.; porque todos estos nombres designan muy bien las diferentes especies de protestantismos reunidos bajo el género universal; pero nunca se encontrará un nombre positivo y general para ella.

Es sabido que estas iglesias se dan á sí mismas el nombre de *ortodoxas*, y por la Rusia se leerá en fran-

cés este epíteto ámbicioso en el occidente, porque hasta ahora se ha hablado poco entre nosotros de esas iglesias *ortodoxas*, habiéndose dirigido toda nuestra polémica religiosa solo contra los protestantes. Mas como la Rusia se hace cada dia mas europea, y la lengua universal se halla absolutamente naturalizada en aquel vasto imperio; es imposible que alguna pluma rusa, determinada por una de aquellas circunstancias que no pueden preverse, no dirija alguna embestida francesa contra la iglesia romana; lo cual es de desear, porque ningun ruso puede escribir contra esta iglesia, sin probar que es *protestante.*

Entonces por la primera vez oiremos hablar en nuestras lenguas de *la iglesia ortodoxa*, y todos preguntarán: *¿qué es la iglesia ortodoxa?* Y cualquiera cristiano del Occidente, al decir: *sin duda es la mia*, se tomará la libertad de ridiculizar el error que se hace á sí mismo este cumplimiento y le toma por un nombre.

Siendo libre cada uno de darse el nombre que le conviene, la misma Lais en persona seria dueño de escribir sobre la puerta de su casa: *Palacio de Artemisa.* La gran dificultad consiste en obligar á los demas á darnos tal ó cual nombre; lo cual no es tan fácil como engalarnos con él por nuestra propia autoridad; y sin embargo no hay mas nombre verdadero que el reconocido.

Aqui se presenta una observacion importante. Asi como es imposible darse á sí mismo un nombre falso; lo es igualmente darle á los demas. El partido protestante ¿no ha hecho los mayores esfuerzos para darnos á

nosotros el nombre de *papistas*? Sin embargo jamás ha podido conseguirlo; así como las iglesias focianas no han cesado de darse el nombre de *ortodoxas*, sin que un solo cristiano libre del cisma haya consentido nunca en llamarlas así. Este nombre de *ortodoxa* ha continuado siendo lo que será siempre, un cumplimiento ridículo en extremo, pues que solo le pronuncian los que se le aplican á sí mismos; y el nombre de *papista* es tambien lo que siempre fue, á saber, un verdadero insulto, y un insulto bajo que aun entre los protestantes nunca sale de boca de una persona distinguida.

Mas para concluir tocante á la palabra *ortodoxa*, ¿qué iglesia no se cree tal? ¿Y qué iglesia concede este título á las demas que no estan en comunion con ella? Una ciudad grande y magnífica de Europa presenta una experiencia interesante que propongo á todos los observadores. Un espacio bastante reducido contiene iglesias de todas las comuniones cristianas: allí se ve una iglesia católica, una rusa, una armenia, una calvinista, una luterana: un poco mas allá se ve una iglesia anglicana: creo que solo falta una iglesia griega. Pregúntese al primer hombre que se encuentre en la calle: *Enséñeme V. la iglesia ortodoxa.* Cada cristiano mostrará la suya; lo que es una gran prueba de una *ortodoxia* comun. Pero si se le dice: *Enséñeme V. la iglesia católica*; todos responderán: *Ahí la tiene V., y señalarán la misma.*

¡Grande y profundo objeto de meditacion! *Solo ella tiene un nombre* en que todo el mundo conviene; porque debiendo expresar este nombre la unidad, que no

se encuentra sino en la iglesia católica, esta unidad no puede ser desconocida donde se halla, ni supuesta donde no se halla. Amigos y enemigos todos estan de acuerdo en este punto. Nadie disputa sobre el nombre que es tan evidente como la cosa. Desde el principio del cristianismo la *iglesia* ha tenido el nombre que tiene hoy, y jamás le ha variado; porque ninguna esencia puede desaparecer ni alterarse siquiera sin perder su nombre. Si el protestantismo lleva siempre el mismo, aunque su fé haya variado considerablemente; es porque siendo su nombre puramente negativo, y no significando sino una renuncia del catolicismo, cuanto menos crea y mas *proteste*, mas será el mismo. Haciéndose pues su nombre cada dia mas verdadero, debe subsistir hasta que aquel perezca, como perece la úlcera con el último átomo de carne viva que devora.

El nombre de *católica* al contrario expresa una esencia, una realidad que debe tener un nombre; y como fuera de su círculo divino no puede haber unidad religiosa, podrán encontrarse *iglesias* fuera de este círculo; pero de ningun modo *la iglesia*.

Jamás, jamás las iglesias separadas podrán darse un nombre comun que explique la unidad, no habiendo ningun poder, segun creo, que dé nombre á la nada. Se darán pues nombres nacionales ó nombres á su antojo, que nunca dejarán de expresar precisamente la cualidad que falta á estas iglesias: se llamarán *reformada*, *evangélica*, *apostólica* (1), *anglicana*, *escocesa*, *orto-*

(1) La iglesia anglicana cuya sensatez y cuyo orgullo repugnan

doxa &c.; nombres evidentemente todos falsos, y ademas acusadores, porque son respectivamente nuevos, particulares y aun ridículos para cuantos no pertenezcan al partido que se los atribuye; lo que excluye toda idea de unidad, y por consiguiente de verdad.

Regla general: todas las sectas tienen dos nombres: uno que se dan ellas, y otro que se les da. Así las iglesias focianas, que se llaman á sí mismas *ortodoxas*, son llamadas por los demas *cismáticas*, *griegas* ú *orientales*, voces sin duda alguna sinónimas. Los primeros reformadores se intitularon no menos valerosamente *evangélicos*, y los segundos *reformados*; pero todos los que no son ellos, los llaman *luteranos y calvinistas*. Los anglicanos, como hemos visto, intentan llamarse *apostólicos*; pero toda la Europa y aun una parte de Inglaterra se reirá de ellos. El rascólnico ruso se da el nombre de *creyente viejo*; mas siempre será *rascólnico* para todo el que no lo sea. Solo el católico es llamado como él se llama, y tiene un solo nombre para todos los hombres.

El que no dé ningun valor á estas observaciones,

igualmente verse juntos, ha dado de algun tiempo acá en sostener que no es *protestante*. Algunos individuos del clero han defendido abiertamente esta tesis; y como en tal suposicion se encontraban sin *nombre*, han dicho que eran *apostólicos*. Algo tarde es, como se deja conocer para darse un nombre, y la Europa se ha hecho demasiado impertinente para creer este ennoblecimiento. Por lo demas el parlamento deja decir á los *apostólicos*, y no cesa de *protestar* que es *protestante*.

habrá meditado poco el primer capítulo de la ontologia, el de los *nombres.*

Es cosa muy notable que estando obligado todo cristiano á confesar en el símbolo *que cree en la iglesia católica*; sin embargo ninguna iglesia disidente se ha atrevido jamás á adornarse con este título, y llamarse *católica*, aunque nada era mas fácil que decir: *nosotros somos los católicos*; y ademas la verdad está unida evidentemente á esta cualidad de *católica.* Pero aqui como en otras muchas ocasiones todos los cálculos de la ambicion y de la política cedian á la invencible conciencia. Ningun novador se atrevió jamás á usurpar el nombre de *la iglesia*, ya porque ninguno de ellos haya reflexionado que él mismo se condenaba mudando de nombre, ya porque todos hayan conocido aunque de un modo obscuro, la absoluta imposibilidad de semejante usurpacion. La iglesia católica, semejante al libro único, de que es la única depositaria y la sola intérprete legítima, se halla revestida de un carácter *tan grande*, *tan notable y tan perfectamente inimitable* (1), que nadie pensará jamás en disputarle su nombre contra la conciencia del universo.

Así cuando un miembro de una de las iglesias disidentes tome la pluma contra *la iglesia*, debe detenérsele en el mismo título de su obra, y decirle: «¿Quién »eres tú? ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes? ¿Por »quién hablas?=Por la iglesia, dirá.=Pero ¿qué igle-

(1) Son bien conocidas estas expresiones de Rousseau hablando del Evangelio.

»sia? ¿La de Constantinopla, la de Smirna, la de Buc-»karest, de Corfú &c.? Ninguna de ellas puede ser »oida contra la iglesia; como ni tampoco el represen-»tante de una provincia particular contra una asamblea »nacional, presidida por el soberano. Así eres condena-»do justamente antes de ser oido: no tienes razon sin »necesidad de mas exámen, porque estás solo. Acaso dirá »él: yo hablo por todas las iglesias que habeis nombra-»do, y por todas las demas que siguen la misma fé.= »En este caso enseña tus poderes; y si son especiales, »subsiste la misma dificultad: representarás muchas »iglesias; pero no la iglesia. Hablarás por algunas pro-»vincias; mas el estado no puede oirte. Si pretendes »obrar sobre todas en virtud de un poder de unidad, »nombra esta unidad, haznos conocer el punto céntrico »que la constituye, y dí su nombre, que debe ser tal, »que el oido del género humano le reconozca sin vacilar. »Si no puedes nombrar ese punto céntrico, ni aun os que-»da el refugio de llamaros república cristiana; porque »no hay república que no tenga un consejo comun, un »senado, unos jefes cualesquiera que representen y go-»biernen la asociacion (1). Nada de todo esto se halla entre

(1) Esto es de la mayor importancia. Mil veces se ha oido preguntar en ciertos paises *por qué la iglesia no podria ser presbiteriana ó colegiada*. Concedo que pueda ser, aunque está demostrado lo contrario. Es preciso al menos mostrárnosla tal, antes de preguntar si es legítima bajo esta forma. Toda república posee la unidad soberana, como cualquier otra forma de gobierno. Sean pues las iglesias focianas lo que quieran con tal que sean alguna cosa. Indíquennos una gerarquía general, un sínodo, un consejo, un senado, como quieran del cual declaren

»vosotros; y por consiguiente no poseeis especie alguna de unidad, de gerarquía, ni de asociacion comun.
»Ninguno de vosotros tiene derecho de tomar la palabra »en nombre de todos. Creeis que componeis un edificio, »y no sois mas que piedras.»

Se ve que estamos muy distantes de ventilar juntos ninguna cuestion de dogma ó de disciplina. Ante todas cosas tienen que legitimarse nuestros antiguos adversarios, y decirnos lo que son. Mientras que no prueben que ellos son *la iglesia*, no tienen razon aun antes de haber hablado; y para probar que son *la iglesia*, es preciso que nos muestren un centro de unidad visible á los ojos de todos, y que lleve un nombre positivo y juntamente exclusivo, admitido por todos los partidos.

Yo resisto al movimiento que me arrastraria á la polémica: los principios me bastan: hélos aquí.

1.° El sumo pontífice es la base necesaria, única y exclusiva del cristianismo. A él pertenecen las promesas, y con él desaparece la unidad, es decir, la iglesia.

2.° Toda iglesia que no es católica, es *protestante.* Siendo el principio el mismo en todas partes, es decir, una *insurreccion contra la unidad soberana*; todas las iglesias disidentes no pueden diferenciarse sino por el número de los dogmas desechados.

3.° Siendo la supremacía del Papa el dogma capital, sin el cual no puede subsistir el cristianismo, to-

que dependen *todas.* Entonces trataremos la cuestion de *si la iglesia universal puede ser una república ó un colegio.* Hasta esa época todas ellas son nulas *en el sentido universal.*

das las iglesias que desechan este dogma (cuya importancia se ocultan á sí mismas), estan de acuerdo, aun sin saberlo: todo lo demas es accesorio; y de ahí viene su afinidad, aunque ignoren la causa.

4.° El primer síntoma de la nulidad que hiere á esas iglesias, es el de perder improvisa y simultáneamente el poder y la voluntad de convertir á los hombres y de adelantar la obra divina. Ya no hacen conquistas, y hasta afectan despreciarlas. Son estériles, y nada hay mas justo, pues que han rechazado al *esposo* (1).

5.° Ninguna de ellas puede conservar en su integridad el símbolo que poseia en el momento de la separacion. La *fé* no les pertenece. El hábito, el orgullo, la obstinacion pueden ponerse en su lugar, y engañar á ojos inexpertos: el despotismo de una potestad heterogénea que preserva á esas iglesias de todo contacto extranjero, la ignorancia y la barbarie que son sus consecuencias, pueden mantenerlas todavía por algun tiempo en un estado de firmeza, que presente á lo menos algunas formas de vida; pero al cabo nuestras lenguas y nuestras ciencias las penetrarán, y las veremos recorrer con un movimiento acelerado todos los grados de disolucion, que ya nos ha puesto á la vista el protestantismo calvinista y luterano (2).

6.° En todas estas iglesias las grandes variaciones

(1) Hasta las hemos oido jactarse de esta esterilidad.

(2) Digo todo esto sin intentar afirmar que la obra no esté ya principiada, y aun muy adelantada. Yo quiero ignorarlo: poco me importa. Bástame saber que la cosa no puede ir de otra manera.

que anuncio, principiarán por el clero; y la primera que dará este grande é interesante espectáculo, es la iglesia rusa, porque es la que está mas expuesta *al viento europeo* (1).

No escribo para disputar: respeto todo lo que es respetable, y sobre todo á los soberanos y á las naciones. No aborrezco mas que el odio; pero digo lo que es, lo que será y lo que debe ser; y si los sucesos contrarían mis asertos, invoco de todo corazon el desprecio y la risa de la posteridad sobre mi memoria.

(1) Entre las iglesias *focianas* ninguna debe interesarnos tanto como la iglesia rusa, que se ha hecho enteramente europea, desde que la supremacía exclusiva de su augusto jefe la ha separado felicísimamente para siempre de los arrabales de Constantinopla.

CAPÍTULO VI.

RACIOCINIOS FALSOS DE LAS IGLESIAS SEPARADAS Y REFLEXIONES SOBRE LAS PREOCUPACIONES RELIGIOSAS Y NACIONALES.

Las iglesias separadas conocen muy bien que les falta la unidad, y que no tienen gobierno, consejo, ni vínculo comun. Una objecion sobre todo se presenta en primera línea; que hace impresion en todos los ánimos. Si se originasen dificultades en la iglesia, si fuese combatido algun dogma; ¿qué tribunal decidiria la cuestion, no habiendo jefe comun para dichas iglesias, ni siendo posible congregar un concilio ecuménico, supuesto que no puede ser convocado, que yo sepa, ni por el sultan, ni por ningun obispo particular? En los paises sometidos al cisma se ha tomado el partido mas extraordinario que puede imaginarse; y es negar «*que pueda haber »en la iglesia mas de siete concilios, y sostener que todo fue »decidido por los concilios generales que precedieron á la*

»*separacion, y que no se deben convocar otros nuevos* (1).»

Si se les objetan las máximas mas evidentes de todo gobierno imaginable; si se les pregunta qué idea se forman de una sociedad humana, de una agregacion cualquiera, sin jefe, sin poder legislativo comun y sin asamblea nacional; empiezan á divagar para venir á decir despues de algunos rodeos (lo he oido mil veces): *que ya no necesitan mas concilios, y que todo está decidido.*

Tambien citan muy formalmente los concilios que *decidieron que todo estaba decidido*; y porque estas asambleas habian prohibido sábiamente que se removiesen las cuestiones ya terminadas, infieren de ahí que no se pueden tratar ni decidir otras, aun cuando el cristianismo se viese combatido por nuevas herejías.

De donde se sigue que la iglesia hizo mal en congregarse para condenar á *Macedonio*, porqué ya se habia juntado antes para condenar á *Arrio*; y que tambien hizo mal en reunirse en Trento para condenar á Lutero y Calvino, *porque los primeros concilios lo habian decidido ya todo.*

Esto podria tener trazas de una relacion fantástica para algunos lectores; pero nada hay mas rigorosamente verdadero. En todas las discusiones en que se in-

(1) No hay para qué decir que el concilio VIII es nulo, porque condenó á Focio: si antes de aquella época hubiese habido diez concilios en la iglesia, estaria demostrado que la iglesia no podia pasar sin diez concilios. En general la iglesia es infatible para los novadores hasta que los condena.

teresa el orgullo, y sobre todo el orgullo nacional, si se ve uno estrechado con raciocinios invencibles, tragará los mas inconcebibles absurdos mas bien que retroceder.

Se nos dirá con mucha seriedad: «que el concilio »de Trento es nulo y nada prueba, porque no asistieron »á él los obispos griegos (1).»

¡Bello razonamiento por cierto! De aquí se sigue que siendo por la misma razon nulo todo concilio *griego* para nosotros, porque no seriamos llamados á él, y no reconociéndose ademas en los paises á quienes se da este nombre, las decisiones de un jefe comun; la iglesia no tiene ya gobierno, ni asambleas generales (ni aun son posibles), ni medios de tratar en cuerpo sus propios intereses; en una palabra no tiene ya unidad moral.

Una vez adoptado el principio por el orgullo, no le asustan las mas monstruosas consecuencias; y como acabo de decir, nada le detiene.

Esta voz *orgullo* me recuerda dos verdades de muy diferente naturaleza, una triste y otra consoladora.

El doctor Willis, uno de los mas hábiles médicos de Europa, para curar la enfermedad mas humillante de nuestra especie, ha dicho (lo repito segun lo he oido decir á un hombre respetable) «que habia hallado

(1) ¿Y por qué los griegos? Deberia decirse: *todos los obispos focianos*; de otro modo no se sabe de quién se habla. Por lo demas conviene notar de paso que si aquellos obispos no asistieron al concilio de Trento, fue culpa suya.

»dos géneros de locura, que se habian resistido cons»tantemente á los esfuerzos de su arte; á saber, *la lo»cura de orgullo y la de religion.*»

¡Ah! Precisamente ofrecen el mismo fenómeno las preocupaciones, que tambien son una especie de locura. Las que van unidas á la religion son terribles, y cualquier observador que las haya estudiado, se habrá asustado justamente de ellas. Un teólogo inglés ha sentado como una verdad general *que ningun hombre habia sido separado jamás de su religion con argumentos* (1). Esta regla fatal tiene ciertamente sus excepciones; pero son solo en favor de la sencillez, del juicio, de la pureza y sobre todo de la oracion. Dios nada hace en favor del orgullo, ni aun de la ciencia, que tambien es orgullo, cuando camina sola. Mas si la locura del orgullo viene junta con la de la religion; si el error teológico se injerta en un orgullo furioso, antiguo, nacional, inmenso, y siempre humillado; entonces reuniéndose los dos anatemas marcados por el médico ingles, no hay poder humano que alcance á restituir la razon al enfermo: ¿qué es lo que digo? semejante mudanza seria el mayor de los milagros; porque el que se llama *conversion*, los excede á todos cuando se trata de naciones. Dios le obró solemnemente hace diez y ocho siglos, y despues le ha obrado aun algunas veces en favor de las

(1) *Never a man was reasoned out of his religion.* Conservo mucho tiempo há en la memoria este texto, igualmente notable por su valor intrínseco y por un idiotismo muy feliz de la lengua inglesa. Creo que es de Sherlok.

naciones que nunca habian conocido la verdad; pero hasta ahora no ha hecho nada en favor de las que la habian abjurado. ¿Quién sabe lo que tiene decretado? *Crear es un juego: convertir es el esfuerzo de su poder*, porque el mal se le resiste mas que la náda (1).

(1) *Deus, qui dignitatem humanæ substantiæ* mirabiliter *condidisti, et* mirabiliùs *reformasti*. (Liturgia de la misa)—*Deus, qui* mirabiliter *creasti hominem, et* mirabiliùs *redemisti* (Liturgia del Sábado Santo, antes de la misa.)

CAPÍTULO VII.

DE LA GRECIA Y DE SU CARÁCTER. ARTES, CIENCIAS Y PODER MILITAR.

Creo que puede decirse de la Grecia en general lo que dijo de Atenas en particular uno de los mas graves historiadores de la antigüedad: *que sus hazañas son á la verdad grandes; pero sin embargo inferiores á lo que la fama nos cuenta de ellas* (1).

Otro historiador, y si no me equivoco el primero de todos, dijo hablando de las Termópilas: *Lugar célebre mas por la muerte que por la resistencia de los Lacedemonios* (2). Esta expresion sumamente delicada se refiere á la observacion general que acabo de hacer.

(1) *Atheniensium res gestæ, sicut ego existimo, satis amplæ magnificæque fuere; verùm aliquanto minores quàm famâ feruntur.* (Salust. Cat. VIII.)

(2) *Lacedæmoniorum* morte *magis memorabilis quàm* pugnâ. (Liv. XXXVII.)

La reputacion militar de los griegos propiamente dichos fue adquirida sobre todo á expensas de los pueblos del Asia, á quienes deprimieron los primeros en los escritos que nos han dejado, hasta tal punto que se han deprimido á sí mismos. Al leer los pormenores de aquellas grandes victorias, que ejercitaron tanto el pincel de los historiadores griegos, recuerda uno involuntariamente la famosa exclamacion de César en el campo de batalla, donde acababa de perecer el hijo de Mitrídates: *¡O feliz Pompeyo! ¡qué enemigos has tenido que combatir!* Luego que la Grecia se encontró con el genio de Roma, se postró de rodillas para no levantarse mas.

Ademas los griegos celebraban á los griegos. Ninguna nacion contemporánea tuvo ocasion, ni medios, ni voluntad de contradecirles; pero cuando los romanos tomaron la pluma, no dejaron de ridiculizar *lo que los griegos embusteros se atrevieron á ingerir en la historia* (1).

Entre las familias griegas solos los macedonios pudieron distinguirse por una corta resistencia al ascendiente de Roma. Aquel era un pueblo aparte, un pueblo monárquico que tenia su dialecto peculiar (que ninguna musa ha hablado), que no participaba de la elegancia, de las artes, ni del ingenio poético de los griegos propiamente dichos, y que acabó por sojuzgarlos, porque estaba formado de un modo muy diferente. Sin embargo aquel pueblo cedió como los demas.

(1) . . . . . . *Et quidquid Græcia mendax*
Audet in historiâ. . . . . . (Juven.)

En general nunca fue ventajoso á los griegos medir sus fuerzas militares con las de las naciones occidentales. En un momento en que el imperio griego tuvo cierto esplendor, y á lo menos poseías un grande hombre, costó caro al emperador Justiniano el haberse tomado la libertad de intitularse *franco*. Los franceses, mandados por Teodeberto, fueron á Italia á pedirle cuenta de aquella vana licencia; y si la muerte no le hubiese librado afortunadamente de Teodeberto, es Probable que el verdadero *franco* hubiera vuelto á prancia con el sobrenombre legítimo de *bizantino*.

Hay que añadir que la gloria militar de los griegos no fue mas que un relámpago. *Ificrates*, *Cabrias y Timoteo* cierran la lista de sus grandes capitanes, que abrió *Milciades* (1). Desde la batalla de Maraton á la de Leucadia no se cuentan mas que ciento y catorce años. ¿Qué es una nacion semejante, comparada con los romanos, que no cesaron de vencer durante mil años, y que poseyeron el mundo conocido? ¿Y qué es, aun comparada con las naciones modernas, que han ganado las batallas de Soissons y de Fontenoi, de Creci y de Waterloo &c., y que estan todavía en posesion de sus nombres y de sus territorios primitivos, sin haber cesado jamás de crecer en fuerzas, en luces y en reputacion?

Las letras y las artes fueron el triunfo de la Gre-

(1) *Neque post illorum obitum quisquam dux in illa urbe fuit dignus memoriâ* (Corn. Nep. *in Timoth.* IV.). El resto de la Grecia no presenta diferencias.

cia. En uno y otro género descubrió lo bello, fijó sus caractéres, y nos ha transmitido unos modelos que apenas nos han dejado otro mérito que el de imitarlos: así hay que seguirlos só pena de errar.

En la filosofía desplegaron los griegos bastante talento; sin embargo no son los mismos hombres, ni es permitido alabarlos sin tasa. Su verdadero mérito en este género consiste en haber sido, si puede uno expresarse así, los *corredores* de la ciencia entre el Asia y la Europa: no digo que este mérito no sea grande; pero no tiene nada de comun con el talento de invencion que faltó enteramente á los griegos. Sin disputa fueron el último pueblo instruido; y como dijo muy bien Clemente Alejandrino, *la filosofía no llegó á los griegos hasta que dió la vuelta al mundo* (1). Nunca supieron mas que lo que aprendian de sus mayores; pero con su estilo, su gracia y el arte de darse importancia han *llenado nuestros oidos*, valiéndome de un latinismo muy oportuno.

El doctor Long ha observado *que la astronomía nada debe á los académicos ni á los peripatéticos* (2); y es que estas dos sectas eran exclusivamente griegas, ó mas bien *áticas*; de modo que no se habian acercado á las fuentes orientales, donde se sabia sin disputar de nada en vez de disputar de todo sin saber nada, como sucedia en Grecia.

La filosofía antigua es directamente opuesta á la de los griegos, que en el fondo no era mas que una dispu-

(1) Clement. Alex., *Strom*. 1.
(2) Maurice' the history of Indostan in 4.°, tomo I, p. 169.

ta eterna. La Grecia era la patria del silogismo y del desvarío: allí se pasaba el tiempo en producir razonamientos falsos, al paso que se enseñaba el modo de raciocinar.

El mismo padre griego que acabo de citar, dice tambien con mucha verdad y sabiduría: «El carácter »de los primeros filósofos no era el de altercar ó dudar »como estos filósofos griegos, que no cesan de argumen»tar y de disputar por una vanidad vana y esteril, y »no tratan mas que de bagatelas inútiles (1).» Precisamente es lo que dijo mucho tiempo antes un filósofo indio: «Nosotros no nos parecemos en nada á los filó»sofos griegos, que componian discursos grandes sobre »cosas pequeñas: nuestra costumbre es anunciar las »cosas grandes en pocas palabras, para que todo el »mundo se acuerde de ellas (2).»

En esto se distingue en efecto el pais de los dogmas del de los argumentos. Taciano en su famoso discurso á los griegos les decia ya con cierto movimiento de impaciencia: *Acabad pues de darnos imitaciones por invenciones* (3).

Lanzi en Italia y Gibbon al otro lado de los Alpes han repetido la misma observacion sobre el ingenio griego, cuya elegancia y esterilidad han reconocido al mismo tiempo (4).

(1) Clement. Alex., *Strom. VIII.*

(2) Calamus Gimnosoph. apud. Athæn., Edit. Theven., fol. 2.

(3) Παύσαθε τας μιμήσεις εὐρήσεις αποκολὒντες. Tat. *Orat. ad Græc.* edit. Paris 1615, en 12, vers. init.

(4) «I Greci sempre più felici in perfezionare arti che in in-

Si hay alguna cosa que al parecer pertenece propiamente á la Grecia es la música; sin embargo aun en este género todo le venia de Oriente. Estrabon observa que la *cítara* se habia llamado la *asiática*, y que todos los instrumentos de música tenian en Grecia nombres extranjeros, tales como la *nablia*, la *sambuca*, el *barbiton*, la *magada* (1).

Hasta el terreno fangoso de Alejandría se mostró mas favorable á la ciencia que las tierras clásicas de Tempe y de la Cerámica. Con razon se ha observado que despues de la fundacion de aquella grande ciudad egipcia no hay ningun astrónomo griego que no haya nacido ó por lo menos adquirido allí sus conocimientos y su reputacion: tales son Timocaris, Dionisio el astrónomo, Eratóstenes, el famoso Hipparco, Possidonio, Sosigenes, en fin Tolomeo, que es el último y el mayor de todos (2).

Lo mismo sucede respecto de los matemáticos. Euclides, Pappo y Diofantes eran de Alejandría, y Arquimedes, que parece haberlos superado á todos, fue italiano.

ventarle. (Saggio di letteratura etrusca &c., tom. II, pag. 189.)= «El ingenio de los griegos, aunque novelesco, ha embellecido mas que inventado.» (Gibbon, *Memorias*, tom. II, pag. 207 traduc. franc.)

(1) Huet, *Demost. Evang., prop. IV, cap IV*, núm. II. En el dia aun se llama *ch'hi-tar* (kitar) una especie de viola de seis cuerdas que se usa mucho en todo el Indostan. (*Investig. asiat.*, tom. VII, en 4.°, pág. 471) En esta voz se encuentra la cítara de los griegos y de los latinos y nuestra *guitarra*.

(2) Observacion del abate Terrasson (Sethos. Lib. II.)

Léase á Platon, y en cada página podrá hacerse una distincion muy notable. Siempre que se muestra griego, fastidia, y á veces impacienta. Solo es grande, sublime y penetrante cuando es teólogo; es decir, cuando enuncia dogmas positivos y eternos, libres de toda argucia, y que llevan tan claramente el sello oriental, que para desconocerle es preciso no haber vislumbrado jamás el Asia. Platon habia leido y viajado mucho; y en sus escritos hay mil pruebas de que habia acudido siempre á las fuentes verdaderas de las verdaderas tradiciones. En él habia un sofista y un teólogo, ó si se quiere un griego y un caldeo. Para entender á este filósofo es menester no olvidar nunca esta idea al leerle.

Séneca en su epístola 113 nos ha dado una muestra singular de la filosofía griega; pero nadie en mi concepto la habia caracterizado con tanta verdad y originalidad como el filósofo querido del siglo XVIII. «Antes de los griegos, dice, hubo hombres mucho »mas sabios que ellos; pero florecieron en silencio, y »han quedado desconocidos porque no fueron ensalza»dos nunca con la flauta y la trompa de los grie»gos.... (1) Los hombres de esta nacion reunen invaria»blemente la precipitacion del juicio al furor de doc»trinar; dos defectos que son enemigos mortales de la »ciencia y de la sabiduría. El sacerdote egipcio tuvo »mucha razon para decirles: *Vosotros los griegos no sois »mas que unos niños*. Con efecto *ellos ignoraban igual-*

(1) «Sed tamen majores cum silentio floruerunt antequàm in Græcorum *tubas* ac *fistulas* adhuc incidissent.» (Bacon. *Nov. Org. IV, c. XXII.*)

»*mente la antigüedad de la ciencia y la ciencia de la* »*antigüedad*; y su filosofía lleva los dos caractéres esen»ciales de la infancia: *charla mucho y no produce na*»*da* (1).» Dificilmente se podria decir mejor.

Si se exceptúa á Lacedemonia, que fue un punto preciosísimo en un punto del globo, se encontrará á los griegos en la política tales como eran en la filosofía, es decir, nunca de acuerdo con los demas ni consigo mismos. Atenas, que era por decirlo así el corazon de la Grecia, y que ejercia sobre ella una verdadera magistratura, ofrece un espectáculo único en este genero. No se entiende á aquellos atenienses inconstantes como niños y feroces como hombres; especie de carneros rabiosos siempre conducidos por la naturaleza, y siempre naturalmente devoradores de sus pastores. Es bien sabido que todo gobierno supone abusos; y que sobre todo en las democracias, y aun mas en las democracias antiguas, siempre se debe esperar algun exceso de la demencia popular; pero que una república no haya podido perdonar á uno solo de sus grandes hombres; que estos se hayan visto reducidos á fuerza de injusticias, de persecuciones y de asesinatos jurídicos á *no creerse seguros sino á medida que se alejaban de sus murallas* (2); que ella haya podido encarcelar, multar, acusar, despojar, desterrar, quitar la vida ó condenar á muerte á *Milciades*, *Temístocles*, *Arístides*, *Cimon*, *Ti*-

(1) «Nam verbosa videtur sapientia eorum et operum sterilis. Idem. Impetus philosophici. Opp. en 8.° tom. XI., pagina 272 —Nov. Org. I, LXXI.

(2) Cor. Nep. *in Chabr. III.*

moteo, Focion y Sócrates; jamás se ha visto sino en Atenas.

En vano exclama Voltaire que *los atenienses eran un pueblo muy amable*: Bacon no dejaria de añadir: *como un niño.* ¿Y qué cosa habria mas terrible que un *niño* robusto, aunque fuese muy amable?

Se ha hablado ya tanto de los oradores de Atenas, que es casi una ridiculez hablar mas de ellos. La tribuna de Atenas hubiera sido el oprobio de la especie humana, si Focion y sus iguales, subiendo á ella algunas veces antes de beber la cicuta ó de partir para el destierro, no hubieran equilibrado un poco tanta locuacidad, extravagancia y crueldad.

CAPÍTULO VIII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO. CARÁCTER MORAL DE LOS GRIEGOS. ODIO CONTRA LOS OCCIDENTALES.

Si se pasa en seguida á examinar las cualidades morales; los griegos aparecen bajo un aspecto aun menos favorable. Es una cosa muy notable que Roma que no rehusaba rendir homenaje á su superioridad en las artes y en las ciencias, no cesó sin embargo de despreciarlos. Ella inventó la voz *græculus*, que se encuentra en todos sus escritores, y de que nunca pudieron los griegos tomar venganza, porque no habia medio de reducir el nombre romano á la forma de un diminutivo. Á cualquiera que se hubiera atrevido le hubieran preguntado: *¿Qué quieres decir?* Los romanos buscaban en Grecia médicos, arquitectos, pintores, músicos &c.; les pagaban, y se burlaban de ellos. Los galos, los germanos y los españoles tambien fueron *súbditos* suyos como los griegos; pero nunca fueron despreciados. Roma se servia de su espada y la respetaba. No tengo no-

ticia de que los romanos se burlasen de estas naciones vigorosas.

Cuando el Tasso dice: *La fede greca a chi non è palese*? expresa por desgracia una opinion antigua y moderna. Los hombres de todos tiempos han estado constantemente persuadidos que los griegos dejaban mucho que desear en punto á buena fé y á la religion práctica, que es la fuente de ella. Es curioso oir sobre la materia á Ciceron, testigo elegante de la opinion romana (1).

«Habeis oido, *decia á los jueces de un cliente suyo*, »á algunos testigos contra él; pero ¿qué testigos? Pri»meramente son griegos, y esta es una objecion admi»tida por la opinion general. No lo digo por querer »ofender mas que otro el honor de esta nacion; porque »si algun romano ha sido jamás su amigo y partidario, »creo que soy yo, y aun lo era mucho mas, cuando »tenia mas tiempo.... (2) Mas en fin hé aqui lo que de»bo decir de los griegos en general. Yo no les disputo »las letras, ni las artes, ni la elegancia del lenguaje, »ni la delicadeza de su ingenio, ni la elocuencia; y si »tienen aun otras pretensiones, no me opongo á ellas; »pero *respecto á la buena fé y á la religion del juramen»to esa nacion nunca ha entendido una palabra*: jamás »ha conocido la fuerza, la autoridad, ni el peso de las »cosas santas. ¿De dónde viene aquel dicho tan conoci-

(1) *Orat. pro Flacco*, §. IV et seq.

(2) «Et magis etiam tum, cùm plus erat otii.» (ibid. IV); es decir: «cuando yo tenia tiempo para amar á los griegos.» ¡Expresion singular!

»do: *Jura en mi causa, y yo juraré en la tuya?* ¿Se atri-
»buye esta frase á los galos ni á los españoles? No: so-
»lo es propia de los griegos, y tan propia suya, que
»aun los que ignoran el griego, la saben repetir en
»aquella lengua (1). Contemplad bien á un testigo de
»esa nacion: solamente al ver su postura juzgareis de
»su religion y de la conciencia que autorizó su testi-
»monio..... no piensa sino en el modo con que se expli-
»cará; pero nunca en la verdad de lo que dice..... Aca-
»bais de oir á un romano ofendido gravemente por el
»acusado. El podia vengarse; mas la religion le detiene:
» no ha dicho una palabra ofensiva; y aun lo que debia
»decir, ¡con qué reserva lo ha dicho! Temblaba y mu-
»daba de color al hablar..... Ved á nuestros romanos,
»cuando declaran en juicio, ¡cómo se detienen! ¡cómo
»pesan todas sus palabras! ¡cómo temen conceder algo
»á la pasion, ó decir mas ó menos de lo que es rigoro-
»samente necesario! ¿Compararcis estos hombres con
»aquellos para quienes el juramento no es mas que un
»juguete? Recuso en general todos los testigos presen-
»tados en esta causa: los recuso porque son griegos, y
»así pertenecen á la mas inconstante de las naciones &c.»

Ciceron no obstante concede algunos elogios merecidos á dos famosas ciudades Atenas y Lacedemonia. «Pero, dice, todos los que no estan enteramente pri-
»vados de conocimientos en este género, saben que los
»verdaderos griegos se reducen á tres familias; á saber,

(1) Δάνεισόν μοι μαρτυρίαν. Oliv. ad locum pro Flacco IV (ex Lambino).

»la ateniense, que es una rama de la jónica, la eolia y »la dórica; y toda esta *verdadera* Grecia no es mas que »un punto en Europa (1).»

Pero en cuanto á los griegos orientales, mucho mas numerosos que los otros, Ciceron es severo sin correctivo alguno. «Yo no quiero, les dice, citar á los extranjeros »para formar concepto de vosotros: me atengo á vuestro »propio juicio... El Asia menor, si no me engaño, se com»pone de la Frigia, de la Misia, de la Caria, de la Lidia. »¿Quién ha inventado el antiguo proverbio: *del frigio »no se logra nada mas que latigazos*? ¿Somos nosotros, ó »vosotros? ¿Qué diré de la Caria en general? ¿No sois »vosotros tambien los que habeis dicho: *deseais correr »algun peligro? Pues id á Caria.* ¿Hay cosa mas trivial »en la lengua griega que esta frase usada para vilipen»diar con exceso á un hombre: *es el último de los mi»sios*? En cuanto á la Caria os pregunto si hay una so»la comedia griega en que el bufon no sea un cario (2). »¿Qué injusticia pues os hacemos, limitándonos á »sostener que acerca de vosotros debe uno referirse á »vosotros mismos (3)?»

(1) « Quis ignorat, qui modò unquam mediocriter res istas scire curavit, quin tria Græcorum genera sint *verè*, quorum uni sunt Athenienses, quæ gens Jonum habebatur: Æoles alteri: Dores tertii nominabantur? Atque hæc cuncta Græcia, quæ famâ, quæ gloriâ, quæ doctrinâ, quæ pluribus artibus, quæ etiam imperio et bellica laude floruit, parvum quemdam locum, ut scitis, Europæ tenet, semperque tenuit. (Cic. *ibid.* pro Flacco XXVII.

(2) Pasaje notable, donde se ve lo que era la comedia, y cómo era juzgada en la opinion romana.

(3) Cicer. *pro Flacco*, 29.

No trato de comentar este largo pasaje de una manera poco favorable á los griegos. Si se quiere tachar de exageracion, convengo en ello. Si se quiere que este retrato nada tenga de comun con los griegos de hoy; tambien convengo, y aun lo deseo de todo corazon. Pero no será menos cierto que si se esceptúa acaso una corta época, la Grecia en general nunca tuvo reputacion moral en los tiempos antiguos; y que las naciones occidentales la aventajaron siempre sin medida así en el carácter como en las armas.

CAPITULO IX.

SOBRE UN RASGO PARTICULAR DEL CARÁCTER GRIEGO. ESPÍRITU DE DIVISION.

Un carácter particular de la Grecia, que la distingue á mi juicio de todas las naciones del mundo, es su incapacidad para formar una grande asociacion política ó moral. Los griegos no tuvieron jamás el honor de ser *un pueblo.* La historia no nos manifiesta entre ellos mas que algunas poblaciones soberanas que se degüellan unas á otras, y que nunca pudieron amalgamarse. Brillaron bajo esta forma, porque les era natural, y porque las naciones nunca se hacen célebres sino bajo la forma de gobierno que les es propia. La diferencia de los dialectos anunciaba la de los caractéres, igualmente que la oposicion entre las soberanías; y este mismo espíritu de division se introdujo en la filosofía, que se dividió en *sectas*, como se habia dividido la soberanía en repúblicas reducidas, independientes y enemigas. Como la voz *secta* se representa en griego por la de *here-*

jía, los griegos trasladaron esta palabra á la religion, y dijeron *la herejía de los arrianos*, como en otro tiempo habian dicho *la herejía de los estóicos.* De este modo corrompieron una palabra inocente por su naturaleza, y fueron *herejes*, es decir, *sectarios* en la religion, como lo habian sido en la política y en la filosofía. Seria supérfluo recordar aquí hasta qué punto molestaron á la iglesia en los primeros siglos. Poseidos del demonio del orgullo y del de la disputa, no dejan respirar á la recta razon: cada dia inventan nuevas sutilezas; y mezclan en todos nuestros dogmas no sé qué metafísica temeraria, que sofoca la simplicidad evangélica. Queriendo ser á un mismo tiempo filósofos y cristianos, no son ni lo uno ni lo otro, y juntan con el Evangelio el espiritualismo de los platónicos y los sueños del Oriente. Armados de una dialéctica insensata, quieren dividir lo que es indivisible, y penetrar lo impenetrable; y no saben suponer el sentido divinamente vago de ciertas expresiones, que una docta humildad toma como son en sí, y que hasta evita circunscribir por no suscitar la idea de lo *interior* y de lo *exterior*. En vez de creer, disputan: en vez de orar, arguyen: los caminos reales se llenan de obispos que corren al concilio: apenas les bastan las postas del imperio: y la Grecia entera es una especie de Peloponeso teológico, donde unos átomos combaten por otros átomos. La historia eclesiástica llega á ser, gracias á estos inconcebibles sofistas, un libro peligroso. A la vista de tanta locura, de tanta ridiculez y de tanto furor la fé vacila, y el lector exclama lleno de disgusto y de indignacion: *Penè moti sunt pedes mei.*

Para colmo de desventura Constantino transfiere el imperio á Bizancio, donde encuentra la lengua griega, admirable sin duda y acaso la mas bella que los hombres han hablado; pero por desgracia en extremo favorable á los sofistas; arma penetrante, que la prudencia sola debiera haber manejado, y que por una deplorable fatalidad se encontró casi siempre en manos de los insensatos,

Bizancio haria creer en el sistema de los climas ó en algunas exhalaciones particulares á ciertas tierras, que influyen de un modo invariable en el carácter de los habitantes. Al sentarse la soberanía romana en aquel trono, sobrecogida de improviso por no sé qué influencia mágica, perdió la razon para no recobrarla jamás. Recórrase la historia universal, y no se encontrará una dinastía mas miserable. Aquellos príncipes insoportables, débiles ó furiosos, ó uno y otro al mismo tiempo, convirtieron sobre todo su demencia hácia la teología, y su despotismo se apoderó de ella para trastornarla. Los resultados son sabidos. Puede decirse que la lengua francesa ha querido juzgar á aquel imperio llamándole *bajo. Feneció* como habia existido, disputando. Mohammed estaba rompiendo las puertas de la capital, y los sofistas argumentaban SOBRE LA GLORIA DEL MONTE TABOR.

Sin embargo como la lengua griega era la lengua del imperio, se acostumbró á decir *la iglesia griega*; del mismo modo que se decia tambien el *imperio griego*; aunque la iglesia de Constantinopla fuese tan *griega*, como seria inglés un italiano naturalizado en Boston; pero la fuerza

de las palabras no ha cesado de ejercer grandísimo imperio en el mundo. ¿No se está diciendo aun *la iglesia griega de Rusia*, á pesar de la lengua y de la supremacía civil? La costumbre hace decirlo todo.

CAPITULO X.

ACLARACION DE UN PARALOGISMO FOCIANO. SUPUESTA VENTAJA DE LAS IGLESIAS, SACADA DE LA ANTERIORIDAD CRONOLÓGICA.

El espíritu de division y de oposicion que las circunstancias han connaturalizado en Grecia hace tantos siglos, ha echado allí tan profundas raices, que los pueblos de aquel hermoso pais han llegado á perder hasta la misma idea de la unidad. La ven donde no existe, y no la ven donde existe. A veces hasta se les turba la vista, y no saben ya de lo que hablan. De este modo han introducido en Rusia uno de sus mayores paralogismos, que hace hoy un efecto maravilloso en las tertulias de aquel vasto pais. Es bastante comun decir allí que *la iglesia griega es mas antigua que la romana*; y aun se añade en estilo metafísico; que *la primera fue la cuna del cristianismo.* Pero ¿qué quieren decir con esto? Bien sé que el Salvador de los hombres nació en Betleen; y si se quiere que su cuna fuese la del cristianismo, no hay cosa tan rigorosamente verdadera. Tambien se

dirá con razon que *la cuna del cristianismo* fue Jerusalen y *el cenáculo*, de donde salió en el dia de Pentecostés aquel fuego que *alumbra, calienta* y *purifica* (1). En este sentido la iglesia de Jerusalen es incontestablemente la primera; y Santiago, en su cualidad de obispo, es anterior á S. Pedro todo aquel tiempo necesario para andar el camino que hay de Jerusalen á Antioquía ó á Roma. Pero de ningun modo se trata de esto. ¿Cuándo se querrá comprender que entre nosotros no se trata de *las iglesias*, sino de la iglesia? Dos iglesias católicas no pueden compararse, porque no puede haber dos; y la una excluye lógicamente á la otra. Si se compara una *iglesia á la iglesia*, no se sabe lo que se dice. Afirmar que la iglesia de Jerusalen, por ejemplo, ó la de Antioquía, es anterior á la fundacion de la iglesia católica, es una perogrullada, como suele decirse: es una verdad simple que nada significa, ni prueba nada. A tanto equivaldria decir que un hombre que se halla en Jerusalen, no puede estar en Róma sin ir allá. Figuremonos un soberano que va á tomar posesion de un pais recien conquistado por sus armas. En la primera plaza fronteriza establece un gobernador y le da grandes privilegios, va estableciendo otros en el camino, y en fin llega á la ciudad que ha elegido por su capital, fija en ella su residencia, su trono, sus oficiales &c. Si en la sucesion de los tiempos la primera ciudad se jacta de haber sido la primera que saludó al nuevo soberano con el nombre de rey; si se compara con las

(1) Division del sermon de Bordalue sobre Pentecostés.

demas ciudades del reino, y hace notar su anterioridad, aun respecto de la capital; nada mas justo; como nadie quita á Antioquía que recuerde que el nombre de *crístiano* nació dentro de sus muros; pero si ESTE *gobierno* aspirara á ser anterior *al gobierno* ó al estado, se le diria: «*Teneis razon, si entendeis probar que el deber de* »*obediencia nació en vuestros muros, y que sois los pri*»*meros súbditos*; *mas si teneis pretensiones de indepen*»*dencia ó de superioridad, estais delirando*; *porque nun*»*ca puede tratarse de anterioridad contra el estado, su*»*puesto que no hay mas que un estado.*»

La cuestion teológica es absolutamente la misma. ¿Qué importa que tal ó cual iglesia se haya constituido antes que la de Roma? Vuelvo á decir que se trata de esto. *Todas las iglesias* son nada sin *la iglesia*, es decir, sin la iglesia universal ó católica, que á este respeto no tiene que revindicar privilegio particular alguno; pues que es imposible imaginar ninguna asociacion humana sin un gobierno ó centro de unidad, del cual recibe su existencia moral.

Así los Estados-Unidos de América no formarian *un estado* sin el *congreso* que los *une.* Hágase desaparecer esta asamblea con su presidente, y al instante desaparecerá la unidad, y no habrá mas que trece estados independientes, á pesar de ser la lengua y las leyes comunes.

Añadase, aunque no es necesario para el fondo de la cuestion, que esa anterioridad, de que tantas veces he oido hablar, seria menos ridícula si se tratase de un espacio de tiempo considerable, por ejemplo de dos si-

glos ó siquiera de uno. Mas ¿qué cosa hay en el cristianismo anterior á S. Pedro, que fundó la iglesia de Roma, y á S. Pablo, que dirigió á esta iglesia una de sus admirables epístolas? Todas las iglesias apostólicas son de fecha igual: lo que las distingue es la duracion: porque todas estas iglesias, exceptuando una sola, han desaparecido, y ninguna se halla en estado de subir sin interrupcion y por una serie de obispos conocidamente legítimos y ortodoxos hasta el apóstol fundador. Esta gloria solo pertenece á la iglesia romana.

Es preciso añadir tambien que esta cuestion de anterioridad, tan futil y sofística en sí misma, está fuera de su lugar en boca de la iglesia de Constantinopla, la mas moderna de las iglesias patriarcales, que no debe su título sino á la obstinacion de los emperadores griegos y á la condescendencia de la primera silla, obligada frecuentísimamente á escoger entre dos males: que ha sido el juguete eterno de la absurda tiranía de sus príncipes, contaminada con las mas terribles herejías, y azote permanente de la iglesia, á la que no ha cesado de atormentar para dividirla despues, y acaso sin remedio.

Mas no puede haber cuestion de anterioridad. He hecho ver que esta carece de sentido, y que los que la mueven, no se entienden ellos mismos. Las iglesias focianas no quieren conocer que en el momento mismo de su separacion se hicieron *protestantes*, es decir, separadas é *independientes.* Así para defenderse se ven obligadas á emplear *el principio protestante*, es decir, que estan unidas por la fé, aunque la identidad de legisla-

cion no pueda constituir la unidad de ningun gobierno, la cual no puede existir donde no se encuentre la gerarquía de autoridad.

Así por ejemplo todas las provincias de Francia son partes de la Francia, porque estan reunidas todas bajo una autoridad comun; mas si algunas rechazasen esta supremacía comun, se harian estados separados é independientes, y ningun hombre cuerdo toleraria la asercion de que *continuaban formando parte del reino de Francia, porque conservaban la misma lengua y la misma legislacion.*

Pues las iglesias focianas tienen precisa é idénticamente la misma pretension: quieren ser porcion *del reino católico* despues de haber abdicado la potestad comun. Si se les intima que digan la potestad ó el tribunal comun que constituye la unidad, responden *que no los hay*; y si se las estrecha mas preguntando «*cómo es »posible que una potencia cualquiera no tenga un tri- »bunal comun para todas sus provincias*; *responden que »este tribunal es inútil*, *porque ya lo decidió todo en sus »seis primeras sesiones*; *y que así no debe volver á reu- »nirse.*» A estos prodigiosos desvaríos añadirán otros mas, si lógicamente se continua instándolos. Tal es el orgullo y sobre todo el orgullo nacional. Jamás se ha visto que tenga vergüenza, ni aun miedo de sí mismo.

Todas estas iglesias separadas se condenan cada dia cuando dicen: *Creo en la iglesia una y universal*; porque es preciso absolutamente que á esta profesion *de derecho* substituyan otra *de hecho* que diga: *Creo en* LAS *iglesias* UNA *y* UNIVERSAL, que es el solecismo mas

repugnante que jamás ha herido los oidos humanos.

Y conviene notar que este solecismo no se nos puede devolver de rechazo. En vano se nos diria: «Si es»tando separados de nosotros aspirais á la unidad, ¿por »qué nosotros estando separados de vosotros no hemos »de aspirar á lo mismo?» No hay término de comparacion, porque *la unidad* está entre nosotros; y este es un hecho acerca del cual nadie disputa. Toda la cuestion versa sobre la legitimidad, el poder y la extension de esta unidad. Por el contrario entre los *focianos* como entre todos los demas *protestantes* no hay unidad; de modo que no puede haber cuestion sobre si nosotros debemos sujetarnos á un tribunal que no existe. Asi el argumento recae solamente sobre aquellas iglesias, y no puede retorcerse

La supremacía del sumo pontífice es tan clara, tan incontestable y tan universalmente reconocida, que en el tiempo de la gran ruptura ninguno de los que se rebelaron contra su potestad se atrevió á usurparla, ni aun el autor del cisma. Negaron sí que el obispo de Roma fuese el jefe de la iglesia; pero ninguno de ellos fue bastante atrevido para decir: *Yo lo soy*; de modo que cada iglesia quedó sola y *acéfala*, ó lo que viene á ser lo mismo, fuera de la unidad y del catolicismo.

Focio habia osado llamarse *patriarca ecuménico*; título que solo podia mostrarse en la loca Bizancio. ¿Ha visto jamás la iglesia que los obispos de un solo patriarcado se congreguen y se llamen *concilio ecuménico*? Este delirio sin embargo no se hubiera diferenciado del otro. Para no quebrantar las reglas de la lógica tan-

to como á los cánones, Focio no tenia mas que atribuirse la misma jurisdiccion sobre todos sus cómplices que se atrevía á disputar al pontífice legítimo; pero la conciencia de los hombres era mas fuerte que su ambicion. Se contentó con la rebelion, y no osó ó no pudo nunca llegar hasta la usurpacion.

CAPÍTULO XI.

¿QUÉ HAY QUE ESPERAR DE LOS GRIEGOS? CONCLUSION DE ESTE LIBRO.

Algunas relaciones nos han hecho conocer vagamente que se ha excitado una fermentacion preciosa en la Grecia moderna: se habla de nuevo espíritu, de un ardiente entusiasmo por la gloria nacional, de esfuerzos muy notables para perfeccionar la lengua vulgar, á la que se quisiera restituir su brillo originario. El zelo extranjero coligado con el zelo patriótico está á punto de ofrecer al mundo una academia ateniense &c.

Fundado uno en estas relaciones podria creer la regeneracion próxima de una nacion en otro tiempo tan célebre, aunque la institucion y la regeneracion de las naciones por medio de academias, y aun en general por medio de las ciencias, sean incontestablemente lo mas contrario que se puede imaginar á todas las leyes divinas. No obstante acepto enajenado el agüero, y deseo con todo mi corazon el éxito feliz de

tan nobles esfuerzos; pero me veo precisado á confesarlo, muchas consideraciones me inquietan aun, y me hacen dudar á pesar mio. He hablado muchas veces con personas que habian vivido largo tiempo en Grecia, y estudiado con particular cuidado á sus habitantes; y á todas las he hallado conformes en la opinion de que nunca será posible establecer una soberanía griega. Hay en el carácter griego una cosa inexplicable que se opone á toda asociacion grande y á toda organizacion independiente; y esto es lo primero que ve un extranjero si tiene ojos para ver. Deseo de todo corazon que me hayan engañado; pero militan demasiadas razones en favor de esta opinion. Primeramente se funda en el carácter eterno de esa nacion, *que nació dividida*, si es permitido expresarse asi. Ciceron á quien solo separaban tres ó cuatro siglos de los dias felices de la Grecia, no le concedia con todo mas que talento é imaginacion: ¿qué podemos pues esperar de ella hoy que han pasado veinte sobre ese pueblo desventurado, sin dejarle vislumbrar siquiera el dia de la libertad? La horrible esclavitud que le oprime hace cuatro siglos, ¿no ha extinguido en el alma de los griegos hasta la idea de la independencia y de la soberanía? ¿quién no conoce la accion deplorable del despotismo sobre el carácter de una nacion sojuzgada? ¡y qué despotismo! Acaso ningun pueblo ha sufrido otro semejante. No hay en Grecia ningun punto de contacto, ni ninguna mezcla posible entre el amo y el esclavo. Los turcos son en el dia lo que eran á mediados del siglo XV, unos tártaros acampados en Europa. No hay nada que pueda unirlos

al pueblo subyugado, ni á este con aquellos. Allí dos leyes enemigas se contemplan furiosas, y podrian estarse tocando eternamente, sin poder amarse jamás. Entre ellas no es posible celebrar tratados, ni convenios, ni transacciones. Nada puede conceder la una á la otra; y ni aun aquel sentimiento que todo lo une, puede nada sobre ellas. De una y otra parte los dos sexos no se atreven á mirarse, ó se miran temblando, como seres de una naturaleza enemiga que el Criador ha separado para siempre. Entre ellos median el sacrilegio y el último suplicio. Parece que Mohamed II entró ayer en la Grecia, y que el derecho de conquista ejerce allí todavía su primitivo rigor. El griego, colocado entre la cimitarra y el baston del bajá, apenas se atreve á respirar: nada tiene seguro, ni aun la mujer con quien se acaba de casar. Oculta su tesoro, oculta á sus hijos, oculta hasta la fachada de su casa, si puede revelar el secreto de su riqueza. Se endurece á los insultos y á los tormentos. Sabe el número de palos que puede sufrir sin descubrir el dinero que ha escondido. ¿Cuál ha debido ser el resultado de este tratamiento respecto del carácter de un pueblo oprimido, cuyos hijos apenas pronuncian el nombre de su madre antes que el de *opresion*? Algunos verdaderos observadores protestan que si el cetro de hierro que le domina viniese á desaparecer de repente, seria la mayor calamidad para la Grecia, la cual se veria al punto acometida de un acceso de convulsion universal, sin que fuese posible encontrar un remedio para ella, ni prever su fin. ¿Dónde se hallaria para aquel pueblo, suponiéndole libertado, el

punto de reunion y el centro de unidad política, que no concebiria mejor que concibe hace ocho siglos el de la unidad religiosa? ¿Qué provincia querria ceder á otra? ¿qué familia las dominaria? Ademas nada hace presagiar esta manumision. En otro tiempo nuestra debilidad salvó el cetro de los Sultanes, y hoy nuestra fuerza le protege. Poderosos celos se estan observando y se contrapesan; y si todas las apariencias no nos engañan, sostendrán todavia por mucho tiempo el trono otomano, aunque está minado por todas partes:

Y aun cuando este trono cayera, no alcanzaria otra cosa la Grecia que mudar de dueño. Puede tal vez que ganase; pero siempre sería dominada. El Egipto es sin contradiccion bajo todos aspectos el pais mas á propósito del mundo para no depender de nadie; sin embargo Ezequiel le declaró mas de dos mil años há *que jamás obedecería á un cetro egipcio* (1); y desde Cambises hasta los mamelucos no ha dejado de cumplirse la profecía. *Misraim* sin duda está expiando todavía á nuestra vista los crímenes que en otro tiempo salieron de los templos de Menfis y de Tentiris, cuyos profundos y misteriosos subterráneos derramaron el error sobre todo el género humano. Por aquel largo crímen está condenado el Egipto al último suplicio de las naciones; y el ángel de la soberanía ha abandonado aquellas famosas regiones, acaso para no volver mas. ¿Quién sabe si la Grecia está sujeta á sufrir el mismo anatema? Ningun profeta la ha maldecido á lo menos en nues-

(1) Ezequiel, XXIX, 13, XXX, 13.

tros libros; pero tentado está uno por creer que la identidad de la pena supone la de los delitos. ¿No fué la Grecia *la encantadora de las naciones*? ¿no se encargó de transmitir á la Europa las supersticiones del Egipto y del Oriente? ¿No somos aun paganos por ella? ¿Hay una fábula, una locura, un vicio que no tenga su nombre, su emblema ó máscara griega? Y para decirlo de una vez, ¿no es la Grecia la primera que tuvo en otro tiempo el horrible honor de negar á Dios, y de prestar una voz temeraria al ateismo, que no habia osado aun tomar la palabra delante de los hombres? (1)

Eliano nota con razon que todas las naciones, llamadas *bárbaras* por los griegos, reconocieron una divinidad suprema, y que entre ellas jamás hubo ateos (2). Quisiera engañarme; pero creo que ningun mortal, por perspicaz que sea su vista, puede vislumbrar el fin de la esclavitud de la Grecia; y si llegase á cesar, ¿quién sabe lo que sucederia? En nuestros tiempos modernos ha fundado mas de una vez sus esperanzas y sus proyectos políticos en la afinidad de los cultos; pero destinada á engañarse siempre, ha podido conocer á su costa que no está unida á nadie. ¿Cuántos siglos necesitará aun para comprender que no hay hermanos, cuando no se tiene una madre comun?

(1) PRIMUM *Graius homo mortales tollere contra*
Est oculos ausus, &c. (Lucr., lib. I, 67, et 68).

(2) Ælian., *Hist. Var. lib.* II, *cap.* XXXI. = Thomassin., *Modo de estudiar y de enseñar la historia*, tom. I, lib. II, cap. V. pág 381. París 1693, en 8.º

Un error muy fatal de la Grecia, y que por desgracia no hay trazas de que acabe tan pronto, es el de apoyarse en antiguos recuerdos para atribuirse no sé qué existencia imaginaria, que la engaña sin cesar; y hasta le acontece hablar de *rivalidad* respecto de nosotros. En otro tiempo esa rivalidad tenia algun fundamento y alguna significacion; pero ¿qué significa hoy cuando de un lado se encuentra todo, y nada del otro? ¿Querria la Grecia disputarnos la gloria de las armas, ó la de las ciencias? Se llama á sí misma el *oriente*, cuando respecto del verdadero oriente no es mas que un punto del occidente, y para nosotros apenas es visible. Sé que escribió la Ilíada, que edificó el Pecile, que esculpió el Apolo de Belvedere, y que ganó la batalla de Platea; pero todo eso es muy antiguo; y hablando francamente, un sueño de veinte y cinco siglos se parece mucho á la muerte. ¡Ojalá que los mas tristes agüeros no sean mas que apariencias engañosas! Deseemos ardientemente que esta nacion ingeniosa recobre su independencia, y se muestre digna de ella. Deseemos que el sol aparezca al fin para ella, y que las antiguas tinieblas se disipen. No toca á un particular dar consejos á una nacion; pero siempre son permitidos los simples deseos. ¡Ojalá que la Grecia propiamente dicha, la verdadera Grecia, tan bien descrita por Ciceron (1), se separe para siempre de la fatal Bizancio, que en otro tiempo fue colonia griega, y cuya supremacía imaginaria estriba enteramente sobre títulos que ya no existen. Se

(1) Véase el pasaje de la oracion en defensa de Flaco citado mas arriba.

nos habla de Focion, de Pericles, de Epaminondas, de Sócrates, de Platon, de Agesilao &c. &c.: pues bien, tratemos directamente con sus descendientes, sin dársenos cuidado de los municipios. Por nuestra parte no hay odio ni rencor: no hemos olvidado como los griegos la paz de Leon y la de Florencia. Abracémonos de nuevo para nunca separarnos. Entre nosotros no existe mas que un muro mágico levantado por el orgullo, y que no se sostendrá un instante á vista de la buena fé y del deseo de reunirse. Si el anatema dura siempre, procuremos á lo menos que no pueda recaer sobre nosotros ningun cargo.

Me consta que un prelado de la iglesia griega se ha quejado amargamente de que las proposiciones hechas por una parte habian sido recibidas con una altivez que desanimó. Parece muy poco verosimil semejante desvío de las máximas conocidas de dulzura y de inteligencia, por ligero que se le suponga; pero sea como quiera debemos desear con todas nuestras fuerzas que terminen mas felizmente otras nuevas negociaciones, y que el amor abra con agrado sus inmensos brazos para estrechar en ellos así á las naciones como á los individuos.

CONCLUSION.

I. Despues de la horrible tempestad que acaba de sufrir la iglesia, denle sus hijos á lo menos el espectáculo consolador de la concordia: tiempo es ya que cesen

de afligirla con sus discusiones insensatas. A nosotros, hijos dichosos de la unidad, nos toca primeramente profesar en alta voz unos principios, cuya importancia nos ha hecho conocer la mas terrible experiencia. De todos los puntos del globo (en ninguno por fortuna deja de haber cristianos legítimos) levántese una sola voz compuesta de todas nuestras voces reunidas, que repita con un religioso enagenamiento el grito de aquel hombre grande, á quien he impugnado con tanta repugnancia como respeto sobre algunos puntos importantes. »¡O santa iglesia romana, madre de las iglesias y de »todos los fieles: iglesia escogida por Dios para unir á »sus hijos en la misma fé y en la misma caridad! Siem«pre estaremos unidos á tu unidad en lo intimo de nues«tras entrañas (1).» Hemos desconocido demasiado nuestra felicidad: extraviados por las impías doctrinas que en el último siglo han resonado en la Europa, extraviados mas por exageraciones insoportables y por un espíritu de independencia, encendido en el mismo seno de la iglesia, casi hemos roto unos lazos cuyo precio inestimable no podriamos desconocer hoy, sin hacernos absolutamente inexcusables. Algunas soberanías católicas (permítasenos decirlo sin salir de los límites del profundo respeto que les es debido), ha parecido alguna vez que apostataban, porque apostasía es desconocer los fundamentos del cristianismo, y hasta conmoverlos declarando abiertamente la guerra al jefe de esta religion, y abrumándole de disgustos, de amarguras y de vergonzo-

(1) Bossuet, sermon sobre la unidad.

sas pesadumbres, á que no se hubieran propasado quizá las potencias protestantes. Entre estos príncipes hay algunos que un dia serán inscritos en el catálogo de los grandes perseguidores: es verdad que no han derramado sangre; pero la posteridad preguntará si los Diocle-cianos, los Galerios y los Decios hicieron mas daño al cristianismo.

Tiempo es ya de abjurar unos sistemas tan culpables: tiempo es ya de volver al padre comun, de echarnos francamente en sus brazos, y de hacer caer en fin esa muralla de bronce, que la impiedad, el error, la preocupacion y la malevolencia habian levantado entre él y nosotros.

II. Pero en este momento solemne en que todo anuncia que la Europa está próxima á una revolucion memorable, cuyo preludio terrible é indispensable ha sido la que ya hemos visto, debemos ante todas cosas dirigir á los protestantes nuestras fraternales exhortaciones y nuestras fervientes súplicas. ¿Qué esperan aun y qué buscan? Ellos han recorrido el círculo entero del error. A fuerza de combatir y de roer, por decirlo así, la fé, han destruido entre ellos el cristianismo; y gracias á los esfuerzos de su terrible ciencia, que no ha cesado de *protestar*, la mitad de la Europa se encuentra al cabo sin religion. La era de las pasiones ha pasado: podemos hablarnos sin aborrecernos, y aun sin acalorarnos: aprovechémonos de esta época favorable, y conozcan los príncipes en especial que el poder se les va de las manos: que la monarquía europea no ha podido constituirse, ni puede conservarse sino por la re-

ligion *una* y *única*, y que si esta aliada les falta, es preciso que caigan.

III. Todo lo que se ha dicho para aterrar á las potencias protestantes sobre la influencia de una potencia extranjera, es una fantasma, un espantajo levantado en el siglo XVI y que no significa ya nada en el nuestro. Sobre todo los ingleses reflexionen profundamente sobre este punto (porque el gran movimiento debe partir de ellos); si no se apresuran á agarrar la palma inmortal que se les ofrece, otro pueblo se la arrebatará. Los ingleses en sus preocupaciones contra nosotros no se engañan sino en cuanto al tiempo: su desvarío no es mas que un anacronismo. Ellos leen en algun libro católico *que no se debe obedecer á un príncipe hereje*, y al punto se asustan y gritan: *papismo*; mas todo este fuego se apagaria al instante, si se dignasen de leer la fecha del libro, que infaliblemente subirá á la deplorable época de las guerras de religion y de las mudanzas de soberanías. ¿No han declarado los mismos ingleses en pleno parlamento «que si un rey de Inglaterra abrazase la religion católica, EN EL MISMO HECHO quedaria privado de la corona? (1)» Luego ellos creen que el crímen de querer mudar la religion del pais ó de excitar siquiera esta sospecha legítima justifica la rebelion de los súbditos, ó mas bien los autoriza á destronar al príncipe sin hacerse rebeldes. Ahora bien yo desearia saber por qué y cómo Isabel ó Henrique VIII tenian mas derechos sobre sus súbditos católicos, que

(1) *Parliamentary debates*, London 1805, vol. IV, pág. 677.

el actual rey Jorge tiene en el dia sobre sus súbditos protestantes, y por qué los católicos de aquel tiempo, fortalecidos con sus privilegios naturales y con una posesion de diez y seis siglos, no estaban autorizados á mirar á *sus tiranos* como destituidos *en el hecho mismo* de todo derecho á la corona. Por mi parte no diré que una nacion en igual caso *tiene derecho* de resistir á sus soberanos, y de juzgarlos y deponerlos, porque me costaria infinito pronunciar esta decision en cualquiera suposicion imaginable; pero sin duda se me concederá que si alguna cosa puede justificar la resistencia, es un atentado contra la religion nacional. Por mucho tiempo el título de *jacobita* anunció un enemigo declarado de la casa reinante. Esta se defendia, y levantaba el hacha contra todo partidario de la familia desposeida: ese es el órden político. Pero ¿cuál es el momento preciso en que principió el *jacobita* á ser realmente culpable? Esta es una cuestion terrible que debe dejarse al juicio de Dios.

Ahora que le ha explicado el tiempo, se presenta el católico al soberano de Inglaterra, y le dice: «Ya »veis nuestros principios: nuestra fidelidad no cono»ce límites, ni excepciones, ni condiciones. Dios nos ha »enseñado que la soberanía es obra suya: nos ha man»dado que resistamos hasta con peligro de la vida á »cualquiera violencia que quisiera trastornarla; y si esta »violencia triunfa, en ninguna parte nos ha revelado en »qué época puede legitimarla el triunfo. Apresurarse »demasiado puede ser un crímen; pero nunca lo fue »morir por sus antiguos señores. Mientras hubo Es-

»tuardos en el mundo, combatíamos por ellos, y »bajo el hacha de vuestros verdugos nuestro último »suspiro fue en favor de aquellos príncipes desven- »turados. Ya no existen: Dios ha hablado: vosotros »sois soberanos legítimos: no sabemos desde cuando; »pero lo sois. Aceptad pues esta misma fidelidad reli- »giosa, tenaz, incontrastable, que en otro tiempo jura- »mos á la dinastía desdichada que precedió á la vuestra. »Si la rebelion viene algun dia á bramar al rededor de »vosotros, no hay temor ni seduccion que pueda sepa- »rarnos de vuestra causa. Aunque hubiéseis cometido las »injusticias mas inexcusables contra nosotros; os defen- »deríamos hasta el último suspiro. Se nos encontrará en »torno de vuestras banderas, en todos los campos de »batalla, donde se pelee por vosotros; y si para atesti- »guar nuestra fidelidad es preciso subir al cadalso, ya »nos habeis acostumbrado á ello, y le regaremos con »nuestra sangre, sin acordarnos de la de nuestros pa- »dres, que derramasteis por este mismo crímen de »fidelidad.»

IV. Todo demuestra al parecer que los ingleses es- tan destinados á dar el impulso al gran movimiento re- ligioso que se prepara, y que formará una época sagra- da en los fastos del género humano. Para llegar los pri- meros á la luz entre todos los que la abjuraron, tienen dos inapreciables ventajas que apenas conocen; y es que por una contradiccion felicísima su sistema religioso es á un mismo tiempo el mas evidentemente falso y el mas evidentemente cercano á la verdad.

Para saber que la religion anglicana es falsa, no hay

necesidad de hacer investigaciones, ni de argumentar. Basta mirarla y se la juzga por intuicion: es tan falsa como luminoso el sol. *La gerarquía anglicana se halla aislada en el cristianismo*: *luego es nula.* A esta simple observacion no hay réplica razonable que oponer. Su episcopado es desechado igualmente por la iglesia católica y por la protestante: con que si no es católico ni protestante, ¿qué será? Nada. Es una *institucion civil y local,* diametralmente opuesta á la universalidad, que es el signo exclusivo de la verdad. O esa religion es falsa, ó Dios se encarnó solo para los ingleses: no hay medio.= Muchas veces sus teólogos apelan á la fundacion de aquella, sin echar de ver que esta sola palabra anula su religion, pues supone la novedad y la accion humana, dos grandes anatemas igualmente visibles, decisivos é indelebles. Otros teólogos de esta escuela, y aun algunos prelados, queriendo eludir estos anatemas, de que estan convencidos, involuntariamente han tomado el extraño partido de sostener *que no eran protestantes*; á lo que hay que preguntarles: *pues ¿que sois?* y responden: *apostólicos.* Pero esto nos haria sin duda reir, si pudiera uno reirse de cosas tan serias y de personas tan estimables.

V. Ademas la iglesia anglicana es la única asociacion del mundo, que se ha declarado nula y ridícula en el acta misma que la constituye. En ella proclamó solemnemente XXXIX *artículos*, ni mas ni menos, absolutamente necesarios para la salvacion, y que es preciso jurar para pertenecer á dicha iglesia. Pero en uno de ellos (el XXV) declara solemnemente que Dios, al

constituir su iglesia, no dejó la *infalibilidad* en la tierra: que todas las iglesias, principiando por la de Roma, han errado, y han errado groseramente *aun sobre el dogma y aun sobre la moral*; de modo que ninguna de ellas tiene derecho de prescribir la creencia; y que la santa escritura es la única regla del cristiano. Así la iglesia anglicana declara á sus hijos que tiene derecho de mandarles; pero que ellos tienen derecho á no obedecerla. En el mismo instante; con la misma pluma, la misma tinta y en el mismo papel declara el dogma, y declara que no tiene derecho de declararle. Espero que en el interminable catálogo de las locuras humanas ocupe siempre esta uno de los primeros lugares.

VI. Despues de esta solemne declaracion de la iglesia anglicana, que se anula por sí misma, faltaba un testimonio de la autoridad civil, que rectificase este juicio; y yo encuentro este testimonio en los debates parlamentarios del año 1805 con motivo de la emancipacion de los católicos. En una de aquellas sesiones ruidosas, que no deben servir sino para preparar los ánimos para una época mas lejana y feliz, el procurador general del rey de la Gran-Bretaña dejó escapar una frase, que no se ha notado, á mi parecer: pero que no deja de ser una de las cosas mas curiosas, que quizá se han dicho en Europa de un siglo á esta parte. «*Acordaos*, decia á la cámara de los comunes «aquel representante del ministerio público, *acordaos* «*que para la Inglaterra es absolutamente lo mismo revocar* «*las leyes que se han dado contra los católicos, que tener* «*al instante un parlamento católico y una religion*

«*católica en lugar de la* INSTITUCION actual (1).»

Esta ingenuidad inapreciable se comenta por sí misma: es como si hubiera dicho el procurador general en estos propios términos: «*Nuestra religion como sabeis «no es mas que una institucion puramente civil, que «no estriba sino en la ley del pais y en el interés de cada «individuo. ¿Por qué somos anglicanos? Ciertamente no «es la persuasion la que nos determina á ello, sino el te- «mor de perder bienes, honores y privilegios. No teniendo «pues la palabra fé ningun sentido en nuestra lengua, y «siendo católica la conciencia inglesa, nosotros le obedece- «remos desde el momento en que no deba costarnos nada. «En un abrir y cerrar de ojos seremos todos ca- «tólicos* (2).»

VII. Mas si el sistema anglicano es el mas evidentemente falso en todo lo que contiene de falso; en compensacion ¿por cuántos lados no se nos recomienda como el mas cercano de la verdad? Los ingleses, contenidos por la mano de tres soberanos terribles, que gusta-

(1) *I think tat no alternative can exist between keeping the establishement we have and putting á Roman catholick establishment in its place.* Parliamentary debates etc. vol. IV, London 1805, p. 943. (Discurso del procurador general.)

(2) Sin embargo me atrevo á creer que el sabio magistrado abultaba la desgracia futura. *Todo el mundo, decia, será católico.* Y luego que todo el mundo estuviese acorde, ¿qué mal resultaria?

Tres dias antes (*sesion de* 10 *de mayo*, ibid. pág. 761) decia un par hablando de la misma cuestion: «Jacobo II no pedia para los católicos sino la igualdad de privilegios; pero esta igualdad hubiera atraido la caida del protestantismo.» ¿Y por qué? Siempre la misma confesion. *El error, si no se sostiene por medio de proscripciones, no resistirá jamás á la verdad.*

ban poco de las exageraciones, y contenidos tambien (es un deber observarlo) por una sensatez superior pudieron resistir en el siglo XVI hasta un grado notable al torrente, que arrastraba á las otras naciones, y conservar algunos elementos católicos. De ahí proviene la fisonomía ambigua que distingue á la iglesia anglicana, y que tantos escritores han hecho observar. «Sin duda no es la espo-«sa legítima; pero es la dama de un rey; y aunque hija «manifiesta de Calvino, no tiene el semblante descarado «de sus hermanas. Alzando la cabeza con un aire ma-«jestuoso, pronuncia claramente los nombres de *padres*, «de *concilios*, de *jefes de la iglesia*: su mano lleva «el báculo con soltura, habla formalmente de su noble-«za, y bajo la máscara de una mitra aislada y rebelde «ha sabido conservar no sé qué resto de gracia an-«tigua, despojo venerable de una dignidad que ya no «existe (1).»

(1) *.....As the mistress af a monarch's Bed,*
Her front erect with majesty she bore,
The crosier Wielded and the mitre wore:
Shew'd affectation of an ancient line
And Fhaters, councils, churches and churches's head.
Were on her rev'rend Phylacteries read.

(*Dryden's original poems in* 12.° *tomo* I. *The kind and the Panther. Part.* 1). = En el *Almacen Europeo*, tom. XVIII, agosto de 1790, pág. 115, se lee un trozo notable del doctor Burney sobre el mismo asunto. Algunos disidentes modernos son menos corteses y mas resueltos. «La iglesia de Roma, dicen, es una pros-«titula, la de Escocia una concubina, y la de Inglaterra una mujer de mediana virtud entre la una y la otra.» *They (the dissenters to called the church of Rome á strumpet. The kirh of Scotland*

¡Nobles ingleses! vosotros fuisteis en otro tiempo los primeros enemigos de la unidad; á vosotros os cabe hoy la honra de restablecerla en Europa: si el error levanta la cabeza es porque nuestras lenguas son enemigas: si llegan á unirse sobre el primero de los objetos, nada les resistirá. No se trata mas que de aprovechar la feliz ocasion que la política os presenta en este momento. Basta un solo acto de justicia, y el tiempo hará lo demas.

VIII. Despues de tres siglos de irritacion y de disputas ¿qué nos echais todavía en cara? ¿de qué os quejais? ¿Direis aun que hemos invocado, que hemos inventado dogmas, y convertido en símbolos nuestras opiniones humanas ¿Mas si no quereis creer á nuestros doctores, que protestan y prueban que no enseñan mas que la fé de los apóstoles, creed á lo menos á vuestros ateos que os dirán «*que los poderes ejercidos por la iglesia ro*«*mana son en gran parte anteriores á casi todas las ins*«*tituciones políticas de Europa* (1).»

Creed á vuestros deistas, y ellos os dirán «*que un* «*hombre instruido no puede resistir al peso de la evidencia* «*histórica, que establece que en todo el periodo de los* «*cuatro primeros siglos de la iglesia los puntos principales*

á kept-mistress, and the church of England an equivocal lady of easy virtue bettwen the one and the other.
(Diario del parlamento de Inglaterra, cámara de los comunes, 2 de marzo de 1790. Discur. del célebre Burke.)

(1) *Many of* the powes indeed assumed by the church of Rome were very ancient and were prior to almost every political government establistied in Europe. (Hume's *Hist. of England.* Henriq. VIII, cap. 29, ann. 1521.) = Hume, segun se vé, procura modifi-

«de las doctrinas papistas estaban admitidos en la teo-«ría y en la práctica (1).»

Creed á vuestros apóstatas, y ellos os dirán que desde luego habian cedido á este argumento, que les pareció invencible: *«que es preciso que haya en alguna parte «un juez infalible, y que la iglesia de Roma es la única sociedad cristiana que aspira y puede aspirar á este carácter* (2).»

Creed en fin á vuestros propios doctores, á vuestros propios obispos anglicanos, y ellos os dirán en los momentos felices de conciencia ó de distraccion *que las semillas del papismo fueron sembradas desde el tiempo de los apóstoles* (3).

Procurad entrar dentro de vosotros mismos, dominaros y dominar vuestras preocupaciones lo bastante para que podais contemplar en la calma de vuestra conciencia cuán extraño es el sistema de que teneis la desgracia de ser los principales defensores. ¿Son preci-

car ligeramente su proposicion; pero no es mas que una pura sofistería que arma su misma conciencia.

(1) Gibbon, *Memorias*, tom. I, cap. 1. de la traduccion francesa,

(2) Esta decision es de Chillingwort, y Gibbon al referirla añade que aquel *no habia tomado este argumento de nadie* (Gibbon, *ibid.* cap. 6); en cuya suposicion es preciso creer que ni Chillingworth ni Gibbon habian leido mucho á nuestros doctores.

(3) *The seeds of Popery were sown even in the apostles times* (*Bishop Newton's dissertations on the profecies. London, in 8.º, tom. III, cap. X, pág.* 148). ¡Qué hombre tan honrado! Si hubiera hecho otro corto esfuerzo de franqueza, nos hubiera dicho, no indirectamente como lo hace, sino en palabras terminantes: *que las semillas del papismo fueron sembradas por el mismo Jesucristo.*

sos acaso tantos argumentos contra el protestantismo? ¡Ah! no, basta delinear exactamente su retrato, y mostrársele sin cólera.

IX. «En virtud de un anatema terrible, inexpli»cable sin duda, pero mas incontestable aun que inex»plicable, el género humano habia perdido todos sus »derechos. Sumergido en mortales tinieblas, todo lo »ignoraba, pues que ignoraba á Dios; é ignorándole, »no podia dirigirle sus súplicas; de modo que estaba »espiritualmente muerto, sin poder pedir la vida. Lle»gado por una degradacion rápida al último grado de »embrutecimiento, ultrajaba á la naturaleza con sus »costumbres, con sus leyes y con sus mismas religio»nes. Consagraba todos los vicios, se revolcaba en el »cieno, y su embrutecimiento era tal, que la historia »sencilla de aquellos tiempos forma un cuadro peligro»so que no todos los hombres deben contemplar. No »obstante, Dios *despues de haber disimulado durante »cuarenta siglos*, se acordó de su criatura, y en el mo»mento señalado y anunciado en todos los tiempos *no »desdeñó el seno de una vírgen*; se revistió de nuestra »desgraciada naturaleza, y apareció sobre la tierra. »Nosotros le vimos y le tocamos: él nos habló, vivió, »enseñó, sufrió y murió por nosotros. Salido del sepul»cro, segun su promesa, volvió á aparecer entre nos»otros, para asegurar solemnemente á su iglesia una »asistencia tan durable como el mundo. Pero ¡ah! este »esfuerzo del amor omnipotente no produjo ni con »mucho todo el fruto que anunciaba. Por falta de »ciencia ó de fuerza, ó por distraccion, acaso Dios

»erró el golpe, y no pudo cumplir su palabra. Menos »sabio que un químico que intentase encerrar el éter »en un lienzo ó en un papel, confió á unos hombres »la verdad que habia traido á la tierra; asi aquella se »evaporó, como pudiera haberse previsto bien, por »todos los poros humanos. A poco aquella religion san»ta, revelada al hombre por el hombre Dios, no fue »mas que una infame idolatría, que duraria aun, si »despues de diez y seis siglos dos miserables no hubie»sen restituido al cristianismo su pureza original.»

Este es el protestantismo. ¿Y qué se dirá de él y de vosotros que lo defendeis, cuando ya no exista? Contribuid mas bien á hacerle desaparecer. Para restablecer una religion y una moral en Europa, para dar á la verdad las fuerzas que exigen las conquistas que medita, para afirmar sobre todo el trono de los soberanos, y calmar suavemente esa fermentacion general que nos amenaza con las mayores calamidades, es un preludio indispensable borrar del diccionario europeo esta voz fatal: PROTESTANTISMO.

X. Es imposible que unas consideraciones de tanto interés no penetren al fin en los gabinetes protestantes, y no queden allí como en depósito para descender luego como una agua saludable que riegue los valles. Todo está convidando á los protestantes á volver á nosotros. Su ciencia, que no es ahora mas que un espantoso corrosivo, perderá su fuerza deletérea uniéndose con nuestra sumision, la cual no rehusará ilustrarse con su ciencia. Esta gran mudanza debe comenzar por los príncipes, sin que tenga ninguna parte en ella el

ministerio llamado *evangélico*, al cual excluyen de tan grande obra algunas señales manifiestas. Adherirse al error es siempre un gran mal; pero enseñarle por oficio y contra el grito de su propia conciencia es el exceso de la infelicidad, y su verdadera consecuencia es una ceguedad absoluta. Acaba de presentársenos un grande ejemplo de esta clase en la capital del protestantismo, donde el cuerpo de los pastores ha renunciado públicamente al cristianismo, declarándose arriano, mientras que la sensatez de los legos le echa en cara su apostasía.

XI. Enmedio de la fermentacion general de los ánimos los franceses, y entre ellos el órden sacerdotal particularmente, deben examinarse con cuidado, y no dejar escapar esta gran ocasion de emplearse eficazmente, y en la primera línea, en la reconstruccion del edificio santo. Sin duda han menester vencer grandes preocupaciones; mas para lograrlo tienen tambien grandes medios, y lo que es muy ventajoso, algunos poderosos enemigos menos. Los parlamentos ya no existen: reunidos en cuerpo hubieran opuesto una resistencia acaso insuperable, y entonces era llegada la hora de la iglesia galicana. En el dia el espíritu parlamentario no puede explicarse, ni obrar sino por esfuerzos individuales, que no pueden producir gran efecto. Asi se puede esperar que nada impedirá al sacerdocio el unirse sinceramente con la santa sede, de la que las circunstancias le habian alejado mas de lo que tal vez creia. No hay otro medio de restablecer la religion sobre sus antiguas bases. Los enemigos de ella

que lo saben, procuran por su lado establecer la opinion contraria; á saber, *que el Papa es el que se opone á la reunion de los cristianos.* No há mucho que declaró un obispo griego *que no veia ya otro muro de separacion entre las dos iglesias que la supremacía del Papa* (1); y esta asercion muy simple de parte de su autor la he oido yo citar en un pais católico para probar tambien la necesidad de restringir mas el supremo poder espiritual. Pontífices y levitas franceses, libraos del lazo que se os tiende. Para abolir el protestantismo en todas sus formas, os proponen haceros protestantes. Al contrario restableciendo la supremacía pontificia reconstituireis la iglesia galicana sobre sus verdaderas bases, y restaurareis su antiguo lustre. Volved á ocupar vuestro lugar; la iglesia universal os necesita para celebrar dignamente la época famosa (que la posteridad no contemplará jamás sin una profunda admiracion), en que el sumo pontífice ha sido repuesto en su trono á resultas de acontecimientos, cuyas causas salen visiblemente del estrecho círculo de los medios humanos.

XII. Ninguna institucion humana ha durado diez y ocho siglos; y este prodigio que seria asombroso en todas partes, lo es mas particularmente en el seno de la movible Europa. El reposo parece que es el suplicio del europeo, y este carácter contrasta extraordinariamente con la inmovilidad oriental. Es menester que el

(1) Este prelado es Elías Meniate, obispo de Zarissa. Su libro intitulado *La piedra de escándalo* ha sido traducido en aleman por Jacobo Kemper. *Viena*, *en* 8.°, 1787, *pág*. 93.

europeo obre, que emprenda, que innove, y que mude, todo lo que está á sus alcances. La política sobre todo no ha cesado de ejercitar el genio innovador de *los hijos atrevidos de Jafet.* En la inquieta desconfianza que los tiene siempre alerta contra la soberanía, hay sin duda mucho orgullo; pero tambien hay una conciencia justa de su dignidad: solo Dios conoce las cantidades respectivas de estos dos elementos. Basta observar aqui el carácter, qne es un hecho incontestable, y preguntarse qué fuerza oculta ha podido mantener el trono pontificio enmedio de tantas ruinas y contra todas las reglas de la probabilidad. Apenas se establece en el mundo el cristianismo, cuando algunos implacables tiranos le declaran una guerra feroz, y bañan la nueva religion en la sangre de sus hijos. Los herejes por su parte impugnan sucesivamente todos sus dogmas; y á su frente se distingue Arrio, que asusta al mundo y *le hace dudar si es cristiano.* Juliano con su poder, su astucia, su ciencia y sus cómplices los filósofos da al cristianismo golpes mortales, si esta institucion hubiera sido humana. No tardó el Norte en arrojar sus pueblos bárbaros sobre el imperio romano, que vinieron á vengar á los mártires, y cualquiera creeria que venian tambien á sofocar la religion, por la cual murieron aquellas víctimas; pero sucedió todo lo contrario. Ellos mismos fueron amansados por este culto divino que dirigió su civilizacion, y que mezclándose en todas sus instituciones, dió á luz la gran familia europea y su monarquía, de que el universo no tenia ninguna idea. Por de pronto las tinieblas de la ignorancia

siguen á la invasion de los bárbaros; pero la antorcha de la fé brilla de un modo mas visible en este fondo obscuro, y la ciencia misma concentrada en la Iglesia no cesa de producir hombres eminentes para su siglo. La noble sencillez de aquellos tiempos ilustrados por tan altos caractéres valia mucho mas que la ciencia á medias de sus sucesores inmediatos. En tiempo de estos nació ese funesto cisma que obligó á la iglesia á estar buscando su jefe visible durante cuarenta años. Este azote de los contemporáneos es un tesoro para nosotros en la historia, y sirve para probar que el trono de S. Pedro es indestructible. ¿Qué institucion humana resistiria á esta prueba, que no obstante era nada, comparada con la que iba á sufrir la Iglesia?

XIII. *Aparece Lutero, y Calvino le sigue.* En un acceso de frenesí, de que no habia visto ningun ejemplo el género humano, y cuya consecuencia inmediata fue una carnicería de treinta años, aquellos dos hombres salidos de la nada, con el orgullo de los sectarios, la acrimonía plebeya y el fanatismo de las tabernas (1), publicaron *la reforma de la iglesia*; y efectivamente *la reformaron*; pero sin saber lo que decian, ni lo que hacian. Cuando unos hombres sin mision se

(1) En las tabernas *se contaban á porfia anécdotas chistosas sobre la avaricia de los clérigos, y se ridiculizaban las llaves y el poder de los Papas* &c. (Carta de Lutero al Papa, fecha el dia de la Trinidad, año 1518, citada por Mr. Roscoe. *Hist. de Leon X*, en 8.° *tom. III, apéndice, núm.* 149, *pág.* 152). Bien se puede uno creer á Lutero en cuanto á las primeras *cátedras* de la reforma.

atreven á emprender *la reforma* de la iglesia, *deforman* su partido, y *no reforman* realmente sino la verdadera iglesia, que se ve obligada á defenderse y á velar sobre sí misma. Asi sucedió precisamente, porque no hay otra verdadera *reforma*, que el largo capítulo *de Reformatione* que se lee en el concilio de Trento, mientras que la supuesta reforma ha quedado fuera de la iglesia, sin regla, sin autoridad, y muy pronto sin fé, como la vemos en el dia. Mas ¿por qué terribles convulsiones no ha pasado para llegar á esta nulidad de que somos testigos? ¿quién puede recordar sin estremecerse el fanatismo en el siglo XVI y las espantosas escenas que dió al mundo? Sobre todo ¡qué furor contra la santa sede! Nosotros nos ruborizamos todavía por la naturaleza humana, al leer en los escritos de aquel tiempo las sacrílegas injurias vomitadas por los groseros novadores contra la gerarquía romana. Ningun enemigo de la fé se ha equivocado jamás: todos dan en vago porque pelean contra Dios; pero todos saben dónde han de descargar los golpes. Lo que hay sumamente notable, es que á medida que transcurren los siglos, los ataques contra el edificio católico se hacen *siempre* mas fuertes; de modo que diciendo *siempre*: *de aqui no pasa*; se engaña uno *siempre*. Despues de las tragedias horrorosas del siglo XVI cualquiera hubiera dicho que la tiara habia sufrido la prueba mas grande: sin embargo esta solo habia servido de preparacion para otra. Los siglos XVI y XVII podrian llamarse *las premisas* del XVIII, el cual no fue en efecto sino *la conclusion* de los dos precedentes. El espíritu humano no

hubiera podido llegar de un golpe al grado de audacia de que hemos sido testigos. Era preciso para declarar la guerra al cielo poner aun el monte *Ossa* sobre el *Pelion*. El filosofismo no podia levantarse sino sobre la grande base de la reforma.

XIV. Dirigiéndose contra el cristianismo mismo cualquier embate contra el catolicismo, los llamados *filósofos* de nuestro siglo no hicieron mas que coger las armas que los protestantes les habian preparado, y las volvieron contra la iglesia, burlándose de su aliado, que no merecía ser embestido, ó que acaso esperaba el ataque. Recórranse todos los libros impíos escritos en el siglo XVIII, y se verá que todos son dirigidos contra Roma, como si no hubiese verdaderos cristianos fuera de su recinto; lo que es muy cierto, si se quiere hablar en rigor. No me cansaré de repetirlo; no hay cosa tan infalible como el instinto de la impiedad. Véase qué es lo que esta aborrece, lo que la encoleriza, y lo que embiste siempre, en todas partes y con furor: la verdad. En la sesion infernal de la convencion nacional (que hará mas impresion en la posteridad que en nuestros ligeros contemporáneos), en la que se *celebró*, si es permitido expresarse así, la abnegacion del culto, Robespierre despues de su *inmortal* discurso, ¿hizo que le llevasen los libros, las vestiduras y los vasos del culto protestante para profanarlos? ¿Llamó á la barra, ó procuró seducir ó amedrentar á algun ministro de aquel culto, para arrancarle un juramento de apostasía? ¿Se valió á lo menos para aquella horrible escena de los perversos de dicho órden, como se habia valido de los

del órden católico? Ni siquiera pensó en ello. Por ese lado nada le incomodaba, nada le irritaba, nada le inspiraba recelo; porque los enemigos de Roma no pueden aborrecerse unos á otros, cualesquiera que sean sus diferencias bajo otros respetos. Por este principio se explica la afinidad, de otro modo inexplicable, de las iglesias protestantes con las iglesias focianas, nestorianas &c., cuya separacion data de antiguo. En donde quiera que se encuentran, se abrazan y se cumplimentan con una ternura que á primera vista sorprende, toda vez que sus dogmas capitales son directamente contrarios; pero no se tarda en adivinar el secreto. Todos los enemigos de Roma son amigos; y como no puede haber *fé* propiamente dicha fuera de la iglesia católica, pasado el acceso de fiebre que acompaña al nacimiento de todas las sectas, cesan de desavenirse por unos dogmas, á los cuales no se adhieren sino exteriormente, y que cada cual ve desaparecer uno tras de otro del símbolo nacional, á medida que place al juez caprichoso, llamado *razon particular*, citarlos á su tribunal para declararlos nulos.

XV. Un fanático inglés mandó escribir á principios del último siglo en el frontispicio de un templete que adornaba sus jardines, aquellos versos de Corneille:

Doy gracias á los dioses de no ser ya romano, para conservar todavía algo de humano.

Nosotros hemos oido tambien á un loco del último siglo exclamar en un libro enteramente digno de él: «¡*O Roma*! ¡*cómo te aborrezco* (1)!» El hablaba por todos los

(1) Mercier, en la obra titulada: *El año* 2240, que bajo cierto

enemigos del cristianismo; pero especialmente por todos los de su siglo, porque jamás fue tan universal ni tan marcado el odio contra Roma como en este siglo, en que los grandes conjurados tuvieron la maña de acercarse hasta el oido de la soberanía ortodoxa, y derramar en él la ponzoña que esta ha pagado tan caro. La persecucion del siglo XVIII sobrepuja infinito á todas las otras porque ha añadido mucho á ellas, y no se parece á las persecuciones antiguas, sino en los torrentes de sangre que ha hecho correr al terminarse. Pero ¡cuánto mas peligrosa fue en sus principios! El arca santa sufrió en nuestros dias dos acometidas ignoradas hasta entonces: experimentó á un mismo tiempo los golpes de la ciencia y los de la sátira. La cronología, la historia natural, la astronomía, la física *se amotinaron*, por decirlo asi, contra la religion. Una coalicion vergonzosa reunió contra ellos todo el talento, todos los conocimientos, todas las fuerzas del entendimiento humano. La impiedad subió sobre el teatro, y presentó en él á los pontífices, á los sacerdotes, á las vírgenes santas con sus trajes distintivos, y les hizo hablar como ella pensaba. Las mujeres, que todo lo pueden así en mal como en bien, le prestaron su influencia; y mientras que el talento y las pasiones se reunian para hacer el mayor esfuerzo imaginable en su favor, una potencia

punto de vista merece leerse, porque contiene todo lo que aquellos miserables deseaban, y todo lo que debia suceder en efecto. *Solamente* se engañaban en tomar una fase pasajera del mal por un estado durable, que debia librarlos para siempre de su mayor enemiga.

de nuevo órden se armaba contra la fé antigua; y era la sátira. Un hombre único, á quien el infierno habia dado sus poderes, se presentó en esta nueva arena, y colmó los deseos de la impiedad. Nunca habia sido manejada el arma de la sátira de un modo tan temible, ni se habia empleado nunca contra la verdad con tanta impudencia y tan buen éxito. Hasta su tiempo la blasfemia circunscrita por la repugnuncia no mataba mas que al blasfemo; pero en la boca del hombre mas culpable llegó á ser contagiosa, porque se hizo graciosa. Aun hoy el hombre cuerdo que recorre los escritos de aquel bufon sacrílego, llora á veces por haber reido. Concedióle el cielo una vida de un siglo, á fin de qué la iglesia saliese victoriosa de las tres pruebas á que no resistirá jamás ninguna institucion falsa; el silogismo, el teatro y el epígrama.

XVI. Los golpes desesperados que se han dirigido en los últimos años del siglo anterior contra el sacerdocio católico y contra el gefe supremo de la religion, habian reanimado las esperanzas de los enemigos de la *cátedra eterna.* Sabido es que fue enfermedad del protestantismo, tan antigua como él, la manía de predecir la caida del poder pontificio. Los errores, las equivocaciones mas enormes, la ridiculez mas solemne, nada ha podido corregirle: siempre ha vuelto á sus pronósticos; pero nunca han sido mas atrevidos sus profetas en vaticinar la caida de la santa sede, que cuando se han figurado que habia acaecido.

Los doctores ingleses se han distinguido en esta especie de delirio por medio de libros muy útiles,

precisamente porque son la ignominia del entendimiento humano, y porque deben por necesidad hacer volver en sí á todos aquellos á quienes un ministerio culpable no ha condenado á una ceguedad final. A la vista del sumo pontífice expulsado, desterrado, aprisionado, ultrajado, privado de sus estados por una potencia preponderante y casi sobrenatural, ante la cual *la tierra enmudecía*, no era dificil á estos *profetas* predecir que ya habian acabado la supremacía espiritual y la soberanía temporal del Papa. Sumergidos en las mas profundas tinieblas, y condenados justamente á dos castigos, á ver en las santas escrituras lo que no hay, y á no ver lo que contienen mas claro, intentaron probarnos con las mismas escrituras que aquella supremacía, á la cual se predijo literal y divinamente que durará tanto como el mundo, estaba á punto de desaparecer para siempre. Ellos encontraban la hora y el minuto en el Apocalipsis; porque este libro es fatal para los doctores protestantes, y sin exceptuar ni aun al gran Newton, no hablan de él sin perder el juicio. Nosotros no tenemos otras armas que el raciocinio contra los sofismas mas groseros; pero Dios, cuando su sabíduria lo exige, los refuta con milagros. Mientras que los falsos profetas hablaban con mas seguridad, y una turba ebria de error como ellos les prestaba oidos, un prodijio visible de la omnipotencia, manifestado por la inexplicable concordia de los poderes mas discordes, volvia al pontífice al Vaticano; y su mano, que solo se extiende para bendecir, atraia ya la misericordia y las luces celestiales sobre los autores de aquellos libros insensatos.

XVII. ¿Qué esperan pues nuestros hermanos tan desgraciadamente separados, para marchar al Capitolio dándonos la mano? ¿y qué entienden por *milagro*, si no quieren reconocer el mas grande, el mas patente, el mas incontestable de todos en la conservacion, y en nuestros dias especialmente en la resurreccion, permítaseme esta palabra, del trono pontificio, obrada contra todas las leyes de la probabilidad humana? Durante algunos siglos se pudo creer en el mundo que la unidad politica favorecia á la unidad religiosa; pero hace mucho tiempo que se verifica la suposicion contraria. De las ruinas del imperio romano se formaron una multitud de imperios, todos de costumbres, lenguas y preocupaciones diferentes. Nuevas tierras descubiertas multiplicaron sin medida el número de pueblos independientes unos de otros; y ¿qué mano sino la divina podria mantenerlos á todos bajo el mismo cetro espiritual? Pues sin embargo asi ha sucedido y asi ha pasado á nuestra vista. El edificio católico compuesto de piezas políticamente separadas, y aun enemigas, combatido ademas por todo lo mas poderoso, mas profundo y mas formidable que el poder humano, ayudado del tiempo, puede inventar, en el instante mismo en que parecía hundirse para siempre, se ha afirmado por el contrario sobre sus bases mas sólidas que nunca; y el sumo pontífice de los cristianos, libertado de la persecucion mas desapiadada, consolado por nuevos amigos, por ilustres convertidos, por las mas dulces esperanzas, levanta su cabeza augusta enmedio de la Europa atónita. Sus virtudes eran sin duda dignas de este triunfo; pero

en este momento no contemplamos mas que la *silla*. Mil veces nos han echado en cara sus enemigos las flaquezas y aun los vicios de los que la han ocupado: no advertian que toda soberanía debe ser considerada como un solo individuo que hubiese poseido todas las cualidades buenas y malas que han pertenecido á la dinastía entera; y que la sucesion de los Papas, mirada bajo el respeto del mérito general, aventaja á todas las otras sin dificultad y sin comparacion. Tampoco echaban de ver que insistiendo con mas complacencia sobre ciertos defectos, argüian poderosamente en favor de la indefectibilidad de la iglesia; porque si Dios, por ejemplo, hubiese querido confiar el gobierno de ella á una inteligencia de un órden superior, deberíamos admirarnos mucho menos de semejante órden de cosas, que del que estamos presenciando. Con efecto ningun hombre instruido duda que hay en el universo otras inteligencias diferentes del hombre y muy superiores á él; asi la existencia de un jefe de la iglesia superior al hombre nada nos enseñaria sobre este punto. Si ademas hubiese hecho Dios á esta inteligencia visible á seres de nuestra naturaleza, uniéndola á un cuerpo; esta maravilla no seria superior en nada á la que presenta la union de nuestra alma y de nuestro cuerpo, que es el hecho mas vulgar de todos, y que no por eso deja de ser un enigma incomprensible para siempre. Con que es claro que en la hipótesis de esta inteligencia superior la conservacion de la iglesia nada tendria de extraordinario. El milagro pues que vemos, excede infinitamente al que he supuesto. Dios nos ha prometido fundar una iglesia

eterna é indefectible sobre una serie de hombres semejantes á nosotros. Lo ha hecho, pues que lo ha dicho: y este prodigio que cada dia se hace mas asombroso, es ya incontestable para nosotros, que vivimos diez y ocho siglos despues de la promesa. El carácter moral de los Papas nunca ha tenido influencia alguna sobre la fé. Liberio y Honorio, uno y otro eminentes en piedad, necesitaron no obstante alguna apología sobre el dogma; y el bulario de Alejandro VI es irreprensible. ¿Qué esperamos pues, repito, para reconocer este prodigio, y reunirnos todos al centro de unidad, fuera del cual no hay cristianismo? La experiencia ha convencido á los pueblos separados: ya nada les falta para reconocer la verdad; pero nosotros somos mucho mas culpables que ellos, cuando habiendo nacido y educádonos en esta santa unidad, nos atrevemos no obstante á ofenderla y contristarla con sistemas deplorables, hijos vanos del orgullo, que dejaria de serlo si supiese obedecer.

XVIII. *¡O santa iglesia romana!* exclamaba en otro tiempo el grande obispo de Meaux delante de unos hombres que le oyeron sin escucharle; *¡O santa iglesia de Roma! Si yo me olvidáre de tí, que me olvide de mí mismo. Péguese mi lengua, y quede inmóvil en mi boca.*

¡O santa iglesia romana! exclamaba igualmente Fenelon en aquella memorable pastoral, en que se recomendaba al respeto de todos los siglos, suscribiendo humildemente la condenacion de su libro: *¡O santa iglesia de Roma! Si yo me olvidáre de tí, que me olvi-*

de de mí mismo. Péguese mi lengua, y quede inmóvil en mí boca.

Las mismas expresiones tomadas de la santa escritura ocurrian á aquellos dos prelados eminentes para expresar su fé y su sumision á la grande iglesia. A nosotros, hijos dichosos de esta iglesia, madre de todas las demas, corresponde hoy repetir las palabras de tan célebres hombres, y profesar en alta voz una creencia, que debemos estimar mas porque hemos sufrido las mayores calamidades.

¿Quién podria dejar de admirar hoy el soberbio espectáculo que la Providencia da á los hombres, y todo lo que promete todavía á los ojos de un verdadero observador?

¡O santa iglesia romana! Mientras yo conserve la palabra, la emplearé en celebrarte. ¡Yo te saludo, madre inmortal de la ciencia y de la santidad! *Salve, magna parens!* Tú eres la que difundiste la luz hasta las extremidades de la tierra, por donde quiera que las ciegas soberanías no contuvieron tu influencia, y aun muchas veces á despecho de ellas. Tú eres la que hiciste cesar los sacrificios humanos, las costumbres bárbaras ó infames, las preocupaciones funestas, la noche de la ignorancia; y en donde quiera que no han podido penetrar tus enviados, falta algo á la civilizacion.—A tí te pertenecen los grandes hombres: *Magna virûm.* Tus doctrinas purifican la ciencia de aquel veneno de orgullo y de independencia, que la hace siempre peligrosa y á veces funesta. Los pontífices serán pronto proclamados universalmente los agentes supremos de la civilizacion,

los creadores de la monarquía y de la unidad europeas, los conservadores de la ciencia y de las artes, los fundadores y protectores natos de la libertad civil, los destructores de la esclavitud, los enemigos del despotismo, los infatigables apoyos de la soberanía y los bienhechores del género humano.

Si alguna vez probaron que eran hombres: *si quid illis humanitus acciderit*; estos momentos fueron muy cortos. *Un navío que va surcando las aguas, no deja menos huellas en pos de sí*, y en ningun trono del universo se sentó jamás tanta prudencia, tanta ciencia ni tanta virtud. Enmedio de todos los trastornos imaginables Dios ha velado constantemente sobre tí, *ó ciudad eterna.* Todo cuanto podia anonadarte, se ha reunido contra tí, y aun subsistes; y así como en otro tiempo fuiste el centro del error, hace diez y ocho siglos que eres el centro de la verdad. El poder romano te habia hecho la ciudadela del paganismo, el cual parecia invencible en la capital del mundo conocido. Todos los errores del universo confluian hácia tí, y el primero de tus emperadores, reuniéndolos en un solo punto resplandeciente, los consagró todos en *el Panteon.* El templo *de todos los dioses* se elevó dentro de tus muros, y es el único de todos aquellos grandes monumentos que subsiste en toda su integridad. Todo el poder de los emperadores cristianos, todo el zelo, todo el entusiasmo y aun si se quiere, todo el resentimiento de los cristianos se desencadenó contra los templos; y habiendo dado Teodosio la señal, desaparecieron todos aquellos magníficos edificios. En vano parecia que las bellezas

mas sublimes de la arquitectura pedian indulgencia para aquellas admirables construcciones: en vano su solidez fatigaba los brazos de sus destructores: para destruir los templos de Apamea y de Alejandría hubo que recurrir á todos los medios que la guerra empleaba en los sitios de las plazas; mas nada pudo resistir á la proscripcion general: solo *el Panteon* se preservó. Al referir estos hechos un gran enemigo de la fé declara *que ignora por qué concurso de felices circunstancias se conservó el Panteon* hasta el momento en que un sumo pontífice, en los primeros años del siglo VII, le consagró *á todos los santos* (1). ¡Ah! sin duda *él lo ignoraba*; pero nosotros ¿cómo podriamos ignorarlo? La capital del paganismo estaba destinada para serlo del cristianismo; y el templo que concentraba en aquella capital *todas* las fuerzas de la idolatría, debia reunir *todas* las luces de la fé. ¡*Todos los santos* en lugar de *todos los dioses!* ¡Qué objeto inagotable de profundas meditaciones filosóficas y religiosas! En el *Panteon* fue rectificado el paganismo y restituido al sistema primitivo, del cual no era mas que una visible corrupcion. El nombre de *Dios* sin duda es exclusivo é incomunicable; pero no obstante *hay muchos dioses en el cielo y en la tierra* (2). Hay inteligencias, *naturalezas mejores*, hombres divinizados. Los *dioses* del cristianismo son *los santos*. Al rededor de *Dios* se jun-

(1) Gibbon, *Hist. de la decadencia* &c., tom. VII, cap. 28, nota 34, en 8.° pág. 368.

(2) S. Pablo, I.ª á los corintios, VIII, 5, 6. — II, á los tesalonicenses II, 4.

tan *todos los dioses* para servirle en el lugar y órden que les estan señalados.

¡O espectáculo maravilloso, digno de quien nos le ha preparado, y hecho solamente para los que saben contemplarle!

Pedro con sus llaves expresivas explica las del viejo *Jano* (1). El es el primero en todas partes, y *todos los santos* entran despues de él. *El Dios de la iniquidad* (2), *Pluto*, cede su lugar al mayor de los taumaturgos, al humilde *Francisco*, cuyo inaudito ascendiente creó la pobreza voluntaria, para equilibrar los crímenes de la riqueza. El milagroso *Javier* expulsa al fabuloso conquistador de la India. Para hacer que le siguieran millones de hombres no llamó en su auxilio la embriaguez, ni la licencia, ni se rodeó de bacantes impuras: no mostró mas que una cruz, ni predicó mas que la virtud, la penitencia, la mortificacion de los sentidos. *Juan de Dios*, *Juan de Mata*, *Vicente de Paul* (¡bendiganlos todas las lenguas y todas las edades!) reciben el incienso que humeaba en honor del homicida *Marte* y de la vengadora *Juno*. La VIRGEN INMACULADA, la mas excelente de todas las criaturas en el órden de la gracia y de la santidad (3), *discernida entre todos los santos como el sol entre entre todos los astros* (4); *la primera en toda la humanidad*

(1) *Præsideo foribus, cælestis Janitor aulæ,*
Et clavem ostendens, hæc, ait arma gero.
(Ovid., *Fast. I*, 125, 139 y 254.)

(2) *Mammona iniquitatis.* (Lucæ, XVI, 9.)

(3) *Gratiâ plena, Dominus tecum.* (Lucæ I, 28.)

(4) San. Francisco de Sales. (*Tratado del amor de Dios*, III, 8.)

que pronunció el nombre de SALVACION (1); *la que conoció en este mundo la felicidad de los ángeles y los transportes del cielo en el camino del sepulcro* (2); *cuyas entrañas fueron benditas por el Eterno que le inspiró su espíritu y le dió un Hijo que es el milagro del universo;* (3) aquella á quien fue dado engendrar á su Criador (4); que no ve sino á Dios que le sea superior (5), y á quien todos los siglos proclamarán bienaventurada (6); la divina **MARIA** sube al altar de **VENUS PANDEMICA.** Yo veo á **CRISTO** entrar en el *Panteon* seguido de sus evangelistas, de sus apóstoles, de sus mártires, de sus confesores, como entra un rey triunfador, seguido de los grandes de su imperio, en la capital de su enemigo vencido y destruido. A su vista todos aquellos *dioses hombres* desaparecen ante el *hombre Dios.* El santifica el *Panteon* con su presencia, y le inunda de su magestad. Está hecho: *todas* las virtudes han reemplazado á

(1) S. Francisco de Sales, Cartas, lib. VIII, epist. XVIII. *Et exultavit spiritus meus* IN DEO SALUTARI *meo.*

(2) *Die wonne der Engel erlebt, die Entzuckung der Himmel auf deinwege zum grabe.* (*Klopstocks der Messias,* XII.)

(3) Alcorán, cap. 21. *De los Profetas.*

(4) Tu sei colei che l'umana natura
Nobilitaste sí, che l' tuo fattore
Non si sdegnò di farsi tua fattura.
(Dante *Paradiso,* XXIII, 4, sig.)

Du hast. . . . .
Einen ewigen sohn (ihn schuf kein Scphœfer) gebaren.
(Klopstocks, ib. XI, 36.)

(5) *Cunctis cœlitibus celsior una,*
Solo facta minor Virgo Tonanti.
(Himno de la iglesia de Paris en el dia de la Asuncion.)

(6) *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* (*Lucæ,* I, 48)

todos los vicios: el error con sus cien cabezas ha huido de la indivisible *verdad*. Dios reina en el *Panteon*, como reina en el cielo, en medio de *todos los santos*.

Quince siglos habian pasado sobre la ciudad, cuando el genio cristíano, vencedor hasta el fin del paganismo, se atrevió á levantar el *Panteon* en el aire (1) para que sirviese de corona á su famoso templo, centro de la unidad católica, obra maestra del arte humano y la mas magnífica mansion terrena de *aquel*; que se ha dignado de habitar con nosotros *lleno de amor y de verdad* (2).

(1) Alusion al famoso dicho de Miguel Angel: *Yo le pondré en el aire.*

(1) *Et habitavit in nobis, plenum gratiæ et veritatis.* (Joann. I, 14.)

TABLA

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

CONTINUACION DEL LIBRO II.

CAPÍTULO VIII. = *De la naturaleza del poder ejercido por los Papas.* . . . . pág. 5
CAP. IX. = *Justificacion de este poder.* 10
CAP. X. = *Ejercicio de la supremacia pontificia sobre los soberanos temporales.* 23
CAP. XI. = *Aplicacion hipotética de los principios precedentes.* 35
CAP. XII. = *Sobre las supuestas guerras producidas por la pugna de las dos potestades.* 40
CAP. XIII. = *Continuacion del mismo asunto.* = *Reflexiones sobre dichas guerras.* 58
CAP. XIV. = *De la bula de Alejandro VI,* Inter cætera. 66
CAP. XV. = *De la bula* In cœna Domini. 69
CAP. XVI. = *Digresion sobre la jurisdiccion eclesiástica.* 74

LIBRO III.

DEL PAPA EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACION Y LA FELICIDAD DE LOS PUEBLOS.

CAP. I. = *Misiones.* 78

Cap. ii. = *Libertad civil de los hombres.* 96
Cap. iii. *Institucion del sacerdocio.* = *Celibato de los clérigos.* 108
§. I. *Tradiciones antiguas.* . . . . ib.
§. II. *Dignidad del sacerdocio.* 122
§. III. *Consideraciones políticas.* 144
Cap. iv. = *Institucion de la monarquía europea.* 147
Cap. v. = *Vida comun de los príncipes.* = *Alianza secreta de la religion y de la soberanía.* 158
Cap. vi. = *Observaciones particulares sobre la Rusia.* 166
Cap. vii. = *Otras consideraciones particulares sobre el imperio de Oriente.* 172
Resumen y conclusion de este libro. 179

LIBRO IV.

DEL PAPA EN SUS RELACIONES CON LAS IGLESIAS LLAMADAS CISMÁTICAS.

Cap. i. = *Toda iglesia cismática es protestante.* = *Afinidad de los dos sistemas.* = *Testimonio de la iglesia rusa.* 185
Cap. ii. = *Sobre la supuesta invariabilidad del dogma en las iglesias separadas en el siglo XII.* 191
Cap. iii. = *Otras consideraciones sacadas de la situacion de estas iglesias.* = *Observacion*

particular sobre las sectas de Inglaterra y de Rusia. 195
CAP. IV. = *Sobre el nombre de* focianas *aplicado á las iglesias cismáticas.* 200
CAP. V. = *Imposibilidad de dar á las iglesias separadas un nombre comun que exprese la unidad.* = *Principio de toda la discusion y prediccion del autor.* 206
CAP. VI. = *Razonamientos falsos de las iglesias separadas, y reflexiones sobre las preocupaciones religiosas y nacionales.* . . . 217
CAP. VII. = *De la Grecia y de su caracter. Artes, ciencias y poder militar.* 222
CAP. VIII. = *Continuacion del mismo asunto.* = *Carácter moral de los griegos.* = *Odio á los occidentales.* 231
CAP. IX. = *Sobre un rasgo particular del carácter griego.* = *Espíritu de division.* . . . 236
CAP. X. = *Aclaracion de un paralogismo fociano.* = *Supuesta ventaja de las iglesias, sacada de la anterioridad cronológica.* . . 240
CAP. XI. = *Qué hay que esperar de los griegos.* = *Conclusion de este libro.* 247
Conclusion. 253